
NOVELA ERÓTICA
Esposos cornudos 3
TANATOS 12

ESPOSOS CORNUDOS 3

Esposos cornudos 3
Autor: Tanatos12
Copyright © Tanatos12, 2025

CAPÍTULO 1

—Carolina, ¿qué? ¿Trabajas hasta tarde hoy? —preguntó Javier, apoyándose con demasiada familiaridad en el borde de mi escritorio. Su tono era el de siempre, esa mezcla de confianza y coquetería que usaba con todas las menores de cuarenta. Me consolaba pensar que, por tanto, en pocos años me dejaría en paz.

No le respondí. No estaba en aquel mundo. No me concentraba en absolutamente nada que no fuera lo recientemente vivido. Sin embargo, alcancé a levantar la mirada de los papeles frente a mí, intentando que mi sonrisa profesional no se desmoronara por completo.

—El azul te queda bien. ¿Lo sabes o es casualidad? —dijo, en un comentario que en otro sería una apuesta y que en él era casi banal; y su sonrisa seguía ahí, ladeada, como si hubiera estado ensayándola frente al espejo.

—Javier, ¿qué necesitas? —pregunté, pretendiendo ser cortante, pero sonó más cansado de lo que esperaba.

—¿Necesitar? Nada. Solo me pasaba por aquí. Tienes esa manía de enterrarte entre papeles y desaparecer del mundo. Dicen que al menos una vez cada hora hay que levantarse…

—Javier, estoy ocupada —le interrumpí, esta vez, más firme.

—Siempre ocupada. Venga. Te propongo una copa después, al salir. Que hoy es viernes. Nada formal. Prometo que no hablamos ni de clientes pesados, ni de posibles futuros socios estirados.

Lo miré de nuevo, obligándome a enfocarme en él. Javier tenía ese aire de abogado joven, confiado y algo arrogante, el tipo que apenas lleva dos años y ya usa la sala de juntas como su escenario

personal. Siempre me había resultado irrelevante, y aquella tarde aún más. Casi una caricatura de lo que, la noche anterior, me había destrozado por dentro.

—No creo que sea buena idea, Javi —dije, usando el diminutivo para empequeñecerlo, y volviendo a mis papeles, con un movimiento deliberado y sonoro. Sin duda aquel chico, que se sabía lejos de la fealdad, pensaba que el motivo del rechazo era porque estaba casada. Pero no era esa la razón, al menos no la principal de aquel día, y es que yo tenía otra cita en pocas horas, mal que me pesase.

Cuando por fin accedió a marcharse dejé escapar un suspiro y llevé mis manos a mi rostro. Mi chaqueta gris me oprimía como si fuera una cadena, y el silencio del despacho no hacía más que amplificar los ecos de lo que había sucedido. No podía deshacerme de aquella sensación: pegajosa, asfixiante, de asco quizá… pero, sobre todo, de rechazo hacia mí misma.

Aparté las manos de mi cara. Me puse en pie. Me quité la chaqueta. La colgué en el respaldo de la silla. Volví a suspirar. Tenía que hablarlo con él. Omití su nombre fugazmente dentro de mí. Me costaba, ya no pronunciarlo, sino crear en mi interior el compendio de aquellas letras: Daniel. Su nombre apenas rozaba mi mente y ya sentía un escalofrío helado recorriéndome la nuca, erizando mi piel. Era desasosiego; era desagrado, puro y opresivo, como el sabor amargo que deja una náusea contenida.

Tenía que aclararlo, para sacarlo de mi vida. Aquello podía convertirse en un problema. Bloquear su número era una solución torpe, un refugio débil. Una huida. Pero no bastaría. Sabía que no bastaría. Necesitaba una paz sellada. No podía arriesgarme a que volviera a aparecer, ni la próxima semana, ni el próximo mes, con su presencia invasiva y su risa que me hacía encoger de pura repulsión. No. Era como si su sombra me persiguiera, amenazando con volver a filtrarse en mi vida si no hacía algo para impedirlo.

Rafa me enviaba mensajes que no sabía cómo interpretar, como si cada palabra suya estuviera cargada de un doble filo que yo no

lograba descifrar. La noche anterior… él no había sido él. Aquella efímera llamada… Sus mensajes… Todo había sido tan desconcertante. Yo tampoco había sido yo.

No podía sacármelo de la cabeza. Lo que había pasado. Lo que podría pensar de mí si llegaba a saberlo.

Sentada en mi despacho, a media tarde, me asaltaban preguntas que se enredaban unas con otras, ahogándome con su peso. Ninguna tenía respuesta. Como si eso no bastara, mi teléfono móvil decidió ser cruel: creó un álbum de fotos destacadas, esos viajes con Rafa que solían hacerme sonreír. Ahora, mi dedo repasaba las imágenes y sentía un vacío tan crudo que casi dolía. Pero no sentía culpa. No, culpa no. Y, por extraño que pareciera, eso era lo que más me inquietaba. Me hacía sentir que era una mala persona, pero no era culpa lo que sentía. No porque pensara que Rafa me había empujado hacia lo que había ocurrido, sino porque simplemente no la sentía. Y eso era todo. No había culpa. Punto.

Daniel. ¿Cómo podía ser? ¿Qué hueco tan grande podía haber en mi vida para que, hacía apenas dieciocho o veinte horas, hubiese permitido que aquel hombre entrara en mi mundo, y en MÍ, de esa manera? Una no permite lo que yo había permitido solo por un impulso físico. Algo en mí no funcionaba. Algo en mí no estaba bien.

Otra vez recordaba su risa y sentía un escalofrío que me recorría de pies a cabeza. Recordaba sus muecas y mi estómago se revolvía. Pero era su mirada lo que más me atormentaba, ese instante en el que él fijaba sus ojos en mí mientras me penetraba. El asco me inundaba, tan visceral que se desbordaba de mi mente y se volvía físico. Mi cuerpo temblaba al recrear aquella sensación, como si lo que había sentido volviera a instalarse en mi piel. Y me preguntaba, ¿cómo había sido posible? ¿Y cómo había llegado al extremo de, después de marcharme de su casa, salir a la terraza, vestida de aquella forma, para que él me viera una última vez? ¿Qué había querido decirle con ese gesto? ¿Que no había logrado vencerme?

Su apatía de aquellas últimas horas era un papel mal ensayado, tan evidente que resultaba insultante. Todo en él era una impostura: sus gestos, sus palabras medidas, incluso ese aire frío y distante que intentaba vender como genuino. Una mujer sabe, lo siente, cuándo alguien es verdadero y cuándo no es más que un actor torpe, siempre caminando hacia un fin. Y él… él no era más que eso: un propósito con pies y rostro. Lo había sabido desde el principio. Quizás fuera eso lo que más me indignaba. La noche anterior había tenido su plan, eso estaba claro, y su sequedad ahora era otra artimaña. Respondía a mis mensajes con monosílabos falsamente desinteresados, como si quisiera fingir que le era indiferente lo que yo decía, cuando en realidad disfrutaba de cada segundo en el que mi frustración se estrellaba contra su frialdad.

Finalmente nos habíamos citado en mi casa. Solo imaginar su llegada me hacía temblar. Él había jugado con mi desesperación. Lo sabía. Y eso me revolvía el estómago. Su ego desmesurado era incapaz de aceptar que todo había sido un error patético, una caída que yo no había buscado y que lo que había ocurrido me horrorizaba cada vez más. En su mente, él no había fallado; no, para él todo esto era una partida en la que él ya había ganado. Ese pensamiento me hacía hervir la sangre y, al mismo tiempo, sentir un vacío helado en el pecho. ¿Cómo era posible que alguien tan hueco, tan pequeño y miserable, pudiera haberme asaltado? ¿Cómo lo había permitido?

Por más que le había dejado claro que solo quería hablar, él seguía jugando con los dobles sentidos. Estaba segura de que era tan idiota que no me creía cuando le decía que mi interés por vernos consistía solo en eso: hablar.

Cuando Rafa me escribió para decirme que finalmente volvería esa misma noche, sentí cómo el mundo se me venía abajo. El móvil temblaba en mi mano mientras intentaba articular una respuesta, cualquier respuesta, pero apenas conseguí teclear algo sobre los motivos de su regreso y cómo habían salido sus entrevistas de trabajo. Supe que debía cancelar inmediatamente mi cita con Daniel; o más bien, llevarla a otro lugar. Y sabía que aquello era factible,

pero nada evitaría su coexistencia en nuestra urbanización durante una noche y una mañana. Mi mente ya estaba atrapada en esa imagen, que me estrujaba el pecho: Rafa y Daniel en el mismo edificio. Una coincidencia que se sentía como una sentencia. La angustia me carcomía. No pude más y llamé a Daniel. No contestó. Le escribí diciéndole que no nos podíamos ver en mi casa, y lo leyó, pero me ignoró.

Salí al pasillo buscando aire, aunque el peso seguía aplastándome. Llegué a la máquina de café y allí estaba Marta, con su sonrisa de siempre y su melena negra que caía con perfecta diligencia sobre sus hombros. Su amabilidad, tan natural, me resultaba a veces insoportable. Ella hablaba y yo solo veía una posibilidad: una coartada. Una mentira. Nunca me había imaginado a mí misma cayendo tan bajo, tejedora de excusas; las palabras enredadas en una red de infidelidad.

Todo había comenzado de manera limpia, hasta ingenua. Altruista, incluso. Una especie de juego que podría contarle a Rafa a su regreso. Algo para reírnos juntos: mi pequeña diversión con un vecino mirón. Una diversión que, tal vez, podría traducirse en algo más… algo que despertara viejas chispas entre nosotros, nueva energía, que nos uniera otra vez. No estaba buscando una salida. Yo no quería huir. Quería mejorar lo que teníamos. Al menos eso me decía a mí misma. Pero, ¿qué tan lejos había llegado en nombre de esa excusa? ¿Y qué tan profundo estaba ahora en algo que ya no podía controlar?

Marta hablaba sin parar, su entusiasmo desenfadado llenaba el aire mientras yo la observaba como se observa una solución de última hora, un recurso desesperado. Ella sería mi ficción. Si Rafa llegaba a casa antes que yo, en mi relato, le diría que no había tenido más remedio que cenar con ella. Era perfecta: no había conexión alguna entre ellos, ni tratos, ni siquiera un saludo fortuito que pudiera derrumbar mi coartada. Mientras tanto, Daniel volvía con su juego, contestando a mis mensajes con esa distancia calculada que me

hacía hervir la sangre. Entre monosílabos, aceptaba acordar otro lugar para el encuentro.

Regresé a mi despacho intentando poner orden en un caos que me parecía insalvable. Todo era una mentira, y lo sabía. Cada mensaje que enviaba era una puntada más en esa red de engaño que tejía con manos temblorosas. Cada doble check azul me atravesaba como una aguja. Las líneas de Rafa me llenaban de una pena silenciosa, mientras que las de Daniel solo intensificaban mi asco. Tocaba mi pelo de manera compulsiva, como si alisar esos mechones pudiera aplacar el torbellino que sentía dentro. Mi camisa azul, que en un contexto normal simplemente acariciaría mi piel, me resultaba en aquellos momentos opresiva; mi cuerpo entero parecía rebelarse contra mí. Cruzaba y descruzaba las piernas, me reubicaba en la silla, una y otra vez, buscando una postura que no existía. Mi torso, echado hacia atrás, simulaba una calma que estaba lejos de sentir.

Le escribí a Rafa para decirle que era posible que no llegase a tiempo. Él asumió sin cuestionarme que, tras su larga estancia fuera, quizás nadie lo recibiría. Eso me dolió más de lo que esperaba. Me guardé que, si mi conversación con Daniel se alargaba, le escribiría para decirle que estaba con Marta. Y Daniel… tras aceptar mi cambio de planes, primero sugirió que nos viéramos en un bar del centro, y me negué sin titubear, pues alguien podría vernos. Después, en su descaro, propuso un hotel, el muy cerdo, y nuevamente me negué, con la misma firmeza. Después ofreció recogerme frente a mi despacho, y la idea me llenó de pavor, como si su presencia pudiera mancharlo todo, incluso mi espacio profesional. Finalmente, sugirió el apartamento de una amiga suya. Me pareció una trampa, algo sucio y deliberado, pero sentí que no tenía otra opción.

Si el lugar no era fácil, peor era el contenido. Aquello que había hecho que todo aquel embrollo fuera aún más intolerable. Llevaba horas devanándome los sesos sobre cómo manejarlo. Cómo explicarle a esa mente básica y utilitaria que podía convertirse en un problema para mí. Pero no podía permitir que volviera a hospedarse

allí, ni que su presencia persistiera en mi vida, como un recordatorio de mi error.

La falsa sinceridad. Esa fue la conclusión a la que llegué. Una falsa sinceridad edulcorada, maquillada de una impostora cercanía. Hacerlo sentir único, un confidente, un cómplice en aquel secreto que me estaba asfixiando. Usar sus propios juegos para mantenerlo controlado. Decirle que yo no era en realidad aquella mujer que había exhibido la noche anterior, y que no me arrepentía, pero que tenía un matrimonio que proteger. En la guerra ya tenía todas las de perder; debía buscar, aunque fuera fingiendo, su compasión: "Ha estado bien. Pero yo no soy así. Debes desaparecer. Mi marido no lo aceptaría". Ensayaba frases como Javier sonrisas. Yo, tan falsa como aquel crío.

Mi teléfono se iluminó. Daniel me enviaba una dirección. Después recibí una gracia absurda y una proposición soez irreproducible.

Temblé. Recorrí mi melena con la mano. Y suspiré.

CAPÍTULO 2

Revisé la dirección. No quedaba lejos del despacho. Pensé que podría ir caminando, después recoger el coche en el aparcamiento, que quedaba casi a medio camino, e ir a casa. Por supuesto, hice caso omiso a aquel mensaje de Daniel, pero un segundo mensaje no tardó en llegar y lo abrí sin querer, por estar deslizando los dedos por la pantalla en la aplicación que me indicaba la ubicación exacta de aquel apartamento.

Leí nerviosa:

—¿No te gusta lo que te escribo? Ya estoy más desocupado. Hazme casito. Te espero con ganas.

Solté el aire con fuerza, clavando los ojos en la pantalla, como si eso pudiera borrar lo que acababa de leer. El siguiente mensaje entró apenas unos segundos después, más explícito, tan gráfico que sentí el calor subir por mi cuello. Hablaba de mi cuerpo, de lo que haría con él, de cómo lo invadiría. Mi dedo se quedó suspendido sobre la pantalla. Después me sobresalté por algo externo, y escuché una voz conocida desde la puerta:

—Venga, va. Hoy no acepto un no por respuesta.

Javier, con su sonrisa de niño mimado, entró sin esperar mi gesto ni mi contestación. Tuvo el descaro de cerrar la puerta del despacho tras de sí y, para mi horror, se sentó en uno de los sillones de cuero, frente a mi escritorio. Yo no me podía creer que justo fuera aquella tarde la elegida por él para insistir como nunca lo había hecho.

—Ya te he dicho que estoy ocupada —respondí, posando el teléfono sobre la mesa y buscando un tono firme, pero que tampoco sonó

demasiado brusco.

—Y yo te dije que no acepto un no por respuesta —replicó, acomodándose como si el despacho fuera suyo. Sus piernas largas, los hombros amplios bajo la camisa perfectamente planchada… siempre había algo en Javier que atraía miradas, incluso las mías, que valoraba lo que ofrecía, aunque no me interesara lo más mínimo, y no solo por estar casada.

Mi teléfono vibró de nuevo en el escritorio, un zumbido que retumbó como un disparo en el silencio del despacho.

—¿No vas a mirar? Igual es urgente —comentó él, con una ceja arqueada y esa sonrisa que parecía buscar provocarme.

—No creo que sea nada importante… —dije, colocando el móvil boca abajo.

—Vale. Entonces… ¿tomamos esa copa? —insistió, inclinándose hacia adelante. Su postura era relajada, pero su mirada me evaluaba, pendiente de cada reacción.

—Javi, ya te dije antes que no.

—Eso me lo dices casi todas las semanas, pero aquí estamos, ¿no? —dijo y se cruzó de brazos, mostrándome unas muñecas fuertes y una mandíbula firme que siempre se mantenía relajada, pero poderosa.

En mi cabeza resonaba su "aquí estamos". Evidentemente, allí estábamos. Iba a rebatirle que allí estábamos, efectivamente, trabajando, que no por gusto, cuando otro mensaje llegó. Sentí el zumbido en la madera y, con él, un extraño escalofrío. Sabía más o menos lo que podría decir sin necesidad de abrir el mensaje, algo sucio, algo que me haría sonrojarme si lo leía delante de Javier.

—¿Todo bien? ¿Quién te escribe tanto?—preguntó, ladeando la cabeza mientras sus ojos viajaban de mi rostro al móvil boca abajo.

—Seguramente trabajo —dije apresuradamente, tratando de ocultar mi nerviosismo.

—¿Es trabajo y le das la vuelta al teléfono? —me quiso acorralar y mi temperatura corporal ascendía.

—Tengo que priorizar.

—¿Y yo de qué estoy en esas prioridades? —preguntó.

—De último, evidentemente.

—Bueno, al menos estoy —dijo en un tono suave, casi en un susurro.

Lo miré entonces, quizá porque necesitaba un respiro de todo lo demás. Sus ojos eran claros, directos, una mirada que no huía, que sabía exactamente lo que quería. Otra vez un hombre para el cual yo era simplemente un cuerpo. Apenas hablábamos. En realidad, siempre era él quien hablaba, y siempre con sus intentos monotemáticos de flirteo.

—A ver. ¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó, atacando mi intimidad.

La vibración de mi teléfono volvió a interrumpirnos. Sentí mis mejillas encenderse. Javier notó mi incomodidad, pero no se retiró. Al contrario, parecía disfrutar viendo cómo el mensaje me afectaba, como si supiera que no era algo relacionado con el trabajo, sino algo mucho más personal y que me ponía nerviosa.

—Carolina… ¿alguien te está molestando…? ¿Algún fan? —dijo, con su media sonrisa, de forma extraña, con sus ojos clavados en los míos.

—No es nada —contesté, y mi voz salió más apurada de lo que pretendía, y al momento me arrepentí de no haberle dicho que si alguien me estaba molestando era precisamente él.

Mis piernas se cruzaban bajo el escritorio. A veces recolocaba mi collar de perlas, cosa que sé que hago cuando estoy nerviosa, y entonces lo soltaba, sabedora de que aquello podría ser interpretado como una debilidad por aquel hombre que me observaba. Mi cuerpo estaba en una tensión confusa, un revoltijo de nervios entre la presión de Javier y los mensajes de Daniel, que seguían acumulándose como si supiera que yo, tarde o temprano, dejaría de ignorarlos.

Por un instante, deseé que la puerta se abriera, que alguien nos interrumpiera. Pero nadie lo hizo, y el aire en el despacho parecía cargarse cada vez más.

Javier no se movía. Su insistencia me exasperaba y, al mismo tiempo, me mantenía atrapada en esa burbuja de atención que no podía ignorar. Sentí el calor subiendo por mi cuello, extendiéndose por mi pecho, hasta que me vi obligada a hacer algo, a decir algo, cualquier cosa.

—Hace calor aquí, ¿no? —murmuré, arremangándome la camisa con movimientos rápidos y mecánicos.

—Yo estoy bien… —respondió, con la mirada fija en mis manos mientras me subía las mangas hasta los codos.

Sentía que mi piel brillaba, apenas una fina capa de sudor que delataba mi incomodidad. Su atención no ayudaba. Me concentré en ajustar las mangas con precisión excesiva, aunque mi mente apenas estaba en el movimiento.

Cuando volví a levantar la vista, él me observaba con esa sonrisa que parecía una provocación forzada. No bajé la mirada, pero aun así, era consciente de que su postura, con las piernas suficientemente separadas, marcaba algo descarado. Supuse que no era voluntario, pero su fino pantalón gris se ajustaba de una manera que no dejaba lugar a la imaginación. No quise detenerme allí, pero la visión global me lo anunciaba como un señuelo. Contuve la respiración un instante, sintiendo cómo mi garganta se apretaba.

Otra vez el zumbido del teléfono me sacó del trance. Lo agarré sin pensar, desesperada por una distracción. Huía, saltando de un hombre a otro, de un acoso a otro, y abrí el mensaje.

Daniel, directo y sin filtros, había escrito varias frases, todas me hicieron arder de pura vergüenza:

—Reconoce que no quieres hablar, que quieres repetir. Dímelo, te doy polla y ya está.

Tragué saliva, toqué mi collar con mi mano libre, me arrepentí de hacerlo, lo solté, y seguí leyendo:

—También podemos hablar y después follar. No tengo prisa. Mañana tengo el vuelo pero no madrugo.

Sentí cómo mis mejillas se encendían aún más, otra vez acaricié el dichoso collar, después mi mano fue a mi pelo, y terminé de leer:

—Me encantó tu paseíto después en tu terraza. Aunque ya sabía que te había molado el polvo. ¿A ti qué fue lo que más te gustó?

Mis dedos se tensaron alrededor del móvil. Quise lanzarlo lejos, apagarlo, cualquier cosa, pero mis ojos se quedaron clavados en la pantalla, repitiendo esas palabras en mi mente como si fueran un eco perverso.

—¿Todo bien? —preguntó Javier, inclinándose un poco hacia adelante.

El tono de su voz era neutro, pero había algo en su postura, en la manera en que me miraba; era evidente que sospechaba que algo no iba bien, que sabía que lo que leía en la pantalla de mi teléfono me afectaba.

—Sí, todo bien —mentí, y mi voz salió seca, casi inaudible.

Él alzó una ceja, como si no hubiera creído mi respuesta ni por un segundo, pero no insistió. Simplemente se recostó en el sillón, cruzando las piernas con una elegancia que yo sentí estudiada y

fingida, cosa que me irritó, como si pretendiera que cada gesto fuera una muestra de saber hacer.

Mis dedos se deslizaron por la pantalla, bloqueando el teléfono con un clic decidido, mientras intentaba reordenar mis pensamientos. Pero el daño ya estaba hecho: las palabras de Daniel seguían latiendo en mi mente, mezclándose con la presencia de Javier, con su cuerpo relajado frente al mío.

—Insisto. ¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó, rompiendo el silencio, y yo deduje que alguien le habría dicho que mi marido estaba ausente aquella noche, pues no era normal tanta insistencia.

—Nada especial —respondí bajando la mirada, fingiendo interés en unos papeles que no había tocado en minutos.

—Venga, Carolina. Algo tienes… Algún plan tendrás para no aceptar una copa con un amable y majo colega… un viernes…

Antes de que pudiera replicar, mi teléfono vibró de nuevo en la mesa. Otra vez sentí un latigazo en el estómago. Era más sospechoso obviarlo que revisarlo. Lo abrí, quizás también para no tener que responder a Javier. El mensaje era breve, pero hiriente, casi ultrajante, y tremendamente explícito:

—Reconoce que algo has pensado en mi polla hoy.

Mis dedos se cerraron otra vez en torno al móvil, como si eso pudiera sofocar las palabras. Levanté la vista y me encontré con los ojos de Javier, que parecían brillar con una curiosidad insaciable.

—Venga. En serio. ¿Quién te escribe tanto? —preguntó con su cansina sonrisa.

Intenté mantenerme impasible, pero entonces su mirada bajó, sin duda, hacia mi escote. Lo vi. Fue evidente. Descarado. De mis ojos a mi escote. Sin ningún disimulo. Sentí cómo mis mejillas se encendían otra vez, no tanto por pudor, sino porque, en un gesto automático, mis ojos hicieron lo mismo: cayeron, bajaron, bajaron más que los

suyos, y fueron a su entrepierna. Contraataqué fijándome por un instante en aquel abultamiento reposado en el sillón. El bulto era potente. Dudé entonces que su postura no fuera casual. Sospecharlo empeoró, aún más, el concepto que tenía de él.

—Ya te lo he dicho. Nadie importante —murmuré, apartando la mirada y volviendo a mis papeles, que me servían de trinchera.

—No parece que sea "nadie" —insistió, y su voz sonó más grave.

Lo miré con cansancio. La batalla mental de manejar a Daniel y a Javier al mismo tiempo me estaba agotando. Era sabedora, y me frustraba, de que si no estuviéramos en un entorno profesional me lo habría sacado de encima mucho antes, incluso meses antes, y con otras formas.

—Si te lo digo, ¿me dejarás trabajar? —pregunté al fin, con un tono ya descaradamente brusco.

—Depende —dijo sonriendo—. Pero te escucho.

Torné los ojos, resoplando.

—¿Aceptas o no?

—De acuerdo —respondió, después de un momento de duda.

Me enderecé en la silla, lo miré directamente y, antes de que pudiera arrepentirme, solté:

—Es un amante.

Sus cejas se arquearon, pero, para mi sorpresa, no reaccionó como esperaba. No hubo sorpresa, ni real ni fingida, solo un destello de interés.

—¿Un amante? Nah. Me tomas el pelo —dijo despacio, como saboreando las palabras. Luego sonrió con malicia—. Pero bueno, ahora sí que tienes que contarme más.

Negué con la cabeza, tajante.

—Un trato es un trato. Ya te lo he dicho, ahora te toca cumplir tu parte.

Javier se quedó inmóvil, evaluándome durante unos segundos que parecieron eternos. Finalmente, se levantó con una lentitud estudiada, alisándose el pantalón con un gesto refinado.

—Pues bien por el amante. Ojalá fuera verdad. Eso nos daría esperanzas por aquí a muchos —dijo entonces, en un comentario que me pareció horrendo.

Me lanzó una última mirada antes de salir por la puerta. Le dije que cerrara y cumplió. Dejó en la estancia una estela de olor a colonia de niñato de universidad privada. Yo negué con la cabeza. Nunca me había desagradado tanto aquel crío. Cerré los ojos, volví a suspirar, por enésima vez, aquella tarde. Y apenas había tenido tiempo de recomponerme cuando mi teléfono vibró de nuevo.

Abrí el mensaje con las manos temblorosas. Daniel, otra vez, no se andaba con rodeos:

—¿Pensaste en mí o no? ¿Pensaste en mi polla mientras currabas?

Sentí el calor subir por mi pecho, extendiéndose como una ola que me dejaba sin aliento. Era demasiado, todo lo que estaba ocurriendo al mismo tiempo; era demasiado. Mi mano dejó caer el teléfono sobre la madera del escritorio, mientras mi mente, por un instante, se nublaba entre el rechazo, la tensión, y una chispa traicionera que me quemaba desde dentro, afectada por sus palabras burdas.

Miré la hora. En unos cuarenta minutos me encontraría con él.

Entonces recordé el papel que debía desempeñar para buscar que me dejara en paz, que desapareciera de mi vida y así evitar el peligro de que Rafa se enterase. Aquel papel de mujer agradecida, pero casada. Aquel papel en el que le daba todo el poder y reconocimiento para que no se acercase más, para que no pusiera en riesgo mi matrimonio y mi vida.

Supe entonces que debía darle algo, ir preparando el terreno. Con mi corazón a altísimas pulsaciones, me aparté un poco la melena y comencé a teclear en mi teléfono:

—Claro que he recordado cosas de anoche. Pero no puede ser. Ahora lo hablamos.

Lo envié y le di de nuevo la vuelta al móvil.

Y pensé en Rafa. Pensé en que sabía que me preguntaría, en persona, cara a cara, por aquel hombre de la noche pasada. Pensé en cómo iba a ser capaz de mentirle así, frente a él, y decirle que no había pasado absolutamente nada.

CAPÍTULO 3

Daniel respondió a mi tramposo mensaje con un críptico y siempre desagradable: "Je, je".

Era tan vulgar… Tan pretencioso… No lo soportaba. No lograba entender qué había pasado. A veces reflexionaba, intentando encontrarle sentido, y una de las conclusiones a las que llegaba era que el hecho de haber estado siendo infiel me había descolocado por completo. El hecho de saberme infiel, mientras Daniel me… tomaba, me había hecho sentir un morbo mucho mayor. Recordaba ser consciente, y casi decírmelo, como una voz interna… "Estás casada… y este idiota te está… follando… Dios… Si Rafa te viera…". Aquello, mientras escuchaba los gemidos de Daniel, mientras jadeaba como un animal, mientras me clavaba su mirada sucia, me había hecho perder la razón; me había llevado a otro lugar; un lugar hasta entonces desconocido.

Tampoco podía engañarme: tenía sus artes, y tenía su cuerpo. No podía negar que recordaba momentos y me estremecía. A mi mente acudían imágenes y todo mi ser se agitaba. En la soledad de mi despacho, recordaba cuando me había penetrado; recordaba cuando yo, recostada sobre la barra de su cocina, había bajado mi mirada y había visto la exageración, la barbaridad con la que me invadía… y en el tiempo real, en mi despacho, no podía evitar darme cuenta, allí sentada, de que otra vez mi mano había volado a toquetear las perlas de mi collar.

Me recliné un poco más, permitiendo que mi cuerpo se deslizara suavemente por el asiento. Daniel era un idiota. Su mirada era artificial, impostada. Su sonrisa me daba directamente asco. Pero aún podía sentir sus besos en mi boca y sabía que aquellos besos

estaban lejos de merecer algún reproche. Recordé el primero de aquellos besos: el golpe emocional, la estupefacción, y descrucé las piernas. Después recordé cómo había accedido a que me vendase los ojos… y recordé cuando había metido su polla en mi boca… y me sofoqué. Arremangué una camisa ya remangada. Recordé la magnitud, el olor; el olor a sexo de su miembro, tan desagradable que había conseguido un efecto contrario: una vergonzosa, traicionera y desmedida excitación.

Recordé, por un fugaz instante, aquella dureza en mi boca, como un hierro candente y a la vez húmedo, goteante… y dudé en soltar la camisa de la falda. Recordé la primera vez que había empujado, y recordé mi protesta, diciéndole con mi quejido que no podía abarcar más aquella barbaridad… y dudé en soltar un botón de mi camisa. Me asfixiaba. Aún podía sentir aquel olor. Aún podía sentir aquella enormidad ocupando mi boca por completo. Aún podía sentir el regusto de cuando de aquello había brotado un sabor amargo que yo degustaba afectada y sorprendida; cada gota lo cambiaba todo, lo encendía todo.

No me sentía culpable por admirar aquello; no me sentía culpable al recordar que mi cuerpo había temblado, y que mi sexo había vibrado, al sentir aquella brutalidad en mi boca; aquella brutalidad desconocida, que no tenía nada que ver con mis sensaciones cuando le hacía una felación a Rafa. Quizás fuera injusto, o peor: simplemente irracional, salvaje, animal, como si mi cuerpo se hubiera rebelado contra las consignas artificialmente establecidas. Por qué iba a culpar a mi sexo por haber palpitado al haber sentido mi boca aquella monstruosidad.

Dudé si ponerme en pie. Miré la hora. Bajé la pantalla del ordenador portátil. Recordé cómo se había corrido sobre mí, y cómo, aun así, su miembro había continuado con la misma firmeza. Cómo había sido posible. Me imaginé, con los ojos vendados, sentada en su sofá, manchada por él… y no podía concebir una estampa más dolorosamente horrenda, y a la vez tan descarnadamente morbosa.

A veces me preguntaba si habría también un tema de ego; de creer que todo había sido así por ser yo, que su dureza se había mantenido por ser conmigo. Me sentía ridícula al pensar que quizás me molestaría que aquella excitación suya pudiera haberse dado con cualquiera. A la vez, precisamente que yo fuera cualquiera, me daba un morbo atroz.

Doblé unos papeles. Junté expedientes y los coloqué dentro de un archivador. El sonido de las anillas rechinó mientras recordaba cómo me había follado contra la barra de la cocina. Recordé la sensación. Sus frases. Cómo había apretado mis pechos hasta incluso hacerme daño. Recordé su orgasmo, el calor de su semen cayendo en mi culo y en mi espalda, cómo si ardiese; tanto que había notado aquel calor incluso a través de la camisa; mi espalda empapada, mi culo empapado… Recordé cuando su miembro había salido de mí: la sensación de abandono, de desamparo, de vacío. Recordé haber sentido una desatención caprichosa. Una cándida y entregada frustración. Me había sentido de repente diminuta, empequeñecida, sin Él dentro.

Y su risa, tras haber eyaculado, tras haberme empapado la ropa, la espalda y el culo. Su risa espantosa y repugnante. Recordé haber tardado unos instantes en sentir rabia e indignación conmigo misma. Recordé, también, haber dudado si pedirle que me volviera a follar.

No recordaba las frases que yo le había dicho mientras me penetraba. Y eso me aliviaba, pues sabía que recordarlas me avergonzaría hasta hacerme sentir un bochorno horroroso. Sí recordaba con tremenda nitidez cuando me había dicho, en medio del clímax, entre gemidos, jadeos y azotes en mis nalgas, aquel "¡vaya zorra me estoy follando…!". Lo recordaba y me estremecía. Los azotes en mis nalgas, su vejación. Su uso de mi cuerpo… En tiempo real tragué saliva y volví a cruzar las piernas.

Y recordé también cuando había jadeado, entrecortadamente, mientras me penetraba a toda velocidad, un descarnado y humillante: "¡Córrete, zorrón, córrete!". Recordaba con escalofriante

pureza cómo la pronunciación de aquel insulto me había hecho deshacerme, abandonarme en un orgasmo desconocido, tan intenso que mi mente y mi cuerpo habían llegado a traicionarme, pues recordaba haberme corrido mientras, a la vez, sentía un lastimoso agradecimiento; como si ambos, cuerpo y mente, fueran sabedores inmediatos de que, en mis casi cuarenta años, nadie me había hecho sentir aquello, nadie me había hecho correrme así, nadie me había follado así.

No me había dado cuenta, pero la mano inquieta e incontrolable había ido del collar a mi melena, y de mi melena a mi camisa, y había desabrochado un botón.

Resoplé. Revisé mi teléfono y comprobé qué hora era. Cerré el botón y me puse en pie. Al hacerlo sentí mi cuerpo entumecido y después intuí que mis recuerdos habían repercutido en un punto concreto. Y después no lo sospeché, sino que lo supe: caminé para rodear mi silla y hacerme con mi chaqueta, y, no quise juzgarme, me negué a reprocharme, al sentir una reciente humedad depositada en la seda que guardaba mi sexo.

Me puse la chaqueta y noté que mi melena había quedado atrapada debajo. Con cuidado, la liberé despacio usando las manos. Al soltarla, mi cabello rozó mi cuello, provocándome un leve cosquilleo; cualquier contacto me afectaba. Finalmente, dejé que mi melena cayera suavemente sobre mis hombros. Mis movimientos se agitaban en una calma nerviosa, y es que, mientras lo hacía, pensaba en que lo odiaba, a aquel hombre, por lo que era, pero a la vez no había podido evitar haberme sentido agradecida por lo que había hecho.

De golpe, sentí un súbito morbo por confesarlo todo. Un súbito morbo por cancelar mi cita con Daniel e ir a casa, con Rafa, con mi marido, y decirle lo que había pasado. Decirlo de forma cruda, directa, sin falsas justificaciones. Confesar lo que había ocurrido de manera adulta, franca, rigurosa. Decirle que un hombre me había follado. Un hombre esencialmente desprovisto de belleza. Un

hombre que me caía mal. Desagradable. Burdo. Vulgar. Pero un hombre que me había complacido sexualmente de una manera que nunca hubiera pensado que nadie pudiera conseguir. No confesaría para hacerle daño, pero me sentía con la necesidad de ser explícita. Me daba morbo reconocer, también, que el hecho de haberle sido infiel me había excitado, y que quizás incluso había sido determinante para sentir aún más placer.

La puntilla, quizás injusta, pero igualmente real y crucial, versaría sobre cómo me había sentido con él, por ser para él, poco más que un trofeo que recordar. Yo, para Rafa, era su mujer. Yo, para aquel hombre, era solo la zorra que se había follado aquella noche; el zorrón que había jugado con él, de terraza a terraza, y se había quemado. Quizás fuera triste reconocerlo, pero aquello también me excitaba. Pensé también que quizás, si confesase y Rafa me perdonase, deberíamos hablar de la rémora que produce en el sexo los sentimientos de adoración.

Me imaginaba confesando aquello y me asaltaban una multitud de sentimientos encontrados, pero seguramente había dos predominantes: morbo y liberación.

Me hice con mi teléfono. La tentación era realmente fuerte. Cancelar mi cita con Daniel. Ir a casa. Hablar con mi marido. Escucharle. Confesar.

Sabía que Rafa había iniciado el juego. Que me había pedido que me besara con él. Que con otro hombre me había pedido incluso que me citara con él. Pero aquello era diferente.

Poco a poco, allí, de pie, en mi despacho, mientras me visualizaba confesando, comencé a ser asaltada por otro sentimiento: el miedo.

Miedo a que Rafa, con toda la razón, con lógica, justamente y en su derecho, no considerase aquella infidelidad como nada cercano a algo digno de ser aceptado.

Mi teléfono vibró entonces en mi mano. Era un mensaje del innombrable.

Aparté un mechón de mi melena; recogí mi flequillo tras una oreja. Resollé, y, tensa, leí:

—¿Vienes ya o qué? Te estoy esperando.

Y después entró otro mensaje. Tragué saliva. Como si algo dentro de mí me anunciara, supiera, que venía una flagrante fatalidad. Y leí:

—Qué cachondo me pondría que vinieras ya con las braguitas en la mano.

Bloqueé el teléfono. No había sentido mayor repugnancia en toda mi vida.

CAPÍTULO 4

No me podía engañar, y es que el hecho de que confesase o no a mi marido no alteraba la necesidad de sujetar aquel cabo suelto. Las cosas tenían un orden; debía zanjarlo todo con Daniel, por asco que me diera volver a compartir siquiera mismo espacio que él, antes de contarle a Rafa lo que fuera que finalmente le confesaba.

Salí de mi despacho e hice escala en el aseo. No dudaba de que había algo en aquella parada vinculado a retrasar un momento que me descomponía con solo visualizarlo. Cerré la puerta con un clic seco que resonó en el silencio del pequeño espacio. Me apoyé contra ella por un momento, intentando calmarme. Había nacido en mi interior algo que no lograba controlar, un calor que no venía del ambiente sino de dentro, y que parecía expandirse, imparable. Después, frente al espejo, dejé el bolso sobre la amplia extensión de mármol junto al lavabo y me miré.

Me costaba reconocerme. Tenía los ojos demasiado brillantes, las mejillas encendidas, y los labios entreabiertos, como si me faltara el aire. Me mojé las manos bajo el grifo. Luego, con el agua fría, incluso casi gélida, aún goteando, pasé las yemas de los dedos por mi rostro; después, ligeramente, por mi cuello, esperando que eso me ayudara a enfriar la piel, a contener ese temblor involuntario que me recorría. Pero no funcionó. El contacto no me calmó; todo lo contrario. El sudor mudó a un tenso sudor frío, y la sensación de los dedos mojados sobre mi propia piel se sintió… diferente. Extraña. Incluso demasiado agradable.

Cerré los ojos un instante y noté que todo lo sentía de manera excesiva, desconocida. Como si aquellas horas, desde la noche anterior, no fueran parte de mi vida sino una gradación superior. No

solo los recuerdos, sino yo misma; el tacto, las percepciones, los roces, los olores: el sutil remojo en mi cuello por aquellas gotas de agua que depositaban mis manos, aquel punto neurálgico; en mi sexo, aquella humedad que no se iba; el tacto de mis bragas y mi falda; el sentir de cómo la seda de mi camisa resbalaba por la piel de mi espalda, de mi cuello y escote; la sensación de opresión de mi sujetador contra mis pechos.

Abrí los ojos y me obligué a respirar profundamente. Me incliné hacia el lavabo para mojarme las manos de nuevo, buscando cualquier excusa para centrarme en algo práctico.

Me sentí vulnerable, fuera de lugar, pero también, irónicamente, viva, como si el secreto que cargaba me diera una chispa de adrenalina que odiaba reconocer. Me quité la chaqueta y la coloqué junto al bolso. De nuevo la necesidad de retrasar el marcharme definitivamente al encuentro mezclada con una sensación, desconocida y agradable, de sentir, de sentirme, como nunca me había sentido. No necesitaba examinarme, no necesitaba reflexionar, era algo meramente físico: el sudor en mis axilas, en mi espalda… Solté un botón y liberé la camisa de la sujeción de mi falda; por el cambio, la tela azul fluía marcando más mi pecho.

Volví a mojarme las manos. Dejé el grifo abierto. El leve y tenue zumbido del agua me mecía. Otra vez mojé mi cuello. Mis clavículas y nuca, brillantes por las gotas de agua, humedecían un poco los cuellos de mi camisa. El agua estaba muy fría, el contraste era intenso. Volví a cerrar los ojos. Otra vez, el roce de mis dedos mojados en la piel de mi cuello se sentía incómodamente placentero.

Y de golpe sentí un recuerdo, que no era un recuerdo, porque ni había ocurrido ni en él participaba nadie conocido; no tenía rostro ni nombre. Era algo más abstracto, casi una respuesta puramente física que no podía controlar. La humedad en el aire, el encierro, el silencio roto solo por el eco del agua… todo se sentía extraño, como si algo estuviera fuera de lugar en ese diminuto espacio.

Intenté recomponerme, pero mis pensamientos vagaron sin permiso. Seguía sintiéndolo todo de una manera desconocida y, entonces, por un momento y por sorpresa, llegué a sentir que alguien me tocaba desde atrás, tocaba mi falda, como si intentara subirla.

Lo sentí como si fuera real. Tanto que, de golpe, abrí los ojos, asustada. Me incliné hacia el lavabo y respiré hondo, tratando de borrar ese pensamiento intruso. "¿Qué me pasa?", me pregunté. Sabía que no era exactamente deseo, no hacia Daniel ni hacia nadie en particular. Era una traición de mi propio ser, una reacción que me hacía sentir sucia, culpable, como si mi cuerpo me estuviera traicionando por segunda vez.

Me incliné otra vez hacia el lavabo, dejando que el agua corriera entre mis manos. Pero, esta vez, mientras mis dedos atrapaban el agua, no me enderecé de inmediato. Me quedé así, inclinada, con la respiración algo agitada, sintiendo el tirante del sujetador apretando mi hombro y la tela de la camisa pegada a mi piel.

Levanté la mirada desde esa posición, y lo que vi me paralizó. En el espejo, mis pechos parecían sobrecargar el sujetador, imprudentes, innecesariamente grandes y marcados; exagerados por la posición de mi cuerpo. Desvié la mirada y acudí a mí: a mis ojos, a mi melena, suelta y ligeramente húmeda en las puntas, que caía por un lado de mi rostro, cubriéndome parcialmente como una cortina oscura que me protegía y, a la vez, me exponía.

Otra vez sentí a alguien detrás, pero esta vez sí le di forma. No quería pensar en él, pero fue inevitable. Daniel. Me vino a la mente como un golpe inesperado, una sombra que se colaba entre los hilos de mi autocontrol. Recordé que tan solo unas horas antes me había tomado así, desde atrás, inclinada sobre la barra de aquella cocina. Recordé sus manos fuertes, sujetándome por las caderas, levantándome la falda como si fuera algo suyo. Sentí el calor de su cuerpo detrás del mío, el peso de su presencia, cómo se movía sin pedir permiso, sabedor de que no necesitaba que yo le autorizase a nada.

El recuerdo me atravesó como un latigazo. Cerré los ojos, pero fue peor; ahora podía sentirlo incluso más. Sentía algo en mi espalda: una mano, su mano, que me empujaba y me impedía incorporarme; no era una mano real, pero mi cuerpo lo imaginaba, lo creaba, y no podía moverse. Después, el roce, el tacto de mi falda, deslizándose por mis muslos, hacia arriba. Mis piernas tensándose, la piel erizándose… el bochorno y el miedo a que dijera algo al respecto de cómo mi sexo se mostraba, rendido ante él.

Tomé consciencia. Me incorporé. Mis manos se apoyaron en el borde del lavabo mientras intentaba estabilizar mi respiración. Me obligué a alzar la cabeza, a verme con dureza en el espejo, a recuperar el control que parecía escapárseme. Cerré aquel botón de mi camisa y me adecenté, volviendo a colar la seda azul bajo la falda. Me puse la chaqueta e hice volar mi flequillo con un fugaz resoplido. Después coloqué mi melena tras la oreja. Abrí el bolso y me hice con mi teléfono. Daniel no había escrito nada más. Releí aquello de "las braguitas en la mano". Me pareció de nuevo tan ridículo como asqueroso. Sin embargo, sentí, por primera vez aquella tarde, una extraña necesidad de interacción.

Pero escuché entonces unos pasos. Alguien entraba en el aseo contiguo. No podía retrasarlo más. Mi tardanza, además, repercutía en la posibilidad de llegar a casa y encontrarme con Rafa cuanto antes.

Metí el teléfono en el bolso. Me colgué el bolso al hombro. No me quise volver a mirar en el espejo, como si así pudiera dejar atrapada, allí, a aquella mujer encendida. No quería llevármela conmigo.

Salí al pasillo y cada paso que daba entrañaba una súplica para no encontrarme ni cruzarme con nadie. Parecía que toda la mala suerte se había condensando en las insistencias inoportunas de Javier, pues llegué al ascensor sin tener que fingir cordialidad con nadie. E incluso, una vez allí, pude descender hasta la planta baja del edificio en soledad.

Hacía tiempo que la noche se había cerrado. Sin embargo, había un poso de calor que reverberaba, partiendo del suelo, de las aceras, de las calzadas.

Caminaba, apresurada y alerta, como si estuviera haciendo algo terrible, cuando lo terrible ya se había producido. Me cruzaba con desconocidos y me sentía con la obligatoriedad de agachar la cabeza, como si pudiera sentir que ellos me juzgaban, que ellos lo sabían. La humedad en mis axilas, mi espalda y mis muslos, parecía incluso acrecentarse por el agitar constante de mi caminar.

Detenida ante un semáforo, frente a un paso de peatones, me revolví para hacerme con mi teléfono, dentro de mi bolso, para revisar la dirección exacta. Tras hacerlo, y cuando iba a guardar el móvil otra vez, fui asaltada por un zumbido: alguien me llamaba, vi enseguida en la pantalla un número de muchas cifras, sin duda una extensión de mi despacho.

Descolgué el teléfono, la chica de recepción me dijo que me había olvidado la cartera sobre mi escritorio. Y mi respuesta no consistió en agradecerle el habérmelo comunicado, ni en decirle que ya iría en otro momento a por ella. Mi respuesta me reveló que estaba fuera de mí en todos los aspectos:

—¿Se puede saber por qué coño la gente entra en mi despacho? —pregunté, alzando la voz.

Escuché un silencio al otro lado de la línea. Tras resoplar y reiniciar mi caminar, me dijo que la chica de la limpieza, al no ver luz en mi despacho, había entrado.

No fui capaz de disculparme. Y no lo fui porque la vergüenza era tan grande que me bloqueó. Apenas logré responderle, con el tono más amable que pude, diciéndole que no tenía prisa por recuperarla, y luego colgué.

Mis pulsaciones se disparaban con cada paso. Sentía casi asfixia. Y a la vez me sentía ridícula, caminando hacia allí, con prisa, angustiada,

al sitio indicado por él.

Llegué al portal. Iba a revisar si Daniel me había indicado el piso, pues no lo recordaba, cuando unas chicas salieron y, al verme allí, simplemente dejaron la puerta abierta.

Comprobé que sí me había escrito indicando también la planta exacta y la puerta. Llegué al ascensor. El habitáculo era grande. El espejo era grande. Pero no me quise ver en él.

Resoplé en silencio. Me ajusté el bolso al hombro. Toqueteé mi collar y al instante lo solté, como si quemara.

Las puertas se abrieron en un desgastado chirrido mecánico. Una exhalación más, seguida de un suspiro. Mis tacones rechinaban contra el suelo: golpes que resonaban como una acusación, como si fuera dejando surcos, marcas; como si tallaran huellas invisibles, pistas culpables de un recorrido ilícito.

Timbré y reculé un par de pasos.

Mi corazón se me salía del pecho.

Escuché cómo alguien abría la puerta.

Daniel apareció ante mí.

CAPÍTULO 5

Su figura llenaba casi toda la extensión, bajo el marco de la puerta, haciéndolo parecer no solo alto, sino también ancho; tan sólido como lo recordaba. Llevaba una camiseta blanca que se ceñía ligeramente a su pecho amplio, dejando adivinar la forma de sus hombros y la curva de sus bíceps. Los pantalones marrones, finos, de vestir, parecían desentonar, como si hubiera intentado un gesto de elegancia que se había quedado a medio camino, como la noche anterior.

—Carolina… —dijo, alargando la pronunciación de mi nombre, en una turbia invitación que rezumaba farsa y maquinación. Su voz tenía esa gravedad que parecía que intentaba intimidar, y su tono siempre esbozaba un pequeño porcentaje formal y un gran porcentaje burlesco. No respondí. Entré.

Se hizo a un lado, dejándome espacio, y en mi retina se quedó grabado cómo brillaba su cabeza rapada, en la penumbra, de una manera desagradable, irritante. También me llamó la atención el brillo de unos zapatos marrones, que parecían pulidos con un esmero casi maniático. El vestíbulo era estrecho y apenas iluminado por una bombilla desnuda que oscilaba suavemente desde el techo, como si el más mínimo soplo pudiera apagarla. El aire olía a humedad y a tabaco, mezclado con algo agrio que no podía identificar. A un lado, una pila de cajas de pizza y botellas de refresco vacías formaban una especie de monumento al desorden. Mis tacones resonaron contra el suelo de madera sin alfombra, un sonido que se sentía demasiado ruidoso en ese espacio pequeño y desaliñado.

—Pasa al salón —murmuró Daniel, rodeándome para cerrar la puerta detrás de mí.

El salón era peor. La penumbra no ayudaba a disimular el caos: una mesa baja estaba llena de objetos cotidianos que parecían haberse acumulado de forma más descuidada que deliberada. Había un par de tazas de café olvidadas, una con restos de líquido frío en el fondo y la otra con una cucharilla que había dejado una marca en el borde. Un libro de texto grueso, marcado con post-its de colores, yacía abierto, con un bolígrafo azul atravesado entre sus páginas. Una vela aromática gastada estaba en el centro, con su mecha quemada, rodeada por un charco irregular de cera. Junto a ella, el mando de la televisión descansaba sobre un posavasos con la esquina doblada.

El sofá, aunque no estaba roto ni particularmente sucio, tenía un par de cojines grandes y desordenados, uno con una funda llamativa de estampado floral y otro de un color liso que parecía haber sido aplastado por el peso de alguien hacía poco. Sobre el sofá también yacía un ordenador portátil que, quizás por contraste, parecía nuevo, como también parecía flamante la pantalla plana que se ubicaba frente al sofá. Daniel pasó por mi lado y me dio la sensación de que olía a alcohol.

Él no decía nada, me observaba. Sus ojos brillaban, repulsivos y a la vez bonitos. Yo me quedé quieta en el centro de aquel salón, sintiéndome fuera de lugar entre el desorden y el olor a cerrado.

"Tengo que irme de aquí cuanto antes", pensé. Y él me ofreció algo de beber y le dije que no.

—¿Nada? ¿Seguro? Bueno. ¿Nos sentamos? —planteó, alargando su brazo en dirección al sofá.

—No, no. Lo hablamos de pie —contesté con firmeza.

Él esbozó una mueca de desaprobación y después dijo:

—¿Hablar? Bueno, entonces yo una birrita sí me la voy a echar.

Desapareció de mi vista por un pasillo. Allí encendió la luz. Yo me volteé y ajusté mi bolso al hombro. Miré a mi alrededor otra vez. No podía evitar sentir un asfixiante nerviosismo. Sabía que debía mantener la cabeza fría. Para terminar con aquello, tendría que ser convincente y al mismo tiempo aduladora; era consciente de que esa sería la parte en la que me tocaría tragarme el orgullo. Necesitaba salir de allí con la certeza de que su promesa de no interferir en mi vida nunca más quedaría firmemente sellada.

Escuché después sus pasos tras de mí. Miré mi reloj. Resoplé.

—Estos días de curro por aquí me están sentando fatal, eh. El alcohol es lo peor que hay para el cuerpo y llevamos veinticuatro horas que no paramos —escuché mientras me volvía a rodear para colocarse delante de mí, empuñando ahora un botellín de cerveza—. Hoy mismamente tuve una comida con un cliente que parecíamos un saco sin fondo. Me voy a pasar después fácil una semanita sin probar ni una gota de alcohol —dijo, como si a mí me importase.

Supe que debía comenzar ya, y sentí inmediatamente una bocanada de calor. Me arranqué como pude:

—A ver. Vengo a decirte que…

—Espera, espera —me interrumpió—. ¿Lo que me querías decir me lo vas a contar así?

—¿Así cómo?

—Así, los dos aquí, de pie…

—Ay, mirá, no sé. Qué más da de pie que sentados —dije sospechando de sus intenciones para que nos sentáramos.

Noté en su expresión que estaba a punto de hablar otra vez. Entonces, anticipándome, alargué la mano y la extendí con la palma hacia él, en un gesto claro de "detente". Mi intención era inequívoca: que guardara silencio y me dejara continuar. Y yo sabía que mi “Ay, mira, no sé” y mi último movimiento habían proyectado fragilidad,

pero no me desagradó mostrar eso. Lo quería confiado y dominante. Tenía la certeza de que eso me ayudaría a conseguir el acuerdo que quería.

—A ver —continué—. Va a ser muy rápido. Perdona si te he liado para poco rato. Pero lo que vengo a decirte es que lo de anoche fue… Que me monté yo un poco una película… Que no soy esa que te dije que soy. Sí es cierto que alguna vez he jugado con mi marido a algo… y de ahí un poco eso de… bueno, lo que tú veías… lo de que tú me vieras en mi terraza… —hablaba yo, que había ensayado el discurso varias veces, pero que no era lo mismo que hacerlo mientras sus ojos se clavaban en mí, en aquel apartamento inhóspito.

—Vale… —susurró él, asintiendo, comedido.

—Y… A ver —proseguí, cruzando los brazos, y sintiendo un calor opresivo—. Verás. Yo… —susurré y me odié, pero me vi obligada a decirlo— no… no me arrepiento de lo que pasó ayer. Estuvo bien… —pronuncié, y lo miré, y él alzó un poco las cejas, e hizo una mueca de suficiencia—. Eso… estuvo bien… pero ni mi marido lo sabe… ni quiero que lo sepa… al menos por ahora… Y, para colmo, ha vuelto antes de lo esperado. Vamos que… quizás hasta esté en casa ya…

—Muy bien. ¿Y? —preguntó serio, y bebió. Y ni cuando bebía dejaba de mirarme.

—Pues que… —volví a odiarme, pero sabía que debía incidir—. Pues que lo de anoche estuvo bien, pero ni puede volver a pasar… Ni puedes… No sé cómo decirlo… mostrarte… en las próximas horas, hasta que te vayas… Que te vas mañana… Y te agradecería… la verdad… que… si vuelves… porque dices que vienes cada equis tiempo… que no volvieras a hospedarte… dónde estás. O sea, en ese piso en el que estás.

—En el pisito en el que follamos ayer… —susurró.

—Eso es —respondí ahogando una súbita rabia.

—Que no puedo volver a alquilarme unos diítas ahí.

—Te lo agradecería… La verdad.

—Ajam —pronunció de manera forzada.

Volvió a beber. Seguía mirándome. El calor era casi insoportable. El silencio era pura angustia.

—Entonces no has venido con las braguitas en la mano —sonrió, con su horrenda hilera de dientes pequeños.

—No. No he venido con las braguitas en la mano, no —contesté sintiéndome ridícula al utilizar aquel estúpido diminutivo.

—Las llevas puestas entonces… —susurró, con su sucia sonrisa perenne, y volvió a beber.

—Las llevo puestas, sí —contesté, cortándome de decirle algún improperio, de los muchos que se me ocurrían.

—Pero estuvo bien lo de ayer, entonces… —volvió a susurrar, queriendo, seguro, forzarme a que lo desarrollara, para gloria de su propio ego.

—Sí, estuvo bien. Oye, qué calor hace aquí ¿no? —pronuncié por segunda vez aquel día, intentando escapar de sus preguntas.

—Ya ves. Las locas estas que viven aquí… tienen calefacción centralizada, y da igual que noviembre parezca principios de octubre que les ponen la calefacción a todo trapo —dijo, y volvió a beber.

Yo tenía la sensación de que ya estaba. De que ya había cumplido. Y buscaba desesperadamente la frase de la huida. Tenía la sensación de que incluso, finalmente, había sido más fácil de lo esperado.

—Entonces… —continué—. Era eso. Decirte que. Eso. Que mi marido ya estará en casa, o a punto de llegar… De hecho, le escribiré ahora para decirle que llego un poco tarde, pero que llego enseguida…

—Carolina… —me interrumpió.

—¿Qué?

—Que no voy a llamar a la puerta de tu casa esta noche, ni mañana antes de marcharme… y decirle a tu maridito nada… ¿Quién te crees que soy? Me parece mal hasta que lo hayas pensado.

—No sé… Yo qué sé… —resoplé, cruzada de brazos, frente a él.

—¿Algo más que confesar? —preguntó y bebió.

—No…

—Pues mira, yo… Ya que estamos con confidencias… ¿Confidencias se dice? ¿O confesiones? No sé. Bueno. Que yo también te quería decir una cosilla. Mira. El caso es que… —dijo, enredándose y volviendo a usar aquella muletilla que me ponía nerviosa— yo… no te he mentido… como tú a mí, por lo que me cuentas, pero tengo mis cosillas también. Mis cosas raras. Ya escuchaste las cosas que te conté ayer… —habló, esperando mi respuesta, y yo sentía un terrible desazón, una súbita desesperación, pues había pensado que ya estaba hecho, pero me encontraba con que él quería hablar, contarme alguna chorrada que no me importaba absolutamente nada, antes de poder marcharme en son de paz.

—Sí… Ya… —contesté sin más.

—Pues eso. Lo de ayer… que sé que evidentemente lo has disfrutado mucho… —sonrió y lo odié, y me odié a mi misma—. Pues… fue como… para mí… Para lo que hago yo… Pues muy normalito… —volvió a sonreír y a esperar mi respuesta, pero no dije nada—. Por ejemplo, mismamente aquí, en este apartamento, me estoy tirando a una chiquita… Veinticuatro añitos… No veas las cosas que hacemos.

Yo asentí. Me coloqué el pelo tras una oreja, apartando el flequillo. Fingí interés. Y en mi cabeza resonó una frase que no pude decir en voz alta: "me importa una mierda a quién te folles en este tugurio asqueroso".

—Estos días no está. Creo que está en una despedida de soltera —sonrió—. No sé. Algo así me dijo. No le hago mucho caso… Es de estas crías… "bla, bla, bla" —pronunció haciendo un gesto con su mano, creando con ella un pico que hablaba.

—Ya… —contesté, muerta de calor y desesperada porque se callara y pudiera preparar mi última frase, la frase de la huida.

—Bueno. Y el caso es que… esta chica… —prosiguió, y entonces un sonido nos sobresaltó: el timbre, el timbre de la puerta, resonaba con fuerza e insistencia.

—Joder… ¿Serán las pesadas estas…? Es la segunda vez que se van y vuelven —refunfuñó él—. ¿No tienen llaves? Hostiá, claro, las llaves las tengo yo —hablaba él para sí mismo, y después, mientras el sonido desagradable continuaba, me abandonó y se fue hacia el vestíbulo.

Me volteé. Caminé un poco hacia allí. Apenas tres o cuatro pasos indecisos. Escuché cómo él abría la puerta, y escuché ruido de pisadas, de zapatos, de tacones. Enseguida, vi a dos chicas jóvenes que entraban hablando a toda velocidad, diciéndole que había habido un malentendido, que "las otras aún no estaban listas", pero que ya habían pedido algo para cenar allí, y que después saldrían.

Me las encontré de frente cuando accedieron al salón. Me miraron. Me examinaron. Seguramente me juzgaron.

Y después escuché:

—Carolina, my dear… Vamos entonces al dormitorio de ésta… y te termino de contar.

Daniel, diciendo aquello con un acento que me revolvía el estómago, que me hacía sentir una vergüenza ajena indescriptible, entró también en el salón. Lo miré: su mirada, su barba, su voz. Sentí una repugnancia inenarrable. Él me indicó el camino al pasillo con su mano, de forma exagerada, casi actoral. Las chicas dejaban caer sus

cazadoras sobre el sofá y los tacones de sus botines retumbaban con eco por toda la estancia.

—Está bien. Pero un minuto. Que sabes que me tengo que ir… —le dije, haciendo de tripas corazón, en un tono dolorosamente agradable, sin otro remedio que aceptar, sintiéndome observada por ellas y fingiendo una cordialidad tremendamente falsa con él; y con un vigor suficiente para que aquellas crías también lo escuchasen.

—Sí, sí… Un minutito —pronunció él, y ellas, que hacía unos segundos que se habían callado, no disimulaban su curiosidad y su interés por escuchar—. Será solo un momento, tranquila —continuó Daniel, —que enseguida vuelves con tu maridito y nadie le va a contar nada… —añadió, también en tono alto, humillándome deliberadamente ante ellas.

CAPÍTULO 6

Comencé a caminar. Las chicas cuchichearon. Me alejaba de ellas y me acercaba a él, que se mantenía quieto, esperándome, claramente dispuesto a que pasase por delante.

—Es la tercera puerta de la derecha —dijo, señalando con un leve movimiento de cabeza, y, efectivamente, me ofreció paso.

Mi animadversión, mi tirria, mi inquina hacia él no había hecho sino acrecentarse. Me preguntaba qué necesidad había tenido de decir aquello de mi marido en presencia de ellas. Parecía haber siempre una maldad encubierta que brotaba en picaduras sueltas y aleatorias.

El pasillo era estrecho, apenas iluminado por la luz mortecina de una lámpara que colgaba en la esquina del fondo. El aire parecía diferente al que se condensaba en el salón; tenía un olor extraño, una mezcla de perfume barato y madera vieja. Avanzaba con pasos cautelosos, sintiendo cada tabla del suelo crujir bajo mis tacones.

Daniel iba detrás de mí. Lo sabía no solo por el eco de sus pasos, sino por esa presencia imponente que parecía llenar todo el espacio. Aunque evidentemente no osaba intentar tocarme, podía sentir el calor de su cuerpo a una distancia que resultaba incómodamente corta. Mi respiración se aceleraba, y el bolso que llevaba al hombro se deslizó un poco, como si quisiera huir tanto como yo.

Cada paso me acercaba a la dichosa puerta. La casa parecía grande, laberíntica. Pensé que quizás, en su origen, hubieran sido dos apartamentos diferentes y delimitados. No quería llegar al destino. No quería entrar. Quería terminar con todo y marcharme. Estaba

convencida de que él ya sabía que allí no sucedería nada, pero su egocentrismo nos guiaba; quería ser escuchado y adulado.

Llegué a la puerta, y mi mano dudó en el aire antes de posarse sobre el picaporte. Finalmente hice por abrirla, pero aquello no obedecía. Y al instante sentí un olor y un tacto que me llevaron a horas atrás. Sentí un latigazo que recorrió mi cuerpo. En la realidad, él posaba su mano sobre la mía y me susurraba que la manilla "tenía su truco", que debía bajarla y tirar hacia mí antes de empujar; en mis más profundos sentidos, por su olor en mi nuca, por su tacto en mi mano, sentí por un fugaz pero vehemente instante, el recuerdo de cuando él me había tomado desde atrás, contra la dichosa barra de aquella cocina.

Su mano caliente me inmovilizó, y eso me hizo poder contener un estremecimiento que podría haber sido horrorosamente vergonzoso. Empujé la puerta, con su mano sobre la mía. Después, él me liberó, me dio aire y sentí un escalofrío al cruzar el umbral. Entré en el cuarto y él encendió una luz que me deslumbró; otra vez una bombilla enclenque y desnuda que caía del techo. Apenas una cama estrecha, una silla frente a un escritorio, una pequeña ventana, un espejo de pie y un armario. El aire parecía encapotado, impenetrable. Y el calor condensado, húmedo, casi vaporoso. Daniel, entonces, detrás de mí, se aventuró a tirar de la correa de mi bolso, mientras decía:

—Se turnan las habitaciones… porque unas son mejores que otras. Ahora le toca unos meses en esta puta mierda…

Tragué saliva al sentirlo detrás, tan cerca; sentí cómo la correa de mi bolso resbalaba por mi brazo y luego supe que él dejaba caer mi bolso sobre la cama.

—La que me dejó las llaves —continuó hablando detrás de mí—, que no es ninguna de las dos bobas que están ahora en el salón, tiene ahora la habitación buena —dijo y sentí que ponía sus manos sobre mis hombros.

Me estremecí y recé para que él no lo notara.

—Te vas a asar como un pollo aquí… —volvió a susurrar, y antes de que me diera cuenta, retiraba con delicadeza mi americana gris, como si fuera un experto modisto, o alguien especializado en hacer ese movimiento preciso.

No había protestado. Había dejado los brazos muertos, ligeramente hacia atrás, permitiendo su maniobra. Su movimiento había sido solemne. Educado. Sin duda me había violentado su exceso de confianza, pero lo contrarrestaba el alivio que me suponía librarme de aquella carga. Después vi de reojo cómo mi chaqueta yacía sobre la cama, junto al bolso. Y, tras quejarse de lo que llamó "luz de hospital", encendió el flexo sobre el escritorio, giró el foco hacia la pared blanca, situada a no más de veinte centímetros de distancia del propio foco, y volvió a pulsar el interruptor que controlaba la raquítica bombilla colgante del techo, esta vez para apagarla.

—Hostia, la birrita —dijo entonces, a toda velocidad—. ¿No quieres nada? ¿Seguro?

—No. No… —respondí.

—Vengo ahora —dijo y en apenas tres segundos me quedé sola.

Resoplé. Suspiré. Y aproveché para mirar a mi alrededor, ahora sin el subyugo de su presencia.

No es que me importase, pero sentí curiosidad por descubrir el rostro de aquella “chiquita de veinticuatro años” que aquel idiota presumía de beneficiarse. Sin embargo, no había rastro de fotos, ni rastro de nada; el dormitorio no podía ser más impersonal. Deduje que si se turnaban las estancias ni se molestaban en darle cada una su toque.

Las paredes tenían rastros de humedad. La colcha que cubría la cama era de un color gris horroroso. Aquello era tan deprimente que me vi forzada a apartar la vista, sintiendo que la fealdad me deprimía.

Volví a suspirar. Intenté gestionar, planear cómo podría lidiar con Daniel. Mi intención no pasaba de escuchar aquello que él había bautizado como "mis cosillas raras", lo que yo suponía que serían… sus taras de enfermito. Esperaba que no quisiera extralimitarse narrándome sus excesos con la cría que moraba en aquel cuarto.

Supuse que me quería allí para despedirse presumiendo de alguna chorrada más, similar a las de la noche anterior: algo como la historia de su jefe, que tenía poco menos que en nómina a una prostituta que le ofrecía, sin saber bien por qué, y que quizás, o en su imaginación, era en realidad su mujer. O tal vez el segundo capítulo de aquello de la mujer embarazada de su amigo, a la que le habían crecido los pechos precisamente por el embarazo, hecho subversivo y jamás visto, y que, entonces, ante tal anomalía, él, hombre poco evolucionado, no había podido resistirse a tirársela, o a… eyacular sobre ella, o a lo que fuera que habían, supuestamente, hecho.

Yo lo encumbraría, fingiría poner en valor sus artes y le diría que era una lástima, pero que tenía que marcharme. Continuaba firme en la creencia de que lo necesitaba crecido, con el ego henchido, para que nuestro absurdo affaire quedase como un recuerdo positivo; un pacto entre amante diligente y esposa infiel agradecida.

Escuché sus pasos, firmes, decididos, y me estremecí. Nerviosa, no supe cómo recibirlo. La luz indirecta creaba sombras ágiles ante cada movimiento que yo hacía, por sutil que fuera. Cerró la puerta tras de sí. Yo toqué mi collar y después lo solté. No sabía qué hacer con las manos. Él se detuvo entonces frente a mí, dio un pequeño trago a su cerveza, de forma tosca, y después dijo:

—Bueno. A ver. No sé qué te estaba contando. Lo que sí veo claro, y es por vuestro bien, teniendo en cuenta que dices que lo de tus paseítos en tu terraza… y todo eso de que calentarme… sí formaba parte de un juego con tu marido… es que… deberíais buscaros a alguien. Pero alguien que viva aquí, claro. Ya sabes que yo voy y vengo.

—Ya… —respondí dudando si decirle que no tenía ningún interés en buscar a nadie, pero finalmente no lo dije para no darle pie a que la conversación se alargase.

Se hizo un silencio. Volvió a beber. Volvió a mirarme a la vez que bebía. Sospechaba que él pretendía que le dijera que era una pena que él no pudiera ser aquel hombre. Fui incapaz de darle ese gusto.

—Deberíais… —dijo mirándome fijamente— eso, buscar a alguien, para que te folle bien mientras tu marido mira.

Aquel "que te folle bien" no fue dicho con un tono diferente al resto de la frase, pero cayó con un peso atosigante sobre mi cuerpo.

—Ya… Pero mira… —conseguí decir, recomponiéndome, y revisé mi reloj para darle a entender que debía irme— ¿no me dijiste que me tenías simplemente que contar algo sobre tus… cosillas raras… antes de marcharme?

—Ah, sí, sí. Es verdad. A ver. Uf. A ver cómo lo cuento. Mis cosillas raras. A ver. Igual te va a parecer mal. O te va a parecer incluso… hasta un poco machista. Bueno, es que ahora todo es machista… —decía él, y yo no tenía ni idea de adónde querría ir a parar, y el calor, a pesar de haberme desprendido de la chaqueta, seguía siendo asfixiante, y me tentaba arremangarme la camisa, pero no lo hice, y posaba una mano sobre el escritorio, para apoyarme mínimamente —. Y es que —continuó— repito que no quiero que te parezca mal… pero bueno, somos adultos, y yo pues estoy soltero. Y aquí nadie obliga a nadie a hacer nada, todos somos adultos y cada uno vive o interpreta este tipo de relaciones como quiere, ¿no?

—Claro… —dije a pesar de no estar entendiendo nada.

—Bueno, pues yo lo interpreto así. A mi manera. My way —sonrió de manera ridícula e irritante—. Para mí, pues… como lo de ayer… pues es como conseguir metas. Trofeos. Suena mal, no digo que no. Porque además lo cuento. Pero tranquila, que nunca doy nombres ni nada. El caso es que… conozco a gente por internet… —dijo y bebió,

y yo dudé si cruzar mis brazos, y la mano que no se apoyaba toqueteó las perlas de mi collar, y dejé que lo hiciera, por esta vez—. Y… precisamente, a la chica de este dormitorio la conocí así. Pero también hablo con hombres. Tranquila que no soy gay —sonrió otra vez de manera horripilante— pero… eso, hablo con gente, con hombres, nos contamos cosas. Siempre sin dar nombres, repito. Hoy, por ejemplo, le conté a uno lo de ayer. Le conté un poco la historia: lo de mi apartamentito, tus paseítos y el polvo. Me pone cachondo contarlo a desconocidos.

Yo no sabía qué decir. O más bien no decía nada por no mandarlo a la mierda. No me podía dar más asco. Me agarraba a que no me interesaba llevar aquello a un conflicto. Seguía toqueteando el collar. El pelo me molestó en la cara y lo retiré con la otra mano.

—A lo que voy es que… entiendo y respeto que si tu maridito está en casa y no sabe nada… te sientas culpable y… aunque quieras follar… hayas decidido cortarte. Pero a mí, si te parece bien, y entiendo que somos adultos y que no tendrás ningún problema, me gustaría guardarme el recuerdo.

—¿El recuerdo? ¿Qué recuerdo? —pregunté incrédula, desesperada.

Él bebió. Con calma. Su camiseta marcaba su pecho. Sus brazos me parecieron especialmente imponentes.

—Un recuerdo. Una imagen de ti. ¿Puedes sentarte? Es una imagen de ti de una determinada forma.

No entendía absolutamente nada. Lo veía capaz de pedirme cualquier disparate. Acepté sentarme sobre la cama con la esperanza de que quizás simplemente me quería recordar así: sentada. Estaba sobrepasada. Sentí en mi trasero el mullido de un colchón blando. Un muelle de la cama rechinó de manera metálica y prolongada. Y pronto supe que mi movimiento no entrañaba su objetivo real y final, ya que, tras beber de nuevo, posó el botellín sobre el escritorio, y se fue hacia el armario.

Yo, otra vez, temí que me sorprendiera con cualquier barbaridad.

Apoyé una mano atrás, con el brazo extendido. Desconfié de que la colcha estuviera sucia, pero no retiré la mano. En un escorzo giré mi torso, y lo vi, agachado frente al armario; había desplazado una de las dos puertas correderas y abría los cajones. Su culo, enfundado en su pantalón marrón, lucía enorme. A veces, como en aquel momento, sentía un fogonazo, un destello de nervios y energía, también de incredulidad, al recordar que aquel hombre había estado dentro de mi cuerpo tan solo unas horas antes.

Se puso en pié. Se dio la vuelta. Llevaba algo en su mano. Algo rosa. Un rosa palo, apagado. Era algo como de lana. De punto. Me estremecí. Aún no sabía qué era pero ya tenía la certeza de que estaba ante un hombre absolutamente desequilibrado.

—Pero… ¿se puede saber qué haces? ¿Qué narices es eso? —alcancé a decir, en tono alto, mientras él rodeaba la cama y se acercaba a mí, colocándose casi en frente.

—A ver. No es que te lo pida como favor. Ya te dije que hemos hecho lo que hemos querido. Tú me dices que esto se queda aquí. Lo respeto. Y ya te he dicho que no voy a ir a tu casa esta noche a timbrar a tu puerta… y a que salga tu marido. Somos adultos. El caso es que… tengo esta cosita… no sé cómo llamarlo, desde hace igual un par de años… y ya que casualmente la tengo aquí… porque la usé con ésta… Es que me gusta guardar la imagen, con esto puesto, de las mujeres… con las que he estado.

Me sulfuré, y estuve a punto de ponerme en pie, pero no lo hice. Sin perder tiempo, sentada y mientras seguía intentando adivinar qué tenía en su mano, le dije:

—Vamos, que las que te follas se ponen esta chorrada. ¿Pero qué narices es?

—Pues… Con esto solo se te ven los ojos y la boca. Es como que… Aparte en ti molaría más.

—¿En mí? ¿En mí por qué?

—Porque eres muy guapita de cara. Pero con esto eso da igual. Como que me he follado un cuerpo y ya está.

—¿Pero se puede saber qué…? —comencé a decir, de nuevo alzando la voz, cuando un sonido, en la distancia, me interrumpió.

Era el timbre. Otra vez. Otra vez con insistencia.

Y pensé que él volvería a criticar aquel entrar y salir de aquellas crías, pero dijo:

—Hostia. ¿Has cenado?

Deduje, por su pregunta, que aquellos timbrazos indicaban que la comida que habían pedido aquellas chicas había llegado.

—Pues no. Pero tranquilo. Ya te he dicho que me voy ahora.

A él se le notaba atento. Escuchando en la distancia. En su mano seguía aquel trozo de punto rosa, del tamaño de un palmo o algo más.

Yo estaba tan sobrepasada por su absurdo que no sabía si el ritmo de mis pulsaciones, sacudiendo mi pecho, obedecía a meros nervios o a una especie de desesperante incredulidad.

—A ver si han pedido pizza o algo guarro y no sushi o mierdas de estas —dijo entonces y se hizo con su botellín para dar un trago a su cerveza.

Yo tragué saliva. Y otra vez el calor me pedía arremangarme la camisa, pero no lo hacía.

—Aunque ayer cené pizza, joder, mi dieta a tomar por culo —continuó diciendo.

Y se pudo escuchar cómo se abría la puerta de la entrada de la casa. Y después voces. Y parecía que él iba a salir de aquel dormitorio, a curiosear, o a intentar cenar de aquello que habían traído.

Y entonces mi mente trabajó a gran velocidad. Recordé su frase: "guardar imagen". Y, ya sin poder evitar el conflicto, pues me había llevado al extremo, le dije:

—¿Pero qué quieres? ¿Que me ponga eso y sacarme una foto? ¿Estás pirado?

—No, no. ¿Qué foto ni qué chorrada? Solo que te lo pongas y verte. Guardarme esa imagen. Ese momento. Espera, vengo ahora —dijo, y dejó caer aquello rosa sobre la cama.

Abrió la puerta. La dejó entreabierta. Y yo inmediatamente palpé aquello. Lo cogí entre mis manos. Y por fin descubrí qué era.

CAPÍTULO 7

Efectivamente, era de lana y estaba tejido en punto apretado. La textura ofrecía una ligera flexibilidad al tacto. Colé la mano por dentro. No había duda de que era una especie de extraño pasamontañas de un tono rosa suave. Cuanto más lo examinaba más me estremecía al pensar en lo perturbado que estaba aquel hombre.

Sentí un sofoco, pero no sentí miedo. Solté aquello y me arremangué por fin las mangas de mi camisa. Y volví a recogerlo y sostenerlo; la suavidad del hilo se sentía como una caricia; aquel entramado compacto ofrecía una resistencia que sugería firmeza y control.

Al volver a colar la mano por el interior de aquello pude observar los tres agujeros anunciados. El hueco destinado a la boca estaba rodeado por un ribete discretamente reforzado. Más arriba, dos aberturas perfectamente simétricas marcaban los huecos para los ojos.

Escuché voces en la distancia. Me puse en pie. Él parecía hablar con ellas. Miré hacia la puerta y comprobé que estaba lo suficientemente abierta como para poder oírlo si se acercaba. Desvié la mirada y me llevé la sorpresa de verme reflejada en el espejo de aquel dormitorio; aquel espejo de pie apoyado contra la pared, con el marco de madera pintado de blanco, desgastado por los bordes. Tenía marcas de dedos y pequeñas manchas que delataban un uso constante, pero descuidado. En el centro estaba yo, de pie, mostrada en cuerpo entero: la camisa arremangada, la falda ceñida, la mirada brillante, y aquello en la mano.

Recordé sus frases. Las frases de aquel demente. “Guapita de cara”. “Con esto eres solo un cuerpo”.

Volví a mirar hacia la puerta. Y otra vez al espejo. Mi mano dentro de aquella lana rosa. Apenas pesaba nada, como si estuviera diseñado para ser una segunda piel, para desaparecer sobre la persona que lo usara y convertirse en un símbolo, una proyección de algo más profundo.

Pensé entonces en Rafa. En mi marido. Pensé en su forma de adorarme. En su forma de tratarme, haciéndome sentir única. Aquello era exactamente lo contrario. Aquello era rebajarme; convertirme en una más. Sentí una extraña excitación al pensar que aquel chalado fuera a recordarme como a una más.

Mi mano seguía dentro. El tejido emitía un leve calor, como si absorbiera la temperatura del cuerpo.

Volví a mirar hacia la puerta. Estaba segura de que me daría tiempo a quitármelo tan pronto escuchase sus pisadas.

No sabía qué pretendía. Quizás simplemente eso: sentirme una más. Sentir que mi rostro no valía nada.

La idea me provocaba un cosquilleo en el pecho, una mezcla de curiosidad y espanto. Era como si aquello pudiera liberarme de algo intangible pero pesado: la carga de ser yo misma. Convertirme en algo genérico. Una mujer cualquiera. Casi un objeto. Sería solo una silueta anónima.

Sentí un sudor húmedo que recorría mi columna vertebral. Dudaba incluso si el sudor estaría calando la espalda de mi camisa de seda. Mis dudas subían mi temperatura corporal. La indecisión, la vacilación y la perplejidad me estresaban de una manera angustiosa, pero no negativa, al imaginarme… al darme cuenta de que se venía gestando un deseo de probarlo, de arriesgarme, de convertirme en esa mujer sin cara.

Dejé entonces que mi cuerpo decidiese por mí, pensando que él dudaría, pero sucedió lo contrario y todo se precipitó: mi respiración se aceleró mientras deslizaba el pasamontañas por mi cabeza, sintiendo cómo el mundo a mi alrededor se distorsionaba al ser filtrado por aquella tela.

Sentí una elasticidad medida, lo justo para ajustarse al contorno de la cabeza sin deformarse, abrazando cada curva con precisión casi sensual. El hilo de punto seguía un patrón regular, líneas que parecían serpentear sobre la superficie del rostro cubierto, destacando pómulos, mandíbula y barbilla. El olor del tejido era peculiar. Había una sutil artificialidad en el aroma, pero no era desagradable.

Abrí los ojos. Me miré en el espejo. Era yo y no era yo. Era una figura anónima, un objeto de deseo sin identidad. Una mujer cualquiera. No era una simple máscara: era un marco para la expresión, un accesorio que dirigía la atención hacia las partes más sensuales y expresivas de la cara. La boca, apenas visible, se convertía en una invitación. Los ojos, rodeados por el borde del tejido, parecían más profundos, más cargados de misterio. No era amplio; estaba diseñado para revelar apenas lo necesario: la curva de una sonrisa, la forma tentadora de unos labios ligeramente entreabiertos; la expresión de unos ojos que evocaban tensión, erotismo y deseo.

Mi reflejo era inquietante. Perturbador. Casi siniestro. Y es que mi belleza, esa belleza que mi marido idolatraba, había sido desterrada, y eso me hacía frágil, y esa fragilidad me excitaba.

Era un placer extraño, casi culpable, sentirme menos yo y más… otra. Mi cuerpo, sin rostro, parecía más presente, más mío y más ajeno al mismo tiempo. Y es que era casi como perder el alma.

La tela cubría también el cabello, que simplemente asomaba un poco por debajo. Dejaba sólo lo esencial a la vista, jugando con la idea de ocultar para mostrar, de tapar para intensificar. Aquella

máscara era en sí una paradoja: suave y firme, cálida y fría, caricia y dominio.

Me acerqué al espejo; mis pasos resonaron suaves, pero firmes, con los tacones que realzaban cada línea de mi figura. El reflejo que me devolvía ya no era el mío; la ausencia de mi rostro lo transformaba todo. Sin la distracción de mi expresión, mi cuerpo se erigía como el verdadero protagonista, reclamando una presencia que nunca se había sentido tan plena.

La falda de tubo gris ceñía mis caderas con una precisión desvergonzada, delineando cada curva con un descaro que resultaba embriagador. La tela parecía hecha para mí, marcando la suavidad de mi cintura antes de ensancharse en una caída perfecta hacia mis muslos. Pero no solo mis caderas llamaban mi atención, mi busto, envuelto en la camisa de seda azul, lucía más opulento, más imponente de lo habitual.

La seda abrazaba mis pechos con una delicadeza casi insolente, moldeándose a ellos como si el tejido conociera cada detalle de mis formas. Las líneas de la camisa seguían sus contornos, insinuándolos con una sutilidad que los hacía parecer aún más generosos, más presentes. El escote, apenas abierto por los botones justos, invitaba a la imaginación sin cruzar la línea de lo explícito. El collar de perlas asomaba justo por debajo de la lana rosa y descansaba, perfecto, sobre mi clavícula y más abajo.

Mis hombros parecían más rectos, más decididos, y mis piernas, largas y firmes sobre los tacones, completaban una imagen que me sorprendía a mí misma. Había algo desafiante y femenino en cómo se equilibraban las curvas de mi figura con la suavidad de la seda y el brillo de las perlas.

Sin mi rostro, sin la identidad que me otorgaba, mi cuerpo tenía toda la carga del momento. Era él quien hablaba por mí, y lo hacía con una elocuencia que no necesitaba palabras. Me sentía más poderosa, más tangible, como si la ausencia de mi cara liberara todo

lo que mi cuerpo podía transmitir: deseo, fuerza, feminidad. A la vez, la ausencia de mi rostro seguía evocando fragilidad.

Llevé una mano a mi cintura y la deslicé hacia el borde de la camisa, sintiendo cómo la tela cedía suavemente bajo mis dedos. Miré el reflejo de mis pechos, elevados, plenos, perfectos en su lugar bajo la seda, y me sentía ajena a mí misma. Era como si no me perteneciera del todo, como si ese cuerpo pudiera ser de cualquier mujer… o de ninguna.

—¡Hostia! ¡Brutal! —exclamó Daniel con una mezcla de asombro e irritante entusiasmo, irrumpiendo en el cuarto, sorprendiéndome, matándome, y haciéndome temblar.

Yo allí. Frente al espejo. Mirándome. Ridícula. Turbadora. Me quedé completamente paralizada.

CAPÍTULO 8

No fue un bloqueo comparable a nada que hubiera experimentado antes. Nada parecido a algo que hubiera vivido. Mi mente paralizaba mis músculos. El agarrotamiento era total. Era incapacidad real, física, de moverme. Solo el acto reflejo de tragar saliva y el espasmo involuntario y mínimo de mi espalda plasmó una oscilación. Y es que no era un bloqueo por vergüenza, era diferente; el hecho de haberme puesto aquello era la prueba definitiva, la demostración a mí misma de que algo en mí no iba bien; era darse de bruces con la realidad; la certeza de tener un problema que seguramente llevaba años ocultando.

—Hostia. Pero brutal, eh. Pero tranquila. Siéntate —dijo entonces él, y yo ni lo miraba, solo lo escuchaba; solo sentía su presencia y su voz, una voz que recibí como calmante y anestésica. Él me desagradaba, su voz me desagradaba, sus palabras entrañaban en sí mismas un cumplido casi repugnante, pero aun así hubo algo en aquel tono que agradecí.

Y entonces, y quizás por eso, obedecí; lo hice: di uno o dos pasos atrás y me senté sobre la cama. Y allí, sentada, acobardada, sin atreverme a mirarle, y sin que mis manos tomaran conciencia y se movieran para quitarme aquella inmoralidad que cubría mi cabeza, me miré en el espejo. Y sentí un escalofrío: mi cuerpo, mi ropa, mi lenguaje corporal, mi mirada, todo era aún más turbio, más inmoral, peor que cuando había estado sola, y es que alguien me observaba y yo no hacía nada por quitarme aquello.

—Joder… —le escuché de nuevo susurrar y yo seguía sin buscarlo con la mirada.

El olor y el tacto de aquella lana rosa me sumergía bajo una especie de coraza. Por un lado sentía como si mi subconsciente me dijera que aquella no era yo, pero por otro, en el espejo, mi mirada lucía más mía y más viva que nunca; y mis labios: tan reales, asomaban por aquel hueco alargado y se reflejaban casi brillantes. Mis manos se posaban en la cama y podía sentir el sudor traspasando hasta las sábanas como si pudiera dejar allí una silueta, una huella de humedad.

Y entonces él me sorprendió y caminó por delante, pasando entre mi cuerpo, o aquel cuerpo, y el espejo, y sentí cómo se ubicaba al otro lado, incluso ligeramente detrás de mí. Y por fin reuní fuerzas para decir algo, algo para rebelarme mínimamente, y es que dije:

—¿Me tienes que ver desde todos los ángulos o qué?

Pude escuchar el sonido de una mueca. Me giré mínimamente, lo justo para ubicarlo, pero no para verlo. Mi campo visual se veía un poco coartado al llevar aquello. Y entonces escuché un sonido: algo caía al suelo. Algo pesado. Y después otro sonido, casi idéntico. Él hacía ruido. Y a la vez sentía que me seguía mirando. Y entonces, nerviosa, pero intentando proyectar seguridad, dije:

—Espero que haya un límite de tiempo para esta chorrada.

Otra vez un leve sonido proveniente de él. Como si fuera una especie de sonrisa sonora. Menos que la risa, más que la mueca, pero igualmente desagradable.

Y entonces sentí movimiento, como si unas arenas movedizas me agitasen. La cama se movía. Yo me miraba en el espejo y detrás de mí asomaba la presencia de un cuerpo enorme.

—Qué… haces… —casi exclamé, mientras lo sentía cerca, detrás, y era consciente de que me quedaba sin excusas para no quitarme aquello.

—Shhh… —susurró y pude ver, en el reflejo, pues no me giraba, cómo él, con sus pies descalzos, revelándome el por qué de aquellos

dos recientes retumbes contra el suelo, se colocaba detrás de mí.

El movimiento era hipnótico, como si la cama tuviera su propia respiración, un vaivén que me envolvía y me hacía sentir aún más empequeñecida. No necesitaba girarme para saber lo que hacía. Él se acomodaba con la parsimonia de quien sabe que todo está bajo control, deslizándose con un dominio que me perturbaba, y aún así no podía evitar absorber cada sonido, cada cambio en la presión del colchón.

Me sorprendió el leve roce de su pierna en mi espalda, un toque inadvertido que me tensó como si me hubieran disparado. Y entonces, lo supe: había separado sus piernas, situándose justo detrás de mí, como un muro que no podía escalar. Sentí el calor de su proximidad antes de que pudiera procesarlo. Mis hombros se echaron hacia adelante, como si intentaran protegerme de algo invisible.

Miré al espejo. Allí estábamos los dos, pero yo no reconocía aquella versión de mí. Él era una sombra enorme, apenas un contorno desenfocado tras mi figura, mientras que yo me veía con una claridad cruel: la camisa azul de seda pegada a mi piel, como si el sudor hubiera creado un vínculo entre nosotras; la falda gris, ajustada y casi subida por mi postura rígida, convertida en una extensión de mi piel expuesta. Mis manos seguían firmes sobre la cama, clavadas, aferradas de manera perturbadora.

El pasamontañas… ¿por qué no me lo quitaba? Esa pregunta martilleaba mi cabeza, pero no encontraba respuesta. Quizá era un refugio, un muro tan falso como mi compostura. Quizá era porque, sin él, todo se haría demasiado real: su mirada directa sobre mi rostro, el contorno de mis ojos al descubierto, mi expresión vulnerable. Sin esa barrera, sería completamente yo frente a él, y eso era más aterrador que cualquier juego que pudiéramos estar representando.

Lo sentí acomodarse más cerca, su pecho casi rozando mi espalda. Y entonces, como si el colchón hablara, noté el peso total de su

cuerpo al apoyarse. Podía imaginar cómo había flexionado un poco las rodillas, cómo las había separado lo justo para que yo quedara encajada entre sus piernas, cómo su torso se arqueaba hacia mí, creando una especie de jaula de la que no podía escapar.

Él no dijo nada. Solo estaba allí, imponente, paciente. Con su camiseta blanca y su pantalón marrón. Intenté moverme, inclinarme hacia adelante para romper la conexión, pero el colchón cedió bajo mi peso y acabé justo donde no quería estar: con mi espalda apoyada ligeramente en su pecho. La sensación era desaforadamente agobiante: su calor, su presencia, como si su respiración fuera un tambor en mi oído.

"Esto no está pasando", pensé, pero el espejo no mentía. Me veía allí, frágil y a la vez turbadora. No entendía cómo había llegado a aquella situación; otra vez el pavor de que algo en mí llevaba oculto demasiado tiempo y precisamente aquello era el impulsor de lo que allí sucedía.

Y entonces él habló, apenas un susurro junto a mi oído:

—Tranquila, solo mirar.

"Solo mirar". La simplicidad de la frase era insultante. El "tranquila" me hundía, me bajaba, me subyugaba. Mi cuerpo era un nudo imposible de desatar, mi mente un torbellino de pensamientos contradictorios. Quería quitarme aquello, quería huir, pero algo me mantenía clavada allí. Era como si estuviera atrapada en una tormenta interna, una lucha entre la necesidad de poner fin a aquello y la incapacidad de mover un solo músculo.

El silencio se volvió una entidad palpable, llena de pequeños detalles que no podía ignorar. Su respiración, lenta y pesada, se convertía en un compás que me rodeaba. Sentir su aliento tan cerca hacía que cada poro de mi piel se erizase, como si mi cuerpo se rebelara contra aquella proximidad.

—Así eres solo un cuerpo… eh —dijo, con su voz grave y esta vez algo indiferente, como si estuviera haciendo una observación casual.

Mis labios se apretaron en respuesta. Solo había verbalizado lo que yo llevaba tiempo sintiendo, pero su tono me arañaba.

No respondí y él se inclinó entonces hacia adelante; su peso desplazándose ligeramente. Su pecho tocó mi espalda, y el contacto fue tan inesperado que solté un quejido, que fue una protesta, pero supe que podría haberse interpretado como un sutil ronroneo de conformidad, y odié mi error; era como si aquel sonido hubiera traicionado todo el rechazo que había querido mostrar.

El calor que emanaba de su cuerpo traspasaba la delgada barrera de mi camisa de seda. No solo parecía traspasar sino atravesarme, arrollarme.

Mis pensamientos se enredaban en un bucle caótico. Por un instante, deseé que hiciera algo más. Me mataba aquel juego, aquella falsa sutileza. Quise que se excediera, quizás para entenderlo, quizás para cortarlo. Necesitaba, me asfixiaba, que no se rompiera la tensión con un gesto decisivo, con algo que definiera el momento.

Y entonces, como un látigo en mi memoria, regresó la noche anterior. Su olor corporal me lo recordó: esa mezcla de sudor, piel y algo más primitivo, inconfundible, había quedado grabado en mí como una cicatriz invisible. No quería pensar en ello, pero las imágenes se filtraron sin permiso. La forma en que me había sujetado, cómo me había menoscabado, sometido… cómo su respiración, sus gemidos, sus jadeos, se habían mezclado con los míos mientras me había follado… con una intensidad que, incluso en aquel momento, me parecía excesiva, abrumadora…

Mi cuerpo parecía recordar antes que mi mente. Un estremecimiento involuntario recorrió mi espalda, y aunque intenté convencerme de que era por el sudor frío, sabía que no era solo eso.

—Nunca se lo pregunté a otras —dijo de repente, sacándome de mis pensamientos. Su tono era curioso, como si quisiera iniciar una conversación ordinaria—. ¿Qué se siente al llevar eso puesto? ¿Te parece ridículo? ¿Os pone? Te juro que no se lo pregunté a las otras.

La pregunta me desconcertó. Y sentí que aquello de "a las otras" formaba parte de su juego psicológico.

No supe qué responder. Era incómodo, sofocante, y a la vez me proporcionaba una sensación extraña, de refugio, como si al ocultar mi rostro pudiera distanciarme de lo que estaba ocurriendo. Como si no fuera del todo real. Pero no podía decirle eso. No quería darle nada que pudiera interpretar como una confesión amistosa o íntima.

El silencio se alargó. No le respondí. Solo miraba mi reflejo en el espejo, intentando encontrar algo en aquella mujer que me devolvía la mirada, pero lo único que veía era a una desconocida atrapada en un laberinto del que no sabía salir.

Él no insistió. En lugar de eso, se movió ligeramente detrás de mí, y entonces lo sentí: la presión inconfundible de su… miembro, contra mi culo. La postura lo hacía inevitable, pero eso no lo hacía menos perturbador. Mi cuerpo reaccionó de inmediato, tensándose, como si intentara escurrirse adelante, huir, escapar de aquel imponente volumen que ya no podía ignorar.

Y entonces su mano se movió. La vi antes de sentirla, acercándose desde el reflejo en el espejo. Lentamente, sus dedos rozaron el borde de mi escote, apenas un contacto, como si estuviera probando mi reacción. Mi respiración se aceleró, pero no me moví. Sus dedos siguieron, hacia abajo, deslizándose con una deliberación que erizaba mi piel.

—Para —dije de repente, y mi voz sonó firme aunque apenas en un susurro.

Por fin. Allí estaba. Su movimiento excesivo. Su error que definía el momento. Pero entonces no ocurrió lo esperado. Su mano se detuvo

y enseguida se apartó. Su gesto había sido demasiado tibio. No había sido rudo, no había sido algo excesivamente recriminable.

El silencio volvió a llenar la habitación, pero esta vez era diferente; más denso, más pesado. Y no sé por qué, quizás el hastío, el cansancio de mi rigidez, quizás su calma que me meció; y es que me dejé ir, un poco, hacia atrás, y mi espalda se recostó sutilmente sobre su pecho. Y mi cuerpo, traicionándome, agradeció el descanso.

Fue el movimiento más real, el más definido. Por fin algo que no fuera un escalofrío, un espasmo o un temblor.

Me recostaba sobre él. Y mi cuerpo lo agradecía. El soporte. El equilibrio. Incluso el contacto, y aquello me hacía sentir que me traicionaba.

Y me miré en el espejo. Mi reflejo. La imagen turbadora. El pasamontañas rosa. Mi collar de perlas, mi camisa azul, mi falda algo subida, mis muslos, mis piernas, mis zapatos de tacón… Me recostaba y me miraba. Su cuerpo era como una pared inamovible.

Y fui yo. O aquella mujer. Lo que fuera. Aquella forma. Aquella silueta. Cobró vida…

Mis manos fueron a mi camisa. Desabroché yo misma un botón. Creé yo el escote.

Y entonces susurré, hacia adelante, mirándome en el espejo, y también mirándolo a él:

—¿Así te vale? ¿Me vas a recordar así?

CAPÍTULO 9

Su reflejo en el espejo se mantuvo impasible, como si no hubiera escuchado nada, como si aquel gesto mío, ese deliberado movimiento para acentuar el escote, no tuviera ninguna relevancia. Me quedé allí, esperando algo: una palabra, un gesto, cualquier cosa… pero él permanecía inmóvil, con una expresión inescrutable.

Sentí el calor en mi pecho volverse insoportable; una mezcla de rabia y algo más que no sabía ni siquiera interpretar. Lentamente, bajé la mirada al espejo, observando cada detalle, sobre todo el pasamontañas, ridículo en su contraste; el hueco alargado por donde asomaban mis labios, casi siempre entreabiertos por la tensión.

Otra vez me preguntaba quién era esa mujer que me devolvía la mirada. Me preguntaba si era yo, o si era una construcción absurda, un disfraz sin sentido. Mis ojos se posaron en el escote que yo misma había creado, en la manera en que la tela se abría para revelar una insinuación de piel; el contorno apenas visible de mi sujetador.

Esperé. Esperé su respuesta. No decía nada.

Cerré los ojos un instante, tratando de contener la oleada de incomodidad que me invadía, pero cuando los abrí de nuevo, fue peor: allí seguía yo, con esa mezcla de vergüenza y desafío y con el escote ridículamente forzado.

No podía soportarlo. Me dejé vencer.

—¿No vas a decir nada? —solté intentando que mi voz sonara firme, pero apenas fue un murmullo áspero.

Vi, a través del espejo, cómo me miraba, enigmático. Su expresión era ilegible, esa neutralidad que me desconcertaba y me enervaba al mismo tiempo.

—No me has respondido tú antes —dijo entonces, con una calma exasperante—. Qué se siente al llevar eso puesto.

Volví a mirarme en el espejo. Allí estaba, esa mujer que parecía una parodia, una caricatura grotesca de algo que ni siquiera podía definir. Mis manos, sin que me diera cuenta, se habían cerrado ligeramente sobre las sábanas.

—No lo sé… —empecé, pero mi voz se quebró.

Inspiré profundamente, intentando calmar el temblor en mi pecho.

—… No sé si me humilla… o me… empodera.

La confesión salió de mis labios antes de que pudiera detenerla, y al instante quise tragármela de vuelta. Me sentí patética, como si en un segundo me hubiera reducido a un cliché. Como una feminista veinteañera con teorías de género a medio digerir.

Él no dijo nada. No se burló. No reaccionó. Su silencio, impenetrable, era peor que cualquier comentario mordaz que pudiera haber hecho.

El espejo seguía allí, cruel en su claridad. Mis ojos se encontraron con los suyos en el reflejo, y algo en esa mirada me hacía querer evitarla, pero a la vez no quería huir de ella.

Me armé de valor:

—Y tú… no me has respondido a si me vas a recordar así.

Lo dije despacio, eligiendo cada palabra como si fueran piedras que lanzaba contra un muro invisible.

Él inclinó ligeramente la cabeza, lo vi, siempre a través del espejo: su mirada deslizándose por mi escote, por mi pecho, y luego de vuelta a mis ojos. Entonces, con una calma turbadora, murmuró:

—Mira, si me permites… así te voy a recordar.

El colchón crujió bajo su peso cuando se inclinó hacia adelante, empujándome un poco y acercándose lo suficiente para que pudiera sentir su aliento cálido; resuello que se colaba entre el pasamontañas y el cuello de mi camisa, aterrizando en mi piel, en algún punto extremadamente sensible cercano a mi clavícula. Sus dedos se movieron con una seguridad que me dejó sin aliento, encontrando el botón cerrado de mi camisa que se ubicaba más arriba.

Aquel botón cedió con un sonido sordo, casi inaudible, pero en la quietud de la habitación se sintió como un disparo.

Mis ojos volvieron al espejo, observando cómo su mano trabajaba con una precisión que me dejaba atónita. Su pulso era firme, decidido, como si hubiera hecho aquello mil veces antes, con tantas otras.

No lo pude detener. De nuevo me bloqueé. Y el segundo botón cedió, y la abertura en mi camisa se amplió, dejando al descubierto parte de las copas de mi sujetador negro. El tacto de su mano no era directo, pero la cercanía de sus dedos, el calor que emanaba, bastaba para que mi piel se erizase.

Cada movimiento era metódico, deliberado, y el tercer botón, el último, también fue vencido, y aquello derivó al instante en una trampa porque acompañó su movimiento sutil con el de abrir, apartar, ligeramente la camisa; la seda se separó aún más, dejando al descubierto no solo el sujetador que contenía mis pechos, sino también la suave curva de mi piel desnuda. La tela cedió justo lo suficiente para revelar cómo el encaje oscuro contrastaba con mi tono claro, cómo los bordes del sujetador parecían apenas mantener el equilibrio ante la presión. Mis costillas eran apenas visibles donde el sujetador dejaba espacio, pero más arriba, el inicio del valle entre mis pechos se desplegaba con una claridad casi insultante. Era una visión intensa, una que apenas podía sostener en el espejo sin que mi respiración se agitara. La textura de mi piel, cálida y refulgente

bajo la luz, convertía ese momento en algo más íntimo de lo que hubiera imaginado. Sentí cómo una oleada de calor subía desde mi cuello hasta mis mejillas, ardiendo bajo la lana rosa.

—Así te voy a recordar —repitió, colocando la camisa azul a ambos lados de mis pechos, en un movimiento afectado por un poso de solemnidad.

El espejo devolvía una imagen cada vez más turbia e ilícita, un in crescendo asfixiante: el pasamontañas rosa, cada vez, con cada botón desabrochado, con cada centímetro de piel expuesto, se había alejado más de un mero disfraz y se había acercado más a una realidad obscena y vulgar. Me miraba en el espejo y sentía que el sujetador se había convertido en el centro de aquel reflejo. El encaje delicado parecía tenso en algunos puntos, como si luchara por sostenerme, y las copas, grandes y redondeadas, moldeaban mis formas de manera diligente. Aquella prenda, vista desde mi posición, ahora me parecía casi inmensa, abrumadora. Como si estuviera diseñada para alguien más corpulenta que yo, pero que, de alguna forma, encajaba a la perfección.

Tragué saliva. Algo había en aquel reflejo, en mi respiración, en la suya, que me mecía. Y algo me hacía sentir que necesitaba que él hablase.

—¿Recordarme así, cómo…? ¿Con esta… pinta… ? —pregunté.

—Pues sí… Así… —dijo él, apartando incluso un poco más la tela azul.

Deseaba que continuase, que confesase qué veía; su descripción. La descripción que sería más bien un juicio: el veredicto de cómo me percibía. Y no se lo tuve que pedir. Él lo hizo. Lo pronunció. A pesar de mi rostro inexpresivo por estar cubierto, leyó lo que demandé. Y entonces, casi soplando en aquel hueco de piel, junto a mi cuello, entre la lana rosa y la seda azul, susurró:

—Así… Así voy a recordar a la… encamisada tetuda… que me calentaba desde su terraza.

Tragué saliva otra vez. Temblé. Mi espalda casi en permanente contacto con su pecho. El sudor me calaba. Supe que él había notado mi espasmo.

Y entonces lo sentí. Otra vez. El impulso. El poder. Algo detrás. Su miembro palpitando contra mi falda, contra mi culo.

Mi respiración se volvió errática, el pecho subiendo y bajando en un ritmo que no podía controlar.

El silencio volvió, pesado como una losa. No soportaba aquel hombre, pero había algo profundamente íntimo en aquel acto, una conexión que no entendía pero que no podía negar.

Y entonces, de golpe, en la distancia, se pudo escuchar un sonido. Un ruido constante, rítmico, lejano. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era música, música proveniente del salón. No atronaba, pero rompía el silencio. El efecto que produjo en mí fue el de hacerme despertar de aquella falsa calma. Mi cabeza giró hacia un lado y vi mi chaqueta y mi bolso, junto a mí, sobre la cama. Mi bolso, donde estaba mi teléfono móvil.

Noté cómo él se separaba. Su pecho se apartaba de mi espalda. Su pujanza dejaba de percutir contra mi culo. Mi torso tuvo que valerse por sí mismo para mantenerse erguido.

Me daba aire. Me concedía espacio. El abandono era alivio. La música seguía sonando, en la distancia. Un rayo de vergüenza recorrió mi cuerpo cuando me vi rebuscando en mi bolso hasta dar con mi teléfono. Sabía que debía escribirle a Rafa cuanto antes.

Me hice con el móvil y un impulso, una súbita valentía, me llevó a levantarme y a ponerme en pie. Dejaba detrás aquella cama, que era una trampa, y no quise alzar la mirada y verme en el espejo, a mí o a aquella que no era yo, pues era también otra trampa.

CAPÍTULO 10

Estaba allí de pie, con el teléfono en la mano, mirando la pantalla como si fuera un artefacto extraño. Mis dedos temblaban ligeramente, y el brillo de la pantalla iluminaba un contorno nítido, flamante, que contrastaba con la penumbra antigua que envolvía lo demás. Sentía mi ropa diferente, más ceñida, opresiva, sobre todo mi falda; sentía la tela gris pegada a mi piel, y sentía el calor acumulado y prisionero bajo ella.

La distancia entre Daniel y yo se había vuelto algo más que física. Era una pausa densa, cargada de todo lo sucedido y de todo lo que me negaba a que sucediera.

Me quise abstraer. Hacer un esfuerzo por obviar su presencia. Abrí la aplicación de mensajes, y el nombre de Rafa apareció en la parte superior, acompañado de su foto. Una imagen sencilla, conmigo. Su sonrisa amplia, sincera, contrastaba con lo que sentía ahora: una punzada de culpa que me atravesaba el pecho.

"Voy a tardar un poco más", escribí, no sin dificultad, pero con rapidez, como si las palabras fueran un reflejo automático. Pero al instante lo borré. Miraba al cursor parpadeando en la pantalla, como si me retara a seguir. No era suficiente. No era honesto. O tal vez era demasiado honesto. ¿Qué debía decirle? ¿Qué podía decirle que no sonara sospechoso, que no traicionara esa línea difusa que estaba cruzando aunque aún no hubiera terminado de cruzarla?

Volví a intentarlo: "Rafa, estarás cansado del viaje, ¿por qué no te acuestas? No me esperes". Pero la frase me pareció no sólo artificial sino cargada de intenciones ocultas, incluso si no las tenía. La borré de nuevo, sintiendo cómo el movimiento de mis dedos se volvía más

frenético, más inseguro. Seguía sin alzar la mirada, no me quería ver a través del espejo, con aquello puesto, cubriendo mi rostro, escribiéndole a mi marido.

Escuché un crujido detrás de mí, un movimiento ligero en la cama, y mi cuerpo se tensó. No lo miré, pero lo sentí. Sabía que él estaba allí, sentado, probablemente observándome con esa calma tan suya, estudiándome como si fuera un enigma que planeaba resolver. Yo no quería mirarlo a través del espejo porque, de hacerlo, me vería a mí misma de aquella tétrica y vergonzante manera. Me extrañaba que no dijera nada, que no me provocase, sabedor de a quién le escribía. Mi respiración se agitaba, por mucho que intentara controlarla. La sensación de estar siendo vigilada hacía que el teléfono se volviera aún más pesado en mis manos.

Enseguida me di cuenta de que no había mensaje adecuado. No había posible exoneración. Mi tardanza. Su descanso. Nada más. Qué más decir. Y recordé mi coartada: mi compañera Marta. Junté esos elementos y los plasmé con culpa en un texto escrito. Una punzada aguda me afectó especialmente cuando me vi despidiéndome con parquedad, pues el exceso de cariño sonaría sospechoso. Dudé antes de enviarlo, mirando esas palabras como si pudieran condenarme. Pero no había vuelta atrás. Y tan pronto lo envié sentí un extraño calor, como si la mentira prendiese algo en mí, y no tuve respiro, pues al instante escuché otro crujido tras de mí. Mis dedos seguían sosteniendo el teléfono, pero mi cuerpo comenzó a registrar su proximidad, como si él hubiera tendido un lazo invisible que me acercaba lentamente hacia él.

Y otra vez, el colchón volvió a crujir, y un escalofrío recorrió mi espalda al sentir cómo se movía detrás de mí. Cerré los ojos un instante, buscando una fuerza que dudaba tener o simplemente preparándome para lo inevitable. Y entonces, lo sentí: sus manos. No directamente sobre mi piel, sino sobre la tela de la falda, ligeras pero firmes, como si estuviera tanteando los límites de mi resistencia.

Uno. Dos. Tres segundos. Con sus manos allí. El sonido de la música se mantenía constante, como se mantenían cerrados mis ojos. Sus manos no se movían, mi respiración se volvía más pesada. Mi mente se nublaba, dividida entre la urgencia de apartarme y la parálisis de quien siente que el siguiente movimiento quizás lo cambie todo.

Y entonces sí, sus dedos comenzaron a deslizarse lentamente, recorriendo el borde inferior de la falda. Apenas un roce, pero el gesto estaba cargado de una determinación que me hacía arder por dentro. Cada centímetro que subía la tela era un segundo que sentía como una eternidad. Mis ojos seguían cerrados. Todo mi mundo se había reducido a la sensación de sus manos y al calor que se acumulaba, aún más, en mi piel.

Cuando sus dedos se dispusieron a actuar de manera más deliberada y jugaban a recoger un poco la falda, algo en mi mente se encendió como un relámpago. No era una idea clara, sino más bien una imagen, un recuerdo que emergió con una nitidez dolorosa. Era una mezcla, una mezcla de cómo me había tomado la noche anterior y de lo que había sentido en el aseo de mi despacho aquella misma tarde. Aquel ataque, por detrás, no deseado pero inevitable. Y otra vez reviví la vergüenza de sentir una acusadora humedad que exigía de la seda que cuidaba lo más íntimo de mí.

Sentí entonces que una mano de él iba hacia la mía, que caía casi inerte, y se hizo con mi teléfono, despojándome de un soporte al que aferrarme.

Abrí entonces los ojos, y me vi. O vi a aquella mujer. El pasamontañas, la camisa abierta, la falda más subida de lo que hubiera pensado. Parecía una prisionera, una rehén, pero una rehén voluntaria. Sufrí dos impactos: mi imagen y el saber que podía marcharme y no lo hacía.

Y se produjo un tercer impacto, y un cuarto: sentí una mano en la cara interna de uno de mis muslos: temblé. Sentí su calor y él tuvo que sentir el mío. Supe que aquel muslo rezumaba, sudaba; supe que tenía que sentir mi ardor y la humedad, pero no dijo nada. El

cuarto fue de nuevo verme, o ver a aquella mujer, ver concretamente el busto contenido, pero sugerente, excesivo, reparé en mi sujetador, no solo colmado sino súbitamente erótico; el encaje que recubría las copas no aportaba la suficiente opacidad, no había que fijarse demasiado para atisbar unas areolas, redondas y rosadas, veladas pero visibles, tras la tela. Los pezones sí se ocultaban tras el oscuro dibujo del encaje y no supe si eso me alivió o me decepcionó.

Su mano no subía, ni él decía nada. Otra vez el impasse era peor que la acción. Y de repente tres golpes secos y rápidos en la puerta. Alguien llamaba. Me estremecí, me sobresalté, y como acto reflejo me cerré la camisa en dos movimientos, como quien cierra las hojas de un ventanal.

Daniel apartó su mano de mi muslo, farfulló algo ininteligible tras de mí y se puso en pie. Una de aquellas chicas alzaba la voz y yo temblaba por ser descubierta, expuesta de aquella inexplicable y grotesca manera. Daniel posó entonces sus manos en mi culo, sobre mi falda, y me empujó ligeramente, como si no valiera nada, para hacerse paso y caminar hacia la puerta. Mientras iba hacia allí, susurró otra frase, y ésta sí la entendí: "tranquila, que no abro, no te quites eso".

Yo, hierática, sentía mi corazón palpitar y escuchaba mi propia respiración. Me miraba en el espejo, no extraía aquello de mi rostro, conectaba con mis propios ojos y revisaba mis piernas especialmente exhibidas. Mientras, él le hablaba a una chica al otro lado de la puerta.

—Yo no debería estar aquí… —me dije a mí misma al tiempo que él conversaba con una de aquellas crías, sin abrir la puerta.

Entendí que ellas se iban. Y eso debía hacer yo. Esperaría lo justo para no coincidir con ellas y me iría de allí de la manera más pacífica posible.

El sonido de la música se desvaneció. El ruido de los pasos de aquella chica se alejaba por el pasillo. Y al instante, escuché los pasos de él, acercándose.

—A ver, gírate —ordenó suavemente, pero con su voz ronca, cargada de una paciencia que era tan peligrosa como su proximidad.

No obedecí. Mi mirada seguía fija en el espejo, en la mujer que tenía delante. Esa no era yo. No podía serlo. Pero el pasamontañas, la camisa entreabierta, la falda subida… todo aquello era demasiado real. Mi reflejo me devolvía una mirada que no reconocía, una mezcla de miedo, deseo y algo más oscuro que no sabía cómo nombrar.

Él se detuvo a medio metro de mí, su silueta reflejada en el espejo detrás de la mía. Noté cómo me estudiaba, me escudriñaba, curioso, encendido, pero sin admirarme. Luego, dio un paso más, y sentí el calor de su cuerpo contra mi espalda. Apenas había contacto, pero su cercanía me envolvía como una segunda piel.

—Cómo me pones, joder… —murmuró, siendo otra vez Él, el de la noche anterior. Y sus labios, tan cerca de mi oído, me atacaron con un aliento caliente que me hizo estremecer.

Tragué saliva, el sonido árido resonando en mi garganta. Mi boca estaba seca, pero mi cuerpo estaba lejos de sentirse igual. Cada fibra de mí parecía estar en llamas, una contradicción viviente entre el rechazo y el deseo. No dije nada. No podía. Cada palabra que intentaba formar se quedaba atrapada en mi garganta, un nudo de emociones que no sabía cómo desatar.

Su mano se movió entonces, rozando la parte baja de mi espalda, sobre mi camisa, y me quedé paralizada; mi cuerpo rígido como una estatua. Quería moverme, quería hacer algo, cualquier cosa que detuviera aquel asalto. Pero no lo hice. Mi reflejo en el espejo seguía mirándome, como desafiándome a tomar una decisión. Y entonces su voz volvió, baja y cortante, con un filo que me atravesó.

—Súbete más la faldita.

No respondí. No me moví. Mis manos permanecían quietas a los lados de mi cuerpo, como si estuvieran atadas por un hilo invisible. El silencio se hizo más espeso entre nosotros, cargado de una tensión que parecía a punto de romperse. Su tono se endureció entonces, como si buscara empujarme más allá del borde.

—Vamos, putón… No eres Carolina. No eres esa carita bonita —dijo, forzado, exagerado, su voz en un susurro grave que resonó en mis entrañas—. A esa me la follé ayer. No veo a Carolina, sólo veo a un putón con un cuerpazo.

Mis labios se separaron ligeramente, un aliento entrecortado escapando de ellos. Sus palabras me golpearon como un latigazo, mezclando humillación con una excitación que no quería admitir. Sentí cómo mi piel se erizaba, cómo mi pulso se aceleraba hasta un ritmo casi insoportable. Pero no hice nada. No dije nada. Mis ojos seguían fijos en el espejo, observando cómo su figura se movía detrás de la mía, cada movimiento lento, deliberado, calculado.

—¿Qué pasa? —continuó, su tono teñido de burla—. ¿No te atreves? Solo quiero que me enseñes tu culazo…

Su mano se movió de nuevo, esta vez bajando hasta mis nalgas. Sus dedos se deslizaron con una suavidad que contrastaba con la crudeza de sus palabras, pero el efecto fue el mismo: un choque eléctrico que recorrió mi columna vertebral. Era posesivo. Era dominante. Cerré los ojos, intentando encontrar algún refugio en la oscuridad. Pero no lo había. Todo lo que sentía, todo lo que quería y odiaba a la vez, estaba allí.

Palpaba mi culo, sobre la falda. Apretó un poco y me empujó hacia adelante. Yo no protesté y sucumbí, dando medio paso. Y entonces, tras sentir que su mano me abandonaba y refugiada en la oscuridad de mis ojos cerrados, escuché una frase y un sonido. Una frase, un "joder, no puedo más", resoplado por él, y un sonido. Un sonido triple: un clic seco: la hebilla de su cinturón soltándose, un sonido

sordo: el botón de su pantalón abriéndose, y un breve desgarro metálico que rasgó el silencio de la habitación con un "zziip" claro, que parecía extenderse más allá de su duración, reverberando en el aire como un eco cargado de intención: la cremallera de su pantalón. Tragué saliva. Temblé. Temblé en un espasmo que, sin duda, él notó.

No me lo podía creer. No entendía por qué seguía allí.

El calor impactaba en mí, como si esta vez sí viniera claramente del exterior, al imaginar, en silencio y penumbra, lo que él liberaba.

No quería abrir los ojos. O no podía. Y entonces sentí su mano. Su mano haciéndose con la mía. Y supe lo que venía.

Simultáneamente a sentir su mano escuché otra frase desesperada, un "vamos, joder…" amenazante. Él me quería guiar. Llevarme allí. Exasperado y encendido, pero a la vez presumido. Sabedor. Pletórico y rebosante de ego. Infalible en la creencia de que aquel contacto me haría claudicar.

Todo se precipitaba de repente. Me dejaba guiar. Mi mano volaba frágil y tibia.

Y abrí los ojos justo en el momento en el que fui asaltada por el tacto.

Casi de la nada al todo. Del juego, de las caricias tibias y sobre la ropa… a aquella locura.

Tragué saliva. Temblé. Una gota de sudor brotó de mi axila. Aquella tela rosa me asfixiaba. Sentía que casi no podía respirar.

Me dejé ir. Palpé. Con culpa, casi rabia. Agarré. Sujeté, sin su asistencia, una salvajada inmerecida, un calor y una dureza casi inhumana.

De la nada al todo. Del juego al sexo. Porque aquello era sexualidad pura. Palpaba su potencia y nadie me obligaba…

Y entonces un "¡Dios…!" impactado, huyó de mis labios, descubriéndome, mientras sentía que mi pecho estallaba.

—Eso es… Joder… —escuché entonces en mi nuca, y vi reflejado en el espejo como aquella mujer enmascarada sujetaba, timorata e impresionada, una polla que se alzaba, recta y pesada, a gran velocidad; una aspereza bruta, una grandeza que contrastaba con la ternura perpleja de su delicada mano.

CAPÍTULO 11

El tiempo se detuvo. La imagen en el espejo era una revelación y un castigo, una confrontación con algo que no quería admitir y que, sin embargo, se hacía evidente. Esa mujer enmascarada, de manos temblorosas y labios entreabiertos, no era yo. O tal vez sí lo era, una parte de mí que siempre había estado ahí, escondida bajo capas de control, rutina y "normalidad". La dureza en mi mano, la temperatura que irradiaba su piel, todo me hacía sentir que había cruzado una frontera, una línea que ya no podría desdibujar.

Mi respiración era pesada, casi jadeante, y me costaba mantenerla bajo control. En el reflejo, mi pecho subía y bajaba, rozando las copas de mi sujetador con el borde de la camisa entreabierta. Mis dedos, indecisos, pronto cobraron vida, echando toda aquella pesada capa de piel hacia atrás, descabezando un glande oscuro que brillaba, reflejado en el espejo. Él no se estremeció, apenas gruñó un poco. Pronto, aquellos dedos comenzaron a moverse con un ritmo que no era mío, pero que parecía haber nacido en alguna parte profunda de mi cuerpo. Era como si las sensaciones tomaran las riendas, arrastrándome a un lugar donde mi mente no podía intervenir.

Y mientras lo hacía, mientras mis dedos se deslizaban por su longitud con torpeza al principio y luego con una fluidez casi instintiva, sentí cómo todo lo que me rodeaba se desvanecía. La habitación, el espejo, incluso Daniel dejaron de existir como los había percibido hasta ese momento. En mi mente, ya no estaba allí. Ya no era Carolina. Era otra mujer, una extraña con un cuerpo que no reconocía del todo, pero que se movía con una confianza que me asustaba y me excitaba al mismo tiempo.

Incluso Daniel dejó de ser Daniel. En ese momento, no era más que un hombre, un cuerpo frente a mí, una presencia que me atraía y me devoraba. No había pasado, no había contexto. Era como si todo lo vivido hasta ahora se hubiera borrado, como si la noche anterior, su posesión, mi claudicación contra la barra de la cocina, hubieran desaparecido. Todo era nuevo. Solo quedaba el ahora. Solo quedaba el calor de su piel contra mis dedos, el peso de su dureza en mi mano, la forma en que mi respiración se mezclaba con la suya.

La imagen reflejada era obscena, era incluso tétrica. El atuendo de aquella mujer evocaba dominio y, a la vez, sumisión, dependiendo de cuál fuera el papel que aquel hombre decidiera imponerle a ese cuerpo de piernas largas y pechos prominentes. La camisa, la falda, los tacones… parecían evocar la doble vida de una mujer notoria y recta en su vida "real".

Separé un poco las piernas. Ocupé más espacio. Mis tacones casi rasparon el suelo. Y él aprovechó el movimiento para, sin entorpecer el movimiento de mi mano masturbándolo, deshacerse de su camiseta. En el espejo se reflejó al instante un torso impecable, yo lo tapaba en parte, pero se advertían dos pectorales simétricos y enormes, y un abdomen que se hinchaba y retraía al ritmo de mi mano. Aquella mujer que lo masturbaba, ya sin la losa de ser yo, valoró y escudriñó aquel torso musculado sin culpa, y recompensó el placer de la vista con una sujeción aún más firme.

Aquella mujer también valoraba sin culpa aquella magnitud, y se excitaba al sentir que apenas podía cerrar la mano para envolver aquello. Tampoco sentía culpa al observar el hipnótico descabezamiento y cubrimiento de aquella punta brillante, y sentía su sexo palpitar cada vez que sus ojos incidían en recrearse en la visión de aquella imagen.

—Exagera, joder… —murmuró aquel hombre de repente con su voz grave y rota, apenas un susurro que rozó mi oído como un relámpago.

Tragué saliva, o lo hizo aquella mujer, y él prosiguió:

—Exagéralo… Jadea, gime, joder…. Como una putita… Fíngelo…

Lo miré a través del espejo, pero era como si no lo viera realmente. Mis ojos estaban nublados, perdidos en el reflejo de esa mujer que respiraba agitadamente, y que se disponía a obedecer. No sabía si lo hacía porque quería o porque simplemente ya no podía resistirse. Y lo hizo. Lo hice. Dejé que mi voz escapara, primero en un gemido bajo, casi tímido, y luego en un sonido más intenso, más exagerado, como él me había pedido.

Pronto aquella mujer se fijó sólo en sí misma. Y entonces un "Ahhh…" fue jadeado, saliendo de aquella boca, de aquellos labios que asomaban por la apertura de aquella obscenidad rosa. Y un "¡Mmmm!", "¡Ahhh…!" fue esbozado después, al ritmo de la sacudida sobre aquel miembro vigoroso. Aquella mujer exageraba, fingía placer a pesar de que nadie la tocaba, sintiéndose aún más excéntrica e impúdica.

—Así… Joder… Así… —susurró él en bufidos abruptos.

Cada palabra que salía de su boca era como un golpe, una descarga que me hacía arder por dentro. Una de sus manos bajó lentamente por mi espalda hasta posarse en mi culo, sobre la falda, y apretó con una fuerza que me hizo jadear aún más alto. Sentía la tela arrugándose bajo sus dedos, y la presión de su agarre me hacía temblar. Mi mano seguía moviéndose, más rápida ahora, más segura, como si el ritmo se hubiera grabado en mi piel.

—Gime más, joder… —me ordenó.

—Mmmm… ¡Ahhh…! ¡Hhmmm-mm! —jadeaba aquella mujer, al ritmo de la férrea paja, y su cabeza se ladeaba, y se miraba en el reflejo.

Sus ojos iban a aquel abdomen y a aquella polla. La temperatura de su mano se había mimetizado con el calor de aquella enormidad. El calor era tan espeso que sentía sus pechos humedeciendo el sujetador y su espalda dibujando una mancha húmeda en la camisa.

Con cada jadeo que exageraba, con cada "¡Ahhh…!" y con cada mirada a aquella punta brillante, podía sentir la enésima gota que abandonaba su sexo y se depositaba en el punto neurálgico de unas bragas delicadas, no concebidas para tolerar aquella impudicia, ni para soportar la carga de tanta humedad.

—Joder… Enséñame las tetas —ordenó, áspero, rudo, aquel hombre que en el fondo despreciaba, pero del que no podía escapar. Y lo ordenaba mientras tiraba un poco del cuello de mi camisa, hacia atrás y hacia un lado, arañando y soltando mi collar de perlas en su tosco movimiento, casi descubriendo por completo uno de mis hombros, con torpeza y exasperación.

Por un momento, dudé. Una parte de mí quería resistirse, quería recuperar el control, pero esa parte era cada vez más pequeña, más débil. La mujer en el espejo no parecía compartir mi reticencia. Sus ojos estaban fijos en su propio reflejo, en el movimiento de su mano, en la manera en que su cuerpo reaccionaba a cada palabra, a cada toque. Con mi mano libre, llevé mis dedos al borde de mi sujetador, sintiendo el encaje suave y delicado contra mi piel.

No sin dificultad, por la tensión de la prenda, alcancé a estirar hacia abajo una de las oscuras copas, liberando, poco a poco, con esmero y determinación, un pecho que fue revelándose, casi centímetro a centímetro, hasta que cayó pesado, con un leve rebote, pleno, tenso, como si el aire lo sostuviera por un instante antes de dejarlo reposar. Su forma era perfecta, redondeada, pero con una leve caída natural que lo hacía más carnal, más lascivo, más femenino. El pezón se alzó firme; un botón erguido que parecía desafiar al entorno, duro, grande, rodeado por un halo rosado que me sobrecogía a mí misma por su extensión, como si el calor y la excitación lo hubieran dilatado hasta cotas desconocidas. Solté un suspiro largo, casi un ronroneo involuntario, mientras sentía el tirón de la tela deslizándose bajo mi piel, como si el sujetador no quisiera dejarme ir del todo.

Luego bajé la otra copa, con la misma lentitud, casi ritual. Este pecho también cayó, rebotó, y llenó el aire con su presencia. Ambos quedaron expuestos, libres, iluminados por la tenue luz de la habitación, que acariciaba mi piel y hacía brillar una ligera película de sudor que a simple vista se podía notar. El encaje negro de mi sujetador descansaba ahora bajo ellos, como un marco oscuro que realzaba su redondez, su plenitud, como si estuviera diseñado no para ocultar, sino para realzar aquello que liberaba.

Mis ojos, incapaces de resistir la curiosidad, bajaron instintivamente hacia ellos. Los vi primero directamente, notando cómo se movían levemente con mi respiración, como si sintieran el sofoco, como si tuvieran vida propia. Luego los miré a través del espejo, donde el ángulo y la perspectiva los hacían parecer aún más imponentes. Eran redondos, pero no perfectamente; algo alargados, llenos, con alguna vena notoria y con una piel tersa que se sonrojaba ligeramente, como si la sangre subiera a la superficie a jugar con mi vergüenza.

Los pezones, erectos y prominentes, parecían reclamar toda la atención. Rosados, grandes, un contraste casi obsceno contra la palidez suave del resto de mi piel. Parecían brillar con su propio deseo, como si estuvieran diciendo algo que yo no podía verbalizar. Y en ese momento, mis labios se separaron, un gemido bajo, profundo, animal y a la vez femenino, escapando de mi boca antes de que pudiera detenerlo. Fue un sonido suave, íntimo, un eco de la sensación de poder y vulnerabilidad que se mezclaba en mi pecho. Me gusté al verlo, al verme, al admirar mi reflejo como si fuera el de otra mujer. Una mujer sensual, sugestiva, cuyos pechos se alzaban como un monumento a una feminidad tan poderosa como desbordante.

Frente al espejo, su figura se erguía tras de mí, alta, grande, dominante, como si su simple presencia absorbiera todo el aire de la habitación. Una de mis manos rodeaba su erección, firme, palpitante, mientras la otra caía inerte, marcando un contraste entre el control que tenía sobre él y la sumisión tácita en mi postura. El

pasamontañas que llevaba cubría mi rostro casi por completo, pero mis ojos, visibles por las aberturas, estaban fijos en el reflejo. No podía apartar la vista de mis propios pechos, tensos y vergonzosamente ingentes, y es que además, cada movimiento de mi mano, sacudiendo su miembro, hacía que se agitaran con un leve rebote, un baile erótico y simétrico, que parecía hipnotizarme a mí misma.

La luz tenue del cuarto nos bañaba a ambos, resaltando cada curva, cada sombra. El encaje del sujetador seguía enmarcando mis pechos desde abajo, subrayando su peso, la forma perfecta en que llenaban el espacio. A través del espejo, vi cómo él bajaba la mirada hacia ellos, hambriento, salivante, mientras una de sus manos apretaba otra vez una de mis nalgas, y gruñó entonces en voz baja, rasposa: "Mírate… Mírate, joder,".

Yo seguía jadeando, cumpliendo, obedeciendo, y mis gemidos, mis "¡Mmmm!" "¡Mmmm!" "¡Ahhh!" salían limpios y a la vez algo fingidos, y aquel hombre disfrutaba de una enfermiza manera de mi exageración. Yo me miraba de nuevo, a través del espejo, y contemplaba el contraste: mi rostro estaba oculto, pero mi cuerpo se expresaba por sí mismo. Cada exhalación parecía hacer que mis pechos subieran y bajaran más intensamente, dibujando un ritmo que seguía el movimiento de mi mano sobre él. Su piel ardía contra mis dedos, cada pulsación, cada estremecimiento suyo resonaba a través de mí.

Y entonces un sonido. De repente, un ruido sutil, apenas un eco tras la puerta. Me congeló. Me paralizó. El aire pareció detenerse en mis pulmones mientras mi cabeza giró instintivamente hacia el sonido. ¿Había sido un paso? ¿Una risa contenida? La tensión creció en mi garganta, casi palpable, mientras la certeza de haber escuchado algo luchaba contra la duda.

—¿Por qué paras, joder? —la voz de él rompió el silencio como un látigo, impaciente, cargada de una frustración contenida que

electrificó el aire. Yo me di cuenta entonces de que había dejado de agitar su miembro.

Su voz, su tono, me intimidó. No supe qué responder. ¿Había sido real el ruido? ¿O simplemente un juego de mi mente? Miré hacia la puerta cerrada, como si pudiera ver a través de ella. Todo estaba quieto, silencioso ahora. Pero esa sensación de estar siendo observados no desaparecía.

—No sé… —murmuré finalmente, casi para sí misma, como si las palabras pudieran disipar el miedo, mientras reflexionaba sobre si podía estar segura de que aquellas chicas se habían marchado.

Él soltó un quejido bajo y, de repente, su mano apareció por delante de mi cuerpo, envolviéndome desde atrás, rozando mi piel con una familiaridad que me dejó aún más paralizada. Me tomaba por un costado y deslizaba los dedos, y después toda la mano, hacia uno de mis pechos. Yo observaba el movimiento a través del espejo, fascinada y tensa al mismo tiempo.

—¿Crees que hay alguien? —susurró él, y su voz parecía una mezcla de burla y desafío.

—No… no sé —balbuceé de forma apenas audible.

La mano de él exploró con más firmeza, como si con ese gesto desafiara a cualquier posible intruso tras la puerta y a la vez me desafiara a mí. Lo hacía con displicencia, como si de nuevo aquella mujer no valiera nada. El tacto era desagradable, burdo, pero a la vez extrañamente placentero, haciéndome tiritar levemente. No acariciaba, cogía, amasaba, como si fuera absolutamente suyo; casi lo aprisionaba y después lo levantaba ligeramente, como si estudiase su tacto y su peso, o como si jugase a intentar abarcar toda aquella consistencia. No tocaba, se hacía con él. Se hacía con una de mis tetas, como si tal cosa, y yo lo miraba a través del espejo, con una teta fluyendo libre, pletórica, grande, y con la otra amasada y alzada por él, asomando mi pezón duro por entre sus dedos.

—No hay nadie, joder. ¿Pero qué más daría? ¿Qué coño te importa que nos escuchen, eh? —espetó, inclinándose, y sentí su aliento caliente contra mi cuello.

Miré de nuevo al espejo: su cabeza enorme y rapada, la media sonrisa torcida, todo en él parecía diseñado para crear desagrado, para espantar, para inquietar, pero también para dominar.

—Sigue… —me ordenó entonces, y mi mano, o la mano de aquella mujer, volvió a cumplir, a agitar aquello que seguía emitiendo un calor implacable.

—Jadea… —ordenó.

—¡Ahhh…! ¡Mmmm…! —exageré entonces, cerrando los ojos, mientras lo masturbaba.

—Eso es… joder…

—¡Ahhh…! ¡Mmmm…! ¡Hhh-HH! —exageraba para él, y sentía su polla en mi mano, y sentía cómo él apretaba mi teta, y su forma de hacerlo, casi con desprecio, me excitaba…

Y entonces, sí. Más claro esta vez. El ruido volvió. Y mi pecho vibró de nuevo por el pánico a ser descubierta, haciéndome detener mi mano y abrir los ojos.

Se pudo escuchar, ya sin ninguna duda, unas infantiles risas tras la puerta.

CAPÍTULO 12

Supe que él también lo había escuchado, porque, de inmediato, soltó mi pecho y se cortó el ritmo sonoro y resollante de su respiración. Yo, de nuevo, retiré la mano de su miembro y tragué saliva. Pudiera parecer que aquella amenaza nos ubicaba en el mismo bando, pero yo no me fiaba.

El sonido de esas risas tras la puerta se desvaneció, pero el eco aún parecía resonar. El aire se tornó aún más denso, pesado, como si de pronto la realidad se hubiera colado entre nosotros para decirnos que no estábamos solos. Si ya era flagrante lo que aquella mujer hacía, lo que se dejaba hacer en aquel desangelado cuarto, más lo era si además era sabido y ridiculizado por aquellas extrañas. Daniel se tensó tras de mí, y fue un pequeño consuelo sentir que él a veces dudaba, que él a veces sentía inquietud; su cuerpo firme como el de un depredador que acaba de escuchar un crujido en la maleza.

Pero pronto su amago de flaqueza tornó en control, y es que un susurro llegó a mí como una daga afilada que acariciaba mi cuello, apenas un roce en mi oído:

—Qué hijas de puta…

A través del espejo, nuestros ojos se encontraron. En su mirada no había miedo a ser descubiertos, sino una mera sombra de irritación, quizás algo más, algo que no supe descifrar del todo. En la mía, me vi a mí misma y a la vez a otra: el pasamontañas enmarcando mis ojos nerviosos y brillantes por la adrenalina, mis labios entreabiertos, mi respiración paralizada.

Él se movió, y se llevó con él aquella monstruosidad alargada y ancha, que apuntaba al frente, descabezada, refulgente. Se colocó

entonces completamente detrás de mí… Yo resoplé y miré, hierática, de nuevo, los pechos lascivos y henchidos de aquella mujer que desbordaban su sujetador, mientras agudizaba el oído por si las volvía a escuchar.

Y entonces, su voz otra vez, susurrante, para no ser escuchados, e incitadora, con ese tono que mezclaba orden y burla:

—Hacemos lo contrario… No hagas ruido, eh. Ya se aburrirán y se irán. No van a tener huevos a entrar.

Mi corazón latía con fuerza, una percusión que parecía resonar en todo mi cuerpo. No supe qué pensar. Mi mente estaba atrapada entre la tensión y el deseo, entre la posibilidad de ser descubiertos y la absurda fascinación de esa situación. Quería huir. Quería alejarme de ese peligro que se cernía sobre nosotros. Pero mis pies no se movían. Algo más me anclaba allí.

Mis ojos se desviaron hacia el espejo, hacia la mujer que me observaba desde el reflejo. De golpe vi que ella no parecía aterrada. Ella no parecía dudar. Esa mujer estaba atrapada, sí, pero no por el miedo. Parecía estar atrapada por el instante.

Me cogió desprevenida. De golpe su ataque fue rápido, certero y contundente. Desde atrás, sus dos manos me atacaron. Su ímpetu casi me obligó a dar un paso hacia adelante. Apenas pude contenerlo sin avanzar. Mi falda, ceñida, fue agarrada y deslizada hacia arriba con rapidez y vehemencia. Su asalto se representaba en el espejo con nitidez. Con cada décima de segundo más carne, más muslo. La tela gris subía, se arrugaba y yo protesté en un quejido sordo pero notorio, al que él respondió chistando con un "Shhh" displicente, en el momento en el que el negro de mis bragas brilló y se exhibió en el espejo.

Quizás fuera un mecanismo de defensa, mi rostro cubierto me ayudaba, lo que veía reflejado no podía plasmar una claridad más obscena; me limitaba a sentir la desfachatez y desvergüenza de una mujer ajena. La falda ya no cubría, aquellas bragas delicadas y

exiguas atrapaban la luz y resaltaban contra la piel de aquella mujer en una imagen indecente. Si aquellas chicas abrieran la puerta no me descubrirían a mí, sino a ella.

Su palma, firme, abarcó entonces una de mis nalgas, explorando, dominando. Su tacto era caliente y seco, y yo sentía mi culo vergonzosamente expuesto; y sentía el propio tacto de mis nalgas como si estuvieran recubiertas por una capa de sudor asentado y tibio. Yo contenía la respiración, pero la mujer del espejo quería dejarse ir, y entreabría los labios, y sus ojos brillaban dentro del marco de aquella lana rosa de un modo que no reconocía.

—Tranquila… —musitó él, al escuchar el leve resoplido, el sofoco de aquella mujer.

Y yo anticipaba la vergüenza de que él descubriera el estado indecoroso de aquellas bragas que relucían, y me preguntaba cómo afrontaría aquella mujer esa deshonra.

A lo lejos, tras la puerta, el murmullo de las voces y las risas se desvanecía. Pero en mi mente, el sonido de mi propia respiración, del latido ensordecedor en mis oídos, y el roce de su piel contra la mía, lo llenaban todo.

El silencio era asfixiante. Sus dos manos sobre mis nalgas. Su mirada atacando mis ojos a través del espejo. Un ansia culpable por querer sentir el roce de su miembro desnudo contra mi piel, en alguna parte de mi culo expuesto; me excitaba pensar lo que sería sentir ese "toque", y me recriminaba por ello. Mi respiración contenida. Otra vez yo, en aquel momento. Y entonces, esbocé un leve resoplido al sentir cómo sus manos separaban ligeramente mis nalgas, y por sentir la tela de mis bragas incidiendo, colándose, hundiéndose entre ellas; un resoplido que le alertó, y repitió, susurrando en mi nuca:

—Shhhh. Hacemos lo contrario… No hagas ruiditos…

Y entonces yo, totalmente yo, giré mi rostro levemente, y susurré:

—Para… Si entran… me muero…

—No van a entrar, joder… —musitó, pegado a mí, detrás de mí, y yo me sentí ridícula, susurrando aquello, con el pasamontañas puesto, y él remató mi ridículo con otro susurro dominante:

—Tú calladita… y se van enseguida.

E, inmediatamente después, otra maniobra, contradictoria, confusa. No supe si sentía alivio o lo contrario. Mi falda bajaba de nuevo. Mis nalgas eran cubiertas otra vez. El roce de la ropa sobre mi piel me parecía un sonido flagrante, audible para ellas. No entendía que me cubriera otra vez, hasta que una de sus manos fue a la cremallera lateral de mi falda… y un "qué cabrón…" fue trazado por mi mente, sin llegar a ser pronunciado. La falda recorría entonces un camino inverso: bajaba, descendía; y el descubrimiento de mi piel se invertía: primero se exponía la parte superior de mis muslos, y de ahí hacia abajo. Mi falda descendió lentamente hasta mis rodillas y, al soltarla por completo, cayó al suelo con un ruido sordo, envolviendo mis tobillos y cubriendo mis zapatos.

Y otro sonido, tras la puerta, un evidente cuchicheo. Algo que me hizo volver a temblar y que me hizo saber que eran no menos de dos las crías que se agolpaban tras la puerta. No supe si su murmullo obedecía a la desesperación por llevar tiempo sin escuchar nada, o por precisamente lo contrario: por haber escuchado el sonido de mi falda al caer.

Mis nervios se desbocaron. La única manera de controlarlos era volver a mirar al espejo y buscar en aquellos ojos verdes que asomaban por entre la tela rosa una mirada que no fuera mía, que fuera de aquella mujer que podía con todo. Pero cada vez era más difícil, pues los tactos, los sonidos, los olores; todo aquello me encadenaba a ser yo:

Mi mutismo para adivinar si aquellas crías hablaban, osaban entrar o se marchaban, me obligaba a estar allí, a intentar escuchar, y para ello sentía que habitaba en mi propio ser. También el olor corporal,

masculino, cálido y denso, a mi espalda, me envolvía y me arrastraba de vuelta a la noche anterior, aquella en la que, sin duda, había sido yo, y al revivirlo era yo. Y otro instante me atrapó sin remedio: cuando mi camisa, sin el impedimento de la falda, libre al fin, descendió con lentitud, deslizándose hasta cubrir mis nalgas. La seda azul, etérea y suave, aprovechaba todo lo que mis bragas, exiguas, no cubrían, y se derramaba sobre mi piel desnuda como un susurro; una caricia íntima que me erizó la piel al instante. El roce delicado de la tela, exquisita y tibia, sobre mis nalgas, sudadas y ardientes, provocó un estremecimiento que me recorrió entera, y despertó en mí un placer sutil y extrañamente perverso. Y en ese roce, en ese deleite que solo yo podía sentir, supe que era yo.

Y entonces un resoplido, mío. Y otra vez él, en mi nuca, susurrando:

—¿Qué no entiendes…? Si quieres que se vayan… calladita.

Y cuando aún sentía, otra vez, el impacto humillante de su susurro, como un filo cortante, como un cuchillo en mi cuello, noté cómo apartaba ligeramente mi camisa y deslizaba sus manos hasta las tiras de mis bragas, atrapándolas con firmeza, pero sin moverlas. Luego, con una lentitud calculada, apoyó el mentón sobre uno de mis hombros y, sin apartar la vista, me sostuvo la mirada a través del espejo.

El dominio era total. Busqué de nuevo la mirada de aquella mujer. Y lo conseguí, o creía que lo conseguía, hasta que sentí un aprisionamiento: mi sexo atacado, atrapado por la seda de mis propias bragas. Aquel cabrón tiraba de ellas hacia arriba, aferrando con fuerza las finas tiras que se ceñían a mis caderas. Lo hacía de manera lenta, pero sostenida, firme, severa. Sentía el empuje, la compresión y también la humedad, como si la tela quisiera devolver lo libertado, lo expelido, lo caído, a mi propio sexo. Y gemí. No lo pude soportar. Mi pecho estallaba. Jadeé. No pude evitar emitir un lastimoso "¡Ah…!", y entonces él me atacó con un "¡Shh!" autoritario, y con un poso hiriente de menosprecio.

Y si aquellas crías rieron o cuchichearon no lo supe. Miré a través del espejo, cómo subía mis bragas… y cómo mi coño se resistía a esconderse, y hacía lo contrario, se rebelaba, contenía el envite, y dos labios se marcaban, grandes, vigorosos, a través de la seda negra; y sentía la humedad: apelmazada, densa, tibia… y otro resoplido, un "¡Uuff…!" desesperado y que me hizo cerrar los ojos, y entonces un "Cálladita, joder…" fue susurrado por aquel cabrón.

¿Y cómo aguantarlo? ¿Cómo soportarlo? ¿Cómo ser ella para contenerme, para dejar de sufrir aquellos nervios por ser descubierta? ¿Cómo tolerar y aceptar llevar aquello puesto, cubriendo mi cabeza y mi rostro, como una sumisa obediente y cumplidora ante él? Cómo aceptar seguir allí sin matarme por la culpa y la vergüenza. Cómo aceptar que aquel depravado me dominase, me vejase, sin apoyarme en ser otra mujer, la mujer que me miraba a través del espejo.

Yo sentía que lo conseguía, a veces. A veces, como en aquel momento, aquel momento en el que aquella lasciva y corrompida mujer recogía la parte baja de su camisa, para ver aquella maniobra de aquel cabrón con mayor nitidez. Aquella mujer miraba hacia abajo y veía sus bragas subir y atacar su sexo, y era capaz de contener el gemido, mordiendo su labio inferior, bajo la obscena máscara rosa. Aquella mujer volvía su mirada al espejo y veía sus pechos respirar, palpitar, enrojecidos, casi venosos; sus areolas coronando una extensión enorme de sus pechos, sus pezones siempre grandes y punzantes, y contenía otro jadeo tras otro ataque de aquella seda, de abajo arriba. Y aquella mujer era capaz de mantenerse en pie, a pesar de la endeblez y finura de sus tacones, mientras sentía un placer mareante, por la implacable y enérgica ofensiva de la seda negra restregando su sexo…

… Y aquella mujer era incluso capaz de sentir el cuerpo de aquel hombre, detrás, su pecho en su espalda, y soportarlo; soportar su olor, masculino, animal, sin fragancia, sin embuste artificial; su mero olor corporal, teñido con un poso de regusto a sexo, como si su miembro proyectase desde abajo un olor que la alcanzaba. Incluso,

aquella mujer, llegó a contener un enésimo gemido, al sentir otra vez su coño atacado por la seda negra; pudo contener el placer, mordiendo otra vez su labio, a pesar del morbo que le producía haber sentido que su coño respondía a aquel ataque, no solo marcando más y más su sexo contra las bragas, sino respondiendo con más humedad… llegando ésta a ser visible por ella, y por él, a través del espejo…

…Y, como si ambos hubieran deparado en lo mismo y a la vez, ella asumió un susurro en su oído, un "Joder, estás empapadita, eh…", que yo no podría haber soportado, pero ella sí.

CAPÍTULO 13

El tiempo se tornó insoluble, incontable. No supe cuánto me tuvo así, cuánto tuvo así a aquella mujer. Aquella mujer que obedecía, que no hacía "ruiditos" como aquel cabrón pedía u ordenaba, que ahogaba sus gemidos bajo la máscara, apenas unos "Hm…", "Hmm", que eran solo para ella.

Aquella mujer que recogía la parte baja de su camisa azul y a veces miraba hacia abajo, y veía la seda negra de sus bragas subir, detenerse, y subir otra vez, en aquel juego de apretar, marcar… atacar su coño. Y a veces miraba al frente, para observar aquel movimiento desde una perspectiva frontal. Unos segundos, quién sabe, quizás más de un minuto, o de dos, en los que yo llegué a temer, a preguntarme, si era posible que mi humedad rebosase; que pudiera sentir que mis bragas dijeran basta; llegar a notar humedad incluso en mi ingle, casi en mi muslo… Y todo lo que yo temía, aquella mujer del espejo parecía incluso ansiarlo.

El momento se llegó a sentir íntimo. Su silencio, mi silencio. Sabía que no era una paz, que era una tregua. Que cooperábamos con nuestro mutismo, que nos aliábamos para que aquellas crías se desesperaran por no escuchar nada y se fueran. Pero entonces, todo saltó por los aires. Él lo hizo estallar. Giró su rostro. Lo vi en el espejo. Depositó un absurdo beso sobre mi mejilla, sobre la lana rosa, un beso sonoro para mí, imposible para ellas. Y después, mirándome a través del espejo, susurró:

—Ya te tengo, eh…

Tragué saliva, pero conseguí mantenerle la mirada. Y él prosiguió:

—Te tengo desde que me tocaste la pollita, eh… Ese fue el momento. ¿No venías solo a hablar?

Sus palabras me desgarraban. Me hacían odiarle, pero lo peor era que me hacían odiarme también a mí misma.

A punto estuve de apartar la mirada, pero aguanté. Él continuó:

—Putita, joder… Cómo me pones. Me pones aún más así… sin verte la carita bonita… Solo tetas, culo… y coñito… Sin que me intimide tu carita bonita.

Sentí ira. Lo más profundo de mí irradiaba un ardor, un fervor, una exaltación de rabia. Pero entonces desvié la mirada y volví a llevar mis ojos al espejo, y quién me devolvía la mirada era aquella mujer, aquella mujer que me daba calma. Yo intentaba entenderla mientras él reiniciaba aquel ataque, aquel movimiento de abajo arriba, de seda contra sexo. Intentaba entenderla y ella me explicaba que al fin y al cabo aquel hombre solo era un instrumento y solo desempeñaba un papel, y lo mismo hacía yo: él jugaba a dominarme y yo buscaba conocerme. Él jugaba a humillarme y yo quería descubrir cuánto podría soportar.

La comprendía, y eso me relajaba, hasta que de nuevo él me atacaba, de tacto, de voz, o de mirada… y todo se me caía. Lo que más me desarmaba era su aliento en mi cuello. Y entonces, me susurró un hiriente: "Putita… estás empapada… Lo noto…" y tragué saliva por enésima vez. Y entonces aquella mujer se hartó, seguramente de mí, y tomó el mando.

Lo pude ver en su mirada. En aquellos ojos verdes, a través del espejo, por la oquedad del pasamontañas rosa.

No fui yo. Fue ella. La mujer del espejo. La del pasamontañas rosa. La que no le temía. Yo solo me aferré a ella, a esa versión mía que no se encogía, que no tragaba saliva, nerviosa, que no contenía el aliento cuando él apretaba, cuando tiraba de la seda contra mi sexo

con esa lentitud exasperante. Yo seguía temblorosa por dentro, pero ella no. Ella se atrevió.

Mis ojos buscaron los suyos en el reflejo, pero también buscaron mi propio cuerpo. Mírate. Mírame. Las piernas largas y gráciles, los pechos grandes, desbordando el sujetador, apartando la camisa por su mera extensión y potencia, y elevándose con cada respiración entrecortada. La piel encendida, marcada por el juego sucio de él… pero también por la sangre caliente que circulaba ahora con un ritmo distinto. La miré y supe que ella quería más, así que la dejé hacer.

Mi mano se movió sin titubeos. Echó el brazo atrás, primero con suavidad, casi acariciando su muslo. Fingió ser torpe, inocente, un roce casual. Pero no lo era. No lo era. Porque no se detuvo. Buscó más. Apenas la yema de los dedos al principio. Un contacto leve, etéreo, solo para sentirlo. El calor. El peso. No había impedimento. Nada interfería entre nosotros.

Su polla estaba dura, pero no era eso lo que yo buscaba. Quería otra cosa. Otra parte de él. Más vulnerable. Y la encontré. Mis dedos se cerraron sobre la bolsa caliente, pesada, pegada a su cuerpo. La sentí. La sostuve.

Era áspera, rugosa, sexual, bruta, pero no me intimidó.

Él se tensó al instante. Sus manos, que hasta ese momento habían seguido su propio juego, se detuvieron. Dejaron de tirar de la seda de mis bragas. Dejaron de marcar, de apretar. Sus dedos se abrieron y sus manos se colocaron, despacio, sobre mis caderas, hasta quedar ahí, a ambos lados de mi cuerpo, en un gesto ambiguo, como si esperara. Como si me concediera ese momento.

Yo lo aproveché.

Con mi otra mano, acomodé mi camisa, que se había cerrado un poco por mi movimiento, y me había cubierto parcialmente los pechos, y no quería eso. Ella no quería eso. Ella quería que se

vieran. Que quedaran ahí, reflejados en el espejo, erguidos, cálidos, bajo la luz opaca. Me los miré. Me miré. Y sentí el impulso. Sentirme. Sentirla.

Dejé la tela abierta, apartada otra vez a ambos lados de mis pechos, y deslicé los dedos sobre mi propia piel, subiendo por el borde de una… teta… hasta rodear el pezón, que me mostró toda su dureza y feminidad. Lo toqué, lo acaricié, pulsé; un contacto, una fricción, apenas con la yema. Sentí. Y cuando vi su boca curvarse en una leve sonrisa tras de mí, cuando noté la sombra de esa mueca entre cínica y lasciva, le respondí apretando levemente aquella áspera bolsa caliente.

Él dejó escapar un mínimo resoplido, apenas perceptible, pero yo lo noté. Y con su reacción vino otra. Su polla me golpeó la espalda, ese toque aleatorio, casi involuntario, una pulsión suya, pero una caricia para mí. Se sintió como si marcara su territorio en mí. Yo la sentí a través de mi camisa, el calor filtrándose, la humedad caliente, quizás una gota, quizás un hilillo transparente tiznaba, pringaba, la seda azul de mi camisa; me excitó esa bajeza, ese manchamiento, esa presión repentina, y contuve un suspiro porque no me desagradó. Porque quise volver a sentirlo.

Él también contraatacó.

—¿Llegas con tu lengua? —susurró de pronto, y yo fruncí el ceño, bajo la máscara, confusa.

—¿Qué…?

Mi voz sonó suave, débil, apenas audible.

—A lamerte la teta… —insistió él, despacio, con un tono denso, pegajoso, como si estuviera disfrutando de cada palabra. Y observaba cómo él miraba, lascivo, encendido, cómo yo me acariciaba uno de mis pechos.

Su descaro me dejó casi paralizada, por un instante. Noté un calor nuevo, distinto, más fuerte, más abajo. Miré mi reflejo y vi la pose

petulante, de ella, la mujer del espejo, la del pasamontañas rosa, la que se atrevía. La que no titubeaba. Y antes de responder, volví a apretar aquella bolsa rugosa con dominante delicadeza.

Él soltó un leve gruñido. Y su polla volvió a golpearme la espalda. Y volví a sentir la humedad por aquel morboso toque.

De golpe un sonido llegó como un latigazo. Seco. Repentino. Un chasquido más allá de la puerta. Tacones. Murmullos. Algo lejano, pero lo suficientemente presente como para romperlo todo. Mis músculos se tensaron. Solté su piel, su calor, su peso. Mi otra mano abandonó mi pecho.

Exaltada, miré hacia la puerta, como si en cualquier momento fuera a abrirse de golpe. No era posible. Y a la vez era posible. No podían haber oído nada. Y a la vez, sí. Los susurros no habían sido tan altos, nuestra guerra dialéctica no había traspasado la madera… ¿O sí? ¿Los "putita" de él? ¿Mis exhalaciones? ¿Nuestros murmullos?

Él, detrás de mí, no parecía inquieto. Esta vez ni un solo músculo de su cuerpo había temblado, ni un solo titubeo en su respiración. Solo su polla se movió, un nuevo toque en mi espalda. Pero él, entero, inamovible. Casi burlón. Sentí su aliento en mi nuca cuando susurró:

—Tranquila… ya se van…

No estaba segura. Escuché el sonido de tacones que parecían alejarse, sí, pero no me fiaba. No me relajé. Seguí en vilo, latiendo en una espera asfixiante. Miré de nuevo al espejo. Ahí estaba yo. Ahí estaba ella. Con las bragas empapadas, con los pechos hinchados, con el aliento contenido, con el calor húmedo bullendo entre mis piernas. Y ahí estaba él, detrás, grande, sólido. Su polla otra vez contra mí. Otro toque aleatorio. Otro roce húmedo, tibio, insistente, sobre la parte baja de mi espalda, sobre la seda de mi camisa. Creí suspirar, no estaba segura. Y entonces, me pregunté: ¿Podía ser ella sin mirarme? ¿Podía ser la mujer del espejo sin depender del espejo? ¿Podía sostenerme a mí misma sin necesidad de verla?

El impulso fue inmediato. Me deshice diligentemente de sus manos, las retiré de mi cintura… desenredé mis tobillos de mi falda que yacía en el suelo, y me giré.

Dejé de ver mi reflejo y lo vi a él.

Frente a frente. Sin el cristal de por medio. Sin subterfugios. Su cara. Sus ojos. Lo que odiaba de él. La cabeza rapada, la barba delineada, los dientes pequeños, su boca de labios finos, la mueca cínica que le acompañaba siempre. Todo lo que me desagradaba.

Pero bajé la vista. Bajé la vista y valoré su cuerpo. Su pecho ancho, sus hombros rotundos, la piel marcada por los surcos de sus músculos. Los brazos gruesos, las venas levemente abultadas en los antebrazos, el abdomen definido, casi perfecto, con una línea de vello que descendía… hasta más abajo, hasta su… polla.

La había sentido, pero ahora la veía. Y era distinta. No porque hubiera cambiado, sino porque ahora la miraba desde distinta perspectiva: de arriba abajo. Era grande, sí. Enorme. Incluso más que cuando la había tocado antes. Palpitante. Dura. La piel estirada, la cabeza brillante, un matiz violáceo en el extremo. Pesada, como si le costara sostenerla en su propia erección. Con un leve temblor casi imperceptible, rítmico, trémulo, que noté porque no podía dejar de mirarla.

Y él lo advirtió. Y sonrió. Y lo supe una décima de segundo antes. Supe que atacaría. Y atacó.

—Te gusta, eh, putita… —susurró.

No respondí. No me moví. Pero sentí el ardor en mi pecho, en mi vientre, en mi sexo…

Y entonces otro sonido nos sorprendió, más lejano esta vez. Un portazo seco, contundente, reverberó a lo lejos, filtrándose hasta nosotros como un eco distorsionado. Sin duda la puerta de la entrada de la casa.

Él sonrió con un aire satisfecho, casi engreído, como si ese ruido le confirmara que estábamos al fin solos. Pero yo no estaba segura. Mi pecho subía y bajaba en una respiración entrecortada, alerta. Traté de recordar si realmente había escuchado a dos personas alejarse, si los ruidos de tacones habían sido suficientes como para representar la huida de dos personas. Algo en mi intuición me decía que no. Algo me advertía que aún podía haber alguien al otro lado de la puerta; la más curiosa, la más viciosa, quizás conteniendo la respiración igual que yo, quizá escuchando, esperando.

Dudé. Si aún estuviera frente al espejo habría buscado respuestas en la mujer del pasamontañas rosa, pero ya no podía. Sentí una desagradable sensación de desamparo.

Y entonces él hizo algo inesperado. Sentí sus manos moverse con decisión, su tacto no ansioso, no agresivo, aunque sí deliberado. Sus dedos se deslizaron sobre la seda azul de mi camisa y, sin prisa, la cerraron, en dos movimientos rápidos, como una cortina que se junta sin llegar a tocarse completamente, cubriendo mis pechos, ocultando mis pezones; el calor de mi piel sofocado bajo la tela. Fue un gesto extraño, rápido, de apenas dos segundos, que me desconcertó. No me desnudaba. Me cubría.

Parpadeé, confundida, y él, con esa media sonrisa que insinuaba un perverso entretenimiento, se inclinó apenas, rozando con su aliento la parte descubierta de mi cuello, y, devolviéndome a la realidad, plasmando otra vez su vileza y su descaro, susurró:

—Bueno, ¿qué? ¿Me follo con eso puesto… a la putita? ¿O te lo quitas y me follo a Carolina?

CAPÍTULO 14

Otro impacto. Otro exceso. De nuevo sus frases me hacían colapsar. Sentí la tela del pasamontañas aún más pegada a mi piel. Más opresiva. Más angustiante. Y ahora, además, todo lo vivía sin el amparo del espejo. Antes, mi reflejo me guiaba, me ofrecía una certeza, aunque fuera perversa; una identidad que podía asumir. Ahora, sin el cristal devolviéndome la imagen de esa mujer que había aprendido a desdoblarse en el placer y la entereza, la sensación de desconcierto me envolvía.

Daniel me observaba con esa media sonrisa que siempre parecía al borde de un comentario mordaz. No dijo nada más, seguramente orgulloso de su provocación, y después dejó que sus dedos recorrieran mi cuello… apartando ligeramente mi camisa, y volcándose después hacia mí. No entendía cómo podía ser certero y tosco a la vez. Sentí cómo se venía encima: su cabeza, su boca, su aliento. Encorvado ante mí, despejaba la zona para atacarme. Cerré los ojos en el preciso instante en el que supe que no había vuelta atrás, que me asaltaba… Pero aún tuvo tiempo para comentarlo, para anunciarlo, y es que susurró:

—Bueno, mientras te lo piensas…

Lo susurró contra mi piel, que se erizó. Sentí su aliento caliente, denso, espeso, y a la vez un leve matiz masculino, que se esparcía por mi clavícula. Sentí después unos labios áridos, con un regusto húmedo final… Después, cuando llegué a sospechar que me violentaría con un mordisco, me sorprendió, y es que sentí su lengua, jugando a rozarme la piel desnuda, cerca de donde mi collar reposaba.

Y entonces sí, sentí un pequeño mordisco que me hizo cerrar los ojos, y que me hizo temblar en un espasmo. Una tiritona algo infantil, que me avergonzó. Y sentí una conexión con el resto de mi cuerpo, como un rebote en diferentes focos, pues aquel mordisco, y el siguiente, y el siguiente, repercutían en otras partes de mi cuerpo; a cada pequeña mordedura, mis pezones se volvían más enhiestos, mis pechos más duros, mis piernas con mayor dificultad para sostenerme, y mi sexo, reconciliado ya con mis bragas caladas, más quebrantado y vibrante.

—Decídete… —continuó, su aliento ardiente contra mi piel—. ¿Vas a dejarte el pasamontañas y ser mi putita, o vas a quitártelo y ser Carolina?

Otra vez sus palabras me atravesaban como una corriente eléctrica. No era solo una provocación; era una pregunta real, una que yo no sabía cómo responder. Mi identidad en ese instante estaba fracturada: ¿seguía siendo la mujer del espejo aunque no pudiera verme? Sin mi reflejo, ¿seguía siendo esa putita anónima o podía ser yo? También me preguntaba si quería ser yo.

Mientras sentía sus besos en mi cuello y sus pequeños mordiscos, como un reguero caliente y húmedo, llegué a notar el impacto, frontal… la presión de su erección contra mi vientre. La virilidad abajo, la masculinidad arriba, pues seguía embriagada, aturdida, por aquel olor que me envolvía: un aroma denso, a hombre, a piel caliente, a deseo contenido. Mi instinto, entonces, me impulsó a tocarlo con una necesidad que no buscaba respuesta, solo una certeza física en medio del torbellino mental.

Mis manos descendieron con un movimiento emancipado de mí misma, y encontraron su polla, dura, caliente, palpitante. La acaricié con lentitud, sintiendo el contraste entre la suavidad de la piel y la solidez de lo que había debajo. Cada vez que tocaba AHÍ, no podía evitar reconocer su grandeza, su potencia, aunque fuera inmerecida. Daniel exhaló un leve gruñido, su aliento se hizo más errático contra mi cuello, y en respuesta, apreté mi agarre con calculada firmeza.

Él no se quedó inmóvil. Separó un poco más mi camisa, con un movimiento decidido, y su boca bajó más. La seda de la prenda rozaba mi piel al abrirse, y el aire, por denso que fuera, parecía fresco en contraste con el calor que desprendía su cuerpo. Se detuvo un instante. Yo, rígida, nerviosa, solté su miembro. Y supe que no se detendría, solo parecía dudar dónde atacar. Él podía abrir del todo mi camisa y atacar mis pechos o ceñirse solo al que ya estaba descubierto. Hizo una mueca y optó por lo segundo.

Encorvado, frente a mí, apretó con una mano mi teta cubierta por la camisa azul y llevó su boca a la otra, a la teta desnuda. Y sentí entonces el cambio… aquello no tenía la resistencia de mi cuello, de mi clavícula… aquello me hizo deshacerme en apenas una décima de segundo. Tan pronto sentí su lengua, un mínimo lametazo en mi teta revelada, un gemido escapó de mi garganta. Un "¡Ahhh…!" entregado; sentí el calor envolvente de su boca y mi jadeo le espoleó para apretar con más fuerza la teta cubierta. Él lo sabía. Yo lo sabía. Mis pezones llevaban ya muchísimo tiempo duros, expectantes, sensibles al más leve roce. Yo temí que me tocara más, y él no dudó: una leve succión que me derribó: un gemido bajo la máscara, un "¡Ahhh-hh!" rendido, y un espasmo entre mis muslos…

… Su lengua jugueteó con mi pezón, trazando círculos lentos antes de atraparlo con sus labios, succionando con una intensidad que hizo que mi espalda se arqueara de forma involuntaria. Pero él me impedía huir. Otra vez su mano apretando mi otro pecho. Mi "¡Ahhh!" jadeado bajo la lana rosa. Mi sexo incendiado. Mis piernas endebles. Su regocijo. Su deleite. Yo sabía que disfrutaba incluso más del dominio que del placer físico en sí mismo.

No se detuvo. Se sintió con permiso. Autorizado a deshacerme. Cada lamida, cada beso, encendía algo más profundo en mí. Sus dientes rozaban la piel con una leve presión, alternando entre succión y mordiscos suaves, volviendo mi respiración aún más errática. Tuve que aferrarme entonces a sus hombros, sintiendo su piel bajo mis dedos, notando la tensión de sus músculos mientras se hundía en mi carne. El calor de su boca, su lengua recorriendo mi pezón con un

ritmo delicioso, certero, firme; y yo me preguntaba cómo su lengua podía ser tan rígida, tan húmeda, tan móvil… y me hizo gemir otra vez, y otra vez, más fuerte, más desesperada.

Mis manos actuaron otra vez por sí mismas, subieron hasta su cabeza, sintiendo la aspereza de su cráneo rapado. El contacto me provocó una extraña sensación de desagrado y morbo mezclados en una espiral que me desorientó. Sujeté su cabeza, lo mantuve allí, con su boca devorando mi pecho, mientras en mi interior crecía una lucha que no sabía cómo resolver.

El placer me recorría en oleadas, como un eco que se propagaba desde mi pecho, por mi vientre, hasta mi sexo palpitante. Mi piel ardía, cubierta por una fina capa de sudor, atrapada en el calor sofocante del momento. Su boca se afanaba, mojaba, humedecía, enrojecía. Yo miraba hacia abajo y contemplaba el estropicio. Y me imaginé, vista desde fuera, con el pasamontañas puesto, el sujetador bajado, la camisa medio abierta y aquella enorme cabeza y cara devorando mi teta; y yo agarrada a aquel gigante, a aquel cráneo brillante, tan desagradable como a la vez extrañamente morboso.

Y entonces, tras otro gemido, tras un tenue "Ahh…" que reverberó bajo lo más profundo de la máscara, pude escuchar la humillación, la vejación de una ultrajante vertida de saliva; el sonido acuoso de dejar caer aquel líquido suyo; un rezume, un escupe innecesario, pues mi teta ya brillaba por tanta saliva previa. Lo escuché y lo sentí. A bocajarro, sobre mi areola rosada… y después esparció la espumilla transparente por el pezón… con su lengua impetuosa y larga… y para hacer aquello hacía uso de toda su cabeza, en movimientos exagerados, y yo me deshacía en más gemidos… en unos "¡Mmm!" "¡Ahhh!" víctima de su lengua, de sus labios… y del filo cortante de sus dientes…

… Y, después, tras aquel exagerado festín, cambió su proceder: agarró aquella teta empapada con una mano, abrió mucho más la boca, y la devoró con un mordisco amplio, introduciendo el pezón,

toda la areola y algo más, en su ingente boca. Yo miraba hacia abajo y apretaba su cabeza. Sufría su insolencia y a la vez me excitaba su descaro. Y mordió entonces, apretó, mi mirada se amplió por el impacto, y gemí, emití un "¡Ahh-hh!" "¡Dios!" "¡Aaah-hh!", que plasmaba tanto dolor como placer… Y uno, dos, tres segundos así. Yo, con aquel pasamontañas, mirando hacia abajo, agarrando aquel cráneo, y él respirando profundamente por la nariz, mientras su boca abarcaba todo lo que podía de mi vilipendiada teta. Lo sentí incluso tragando saliva, en aquel momento, mientras el mordisco se mantenía. Y cada segundo con él así, prendido de mi pecho, suponía mayor desamparo y desconsuelo en mi sexo; casi cada segundo era otra gota, y otra, de humedad, de flujo, descargando sobre mis bragas, que ya hacía tiempo que no podían más.

Después, él aflojó la mandíbula, y dejó huir mi teta dura y enrojecida, de sus enormes fauces.

—Mmm… Ca-brón… —resoplé entonces, aún afectadísima por su mordisco, y él se retiró unos centímetros y se limpió la comisura de sus labios con la mano.

—¿Te como la otra teta o te decides? —preguntó, y yo aproveché para coger aire.

Se apartó más. Se incorporó un poco. Mis brazos soltaron aquel cráneo pegajoso. El ambiente, aún siendo espeso, refrescaba con aire tibio mi teta empapada de su saliva.

—Decídete. Carolina… o no. Pero si sigues con el pasamontañas, eres mi putita…

Sus palabras me golpeaban de nuevo, y ya no por su vulgaridad, sino porque evocaron exactamente lo que estaba perdiendo: esa mujer en la que antes me refugiaba. Quise mirarme, buscar en el espejo la confirmación de que seguía siendo esa mujer que no titubeaba, pero no podía girarme para que me rescatara.

Cerré los ojos y traté de invocarla de todos modos. La imaginé como si pudiera proyectarla en mi mente: la misma postura segura, los mismos ojos encendidos por el deseo, los labios entreabiertos en una exhalación silenciosa. Intenté sentir mi propia piel como si la viera reflejada.

Y entonces, en ese instante de reconstrucción, Daniel deslizó la mano por entre mis muslos. Ya no se contenía, ya no se dosificaba. Apenas medio segundo en la cara interna de mi muslo y su palma subió, y uno de sus dedos se alargó, y con la punta encontró la humedad que empapaba la seda negra de mis bragas. Noté la caricia, que había sido sutil, apenas el roce de la yema de uno de sus dedos, pero suficiente como para descubrir el desastre.

Y sentí vergüenza, y a la vez un extraño frío allí; una esencia derramada, persistente, formada desde hacía tiempo. Él, entonces, dejó escapar una risa baja, satisfecha.

—Joder… —murmuró frente a mí—. No sabes lo mojada que estás, putita.

El comentario debería haberme sacado de mi trance, pero lo único que consiguió fue fijarme más en el presente. Sentí mi propia respiración acelerarse, mi pecho subir y bajar, en dos o tres respiraciones profundas. No necesitaba verme en el espejo para saberlo. Mi cuerpo hablaba por sí mismo.

Necesitaba de nuevo a aquella mujer, porque yo, Carolina, temblaba, y mis ojos casi lagrimeaban por una culpable excitación, y ante la vergüenza que se avecinaba si él incidía ALLÍ.

Quise cortarlo. Sacar fuerzas de dónde no las había. Decidir algo. Hacer algo. No sabía si quería ser Carolina o no. Sabía que la máscara me desnudaría ante él. Pero debía actuar. Y entonces, antes de que él se excediese y me descubriese, retirando aquellas bragas caladas que cubrían mi sexo, llevé mis manos a la parte inferior del pasamontañas.

Lo había decidido. Aun sin saber si era la opción correcta. Intentaría resistirme a él siendo yo misma.

Y entonces un ruido me paralizó. Un "clic" indudable. Un sonido metálico evidente.

La puerta se había abierto.

CAPÍTULO 15

Solté la tela del pasamontañas como si quemara, e inmediatamente después me quedé inmóvil. Se escuchó un silencio angustiante, pero el sonido de la puerta abriéndose aún vibraba en mi cabeza. Mi respiración se entrecortó y la opresión del pasamontañas se hizo más sofocante. Si escuchara pasos me moriría. Si alguien me viera así me moría. Sentí el latido acelerado en mi pecho, un eco sordo que retumbaba por todo mi cuerpo. Pero él sonrió. Una media sonrisa confiada, casi burlona.

—No hay nadie —susurró—. Habrán dejado la ventana del salón abierta. Estaban fumando.

Lo miré con nervioso escepticismo. Era cierto que solo se había escuchado aquel "clic", como un rebote mínimo, como si el marco de la puerta hubiera escupido la hoja tan solo unos centímetros, pero no sentía la más mínima corriente de aire. Pero antes de que pudiera replicar, él comenzó a moverse, despreocupado, y vi cómo se deshacía de su pantalón, llevándose con éste sus calzoncillos, con esa naturalidad suya, como si el mundo a su alrededor no existiera. Con un movimiento perezoso se dejó caer sobre la cama, completamente desnudo, sus piernas separadas, su cuerpo hercúleo brillando y marcándose con cada escorzo, su miembro siempre firme, rígido, endurecido. Me miró desde allí, sentado, con aquella asta izada, la cabeza ladeada, con su imperturbable gesto de seguridad.

—Date la vuelta —ordenó.

Titubeé un instante, pero obedecí, y es que mi giro me daba la posibilidad de revisar la puerta con la mirada y de buscar otra vez a

aquella mujer en el espejo. Efectivamente, la puerta sobresalía arrimada contra el marco, y admití que su teoría ganaba enteros, pero, cuando intenté buscar a aquella decidida mujer en el espejo, no lo conseguí, y me encontré a mí misma, sentía que era yo: el pasamontañas ocultaba mi rostro, pero no podía ocultar la realidad de mi cuerpo. La camisa azul se había vuelto a cerrar un poco, como aquella cortina que se cierra desde dos extremos y casi se toca en el centro; empapada de sudor, se pegaba a mi piel, la seda se adhería contra la humedad de mis pechos, pero uno más que el otro: la que había sido víctima de sus besos y mordiscos lucía más húmeda, transparentaba más la tela, justo allí donde su boca había dejado su rastro de saliva caliente. Mis pezones, incesantemente duros, se marcaban con nitidez también bajo la tela. Sentí un escalofrío recorrerme.

Y no me había preguntado el por qué de su orden para que me girase, pero él me dio la respuesta de inmediato, con una de aquellas frases suyas que plasmaban siempre exageración, vileza y algún tipo de enfermizo trastorno:

—Qué imagen… eh. Míranos… Joder, qué espectáculo.

A mi lado. Un poco atrás. Tan cerca. Yo de pie. Él sentado. Sus palabras me recorrieron la espalda como una corriente eléctrica. Más sudor discurriendo por mi columna vertebral. Pero no me moví. No quería moverme. Yo tampoco quería romper la imagen del espejo. Y seguía intentando encontrar a aquella otra mujer. A la que no temía. A la que no se dejaba consumir por las dudas ni se sentía intimidada por él. Intenté buscarla. El soporte. El apoyo. Encontrar gracias a ella alguna solución. Pero cómo hacerlo, cómo hacerlo con él tan cerca, haciendo, además, lo que comenzó a hacer:

Al principio, fue apenas un sonido. Algo húmedo, algo rítmico. Un roce que se deslizaba con una cadencia que no supe ubicar de inmediato. Pero luego, vi su reflejo. Vi su mano.

Daniel se había humedecido los labios con un gesto grotesco, exasperadamente lento, y su mano derecha descendió por su vientre

sin ningún apuro. Sus dedos trazaron un camino pausado hasta envolver su erección con una posesión natural, como si su propio cuerpo fuera una extensión de su arrogancia. Su otra mano descansó sobre su muslo, pero no parecía un descanso real, sino una pausa premeditada, una forma de dosificar la lascivia que destilaba.

Mis ojos se quedaron atrapados en el espejo. En la imagen de su cuerpo destensándose solo para tensarse de nuevo con cada movimiento de su muñeca. Aquello no tenía la urgencia de una necesidad fisiológica. No, esto era otra cosa. Un juego. Una ostentación. Un alarde.

Sentí el calor en mi piel, en mi vientre, en mis muslos que temblaban con un cosquilleo traicionero. Mi camisa seguía pegada a mi cuerpo, la tela marcando cada curva, cada gota de sudor que se deslizaba entre mis senos, entre mis omóplatos, sobre la línea de mi espalda. Y entonces, un pensamiento terrible me cruzó la mente: no podía apartar la mirada.

Daniel sonrió. Sonrió con esa media mueca suya, con la seguridad de quien sabe que todo evoluciona y avanza en la dirección correcta. Su mano se deslizó sobre su erección con un ritmo más firme, y yo asistía a su exhibición en muda fascinación. Era absurdo. Era sucio. Era vergonzoso. Y aun así, mi pecho subía y bajaba con una respiración agitada, y mis manos se crispaban sin saber dónde posarse.

—Te gusta mirar —murmuró, sin dejar de moverse. Mitad pregunta, mitad afirmación. Su voz era ronca, más grave, teñida de un poso de placer.

No negué con la cabeza, ni mis labios pronunciaron palabra alguna. ¿Cómo podría hacerlo, si mi propio reflejo me delataba? Y el sonido era cada vez más evidente. El sonido de su paja: un "clic", "clic" húmedo, constante. Piel contra piel, resbalando en un vaivén impúdico. Un enorme glande violáceo era cubierto y descubierto. Era hipnótico. Sugerente. Evocador. Sus dedos a veces se aferraban con

más fuerza, otras veces soltaban su presa para cambiar de mano; otra vez el alarde; para explorar su propia sensibilidad con una meticulosidad perversa. Sus ojos no se apartaban de los míos a través del espejo. Era como si me quisiera atar a su ceremonia, a su representación.

Pero conseguí desviar mis ojos de su reflejo, solo para mirar el mío. Mis pezones endurecidos marcaban la tela húmeda de la camisa azul, la respiración agitada haciendo que se moviera con cada latido. Mi vientre contraído. Mis labios apenas entreabiertos. Aquella boca medio abierta escondida tras el estrambótico pasamontañas. El calor entre mis piernas, punzante, innegable.

Y él lo sabía. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Y otra vez, otro exceso, otra exageración:

—Desnúdate, joder… Venga… Quítate las braguitas… —dijo, casi jadeante, en una sucinta sobreactuación.

Su voz repulsiva. Su frase extravagante. Tragué saliva. Me odiaba por la forma en la que mi piel se estremecía siempre ante sus palabras. Mi mente suplicaba que saliera de allí, que recuperara el control, que encontrara a la otra mujer… pero no era capaz.

—Vamos… —insistió él, jadeando suavemente, su mano apretando con más fuerza.

Mi reflejo me observaba. Era yo. Y yo, sin la otra mujer, era vencida… Mi mano tembló cuando comenzó a moverse y un "qué haces" brotaba en mi mente, pero mis manos continuaron…

Mi estómago se contrajo otra vez. Sentí el ardor en mi rostro, la vergüenza que me quemaba por dentro. Pero mis dedos ya se hacían con las tiras de la seda negra, a la altura de mis caderas, dispuestos a deslizarlas, recorriendo mis muslos hacia abajo. Inicié el movimiento, pero, si bien las tiras obedecían, no lo hacía así la tela que cubría mi sexo; la seda se aferraba a MÍ. Se aferraba como si

dudara en abandonarme, o como si intentara protegerme, o como si quisiera ganar tiempo para que acudiese la otra mujer.

Pero no le hice caso, tiré más, luché contra mi propia humedad, densa, adherida. Por fin la seda negra se desprendió. Yo lo veía a través del espejo. Y me estremecí al vislumbrar un hilillo transparente… que partía de MÍ y que se iba con la seda negra… Unos centímetros, un estiramiento que se hizo eterno, y a más tiempo y espacio, más vergüenza.

El aire rozó entonces mi sexo desnudo, provocando un escalofrío instantáneo. Miré hacia abajo y vi el desastre: los labios de mi sexo salidos, apartados… Desbordando mi vello púbico recortado. Y entonces, lo sentí, y mientras lo sentía no sabía si era posible, o si me estaba volviendo loca. Lo sentí: el olor. Un aroma denso, embriagador, inconfundible. Olor a sexo. Un olor a sexo que partía de mí.

Y el "clic, clic" de la paja de Daniel era la banda sonora que llenaba aquel cuarto, y yo, que no le miraba, dudaba si estaba reparando en el estropicio que yo descubría. Traté de evitarlo, cortando, con disimulo y con un dedo… aquel hilillo viscoso y delator.

Y guardé para mí lo que solo yo podía ver: el deshonroso vestigio, transparente e incluso ligeramente blancuzco, que reposaba, retenido, en el punto neurálgico de aquellas bragas. Una marisma, desbordada e indigna, que me obligó a desviar la mirada.

Mi respiración no paraba de agitarse. No ayudaba el sonido de su masturbación. Tampoco lo hacía el silencio de las palabras que no pronunciaba. Tampoco lo hacía el recuerdo de la visión nítida de mi vello púbico brillante por mi propia humedad. Tampoco lo hacía mi operación, que se antojaba difícil en mi estado: un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo al deslizar las bragas por mis muslos, al desenredarlas de mis tacones; la seda liada, empapada, pegándose a mis dedos mientras trataba de liberarlas.

El sonido de su paja seguía llenando el aire. Ritmo. Fricción. Un eco en mi cabeza. Y yo, con las bragas en la mano, caladas y hechas un gurruño, sin saber qué hacer con ellas, me sentí atrapada entre el pudor y la fascinación, entre la necesidad de cubrirme y el impulso de rendirme.

Me sentí vulnerable, expuesta. Más que nunca.

Alcé la vista. Y vi a una extraña. A una loca… con el pasamontañas en la cabeza, potente y a la vez estilizada, subida a los zapatos de tacón… con una camisa medio abierta y húmeda, y con un gigante masturbándose, desnudo, detrás, a su lado.

Pero no tuve tiempo a afligirme, a castigarme, pues crucé la mirada con él, a través del espejo, y supe que era inminente su próximo ataque, de gesto o de palabra.

Desvié la mirada. Volví a mí. Y allí estaba, desnuda de cintura para abajo, con el peso de su mirada recorriéndome entera a través del espejo.

Otra vez la mirada a él, que se mordió el labio inferior. Su excitación era real, y aquello lo sentí como un sutil bálsamo. Su mano se movía con más intención sobre su polla dura, resbalando con fluidez, sujeta con una firmeza que hacía evidente cuánto disfrutaba de mirarme.

Y su ofensiva no se demoró más:

—Joder, me encanta tu coñito… —murmuró—. Me encanta cómo te cuelgan los labios… joder…

Desvié la mirada. Otra vez la llevé a mí, a través del espejo.

Él, sin dejar de tocarse, continuó:

—Estos meses me estoy follando a otra putita, pero los tiene jodidamente pegados… por cachondita y guarra que se ponga no se le sueltan. La llamo chochito aburrido. Ella se cabrea —sonrió repulsivamente—. Pero el tuyo, joder… cómo te cuelgan… qué puta maravilla.

Mi respiración se detuvo un instante. Su confesión me atravesó de golpe, entre el pudor y una excitación traicionera que me hacía arder entre los muslos. Mi reflejo temblaba en el espejo. Quise apartar la mirada, huir, de él y de mí, del peso de sus palabras, pero mis ojos se clavaron en él, en la imagen de su mano pajeándose con fuerza, en la forma en que su piel se tensaba con cada movimiento.

Entonces, su mano libre se movió. Suavemente, como si no quisiera sobresaltarme, pero aún así yo temblé tan pronto la sentí. La deslizó por mi muslo, dibujando una caricia que subió lenta, paciente, casi tortuosa. Me estremecí. Sentí la calidez de su palma abierta al recorrer la cara interna de mi muslo sudoroso, acercándose peligrosamente a mi centro húmedo. No me atreví a moverme. No me atreví a detenerlo.

Él sonrió con esa mueca de triunfo que, como siempre, me hacía odiarlo.

—Míralo —susurró—. Mírate.

Cumplí. Obedecí. Llevé mi mirada al espejo. La camisa, cerrada pero a la vez descorrida, dejaba un hueco de visión por donde asomaba, por el centro, abajo, colgante, entre mis piernas, aquel sexo del que hablaba, aquel coño que describía. Y entonces, sus dedos llegaron allí. Y yo implosioné. Temblé. Vibré en un espasmo eterno. Mis piernas oscilaron en un tembleque incontrolable. Mi corazón explotaba. Eran solo las yemas de dos de sus dedos, de una mano que se colaba, desde atrás, entre mis piernas, pero el tacto era tan intenso que sentía que no sería capaz ya de mantenerme en pie. Pero él obvió mis espasmos y no se detuvo: separó, abrió con suavidad los labios de mi sexo, los acarició con un roce apenas perceptible, como si estuviera explorando su peso, su textura. Mi espalda se arqueó por instinto. Jadeé bajo la máscara un "¡Ahh!" espasmódico. Suspire después, asfixiada. En el espejo, vi la imagen de su mano jugando con la carne expuesta, húmeda, desprendida, oscilante, brillante por la excitación. Vi sus ojos claros clavados en lo mismo que yo: la forma en que movía sus dedos con languidez,

separándome, empequeñeciéndome, marchitándome; en la manera en la que los labios de mi sexo ondeaban y se doblaban por las caricias de aquellos dedos.

Mi boca emitió otra vez un jadeo, un "¡Ahh!" trémulo, un suspiro caliente. Después, un gemido entrecortado, un "¡Ahh-ah-ah!", quebrado en tres golpes, patético en su fragilidad, escapó de mi garganta. Aquel ultraje, aquel tacto… era demasiado para mí. La vergüenza, el morbo, el roce de su piel, su voz ronca improvisando frases hirientes que me descomponían por dentro. Y entonces, más rápido, unos toques, displicentes, burlones, con la punta de sus dedos, golpearon los labios de mi coño. Intuí que lo había hecho para abrirme más. Otro "¡Ahh!" más largo y desarmado, y me miré de nuevo: la oquedad de mi sexo se proyectaba hacia abajo, ofreciendo ahora una abertura vergonzosa, una cavidad ávida y deshonrosa.

Y entonces él paró.

Y yo lo miré, a través del espejo. Retiró su mano, se pasó la lengua por los labios y se reclinó sobre la cama, con su erección palpitante sujeta en la base por su otra mano.

—Venga, súbete. Con esa mierda puesta si quieres, me da igual —dijo con un aplomo gélido y descarnadamente déspota.

CAPÍTULO 16

—¿Qué…? —pregunté alarmada, en un hilillo de voz.

—Que te subas, que me montes. De frente o de espaldas, me da igual —dijo, habiendo detenido su masturbación, y sujetando su polla por la base, con chulesco desinterés.

Yo temblaba. No reaccionaba.

—Venga. Coño. Que se me baja.

Él no dudaba. No titubeaba. Solo ordenaba. Exigía.

Yo, de pie, paralizada, mirándolo a través del espejo, mirando hacia aquel cuerpo sentado y musculado, con aquello alzado y sujeto por abajo, como si lo quisiera todo y ya, como si me estuviera dando simplemente el espacio, no era capaz de responder.

—¿No? ¿No quieres? —dijo y dejó escapar un resoplido—. Pues hazme una paja, entonces. Yo hoy no puedo más.

Tras escuchar aquello algo vibró en mi cuerpo. Sentí que era lo mejor que podría suceder. Una salida incluso casi digna. Si lo terminaba así, si lograba que acabara rindiéndose bajo mi mano, podría irme. Podría salir de aquella habitación con la dignidad tocada, pero no completamente doblegada. Y, sobre todo, con la resolución del plan inicial: la despedida, la paz sellada y la promesa de que desaparecería de mi vida.

Él refunfuñó, impaciente, y yo opté por sentarme a su lado, manteniéndome frente al espejo. Nuestros cuerpos entraron en contacto de forma casual: parte externa de muslo contra parte externa de muslo, y aquello me hizo sentir una leve agitación. Pero

más me tensó, y más sensaciones me despertó, el contacto de la colcha tibia contra mi sexo, ardiente, húmedo y desnudo; aquello me hizo vibrar en un escalofrío y me hizo volver a avergonzarme del estado en el que se encontraba mi coño.

Tan pronto él me vio y me sintió a su lado soltó su miembro, y se dejó recostar un poco más, apoyando sus codos atrás.

Se abandonaba a mí. Me daba el relevo. Para que le diera placer.

Cerró los ojos un instante y dejó escapar un gruñido ronco.

—Joder… es que no puedo más —murmuró entre dientes, con impaciencia—. Estoy que exploto. Hazme una paja y pírate si quieres.

Aquello me espoleó más. Había acuerdo. Yo suspiré.

Miré al espejo. Vi su cuerpo musculado, recostado. Y me vi a mí misma, que hacía tiempo que no encontraba a la otra mujer. Me vi sentada, a su lado, dándole la espalda a su rostro. Y sabía que debía actuar.

Aproveché para posar las bragas sobre la cama, al otro lado de mi cuerpo, con disimulo, alejando aquella vergüenza de él, y mi otra mano se dispuso a proceder.

Mi mirada descendía, titubeante, recorriendo su cuerpo con un sentimiento de culpable admiración. Su torso poderoso, su abdomen marcado, la forma insolente en la que su polla reposaba hacia su vientre: gruesa, prolongada, firme. Una polla grande que era, en sí misma, una declaración de orgullo. Su glande grueso, violáceo, coronando aquel tronco robusto que se arqueaba con su propia rigidez.

Extendí la mano con torpeza. Sentí su calor antes incluso de tocarlo. Y cuando mis dedos lo rodearon, experimenté la tensión palpitante de su carne en mi palma. Noté su cuerpo estremecerse levemente bajo mi caricia, un gesto mínimo, casi imperceptible, pero que me

dio fuerzas para hablar por fin, para advertirle que así cerrábamos el trato:

—Acabamos así, entonces —susurré, y también me atreví a mirarle, directamente, girándome un poco.

Él, afectado por mi mano, asintió. Lo hizo con esa media sonrisa suya, insolente, complacida. Y yo volví a girar mi torso, de nuevo frente al espejo, de nuevo de espaldas a él. Y allí, gracias al reflejo, mientras agarraba su miembro pero mi mano no se movía, nuestras miradas se volvieron a encontrar.

—Ábretela otra vez. O, mejor, quítatela —soltó, con voz grave.

Lo miré confundida.

—La camisa —aclaró, con tono desganado—. Quiero verte los tetones otra vez en el espejo. Me tengo que motivar.

Titubeé. Mi piel ya se erizaba en anticipación. Su orden me repugnó, pero ya habíamos llegado a cotas más altas, y sabía que todo lo que ayudase a que aquello terminase no debía ser rechazado.

Quizás para que mi obediencia no fuera completa, o porque no quería soltar lo que sujetaba, solo actuó mi mano libre, y lo que hizo fue proceder a apartar la camisa hasta dejarla colocada a ambos lados de mis pechos. Primero un lado, después otro. Primero ofreciendo una teta, después la otra; ofreciéndolas en todo su esplendor y frontalidad, llenando casi toda la anchura del espejo. La seda de la camisa, etérea, cálida y pegajosa por el sudor, cedía, obediente, y mis pechos quedaron nuevamente expuestos; la curva tensa, las areolas rosadas, los pezones duros y tiesos.

Y fue al bajar la mirada, al observarme en el espejo tras mi movimiento, cuando me abrumó la imagen: sentada así, con el sujetador apenas visible bajo ellos, mis pechos parecían ocupar casi todo mi torso: más plenos, más pesados que cuando estaba de pie. Mis tetas se volcaban más sobre la tela bajada, lucían desmesuradas sobre mi sujetador… una magnitud tan excesiva que me ruborizó.

Él, a pesar de no haber cumplido yo con la petición de desnudez total, soltó una exhalación lenta, complacida.

—Joder —murmuró—. Es que son la hostia… Mírate.

No hacía falta que me lo pidiera. Yo ya me miraba. Allí estaba yo, con el pasamontañas puesto, con la camisa abierta, con mis pechos desbordando el sujetador, con mi sexo en contacto con la tibia colcha, y con su polla en mi mano. Era yo. Aquella otra mujer ya no me asistía. Aquello debía resolverlo yo misma.

Mi mano, aferrada a su miembro, inició un movimiento largo, cubriendo y descubriendo aquel glande brillante. Sentía una mezcla de aspereza y suavidad, y me preguntaba cómo podía alcanzar aquella rigidez.

—Jadea un poco —ordenó él de repente.

Parpadeé, confusa.

—Como antes. Vamos, hazlo. Que suene sucio, como te ha salido antes.

Sentí una oleada de vergüenza recorrerme. Pero me atreví a dejar escapar un suspiro contenido, un "Hmum…" profundo, lleno de aire caliente.

No había sido un gemido. Apenas un suspiro. Pero me había permitido soltar algo de tensión.

Él gruñó satisfecho.

—Así me gusta… —masculló—. Venga, sigue.

Aceleré el movimiento de mi mano. Y entonces dejé escapar otro gemido algo fingido.

—Mmm… ¡Ah…! —exhalé, exagerando, mientras se volvía a escuchar el sonido, el "clic, clic" que emanaba de su miembro; la fricción de aquella piel cubriendo y descubriendo su glande.

Él se rió suavemente, con sorna.

—Eso es, exagerando un poco… como las putas. Ya que no te has quitado eso y has decidido ser putita…

Mi pecho subió y bajó con un estremecimiento de rabia y humillación. Pero sabía que aquello podría ayudar a que él se abandonara y llegara al clímax. Gemí de nuevo, alargándolo, dejando salir el aire caliente por el hueco que el pasamontañas ofrecía a mi boca.

—¡Ahh…! ¡Mmm…!

Sus ojos brillaban en el reflejo. Su cuerpo se tensaba. Su polla latía bajo mi palma.

—Eso es… —murmuró, entrecerrando los ojos—. Vamos, sigue… Fíngelo más alto.

Mis mejillas ardían. Pero obedecí. Lo hice más alto. Más sucio.

—¡Ahh…! ¡Ahhh…! Sí… —exageré, y mi mano no era capaz de envolver ni la mitad de la longitud de su miembro, y después vi cómo, detrás de mí, alargaba su mano y tocaba mi culo, sobre la camisa.

—Jo-der… —suspiró.

—¡Ahh…! Síí… —volví a exagerar, pero también había un poso de verdad en mi lascivia.

—Tócate una teta —ordenó entonces, con la voz densa, cargada de morbo.

—¿Qué…?

—Vamos, ufff… Una mano en mi polla y la otra en tu teta. Quiero verte hacerlo. Quiero quedarme con eso…

El calor me subió desde el estómago hasta la cara. Sentí la garganta seca, el pulso frenético. De nuevo sentí que cumplir significaba

acercarme al final. Llevé la mano libre a mi pecho desnudo, a aquel que no había sido lamido, y lo envolví con la palma, dudosa al principio. Mi piel estaba caliente, húmeda por el sudor. Apreté ligeramente y mis dedos se hundieron en la carne, firme pero con una superficie blanda, esponjosa, y noté cómo el pezón se endurecía aún más bajo la presión de mi mano.

Me observé en el espejo: el pasamontañas ocultaba mi expresión, pero mi cuerpo estaba allí. Mi pecho subía y bajaba con cada respiración agitada. Sujeta entre mis dedos, mi teta parecía más pesada de lo habitual, más viva. Me di cuenta de la diferencia entre ambas manos: una cerrada alrededor de su polla, fuerte, rígida, caliente; la otra en mi propio cuerpo, sintiendo la suavidad de mi piel, la forma redonda, el pezón pulsando contra la palma.

—Acaríciatela… —susurró, con la boca entreabierta, sin dejar de mirarme.

Obedecí. Toqué mi piel, y me sorprendí de mi propia suavidad y del tamaño que me ofrecía a mí misma. Dibujé círculos con los dedos alrededor del pezón, sintiendo el estremecimiento que recorría mi espalda. La extensión de mi areola también me impactaba, y acariciaba allí, en amplios perímetros, en recorridos largos. La mezcla de humillación y placer me deshacía por dentro.

—¡Joder…! —exhaló él, con la mandíbula tensa… y temblando en mi mano.

Me miré en el espejo y la imagen que encontré me dejó sin aire. Era yo, sí, pero al mismo tiempo era otra. Volvía casi al punto de partida: era yo, pero bajo el cobijo de la máscara; nerviosa, tensa, excitada, pero en cierta forma protegida. Era yo, que ocultaba mi rostro, con la camisa apartada y mis pechos descubiertos, con una mano masturbándolo y la otra acariciando una de mis tetas, obedeciendo órdenes que me abrasaban de vergüenza. La visión era morbosa y a la vez desquiciante; un espectáculo de piel expuesta, de jadeos fingidos que llenaban el silencio de la habitación, y de la fricción húmeda de mi palma deslizándose sobre su carne caliente y dura.

—¡Ahh…! ¡Síí…! —exageré de nuevo, dejando salir el aire caliente con un tono sucio, lascivo. Mi propia voz, ejecutando la farsa, llegaba incluso a repugnarme. Pero él gruñó con satisfacción.

—Qué bueno… Así… sigue así —murmuró, con los ojos fijos en el espejo, observándome con devoción.

Aceleré el movimiento de mi mano sobre él, cubriendo y descubriendo aquel glande que se volvía cada vez más brillante y resbaladizo. Sentía su cuerpo tensarse por mis acometidas, su respiración agitarse. Estaba cerca. Y yo también. Él de su orgasmo. Yo de mi liberación.

Entonces, algo cambió. Lo sentí en un sutil tirón de mi camisa. Apenas una presión, tiraba de mí, desde atrás, un intento de hacerme vencer hacia él. Me quedé rígida, con los músculos en tensión, con la piel erizada de alerta. No podía permitirlo. Si me recostaba y caía sobre él, si él lograba que mi cuerpo cediera, todo podría cambiar. Sería demasiado peligroso. No podía darle más terreno del que ya le había concedido.

Respiré hondo y me mantuve firme. El torso tenso. Y me enfoqué en mi mano, en su polla latiendo entre mis dedos, en la tarea que tenía que finalizar. No lo miré, pero sentí cuando él desistió. Lo escuché soltar un resoplido. Pero no me daba tregua: en el reflejo vi cómo alargaba el brazo tras de mí y mi corazón se encogió. Lo vi hacerse con mis bragas. Me quedé inmóvil, sintiendo cómo se apoderaba de la prenda que había intentado alejar de su vista. Con un gesto indolente, las dejó caer sobre su pecho desnudo, como si fueran un trofeo.

Mi pulso se aceleró. Me ardían las mejillas debajo del pasamontañas. Mis bragas, empapadas de mi propia humedad, descansaban ahora sobre su torso, pegándose levemente a su piel caliente. Era una humillación más. Un recordatorio de mi estado.

—Joder… —gruñó, con los párpados entrecerrados. Su vientre subía y bajaba con respiraciones cada vez más entrecortadas. —¡Mm! Me

voy a correr…

Aquella frase me dio vida. Aceleré. Mis dedos lo recorrieron con más firmeza, con más determinación. Lo quería abandonándose, fuera de sí. Quería verlo llegar, hundirse en su propio placer, y dar todo por terminado. Quería mi escapatoria.

—Haz que me caiga todo encima… —murmuró, otra vez con la cara ladeada, empujando sutilmente sus caderas hacia arriba.

No respondí. No me importaba dónde se derramase. Apreté los labios bajo la tela del pasamontañas. Seguí moviendo la mano. Y entonces lo noté, algo viscoso tocaba, humedecía, uno de mis dedos. Miré hacia allí, directamente, y observé cómo de su miembro brotaba ya abundante líquido preseminal, que discurría por su glande y más abajo, y, efectivamente, un delgado río viscoso moría ya en mis dedos.

Volví la mirada al espejo. Mi caricia en mi teta. Mi paja implacable. El "clic, clic" de aquella piel subiendo y bajando. Sus jadeos se volvían más erráticos, cada vez más cerca del final. Su polla, que yo no alcanzaba a agarrar con solvencia por el exagerado grosor, palpitaba con violencia en mi palma, y su cuerpo se tensaba bajo mis caricias, al borde de la rendición.

—Me vas a lamer la lechita de la barriga… ¿eh? —soltó de repente, con la voz rasposa, entrecortada—. ¿Me la vas a lamer cuando eche todo?

Me congelé por un instante. Mi estómago se contrajo con una mezcla de asco y pavor. No quería hacerlo. No podía hacerlo. Pero aquel asunto, aquel problema, sería posterior. Yo aún no había terminado. Aún no se había corrido. Y yo necesitaba que lo hiciera.

—Mmm… ¡Sií…! —exageré, en lo que yo sentí como una mentira, una falacia para que acabase cuanto antes.

Y me miré en el espejo, y de pronto vi algo que me impactó: aquella mujer enmascarada se movió, se deslizó, movió su cadera, de forma

lenta, disimulada, quizás instintiva, dos veces, atrás y adelante, rozando su sexo contra la sábana… y sintió un culpable placer.

Un escalofrío me recorrió al verla, al verme… hacer aquello.

—¿Síí? ¿Me vas a lamer la lechita? Eh… —jadeó él.

Respiré hondo. Sentí el calor acumulándose en todo mi cuerpo y el rubor en mis mejillas. Me forcé a responder.

—Sííí… ¡Mhm…! —gemí, y aceleré más.

Y vislumbraba el final. Lo sentía. Él temblaba. Su respiración se entrecortaba, el ritmo de su pecho agitado se reflejaba en el espejo, y yo me aferraba a ese momento como si de ello dependiera mi propia existencia. Exageré un "¡Ahh… Hum…!", uno de esos gemidos lascivos que él tanto disfrutaba, y apreté con más fuerza, sintiendo su piel resbaladiza bajo mis dedos. Su mirada seguía atrapada en el espejo, fija en mí, en la imagen que le ofrecía: la mujer enmascarada, la sumisa complaciente.

Por fin, aquella mujer enmascarada, que era yo, ganaba. Porque sí, aunque todo aquello estuviera envuelto en una maraña de dominación y humillación, en ese instante, yo tenía el control. Él jadeaba, se mordía el labio con fuerza, su abdomen se contraía espasmódicamente bajo la presión de mi mano… Ya sentía su orgasmo, lo presentía en cada latido de su polla palpitante, en cada sacudida involuntaria de su cuerpo. Y también sentía una especie de triunfo silencioso, por la certeza absoluta de que él estaba a punto de rendirse ante mis caricias, ante mis jadeos, ante mi actuación.

Sentí una oleada de satisfacción perversa, un regocijo extraño que no era simple alivio, sino algo más profundo, más primitivo. Un cosquilleo en la boca del estómago, un escalofrío que me recorría la columna, una calidez peligrosa que se filtraba en mis huesos. Me descubrí disfrutándolo. No el acto en sí, sino el poder. El dominio disfrazado de sumisión.

Otro "¡Mmm…! ¡Dios…!" fingido, arrastrado, de esa putita en la que él me había convertido, y que en ese instante yo usaba en su contra. Me daba igual si era un engaño. Me daba igual si la voz que escapaba de mi garganta era impostada, si mi cuerpo obedecía a un guión aprendido a la fuerza. Lo único que importaba era que él lo creyera. Sabía que me miraba las tetas, que observaba cada caricia lasciva con los ojos entornados, que sentía mi mano sacudirlo con ritmo incesante.

El sonido lo llenaba todo. El "clic, clic, clic" de su piel agitándose y resbalando en mi palma, el eco húmedo de cada fricción. Un ruido obsceno, hipnótico.

Y otro "¡Mmmm!", largo, deliberado, una mezcla de fingimiento y verdad. Porque en ese instante no había una línea clara entre ambas. Todo se desdibujaba. El placer y la sumisión. El deseo y la humillación.

Entonces, sentí más líquido viscoso desbordar mis dedos. Un flujo caliente y espeso que se deslizaba entre mis nudillos, anunciando lo inevitable. Su tronco resbalaba en mi mano. Le hacía una paja impecable a aquel cabrón. Lo sentía en cada músculo tenso, en cada espasmo reprimido, en cada vena hinchada, en cada gruñido entrecortado que escapaba de sus labios.

Y otro "¡Mmmm!", y otro "¡Ahhh!", y un "¡Síí!" "¡Vamos!" "¡Córrete…!", jadeados por mí, bajo la turbia máscara, construyendo el clímax, preparándolo para su caída final. Mi codo se agitaba a toda velocidad, una teta era apretada, la otra rebotaba ágil y a la vez pesada, por mi feroz movimiento; mi palma se deslizaba un poco hacia la punta, para hacer que todo ese líquido caliente brotara sin control. Y otro "¡Mmmm!" "¡Có-rre-te…!", entrecortado, insistente, y ya apuntaba con su miembro, hacia él mismo, sin importarme si solo se derramaría o si múltiples salpicaduras teñirían todo su torso…

Y entonces él masculló entre dientes: "¡Joder…! ¡Jodeeer…!" y yo solté mi teta para centrarme totalmente en él, y con la mano libre, me arremangué a toda prisa la manga de mi camisa de la mano

ejecutora. Y él gimoteó entonces, a toda velocidad: "¡Para, para, para…!" pidiéndome que retrasara su orgasmo, pero yo no cedí, no tuve clemencia. Y deslicé mi mano medio centímetro más hacia la punta, resbalando por su tronco pegajoso y humedecido… y ahí lo destruí… lo hice explotar.

Lo sentí. El espasmo. Un mínimo silencio. Aminoré el ritmo. Y él se retorció. La pulsión repentina y después la calidez viscosa escapando en una ráfaga ardiente. Vi cómo el primer chorro grueso ascendió con fuerza y aterrizó sobre su abdomen. Me impactó el espesor, la fuerza, el peso con el que aquella salpicadura cayó. Se pudo escuchar hasta el nítido sonido del impacto. Sus piernas vibraron también en un espasmo, pero lo que me hizo sentirme más poderosa, más por encima de él, fue su temblor tras sentir su propia salpicadura ardiente en su propio pecho. Bufó al sentir el placer del siguiente chorro, y a mí me dio tiempo a girarme, mientras lo seguía exprimiendo, y vi a través del espejo cómo brotaba otra salpicadura, hacia arriba, hacia él… y cómo él temblaba bajo la mano implacable de aquella mujer con máscara, aquella mujer que era yo. Mandaba yo, disfrazada hasta el ridículo, pero mandaba yo. Y sentí placer, no solo por el dominio, sino un neto placer sexual, en mi sexo, en mi coño, que se frotaba mínimamente contra la sábana, sin importarme manchar allí; y un tercer latigazo de semen espeso dibujaba una tercera línea que alcanzaba casi su cuello y que caía con peso, quedando estancada, en paralelo, junto a las otras dos…

… y de alguna manera, sobre todo con el cuarto chorro, sentí que contemplaba belleza: su abdomen convulsionando, sus pectorales brillantes, sus bufidos expulsados por la nariz, con sus dientes apretados; era una imagen carnal, una belleza sexual que de alguna forma me reconciliaba con él; ambos creábamos aquella belleza, natural y liberadora; y el quinto chorro cayó sin fuerza, así como el sexto, y el séptimo, derramándose entre mis dedos, y lo sentí más que caliente, ardiente, y disfrutaba al ver cómo me manchaba los dedos de líquido espeso y blanco.

Me obnubilaba la estética, la visión de los surcos de su piel marcados, de aquellas tres líneas blancas; una de ellas había llegado a su prominente clavícula, otra había alcanzado uno de sus pezones. Y entonces un "¡Mm…! ¡Ohh…!" masculino, áspero, y cansado, me sobrecogió, y se dejó vencer, retiró sus codos y toda su espalda y cabeza reposaron sobre la cama. Y yo, que no solo no soltaba su polla sino que la seguía exprimiendo, muy lentamente, hasta las últimas gotas, me sentía encandilada al ver cómo las nuevas gotas empujaban a las anteriores, y más líquido espeso, más semen, resbalaba por mis dedos; y miraba cómo sus pectorales subían y bajaban, cómo sus abdominales brillaban contraídos, brillaban por su capa de sudor y por todo lo que había vertido sobre sí mismo.

Lo dejé allí, vencido. Con su pecho palpitante. Se llevó las manos, los brazos, arriba, y se cubrió el rostro. Uno de los carriles de semen discurría hacia un lado, cayendo de su torso, por un costado, hacia la cama. Su ombligo era un charco, el vello recortado que bajaba de dicho ombligo hacia la base de su miembro era vello brillante y mojado. Bajo la base de su polla depilada nacía otro charco.

Finalmente solté su miembro, llevándome conmigo una pringosidad viscosa y un ligero temblor en mis dedos. Y dejé reposar, con delicadeza, sobre su vientre, aquella enormidad, que descendía de dureza, pero apenas lo hacía de tamaño.

Giré mi rostro, llevando mi mirada al espejo. Y entonces, con la mano que no tenía manchada, intenté quitarme el pasamontañas, pero de esa forma no fui capaz, así que hice uso también de mi mano manchada, con cuidado de no manchar la lana rosa ni mi cuello, y así sí lo conseguí.

Frente al espejo aparecí yo, Carolina. Mi melena rubia, algo aplastada, llenó el centro del reflejo, y yo le di volumen con mi mano limpia. Detrás de mí seguía aquel hombre, ajeno a mí, inerte de no ser por su respiración agitada, de no ser por su pecho que subía y bajaba, y en silencio.

Miré mi rostro: lucía sereno, caliente, pero no enrojecido, como si tantos minutos enclaustrado no le hubieran afectado. Me miré a los ojos: brillaban con una extraña viveza y serenidad. Miré mis pechos: resplandecían con una melosa capa de sudor. Miré hacia mi coño: los labios reposaban deshechos, dilatados, apartados, sobre la sábana.

Me vi en el espejo. Era Carolina. Estaba casada. Era una mujer infiel. Mi marido era un cornudo. Me esperaba, cansado de su viaje, en nuestra casa.

La noche anterior me habían follado. Hoy había pajeado hasta el éxtasis a aquel hombre. Y, por el motivo que fuera, no sentí dolor. No sentí culpa.

CAPÍTULO 17

La liberación, la descarga, el clímax; solo lo había vivido él, pero yo sentía una sorprendente relajación.

La parte baja de mi espalda pedía auxilio. Sentía mis hombros pesados. Aprovechando el silencio, la calma, la paz, me dejé recostar, casi acostar, al lado de aquel hombre, que seguía con un brazo flexionado, ocultando su rostro.

Sentí alivio al notar el colchón bajo mi cuerpo. Mi espalda descansaba. Me giré hasta quedar de lado, hacia él, y él, al sentirme cerca, retiró su brazo, y volvió a llevar sus codos atrás, incorporándose un poco. Y me miró, ya sin la máscara.

—Madre mía… Carolina… —susurró.

Yo lo miré. Estábamos cerca. Y sentí un pequeño latigazo, un pequeño espasmo, pues valoré en sus rasgos, en su cara, una armonía que antes no había visto.

—Qué… —respondí.

Se hizo un silencio. Entonces, él miró de reojo hacia abajo y susurró, sonriendo:

—¿Te estás limpiando la mano en las sábanas?

Y yo, al instante, me di cuenta de que sí, de que lo estaba haciendo.

Me ruboricé un poco.

Y entonces él sonrió, y llevó sus ojos en dirección a su estropicio. En dirección a toda la viscosidad blancuzca que yacía derramada sobre su imponente torso. Y después volvió a mirarme, alzando las cejas.

—¿Qué? —dije, sospechando de lo que quizás pretendía.

—Era el trato, ¿no? —me confirmó, aunque en tono liviano, desenfadado, refiriéndose a aquella petición, hecha por él unos instantes atrás; aquella petición de que yo… limpiara… con mi boca… lo que él soltase.

Apoyé un codo sobre la cama, a su lado.

—Estás de coña… —protesté con voz afable.

—¿No me habías dicho que sí?

Yo miré hacia su torso. Seguía agitado, palpitante. Parte de lo expulsado había discurrido hacia los lados de su cuerpo, pero gran parte seguía allí. Uno de sus pezones estaba completamente cubierto por líquido blanco. Su miembro se había encogido un poco.

—No me acuerdo…

—¿No? ¿Seguro?

—No me creo que estés cachondo ahora… Me lo pides por joder —volví a protestar.

—Yo no te haría nada por joder —sonrió, cansado.

Y yo recordé su frase. Aquella petición. Y de golpe la sentí tremendamente ridícula. Cómica.

—Lechita… —dije.

—¿Qué? —preguntó.

—Que me dijiste algo así como… "¿Me vas a lamer la lechita de la barriga?". ¿Pero a ti te parece normal? —sonreí.

—Bueno… ¿y cómo quieres que lo llame? ¿Esperma?

—No sé…

—¿Esperma? ¿Líquido del amor?

—Puff… calla —contesté.

Se hizo un silencio. Miré al espejo. Que sentí lejano. Dos cuerpos tumbados. Él boca arriba, yo de lado. Mis tacones. Mi camisa azul, que cubría mis pechos, pero no mi sexo. Su polla encogiéndose, su torso brillante, su cabeza algo alzada, sus codos apoyados atrás. Después lo miré a él. Directamente. Su rostro cerca. Y fui yo. Tenía que reconocer que era yo. Pero es que él había tenido su éxtasis. Fui yo. Acerqué mi rostro.

Al principio, solo fue una proximidad, una intención sin destino concreto. Pero cuando la punta de mi nariz rozó la suya, cuando sentí el leve cosquilleo de su respiración sobre mi piel, no pude detenerme.

Su sonrisa se desvaneció. Sus labios entreabiertos, aún húmedos, me llamaban sin palabras, y entonces, sin pensarlo más, me incliné sobre él y lo besé.

No fue un beso torpe ni vacilante. Fue pausado, explorador, cargado de la tensión que aún se deslizaba entre nuestros cuerpos. Nuestros labios se reconocieron con lentitud, como si cada roce fuera una prueba, un recordatorio de la línea que ya habíamos cruzado. Él no tardó en corresponderme. Sus labios atraparon los míos con una firmeza creciente, y en un instante, sentí cómo su lengua rozaba la comisura de mi boca, pidiendo permiso. Lo concedí. Su lengua se deslizó dentro, cálida y paciente, enredándose con la mía en un juego suave, lento, delicioso.

Él aún tenía los brazos flexionados hacia atrás, dejándome el control absoluto de aquel beso, y esa sumisión implícita encendió algo en mi vientre. Me acerqué más, presioné mi pecho contra su costado, y dejé que la intensidad creciera. El beso se volvió más profundo. Sus labios se cerraban y abrían sobre los míos con una avidez que aumentaba a cada segundo. Su lengua, más impaciente, acariciaba la mía con una urgencia que comenzaba a desatarme por dentro.

Mis labios se deslizaron por los suyos una vez más, antes de separarme en apenas un suspiro. Y mi mirada descendió entonces por su rostro, bajó por su cuello y se detuvo en su torso, en el desastre que yacía allí. Dudé, pero volví a besarlo.

Y mientras nuestras bocas volvían a encontrarse, mientras nuestras lenguas continuaban danzando entre algún ronroneo ya desvergonzado, mi mano se movió casi sin que me diera cuenta.

Lo noté. Lo sentí. Mi mano bajaba por su pecho, delineando sobre la piel caliente y húmeda. Él exhaló contra mi boca cuando mis dedos rozaron la humedad pegajosa sobre su abdomen. Su vientre se contrajo. Su miembro parecía flotar, varado, oscilante sobre el vaivén de su abdomen. Y yo sentí el tacto, que era extraño, atrayente. Y sonreí para mis adentros, al pensar que unos instantes atrás me estaba limpiando, restregando mi mano contra la sábana, para proceder ahora a mancharme otra vez.

Y es que dejé que mis dedos resbalaran sobre su piel sin importarme la viscosidad caliente, sin importarme la transgresión que aquel gesto representaba. Lo toqué, me ensucié con él, sentí su semen extenderse bajo mis dedos mientras lo acariciaba lentamente.

Él gruñó, masculino y denso, contra mi boca.

Su abdomen se tensó bajo mi tacto. Y entonces me sorprendió con otro beso: sus labios me atraparon con más hambre, sus dientes rozaron mi labio inferior con un deseo renovado, a pesar del cansancio, a pesar del clímax que aún latía en su piel.

Me retiré, valoré la calidad de sus besos. El recuerdo de su orgasmo entre mis manos. Su semen en su torso. Su respiración agitada. Desde hacía unos minutos… lo sentía vulnerable.

Observé cómo su pecho aún se agitaba bajo el peso de su respiración, y el calor que irradiaba su piel me envolvía. Mi mirada se deslizó sobre su torso, observando los senderos blanquecinos que

surcaban su piel. Mi lengua, inquieta dentro de mi boca, palpitaba con la idea de probarlo, de romper esa última frontera de pudor.

Quiso volver a besarme, pero yo solo le concedí que su aliento rozara mis labios y me retiré un poco. Él no pudo hacer más que observarme, expectante. Sus pupilas fijas en las mías, su boca entreabierta, como si fuera una despedida, pero también como si admirara que de verdad fuera a hacerlo.

Y entonces repté, ligeramente hacia abajo. Y sentí el cosquilleo del deseo recorriéndome la columna; el calor por todo mi cuerpo, el sudor en mis axilas, mi sexo palpitar; y tras un último titubeo, me incliné más, y entonces lo hice, allí, sobre el estropicio, sobre el charco estancado… mi lengua voló libre… y aterrizó… atrapando, recorriendo, sintiendo aquel charco caliente… sobre su pezón.

Él exhaló un suspiro casi inaudible, pero lo sentí vibrar bajo mi boca. El tacto, la viscosidad espesa de su semen en mi lengua me excitaba como nunca. No me detuve. No me contuve. Me aventuré a deslizar la lengua con más confianza, probando su esencia salina, espesa, que se mezclaba con el sutil sabor de su piel caliente. Cerré los ojos un instante, saboreándolo, dejando que la humedad de mi lengua se fundiera con la de él. Mis labios rozaron su pezón, sondeándolo con suavidad antes de atraparlo fugazmente. Su mano subió por mi espalda, sobre mi camisa, hasta mi cabello, entrelazando después sus dedos en mi melena, guiándome con una delicadeza que contrastaba con la obscenidad del momento.

Sentí cómo la excitación me recorría. La sensación de su sabor en mi boca; me embadurnaba yo misma los labios con aquel líquido… tiñendo mis labios de blanco; la textura cálida y pegajosa resbalando por mi lengua, el modo en que él se estremecía con cada roce, todo alimentaba el ardor entre mis piernas. Y entonces, mi mano, temblorosa al principio, se deslizó desde su abdomen… hasta su entrepierna, encontrando su miembro, grande, pesado, aunque flácido, frágil, casi hasta desvalido, tras su reciente clímax.

Él dio un leve respingo, su cuerpo se tensó, y un gemido apenas contenido escapó de su garganta. Mi palma se cerró alrededor de aquella monstruosidad descargada, percibiendo el calor que emanaba, la suavidad de su piel cediendo bajo mi delicada sujeción; me enorgullecí por poder al fin ser capaz de rodearla con mi mano. Y comencé a deslizar dicha mano con lentitud, sintiendo cómo su cuerpo respondía poco a poco, cómo el espasmo inicial se transformaba en una incipiente dureza. Mi boca aún seguía entretenida en su torso, lamiendo sobre su pezón tiznado de blanco.

Una, dos, tres, cuatro sacudidas sobre aquella enormidad perezosa… pero entonces, con un movimiento suave pero firme, él atrapó mi mano y la apartó de su entrepierna.

Entonces me retiré, abandonando las caricias de mi lengua sobre su pezón viscoso. Alejé mi rostro y lo miré con una mezcla de confusión y deseo, pero él simplemente sonrió de lado; su pulgar acariciando la parte interior de mi muñeca, en un gesto que no parecía rechazo, sino que parecía pedir calma.

Antes de que pudiera decir algo, él me atrajo hacia él, y nuestras bocas se encontraron. Su beso fue lento, profundo, impregnándose del sabor de su propio placer que aún residía en mi lengua y en la comisura de mis labios. A él no le dio asco. A mí tampoco. Sus labios se entreabrieron sobre los míos, su lengua se deslizó con precisión, reclamándome con una sensualidad que consiguió erizar mi piel.

Aquel beso, sucio, húmedo y caliente, no solo por nuestra saliva, sino por su propio semen… Aquel beso, sexual, obsceno, del que se desprendía un olor tórrido, hizo que mi cuerpo reaccionara otra vez. Y entonces monté una pierna, y después me desplacé, escalé sobre él, llevando mi cuerpo hasta que descansara sobre el suyo: yo encima, mi pecho contra el suyo. Y lo sentí al instante, me impactó, me hizo estremecer, pero de nuevo no me desagradó: su torso húmedo impregnaba el mío; vientre, pechos, sujetador, camisa; sabía que todo aquello se impregnaba, se manchaba de él, se manchaba del semen que había vertido. Lo sentí impregnarme,

pegándose a mi camisa, manchando aquel sujetador comprimido bajo mis pechos. Sentí en la piel de mi vientre aquel líquido espeso aplastarse entre nuestros cuerpos. La sensación fue extrañamente íntima, una marca de lo que acabábamos de compartir, y en lugar de apartarme, me dejé hundir contra él.

Él deslizó sus manos por mi espalda, recorriendo la tela de mi camisa, tanteando los pliegues, descubriendo mi forma, hasta que la recogió un poco por abajo, descubriendo mi culo, y yo sentí su miembro creciente, moviéndose, golpeando, palpitando por entre mis piernas.

Todo había cambiado. Ya no me carcomía reconocerlo, y sabía que él no me humillaría con sus palabras por hacerlo. Y, mientras sentía la humedad viscosa entre nuestros cuerpos, mientras sentía su esencia manchando mi camisa y mis tetas, mientras sentía sus caricias en mis nalgas desnudas, y mientras sentía su miembro palpitar libre… ronroneé, en alguna parte, cerca de su cuello:

—Puedes… metérmela.

CAPÍTULO 18

Él no respondía. El silencio caía sobre nosotros creando una atmósfera tensa, pero también tranquila. Quería y a la vez no quería que verbalizara un veredicto. Permanecí allí, con mi rostro bajo su cuello, sintiendo su aliento cálido chocar contra mi cabeza, sobre mi pelo. Su piel pegajosa contra la mía. Luego me aparté, despacio, como si me costara romper el contacto. Me enderecé, deslizando mis muslos sobre sus caderas y alzando todo mi torso, hasta quedar a horcajadas sobre él. Durante el trayecto, mi piel y mi camisa se habían empapado más, restregándose, absorbiendo el semen que descansaba y resbalaba sobre él. Al quedar alzada, en posición vertical, sentí aún más el tacto; aquella sensación húmeda, tibia, extrañamente íntima.

Me quedé así, mirándolo, intentando interpretar la calma en su expresión. Sus rasgos eran serenos, su boca entreabierta en un gesto neutro. Su mirada luminosa y penetrante no revelaba nada. No estaba la media sonrisa de siempre, ni atisbo de la burla con la que solía envolver nuestras interacciones. Solo él, tranquilo, observándome sin decir una palabra.

Bajé la vista. Su polla descansaba bajo mi cuerpo, pesada y grande, pero flácida. Una gota blanca coronaba un glande a medio cubrir. La piel tensa ahora lucía arrugada. Dudé si tocarla. Finalmente no lo hice, y mis manos se posaron sobre mis muslos.

Él inhaló, como si fuera a hablar. Contuve la respiración, expectante. Pero al final, no dijo nada.

—¿Qué? —lo apremié.

Su mirada se deslizó hacia un costado, como si meditara su respuesta, pero volvió a mí con un brillo cándido, y a la vez comedido.

—Mejor no te lo digo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Él suspiró con una sonrisa perezosa, pasando una mano por su rostro, arrastrando el cansancio con ella.

—Es que estando contigo solo se me ocurren animaladas… Mejor lo dejo, que estamos ahora de buen rollito, ¿no?

Su tono era ligero, casi cómplice, pero me dejó con más curiosidad. Yo me sentía un poco ridícula, allí arriba, pero a la vez no quería abandonar mi posición.

—No, dime. No me voy a asustar.

Él me sostuvo la mirada un instante antes de soltar el aire con un leve suspiro.

—Está bien… Te iba a decir que… ¿por qué no te desnudas?

No sé qué gesto exteriorizó mi rostro, pero él sonrió. Y antes de que pudiera decir nada más, continuó:

—Bueno, de hecho, te iba a decir: ¿Qué pasa? ¿Tus tetones no se aguantan solos?

Un calor diferente me recorrió, no supe si era vergüenza u otra cosa. Comprendí, a la vez, que quizá el motivo de sentirme algo ridícula no era por mi posición, sino por lo singular y hasta excéntrico de la imagen que proyectaba mi torso: aquel sí, pero no, aquella camisa siempre desabotonada, pero también siempre a medio abrir, a medio cerrar, y, sobre todo, lo estrambótico de mis pechos volcados por encima del sujetador, que hacían que las tiras de éste se tensaran

más, y que dejaban la lencería negra arrugada, allí abajo, de una manera un poco esperpéntica.

No supe cuánto había de querer deshacerme de aquella imagen anómala y cuánto de querer demostrarle que lo que yo contenía no necesitaba de ninguna ayuda… Ambas cosas sumaban lo suficiente como para actuar sin demasiada dilación.

Mi operación no fue tan sencilla como hubiera esperado. Tampoco sentir sus ojos clavados en mi cuerpo ayudaba. La tela húmeda de la camisa se aferraba a mi piel como una segunda capa, pegajosa y tibia. No era solo sudor. También estaba la saliva, los restos de semen, la esencia compartida que había quedado atrapada en la quebradiza seda. La sentía adherida a mi espalda, a parte de mis pechos, a mis brazos, incluso a la hendidura de mi clavícula. Me estremecí al deslizar las manos hasta los bordes, sintiendo cómo se resistía a despegarse, adherida a mi carne con una viscosidad y una suavidad extrañamente morbosa. Tiré con delicadeza, primero de un lado, luego del otro, liberando la piel centímetro a centímetro, dejando que el aire espeso de la habitación acariciara las zonas que iban quedando al descubierto.

A pesar del calor, el roce del aire sobre mi torso desnudo me hizo temblar. Fue un alivio inmediato, una liberación que se filtró por cada poro, que por fin pudo transpirar cuando la tela desapareció.
Me demoré en el gesto, disfrutando del contraste entre el calor residual de mi cuerpo y la tibieza repentina del ambiente. Finalmente, deslicé la camisa por mis brazos, la sentí resbalar entre mis dedos antes de dejarla caer sobre la cama, desordenada, olorosa, y testigo de lo que había ocurrido.

Mi sujetador seguía oprimiéndome, tirante contra mis costillas, reteniendo el último vestigio de contención. Alcé las manos hasta mi espalda, tanteé los ganchos con un movimiento casi mecánico, pero en mi interior la sensación era todo menos automática. En cuanto solté el broche, un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Mis pechos se liberaron en un solo movimiento, la piel cediendo al fin por

completo, expandiéndose, respirando con una deliciosa mezcla de alivio y vulnerabilidad.

El peso de mis senos cayó naturalmente hacia adelante, un balanceo sutil, un despertar de la piel tras haber estado prisionera. Sentí la caricia fantasma del aire sobre mis pezones, un cosquilleo involuntario que electrizó cada terminación nerviosa. Dejé caer el sujetador sobre la cama sin mirarlo, quizás un poco avergonzada por su tamaño, e ignoré cómo quedó retorcido sobre las sábanas. Bajé los brazos, dejé que mis manos reposaran sobre mis muslos.

Respiré hondo. Un rubor incómodo latía bajo mi piel. Miré entonces hacia abajo: mis pechos, húmedos y brillantes por lo que le había robado, por el semen del que me había impregnado cuando había estado sobre él, fluían libres, caían un poco, y repuntaban al final. Juntos al principio, separándose un poco allí donde repuntaban. Sentí un súbito azoramiento, un sofoco. La libertad también era vulnerabilidad. Y no toda la tensión había desaparecido: la dureza de mis pezones, la extensión de mis areolas, la robustez de mis pechos hinchados por la excitación… la sensación de su mirada siguiéndome.

Y entonces me atreví a mirarlo. Y no vi medias sonrisas, ni cejas arqueadas con sorna, ni el resoplido arrogante con el que solía marcar sus pequeñas victorias. Solo su mirada fija en mí, en mis pechos. Un escrutinio sin prisa, sin alardes. Me mantuve quieta, esperando algún comentario, alguna burla, alguna frase que rompiera la tensión.

Sentía el leve vaivén de mis pechos al respirar. Mis pezones endureciéndose levemente, no solo por el aire, sino por el modo en que él los miraba. Su falta de reacción explícita me desconcertaba más que cualquier comentario descarado que hubiera podido hacer.

Mis manos, inquietas, en mis muslos. Sentía la piel tibia bajo mis dedos.

—¿Qué? —pregunté finalmente, intentando romper la tensión.

Él levantó la vista hacia mi rostro. No sonrió. No hizo ninguna mueca. Simplemente me observó, como si estuviera debatiéndose internamente sobre algo que no estaba seguro de decir o hacer.

El aire olía a sexo. A sudor y semen. A piel caliente y a tensión flotante. Mi torso aún conservaba rastros de él; la sensación pegajosa sobre mi vientre y mis pechos me recordaba lo que había ocurrido hacía apenas un par de minutos.

Él finalmente inspiró hondo y exhaló despacio, como si disipara un pensamiento fugaz.

—Nada. Sí. Bien. Se aguantan bien —dijo, con un tono más bajo, casi ronco.

Yo sentí que, aunque su expresión no terminaba de delatarlo, algo había… extraño, como si algo dentro de él estuviera cambiando.

Me humedecí los labios, sin saber qué hacer con mis propias manos. Permanecía sobre él, a horcajadas, pero mi mirada se vio obligada a apartarse de él. Mis ojos recorrieron la cama, como si de pronto necesitara aferrarme a algo tangible. Mi sujetador, mi camisa, mis bragas y el pasamontañas estaban allí, desparramados sobre la colcha revuelta. Me di cuenta de que lo único que cubría mi piel desnuda era el collar de perlas en torno a mi cuello… y mis tacones.

Y esa imagen me golpeó de golpe: mi cuerpo expuesto, los zapatos de tacón en mis pies, el brillo nacarado de las perlas destacando contra la piel húmeda de mi garganta. No supe si me sentía ridícula o imponente. Entre esas dos sensaciones oscilaba mi mente cuando, de pronto, otro pensamiento se infiltró. Mi marido. Su rostro apareció fugaz, una sombra en mi consciencia, pero sin la carga que esperaba. No había culpa. No había remordimiento. Solo un leve escalofrío recorriendo mi espalda, una punzada desconocida, pero que no me detenía. Y entonces, la voz de Daniel irrumpió en mi ensimismamiento.

—No te puedes imaginar lo cachondito que me pusiste estos días… Esos… contoneos… No sé cómo llamarlo… Ese exhibicionismo… por tu terraza.

Mi mirada volvió a él. Daniel me observaba con esa calma suya, con ese brillo de malicia velada que parecía disfrutar manteniendo en suspenso. Su cabeza rapada, su barba perfectamente delineada, sus ojos, claros y penetrantes. Hacía tiempo que mi concepción había cambiado. No era un hombre de rasgos suaves ni perfectos, pero el conjunto tenía algo que sumaba más de lo que restaba.

—¿No llevabas esta camisa ayer? —continuó, recostado sobre sus codos, con su voz arrastrando una cadencia casi perezosa—. Antes de ponerte el camisoncito blanco, y antes… de lo que te pusiste después.

Sonreí entonces, y yo misma me sorprendí de mi reflejo involuntario.

—Hombre, las lavo. Esta es otra camisa azul. Tengo varias.

Su expresión no cambió, pero sus ojos se mantuvieron fijos en mí, evaluando. Entonces, tras un breve titubeo, dijo:

—Hay tabaco y un mechero en la mesa. Detrás de ti.

Parpadeé, desconcertada.

—¿Qué? —pregunté, intentando seguir el hilo de su mente.

Daniel ladeó la cabeza, una sombra de diversión bailó en sus labios.

—¿No lo pillas?

Y ahí, en el espacio entre su pregunta y mi respuesta, algo se encendió en mi cabeza. “Exhibiciomismo”. “Tabaco”. Mi piel se erizó antes siquiera de pronunciar las palabras.

—¿Estarás de coña? —murmuré.

Él alzó las cejas con falsa inocencia.

—¿Qué?

Tragué saliva. Sentí el calor ascender por mis muslos y expandirse bajo mi piel.

—Que si estás de coña… —repetí, y mi voz fue apenas un murmullo.

Y entonces, lo dije:

—No querrás que te haga… el paseíto.

El resplandor en su mirada se intensificó.

—¿Paseíto? —se quiso burlar—. ¿Lo llamas así?

—No lo llamo de ninguna manera —contesté.

Daniel suspiró, despacio:

—Venga… Así me animo.

—No hace falta que te animes —respondí sin pensar, como si una parte de mí, de golpe, la parte más cuerda, se quisiera imponer.

Y entonces sentí que podría ser un buen broche final. Terminar como todo había empezado. Aquello reforzaría además la buena sintonía, lo cual lo alejaría de perjudicarme, lo cual ayudaría a respetarme y a desaparecer de mi vida.

Lo miré. Mi cuerpo aún palpitaba por todo lo vivido. Mi piel era en sí misma una prueba de la locura. Pero aquello tenía que terminar.

Quise reforzar la atmósfera de armonía. Esbocé una media sonrisa, que intenté que no saliera falsa, y jugué con la idea en mi cabeza, pensando en cómo hacerlo. Y después, sin responder, me retiré de encima de él.

Me puse de pie con una lentitud estudiada. Sentí mi sexo exageradamente libre, pero intenté no avergonzarme. Intenté ceñirme al plan: interpretar el último papel y después marcharme.

Tras descender de la cama y girarme, vi la puerta arrimada al marco. Aquella puerta que casi me había producido dos ataques al corazón. Crucé la pequeña habitación, mis tacones resonando sobre la madera. Contuve mi pecho con una mano, ciertamente cohibida, para que mis senos no se agitasen demasiado por mi caminar. Sabía que le estaba ofreciendo la visión neta de mi culo, alzado gracias a mis tacones, pero los tiempos de sus comentarios hirientes ante cada nueva exposición parecían haber pasado.

Cerré la puerta e inicié el camino de vuelta. Los tacones atronaban, y sentí entonces que mi brazo y mi mano, cruzados sobre mis pechos para que éstos no rebotaran, casi me delataba más que si no lo hubiera hecho.

—No hacía falta que la cerraras… No hay nadie… —comentó él desde la cama.

—Por si acaso… —respondí, sin mirarlo.

Fui entonces hacia la mesa. Junto al espejo. Frente a la cama. Localicé el mechero y el tabaco.

El chasquido seco del mechero rasgó el silencio. La pequeña llama titiló por un instante antes de estabilizarse, iluminando fugazmente mis dedos cuando acerqué el cigarro a la lumbre. Aspiré profundamente, sintiendo el humo caliente deslizarse por mi garganta, expandirse dentro de mis pulmones, llenándome con un calor que nada tenía que ver con el que había inundado la habitación todo aquel tiempo. Exhalé con lentitud, viendo cómo el humo se disipaba perezosamente en el aire.

Por fin, un olor distinto. Ni piel, ni sudor, ni semen. Un olor seco, limpio, familiar. Me agradó el peso del cigarro entre mis dedos, la sensación áspera del filtro rozando mis labios, el regusto amargo y persistente que dejaba en mi boca.

Lo sentía presente, a él, mirándome. En cierta forma aquello era para él, pero a la vez aquello era un respiro, un ancla, un instante en

el que solo era yo, con mi propio ritmo, mi propio placer.

Mi mirada viajó hacia la ventana, hacia la cortina corrida a medias. Nadie habría podido vernos en la cama, lo sabía, pero ahí estaba yo, reflejada en el vidrio, etérea y difusa en la penumbra, frente a la noche cerrada. Me observé con detenimiento. Mi melena despeinada cayendo sobre mis hombros desnudos. Mis pechos erguidos, mi clavícula adornada por la sombra tenue del collar de perlas.

La ventana, pequeña, no permitía rebotar el reflejo de más abajo. Y pensé entonces, tras exhalar con calma, que no me habría importado ver mi reflejo entero. Ver mis tacones, mis piernas, y por qué no… también… mi coño.

Volví a llevar el cigarro a los labios y exhalé. Me gusté. Me gusté en esa imagen, en ese instante. Me sentí poderosa, rotunda, potente.

—Oye… —dijo entonces Daniel, en un tono bastante bajo—. Perdona lo de antes.

Giré el rostro apenas, lo miré de reojo.

—¿Qué de antes?

Él dudó, algo raro en él.

—Pues… yo… ser como soy a veces.

—¿A qué te refieres?

—Pues… Eso… Mis frasecitas… Que si putita… Que si tu coño es así o asá…

No respondí. Lo miré en cambio, tomándome mi tiempo. Admiraba su cuerpo, pero quise fingir lo contrario, mirándolo con displicencia y chulería. Seguía recostado, con sus codos atrás. Su torso aún brillaba. Su piel seguía marcada por el sudor y sobre todo por el rastro de aquello que había echado, de aquello que yo le había sacado.

Y había algo en la manera en que me hablaba ahora, que parecía querer medir lo que yo sentía sin preguntar directamente.

Pero entonces, con un destello de su habitual descaro, dijo:

—Bueno… ¿el paseíto qué?

Volví a llevarme el cigarro a los labios. Inhalé con calma, dejando que el humo me llenara antes de soltarlo en un hilo fino.

—Y ponte algo —añadió él, manteniendo el tono bajo—. Para que sea como lo recuerdo…

Esbocé entonces una leve sonrisa.

—¿Ponte algo? ¿Me mandas desnudarme y ahora me mandas vestirme?

—Yo no te mando nada —respondió más firme.

Dudé un instante. Dudé cómo hacerlo. Cómo gestionarlo. Finalmente, dejé el cigarro entre mis labios y me acerqué a la cama para hacerme con mi camisa. Al tomarla en mis manos, vi manchas dispersas, lamparones de semen y sudor que oscurecían la seda. Su tacto era pegajoso en algunos puntos, resbaladizo en otros, testigo mudo de lo que había sucedido en aquella cama. Deslicé entonces las mangas por mis brazos con un movimiento pausado. La camisa voló, ondeando levemente antes de cubrirme y acomodarse sobre mi espalda. La tela rozó después mis pechos desnudos y se pegó a mi piel caliente, adhiriéndose como una caricia extrañamente íntima, dejando un rastro fresco y húmedo por donde pasaba, arrancándome un estremecimiento sutil. Con un ademán seguro, llevé ambas manos a la nuca y liberé mi melena atrapada bajo el cuello de mi camisa, sacándola con un movimiento fluido, dejando que se expandiera un instante antes de caer sobre mis hombros, mientras el cigarro seguía encajado entre mis labios. Luego, volví a centrarme en la prenda y la cerré un poco, aun sin llegar a abotonarla; al hacerlo, la seda susurraba contra mi torso,

deslizándose sobre mis pezones endurecidos, humedeciéndolos, en un roce casi eléctrico.

Di otra calada. Solté el humo. Otra vez dejé el cigarro entre mis labios, y luego, sabedora de la visión que eso le ofrecería, me agaché y recogí la falda del suelo, en un movimiento lento. Después volví a incorporarme y la revisé con detenimiento, sintiendo su peso entre mis manos. Tenía algunos pliegues irregulares, pero mi gesto en sí era una representación, pues sabía que la falda estaba casi intacta.

La posé sobre la cama, a su lado, otra vez inclinándome, otra vez regalándole aquella visión gracias a que no había abotonado mi camisa, por lo que mis pechos se agitaban y caían libres. Alisé el tejido da la falda con los dedos, extendiendo cada pequeña arruga. Coloqué también el pasamontañas, como un vestigio absurdo de cómo había empezado todo. Mi mirada viajó después a mis bragas. Las observé: un enredo, una maraña de seda negra y brillante. Las levanté y, al tantearlas entre mis dedos, noté cuán húmedas estaban, tan empapadas que se pegaron a mi piel, impregnadas con mi propio olor… Las sentí livianas, marchitas… y las dejé de nuevo sobre la cama, y es que no quise sentir en mi sexo aquella exagerada humedad.

Di otra calada, profunda, dejando que el humo llenara mis pulmones. Después exhalé. Lo miré. Su polla, perezosa, se movió sola, en un leve temblor. Y eso me reconfortó de una forma extraña.

Me planté entonces frente a él. De pie frente a aquel torso recostado que no se secaba nunca. Frente a aquellos codos que no se cansaban de la postura. Frente a aquellos ojos que no dejaban de mirarme.

Necesitada de nuevo de mis dos manos, coloqué el cigarro entre mis labios mientras comenzaba a abotonarme la camisa. Lo hacía con calma, disfrutando del roce de la seda pegajosa sobre mi piel. Cada botón que encajaba en su ojal era un gesto de conclusión, pero también de afirmación. Dejé apenas un pequeño escote. Él me

miraba. Enigmático. Su polla vibró otra vez. Y otra vez algo en mi interior se sintió reconfortado. Y en el camino de vuelta de mis ojos, pude vislumbrar cómo mis pezones marcaban mi camisa, dos bultos exagerados que no estaban dispuestos a dejar de reclamar atención ni siquiera tras haber sido cubiertos. Si bien tampoco ayudaba para su relajación que esa zona de la seda tuviera sendas y contundentes manchas… de semen.

Él seguía mirándome con esa intensidad suya. Sabía que le gustaba lo que veía. Sabía que, a su manera, estaba disfrutando de cada movimiento que hacía, de cada ademán medido.

Crucé los brazos sobre mi pecho y di otra calada, dejando que el humo se enroscara en mi lengua antes de soltarlo lentamente. El cigarro era una extensión de mi control, de mi dominio sobre aquel instante. Luego, con una lentitud premeditada, procedí con la penúltima representación. El tamaño del cuarto no daba pie a apenas ningún paseo, pero me hice con mi chaqueta, aquella que él me había quitado hacía una eternidad, y caminé hacia la silla que estaba frente al escritorio, y la coloqué sobre el respaldo. Y después, siguiendo con el paseo, siguiendo con el sonido de mis tacones sobre el suelo, siguiendo con mi representación que imitaba mis excesos en mi terraza, caminé hasta la ventana.

Una vez allí, empujé la hoja hacia fuera, abriéndola con un movimiento suave, y sentí enseguida una brisa fría, que me atravesaba y se colaba en la habitación.

El frescor de la noche se filtraba, chocando contra mi piel caliente, erizándome. Exhalé humo y dejé que se fundiera con la noche. Después me asomé y vi un patio de luces oscuro, feo, pequeño. Superada la primera brisa, sentí que el aire, allí, parecía reposar mustio y casi sin vida.

Exprimía el cigarro. Echaba el humo al vacío.

Y me pregunté entonces qué partes de mi cuerpo vería él en aquel momento. Apenas nada. Mis piernas… y mi culo cubierto por mi

camisa.

Pensé en si era mejor mostrar o insinuar. Al fin y al cabo, todo, absolutamente todo, había ocurrido por lo segundo.

Me preguntaba qué vería él de mi cuerpo. Qué haría él en aquel momento, mirándome sin que yo le devolviera la mirada.

Cuando, de pronto, sentí sus enormes manos en mi cuerpo, detrás, sujetándome por la cintura.

CAPÍTULO 19

Fue sorpresivo. En absoluto lo había oído acercarse. Sus manos ocupaban un espacio que yo no le había cedido. Un escalofrío recorrió mi espalda, helándome la piel incluso a pesar de que el calor de sus palmas se filtraba a través de la tela de mi camisa.

Notaba en su firmeza, y sobre todo en su denso y cargado aliento en mi nuca… que algo, otra vez, había cambiado.

No dijo nada. Se quedó quieto, detrás de mí.

Yo tampoco me volteé. Ni protesté. Si bien sabía que mi cuerpo había temblado al notarle, y que él indudablemente lo había sentido.

Se hizo el silencio, o más bien se mantuvo, pues él había sido asombrosamente sigiloso. El cigarro se consumía entre mis dedos, la brasa parpadeando en la oscuridad como un latido. Me había asomado un poco más al alféizar, dejando que el aire de la noche, que no era frío, pero sí lo era en contraste con la densidad asfixiante de aquel cuarto, me envolviera. Abajo, el patio de luces era un pozo negro y mudo. No se veía nada, apenas alguna ventana cerrada, alguna persiana entreabierta.

Él no se movía. Yo no lo entendía. No sabía interpretar su hieratismo. No sabía si era su enésimo juego, y en qué consistiría esta vez. Me impacienté. Intenté moverme, pero su agarre se sostuvo. Y entonces un roce caliente golpeó la parte baja de mi espalda, una presión evidente, inconfundible. Su miembro. Otra vez. Duro. Otra vez. Lo reconocí al instante y mi cuerpo se crispó en respuesta.

Me removí con más fuerza, pero él solo respondió con otro roce de su erección, ahora más abajo, contra mis nalgas. Un toque certero, involuntario o no, que me hizo resollar, pero no de placer, sino de una extraña angustia. Y entonces sí se movió: su pecho se pegó a mi espalda, atrapándome aún más entre él y la ventana abierta.

Y entonces habló. Y fue él otra vez. Volvió de la manera más áspera y ruda. Sin transición.

Me lo susurró, tras la oreja, con toda su vileza. Otra vez él. Más que nunca, él:

—Joder, Carolina… Veía los labios de tu coñito colgando… y no me he podido resistir.

Sufrí el impacto de su frase. Temblé. Intenté llevar el cigarro a mi boca, pero ese simple movimiento ya no salía limpio y natural, sino convulso y titilante. Tanto que desistí a mitad de camino.

Imaginé su visión, lo que él habría visto, al parecer, desde la cama: mi sexo saliendo por entre mis piernas, fluyendo hacia abajo… mi camisa cubriendo mis nalgas pero incapaz de cubrir ALLÍ… y él observándome… y excitándose.

Él, que excitado, volvía a ser él.

No dije nada. No fui capaz.

Sentía su respiración flotando sobre mi nuca, sobre mi cuello, lenta y atosigante. Y entonces sus manos comenzaron a moverse, recorriendo el contorno de mis caderas, deslizándose con una paciencia insoportable. Mi piel se erizó contra mi voluntad cuando sus dedos atraparon los bordes de la tela de mi camisa y comenzaron a subirla, despacio, muy despacio, como si quisiera hacerme consciente de cada centímetro de piel, de cada milímetro de nalga, que quedaba expuesta.

Mordí el interior de mi mejilla con fuerza, incapaz de reaccionar.

Otra vez su erección golpeó mi piel, esta vez más descarado; sospeché que deliberado. Un escalofrío descendió por mi espina dorsal. Intenté irme más contra la ventana, alejarme de su contacto, pero no tenía adónde ir.

Sus manos recorrieron entonces mis nalgas, primero con suavidad, midiendo mis reacciones. Me estremecí. Me removí de nuevo, pero un agarre con fuerza, sobre una nalga, me mantuvo firme.

El cigarro temblaba en mi mano. Era incapaz de llevarlo a mis labios.

Y entonces un golpecito, seco, cayó sobre mi nalga derecha. Un pequeño toque.

Contuve la respiración.

Y entonces, otro golpe, más firme esta vez. Sin duda una ultrajante palmada. El sonido había salido con nitidez. Un "plas" húmedo. Un sonido hueco tan perfecto como vergonzante.

Mis dedos se crisparon en el cigarro. La tensión se acumuló en mi pecho.

Y entonces lo hizo. Se atrevió. El ardor se extendió por mi piel al instante. La ira me explotó en el pecho. Y es que había tenido el descaro de hacerlo, de subir la intensidad. El sonido seco rebotó en el silencio de la noche. La fuerza había aumentado. El sonido también. Mi nalga derecha no recibió un toque, ni una palmada, recibió un vejatorio y humillante azote. Un "¡¡Plas!!" contundente, brusco, duro, agresivo.

Me mordí el labio y cerré los ojos, asumiendo el golpe, llena de ira e incredulidad. Pero no dije nada.

Después mi cuerpo reaccionó retorciéndose en un intento de apartarme, pero él no me lo permitió.

Otra vez su erección presionó contra mi piel. Otra vez contra mis nalgas. Pero esta vez en tres toques rítmicos… Entendí que me

sujetaba y que movía su cadera, atrás y adelante. Y yo lo imaginaba… Y no quería sentir nada. No quería admitir nada.

El cigarro, casi desvaneciéndose, como un foco de luz que brillaba sin fuerza, se consumía entre mis dedos.

Su mano descendió después entre la hendidura de mis nalgas, como queriendo separarlas, deslizándose con una lentitud que me hizo volver a suspirar. Mi piel ardía bajo su tacto, y yo no entendía por qué no protestaba más, por qué ni hablaba.

Y es que en realidad estaba convencida de que no quería aquello.

Afuera, el patio seguía oscuro, silencioso. Un abismo negro que parecía tragárselo todo.

Y mi cuerpo me traicionó cuando su otra mano subió por mi vientre, recorriéndome otra vez con una calma insoportable. Apreté los labios, y volví a tiritar. Pero él siguió, deslizándose hacia arriba, explorando el borde de mis costillas. Sus dedos se colaban bajo la tela de mi camisa, y subían… El destino era evidente. La caricia era sutil. No tardó en llegar… Enseguida atrapaba la piel desnuda de uno de mis pechos… con un dominio que me hizo estremecerme de nuevo.

Su mano atrapó uno de mis senos y lo apretó con lentitud. Supe que sentía mi pezón durísimo bajo su palma. Mi espalda se arqueó. Me removí de nuevo, pero solo conseguí encajarme más contra él. Y entonces sentí su aliento, un jadeo en mi nunca… y sentí otro golpe, de su miembro, en mi culo, muy cerca de mi sexo.

No podía verlo, pero podía imaginar su expresión. Ese brillo indescifrable en su mirada, la satisfacción de tenerme atrapada entre su cuerpo.

El cigarro, entre mis dedos, se consumió.

Lo dejé caer a aquel patio que parecía un pozo espeluznante.

Y sentí entonces que flexionaba sus rodillas. Sentí que su otra mano iba atrás. Con una mano me sujetaba, se aferraba a mi teta. Usaba su pecho enorme para aprisionarme. La otra mano supe que bajaba a su miembro… Sabía por qué flexionaba sus rodillas… Y entonces me susurró:

—Separa las piernas…

Yo no me moví. Ni dije nada.

Él apretó más mi teta. Jadeé. Se pegó más a mí. Sentí su miembro, la punta, discurrir, percutir entre mis nalgas.

Temblé. Me sentí sin fuerzas. La angustia me consumía como lo había hecho aquel cigarro.

—Vamos, coño —resopló tras mi oreja, desesperado.

—No… —suspiré. Por fin una protesta. Por fin algo.

—¿Cómo que no? —se desesperaba él, que lo seguía intentando, y yo movía levemente mi cintura, mientras sentía otra vez la punta de su enorme miembro hurgar entre mis nalgas.

—No… Para… —protesté.

—¿Pero qué coño te pasa?

Y yo resoplé. Y después, por fin, alcancé a protestar en algo más que un jadeo. Y dije con claridad:

—¿Te crees que me vas a follar así?

—¿Por qué no?, ¿eh? Si me acabas de pedir que te la meta… O no te acuerdas, ¿eh?

Era él. Otra vez él. Había vuelto a su origen. A su punto de partida.

Llevé entonces mi mano a la suya, a aquella mano que, bajo mi camisa, apretaba mi teta, y la retiré con fuerza. Él entonces sí me dio espacio. Y yo conseguí girarme.

Otra vez, frente a frente, sintiendo mi pulso martillearme, mi respiración errática y una furia encendida que me hacía temblar. Lo tenía frente a mí, desnudo, con su piel caliente y su pecho expandiéndose con cada respiro, dominando el espacio con su presencia abrumadora. Y allí estaba, entre nosotros, esa dureza tensa y enorme, apuntando al frente, desafiando la distancia entre nuestros cuerpos.

Tragué saliva con dificultad. No quería mirarlo, pero mis ojos cayeron hacia él como si fueran arrastrados por una gravedad inevitable. El grosor de su erección palpitaba con una impudicia insultante. Una de sus venas sobresalía a lo largo del tronco, latente, y por un instante sentí un calor punzante recorrerme de los pies a la cabeza.

Pero yo seguía sintiendo furia, por el aprisionamiento, por su azote, por su abuso, por su intento.

Mis ojos subieron con rapidez hasta su rostro y ahí estaba su expresión: limpia, afilada, con el labio inferior entreabierto y los ojos prendidos de una chispa febril. Y entonces lo hizo. Se lanzó.

Su mano atrapó un lado de mi rostro con firmeza y su boca buscó la mía con un hambre feroz. Me aparté, giré la cara, pero su aliento caliente rozó mi piel, y en ese intento fallido, su miembro se estampó contra mi vientre, duro, vibrante, como un segundo golpe que me dejó sin aire.

—Para… —logré murmurar en un reproche asfixiado.

No contestó. Solo lo intentó otra vez.

Y esta vez no me moví lo bastante rápido. Su boca encontró la mía, y entonces sucedió: el beso explotó en mis labios como un incendio. Su lengua irrumpió en mi boca con una humedad invasora, profunda, que me paralizó.

No supe qué hacer con mis manos. No supe qué hacer con mi respiración. Su sabor me cubrió la boca, y de inmediato todo el oxígeno se volvió denso, caliente. Me estaba besando con

brutalidad, y yo sentí mi cuerpo encogerse, la piel de mi cuello erizándose cuando su lengua rodeó la mía con movimientos exigentes.

Sus labios eran duros, su lengua resbaladiza y caliente. Se movía con ritmo, con una precisión devastadora que poco a poco fue socavando mi resistencia. Mi cuerpo tembló, pero no del mismo modo que antes. Algo dentro de mí se fundía, se rendía, se acomodaba a aquel roce húmedo. Mis párpados se cerraron sin darme cuenta, y el pulso, tan descontrolado hasta entonces, empezó a desacelerarse, como si la boca de aquel hombre tuviera el poder de enredarme y tranquilizarme al mismo tiempo.

Se apartó un segundo, y jadeé con los labios entreabiertos, incapaz de pensar con claridad. Pero no me dejó recuperar el aliento. Volvió a besarme, esta vez más lento, más hondo. Sentí su lengua deslizarse con una lentitud angustiante, delineando el interior de mis labios, recorriéndolos como si quisiera memorizarlos. Una lamida sutil, pausada, impregnada de una posesión espeluznante. No se trataba ya de un asalto, sino, otra vez, de un asfixiante dominio.

Me sujetaba por el rostro y la cintura. Sus manos estaban allí, pesadas, inmóviles, pero firmes. Su agarre transmitía una seguridad inquietante, como si pudiera sostenerme en la incertidumbre en la que flotaba.

Por alguna razón extraña y retorcida, quise más. O quizá no era querer, sino recordar. Recordar el contacto de sus manos sobre mi piel, sus dedos recorriendo mis costillas, subiendo hasta mi pecho, atrapándolo con rudeza. Quise que me tocara, que volviera a colar una mano bajo mi camisa… y que acariciara mi teta. Era el vacío, la contradicción, el sinsentido de mi propio deseo resurgiendo cuando debería estar sofocado.

Pero él no lo hizo. No me tocó más allá de donde sus manos ya descansaban. Siguió besándome con lentitud, sus labios rozándome con ese calor húmedo que me derretía.

Y entonces se apartó. Cortó el beso con una última succión de mis labios y se quedó ahí, mirándome. Sus ojos clavados en los míos, escudriñándome, atravesándome.

Nos quedamos así, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo calor pegajoso que se había instalado entre nosotros.

Y al instante me revisó. Miró mis pechos. Mi escote. Yo no necesitaba mirarme para saber que mis pezones marcaban la camisa. Para saber que los lamparones de semen seguían allí, sobre la seda, uno sobre cada teta, como si las marcaran, como si las señalizaran. No tenía que revisarme para saber que mi pecho subía y bajaba con mi respiración. Y entonces hizo algo extraño: sus manos fluyeron hacia mi escote, y yo, traicionándome, deseé que desabrochara un botón y colara por allí una mano, pero hizo casi lo contrario: cerró un botón, y después otro; me cubría, me tapaba. Yo, con los brazos muertos, superada y desconcertada, me dejaba hacer. Después elevó ligeramente mi collar, y cerró el último botón. Todos abotonados. El collar ya no reposaba sobre mi piel, sino sobre la camisa.

Yo, confundida por su proceder, rabiosa por su intento sin permiso y excitada por sus últimos besos, alcancé a decir:

—¿Qué soy… tu juguete?

—Ojalá… —respondió con chulería.

Y entonces lo empujé, levemente, mis manos en su pecho. No entendía muy bien por qué lo había hecho. Después de todas sus frases hirientes había reaccionado finalmente a aquella estupidez. Ni sus pectorales se inmutaron ni sus pies recularon un milímetro. Me sentí ridícula.

Se volteó, sin expresión y sin juzgar mi gesto absurdo. Y caminó hacia la mesa, ofreciéndome la visión neta de un culo grande, duro, imponente… Y se hizo con la cajetilla de tabaco, cajetilla que abrió,

indagó, como si contara los cigarrillos, y después dijo, como si tal cosa:

—¿Quieres otro? Si le robamos tres no creo que se entere.

Llevé una de mis manos al collar de perlas, lo alcé un poco y jugueteé con él, entre mis dedos.

—No… —respondí, mientras veía cómo él, de perfil, me ofrecía una imagen impactante: su culo… sus piernas, sus pectorales, sus hombros… y su miembro que palpitaba libre, hacia adelante, cayendo un poco.

Y miré a nuestro alrededor. A ese cuarto. A esa habitación lúgubre. La luz tenue, el humo. El olor a sudor y a sexo. Y de golpe la sentí como una cueva, como un escondite.

Parecía un verdadero escondite de dos amantes.

—Oye… ¿Y tu cigarrillo? —preguntó mirándome, y encendiéndose uno.

—Pues… Lo he tirado.

—¿En serio? ¿Al patio? Abajo vive gente, eh —sonrió—. Joder, estás piradita —dijo y yo lo miraba…

… Miraba su culo, sus huevos, su polla, que seguía latiendo… y no soltaba mi collar.

CAPÍTULO 20

Sabía que el jugueteo de mis dedos trémulos, acariciando las perlas de mi collar, me delataba. Y también sabía que, aunque lo soltase, de manera inconsciente, volvería a él. Quise entonces evitar aquella tentación maniática, buscar algo a lo que aferrarme. Algo con qué ocupar mis manos.

—Pues mira, sí. Dame uno. Dame otro cigarrillo —dije, intentando que mi voz sonara casual.

Él levantó una ceja, con una leve sonrisa torcida, y volvió a la cajetilla. Extrajo uno y luego, con un aire despreocupado, dijo:

—Tampoco creo que se vaya a dar cuenta si le faltan cuatro.

Una mueca breve, irónica, se dibujó en mi rostro. Lo que decía me parecía una soberana tontería. En primer lugar habríamos hecho uso de tres, no de cuatro, y en segundo lugar como si una mujer que dejaba sus llaves para que otro entrara en su casa con una desconocida fuera a preocuparse por unos cigarrillos de menos. Por no hablar de las manchas de sexo sobre la colcha. Pero no dije nada.

Lo vi caminar hacia mí. Y sentí la contradicción agitándome por dentro. Un incómodo calor subiendo por mi cuello. Algo entre el rechazo y la anticipación. Entre la repulsión y el placer. Era imponente. Sexual. Desvergonzado. Yo no entendía que le diera igual aquel exceso, aquella estampa, aquella desnudez andante. Me vi obligada a mirar hacia otro lado; no quería ver a aquella mole, con su miembro semierecto, aproximarse así. Mi cuerpo me gritaba que me apartara, pero algo dentro de mí quería quedarse, resistirlo… Recibirlo.

Cuando llegó a mí ocupó todo el espacio, como hacía siempre. Me ofreció el cigarro, lo cogí, después lo llevé a mi boca, y allí, entre la humedad pegajosa de mis labios, quedó sostenido. El cigarrillo se encendió inmediatamente después con el chasquido del encendedor que él hizo sonar. Había conseguido sostener el cigarrillo, primero en mi mano y después en mis labios, sin que nada me temblase. Tan pronto expulsé el humo en un soplido largo y algo sobreactuado me sentí a salvo.

Nos quedamos junto a la ventana abierta, el aire fresco filtrándose entre nosotros. Di otra calada y expulsé el humo hacia el patio, de lado, sin mirarlo directamente, solo de soslayo. Pero él sí me miraba fijamente; lo sentía sin necesidad de girar el rostro. Sus ojos me recorrían con la misma calma con la que fumaba.

Mi camisa me agobiaba: al empapamiento por el sudor y a la humedad del semen, a la altura de mis pechos, se sumaba ahora la opresión de tener todos los botones abrochados hasta arriba. Iba a soltar al menos los dos primeros, sin importarme si a él le parecía bien o mal que "el juguete se rebelase", cuando algo captó mi atención. Un detalle menor, casi irrelevante, pero que se me quedó grabado. Su manera de inhalar, exhalar y sostener el cigarro. Había algo inusualmente delicado en sus gestos, en la forma en la que sus dedos lo sujetaban. No encajaba del todo con el resto de su presencia, con su corpulencia, con su masculinidad abrumadora.

Crucé los brazos. Yo sostenía también mi cigarro, abriendo un poco la muñeca. Fruncí el ceño un instante. Pensé en su masculinidad. En sus éxitos. Sus fracasos. Sus historias. Reales o inventadas.

Y entonces, y sin saber muy bien por qué, sin pensar demasiado en lo que hacía, dije:

—Oye, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Adelante, claro que sí, reina —dijo de manera forzadísima.

Tragué saliva, di otra calada y me atreví a mirarlo fijamente. A veces, el humo creaba una pequeña pantalla entre nosotros.

Dudé. No sabía cómo decirlo. Al principio quise no ser demasiado directa. Después lo descarté, porque no encontraba eufemismos y porque me parecía injusto que él pudiera ser descarado hasta la intimidación y yo no.

Volví a inhalar. Solté el humo, hacia la ventana, girando solo el cuello. Después mi mirada volvió a él, y le dije:

—¿A cuántas te follas? Quiero decir…. ¿A cuántas te estás follando?

—¿Aparte de a ti? —provocó inmediatamente, y yo no me podía creer estar teniendo aquella conversación con aquel hombre: allí, fumando junto a aquella ventana, él desnudo y yo en zapatos de tacón, sin bragas, y con la camisa abotonada hasta arriba.

Esbocé una mueca de desaprobación y entonces él continuó:

—Nah, pocas… La del chochito aburrido… también Gabriela… que es la de esta habitación…

—Ah, ¿tiene nombre? —interrumpí.

—Pues sí —contestó y dio otra calada—. Y nada… Otra más… pero esa nada. Así que cuatro si te cuent…

—¿Por qué "esa nada"? —volví a interrumpirle.

Él sonrió levemente. Dudando si hablar.

Agarraba el cigarrillo con tres dedos, con aquella sutileza extraña que me desconcertaba.

—A ver… —dijo suspirando y con una sonrisa de medio lado—. Pues porque tiene como cincuenta y pico tacos… y podríamos decir que mucho ejercicio no hace.

—Vamos, que está gordísima —solté sin pensar. No sabía si quería provocarlo o burlarme de su respuesta.

Él se encogió de hombros y chupó de nuevo de su cigarro.

—A ti te da igual. Con tal de meterla… ¿no? —provoqué.

—Sí, bueno… pero tendrías que ver las tetas que tiene… —se quiso defender.

—¿La señora? Claro. Tendrá tetas de gorda —incidí en mi provocación, sin querer soltar la presa.

Él no dijo nada. Ambos exhalamos, soltamos el humo, y yo terminé por decir:

—En fin…

—¿En fin qué? ¿Te pones celosa o qué? —dijo.

—Sí, vamos. Solo me faltaba.

—Eres solo una más, Carolina. Y me lo paso igual de bien. Y lo disfruto igual follándome a la cría de esta casa, que a chochito apretado, que a la señora, como tú la llamas, que a ti.

Yo no supe qué sentir. Miré hacia el vacío del patio de luces. Con los brazos cruzados y el cigarrillo en la mano. No sabía si sentía repulsión, asco, o de nuevo un hormigueo desconcertante.

—Creo que lo que te pasa es que estás demasiado acostumbrada a que te tengan en palmitas —provocó entonces él.

Lo miré. No dije nada. Clavaba sus ojos claros en los míos. Su boca entreabierta. La mirada entrecerrada por el humo, que él no expulsaba fuera.

—Con tu maridito adorándote. La niña pija encantada. La niña pija en un pedestal toda la vida.

—¿Pero qué pedestal? ¿Pero tú te escuchas? —me revolví.

Él se retiró entonces. Fue hacia la mesa. Yo no lo seguí con la mirada. Miré hacia el patio oscuro. Enseguida volvió con un cenicero.

Allí, otra vez frente a mí, apagó su cigarrillo, y después me miró, ofreciéndomelo.

—A ver si esta colilla no la tiras por la ventana… —susurró.

No entré a su provocación. Di una última calada. Inhalé y exhalé clavándole la mirada. Después apagué el cigarro en el cenicero que se alzaba a media altura, entre los dos. Posó entonces el cenicero en el alféizar y volvió a mí.

—Pues eso… Que estás muy malacostumbrada —susurró, frente a frente, muy cerca de mi rostro.

No dije nada. No me moví. Sin sujetarme al cigarro sentí cierto desamparo. Y entonces intentó besarme.

Su aliento denso, cálido. Ahora con un soplo de olor a tabaco.

Aparté sutilmente mi rostro. Sus labios aterrizaron, torpes, sobre mi mejilla.

Posó una mano en mi cintura. Lo volvió a intentar. Aquello me dio la posibilidad de llevar una de mis manos a su brazo. Rehuí de su beso. Y lo empujé sutilmente, con mi otra mano, sobre su pecho. Y ahora sí, el empujón procedía, tenía un propósito, no como el anterior.

Él aceptó el rechazo. Se retiró un poco, y susurró:

—Lo único que haría esto diferente a lo que es con las demás… Aparte de tu jueguecito del quiero y no quiero, que por cierto es bastante inmaduro… ¿sabes qué sería?

—Sorpréndeme… —dije con desaire.

—Pues… lo que haría esta noche diferente sería que… Allá va la burrada, pero es lo que hay, ya sabes que contigo no me puedo contener. Sería que… esta noche te diera por detrás, por el culo, hace mucho que no lo hago.

Aparté la mirada. Mi pulso se aceleró. No me podía creer la barbaridad que acababa de decir.

—¿Pero tú te escuchas? —dije inmediatamente.

—¿Qué pasa? Soy victima de mis propias dotes. Con lo que tengo aquí… no suelen dejarme.

—Claro, las matas de gusto.

—Bueno, es más por el dolor que por el gusto, evidentemente.

—Ya. Una víctima, ¿no?

Se hizo entonces un silencio. "Culo". "Por detrás". Aquellas palabras delirantes resonaban en mi mente.

—Si no, pues nada. Date un último paseíto y nos despedimos —dijo con aplomo.

—¿Qué paseíto? ¿Aquí? ¿Ahora? Ya te hice el paseíto antes —protesté.

—¿Por qué no? Hasta la puerta y volver. Yo te espero aquí.

—Sí, ¿no? Como una pasarela —dije, negando con la cabeza.

Se hizo otro silencio. Miré hacia la puerta.

Y entonces él. Como si me leyera la mente, dijo:

—Venga. ¿Qué son? ¿Siete pasos ida y siete pasos vuelta?

—Sí, tiene pinta de que son los mismos pasos en los dos sentidos, sí —contesté, pretendiendo reírme de él.

—Por eso… como en tu terracita… Joder, cómo me ponías… —resopló, en una súbita excitación algo intimidante.

Dudé. Esbocé una última protesta:

—Esto me parece muy absurdo.

—Paseíto y te vas. ¿Vas a despertar a tu maridito al llegar?

Llevé mi mirada hacia él. Lo odié. Me repugnó como pocas veces.

Un silencio. Más denso.

Me quise quedar con la primera parte de lo que había dicho: "Paseíto y te vas".

Era mi salida. De nuevo la sensación de que podría escapar casi indemne. El paseo y cerrábamos el trato.

Mi mirada se posó sobre el recorrido. Sí, apenas siete u ocho pasos. Volvíamos al inicio. Volvíamos a aquel juego silencioso de miradas y paseos. A aquel juego en el que yo sabía que me observaba y él solo sospechaba que yo lo sabía. Aquel juego para provocarlo; cruzando, dejándome ver, fingiendo que de verdad necesitaba ir de aquí para allá. Y ahora allí, dentro de aquella habitación, el juego se repetía.

No acepté de palabra, lo hice de gesto: resoplé, mostrándole con el bufido que aquello me parecía ridículo, e inicié la marcha.

El primer crujido de la madera bajo mis tacones sonó de manera exagerada, pero ya no había vuelta atrás. Sin detenerme, me erguí. Alcé más el torso. Me sentía cohibida, pero a la vez, como en mi terraza, potente, erótica, poderosa… y extrañamente libre.

Pero mi libertad aún tenía una última atadura: la camisa empapada que se pegaba a mi piel como un recordatorio de lo que había sucedido. La sentía adherirse a mi espalda; el sudor, en las axilas, en la curvatura de mi cintura y, más abajo, en mis nalgas; más arriba, en la base de mi cuello. Un sudor denso, tibio, mezclado con el aroma de mi propio cuerpo. Y en la parte delantera, justo sobre mis pechos, las marcas pegajosas, húmedas, de aquel semen que parecía no secarse nunca.

Cada roce de la tela contra mis pezones me electrizaba. Estaban duros, puntiagudos, marcando sin disimulo la camisa abotonada hasta arriba. Me sentía disfrazada, vestida a su antojo, pero todo era

un mal menor. Porque aquel disfraz era efímero. Bastaba con ese paseo. Bastaba con esos siete pasos ida y siete pasos vuelta para que pudiera quitármelo. Para poder desabotonar esos dos botones que casi me producían asfixia y poder liberar mi cuello.

Cada paso me pertenecía. Mis piernas desnudas, largas, firmes, se mecían con seguridad. La camisa de seda rozaba mi piel con cada movimiento, deslizándose como un aliento cálido sobre mis pezones endurecidos. No había tela que sujetara mis pechos, que les impidiera moverse con el ritmo de mi avance. Botaban con cada paso, con cada latido, y yo sabía, había aprendido, que en absoluto procedía contenerlos con una mano, para evitar el balanceo.

Y mi sexo. Mi sexo palpitaba. Sentía la humedad entre mis ingles, una sensación cálida, casi resbaladiza, que me hacía aún más consciente de mi desnudez. No había bragas que ocultaran aquello. Sabía cómo hacía referencia a mi coño. A cómo fluían mis labios hacia abajo, levemente separados uno del otro. Pero en aquel momento no me importaba.

Llegué hasta la puerta. Era absurdo. Sentí que pretendía humillarme; una farsa ridícula. Pero proseguí. Di la vuelta. Reinicié la marcha. El calor. La penumbra. Mi desnudez. Ya no había máscara. Ya no había nada. Pero el final estaba muy cerca.

Y entonces lo sentí. Lo vi. Algo. Algo en el horizonte. Algo electrizante. Como un hilo invisible que se tensaba entre dos cuerpos. Como un hechizo de carne. Porque aquello… era por mí.

Levanté un poco la mirada. Y lo vi.

Estaba allí. Apoyado contra la ventana. Viendo. Esperando.

Masturbándose.

Su mano se deslizaba lentamente sobre su erección, con una cadencia controlada, medida. Su otra mano se posaba en su cintura. Su rostro… desencajado. Puro deseo. Pura intensidad. Me miraba fijamente. Con los labios entreabiertos, con la respiración contenida.

No me detuve. Dejé que mis caderas ondularan en su dirección, que mis pechos siguieran su danza desvergonzada, que mis pasos resonaran fuertes, firmes, dueños de la habitación entera. No era un simple "paseíto". Intentaba que fuera un desfile arrogante, engreído. Quería que mi escapada fuera presumida. Que no me recordara avergonzada y acobardada.

Cuando llegué hasta él, cuando me detuve apenas a unos centímetros, saqué el orgullo. Quise mostrarle que la sacudida sobre su enorme miembro, que crecía a una sobrecogedora velocidad, no me intimidaba.

Coloqué mis brazos en jarra y elevé el mentón.

Y entonces, con la misma chispa de desafío que días atrás me había impulsado a iniciar aquel juego en mi terraza, le dije:

—Bueno… Aquí tienes tu paseíto.

CAPÍTULO 21

Él resopló. No contestó. Solo deslizó su mano con más fuerza sobre su polla dura, resbaladiza por su propia lubricación. Me miraba como si estuviera a punto de devorarme, pero no se movía. Solo respiraba fuerte. Solo dejaba que su cuerpo hablara por él.

Me miraba a los ojos, a los labios entreabiertos, a la curva de mis pechos bajo la tela pegajosa, a mis pezones tensos marcando la seda; bajaba la mirada, sin dejar de tocarse, torcía el rostro y escudriñaba lo que brotaba entre mis ingles… Me escaneaba con la mirada como si me poseyera sin tocarme. Y entonces habló, con la voz rota:

—Estás buena… pero eres una más.

Sus palabras me golpearon. Un escalofrío me recorrió la columna. Me lo repetí en la cabeza: Eres una más. Él no pretendía que fuera un insulto. Era un hecho. No respondí. Solo lo miré, lo miré masturbarse. Me hipnotizaba la visión de su mano grande envolviendo aquella polla depilada, gruesa, dura. La punta volvía a brillar, remojando partes de aquel glande enorme que se había secado; creando zonas violáceas más oscuras sobre otras más claras. La dureza era tan o más imponente que antes de su orgasmo. Y yo, a pesar de mi postura erguida y petulante, me costaba disimular, me costaba no mostrar que me impactaba lo que veía. Y es que no podía apartar la mirada.

—Me da igual follarme a la señora de tetas gordas que a ti —añadió, con una mueca torcida.

—Pues muy bien… —repliqué, intentando plasmar serenidad.

Pero fingía. No había serenidad. La frase seguía retumbando en mi cabeza, arañándome, removiéndome por dentro. Su voz áspera me hacía vibrar. Debería odiarlo. Debería irme. Y, sin embargo, estaba excitándome más. La idea de ser una más, una cualquiera, me encendía… Mi mente rechazaba la humillación, pero mi cuerpo la acogía con ansia.

Y quizás él lo sospechaba. Quizás lo intuía al ver mi respiración entrecortada. Quizás era capaz de percibir la manera en la que mis muslos se apretaban. Me parecía improbable que no percibiera mi piel erizada y mis pezones endureciéndose aún más contra la camisa impregnada.

Intenté desviar la mirada, pero lo único que conseguí fue ampliar el campo visual. Toda su piel parecía arder. Sus venas se marcaban en su bajo vientre, su pecho subía y bajaba con cada bocanada de aire. Su mano se deslizaba sobre su erección con una cadencia hipnótica, desafiante. Cuando me pude dar cuenta observaba y admiraba su cuerpo desnudo, la tensión de sus músculos, sus abdominales contrayéndose, sus pectorales extensos, sus brazos gruesos y fibrosos… todo lo que rodeaba al ritmo frenético de su mano sobre su sexo. Y entonces una voz salió de mí, sin que yo la pudiera controlar:

—Solo soy… una más…

Él jadeó, apretó los dientes y soltó un gruñido agresivo, casi animal, un: "Sí, joder…", que me dejó sin aire, sin dejar de masturbarse.

Sentí la combustión en mi vientre. Como si sus palabras hubieran encendido una mecha dentro de mí. Y yo me encendí. Me abrasé. Sentía mi coño palpitar con cada movimiento de su mano. Y miraba hacia su cuerpo; aquella tensión. Aquella polla, brutal, apuntando hacia mí. Una parte de mí, la más racional, se horrorizó al notar cuánto me afectaba. No podía comprender cómo podía estar ya a punto de explotar, a punto de correrse.

Y me imaginé que se corría allí, que se vertía sobre el suelo, entre los dos, y mi cuerpo, o mi mente, o ambos, me traicionaban, pues sentía que no quería aquel desperdicio. Sentía que quería sentirlo una vez más. Aunque solo fuera uno de sus densos latigazos… que volviera a aterrizar sobre mí. Sobre mis muslos tensos, sobre mi vientre o… sobre mi sexo abierto. Imaginé que explotaba allí, apuntando a mi sexo palpitante y no me pude contener… me acerqué a él. Mi rostro quedó frente al suyo. Y él entonces, sorprendiéndome, detuvo su paja, y llevó sus manos a mi cara. Mi cabeza se ladeó, la suya también. Y me atacó. Otra vez.

Su boca se apoderó de la mía con una brutalidad que me hizo gemir contra sus labios. No hubo delicadeza, no hubo espera, solo la invasión inmediata de su lengua, caliente, húmeda, dominante. Su aliento ardía, impregnado de deseo y algo salvaje, y yo lo bebí, lo aspiré, dejándome arrastrar por la fuerza con la que me besaba.

Nuestros labios se aplastaban, se devoraban, sus manos se aferraban a mi rostro, manteniéndome prisionera de aquel ataque feroz. Su lengua exploraba la mía sin tregua, empapándolo todo con su saliva, entremezclando nuestros jadeos en un sonido obsceno y desesperado. Me succionó el labio inferior con tal ansia que me arrancó un gemido, un sonido que ni siquiera intenté contener.

Me ahogaba en aquel beso. En su calor. En su sabor. Me sentía un mero recipiente para su lujuria. No pensaba en nada más que en la sensación de su lengua deslizándose contra la mía, en la humedad compartida, en la brutalidad con la que tomaba mi boca.

“Eres una más", resonaba en mi mente. Y sí, lo era. Solo una zorra más que, por mucho que me engañara… quizá solo había ido allí para que aquel cabrón me follara.

Una de sus manos descendió, se deslizó hasta llegar a una de mis tetas y allí se detuvo, y sus dedos juguetearon con el pezón que se marcaba por debajo, abultando la seda. Yo me estremecí, y lo besé, más ávida. Sentí un regusto a tabaco que no me desagradó. Y él seguía allí, jugueteando con mi pezón, y yo sentía placer, pero quise

más, y entonces me humillé, me humillé porque llevé una de mis manos a la suya, e hice porque ésta bajara… y ese movimiento lo acompañé de un requiebre de mi cintura… frotando mi sexo contra él… para dejarle claro hasta dónde deseaba que bajara su mano.

Y no supe si él sonrió por dentro o no, pero enseguida sentí su mano apretar mi teta con fuerza, haciéndome jadear… y luego descender. Bajó por mi abdomen, deslizándose hasta el vello púbico que coronaba mi sexo. Me estremecí. Deseé.

Una frase ardiente nació en mí, una que no decía, pero que esbozaba en mi mente: "Tócame… cabrón…". Y después, algo aún más grotesco, más extravagante, pero inevitable: "Ríete lo que quieras de cómo me tienes… ríete de cómo está mi coño por ti… pero tócame."

Y entonces, como si me leyera la mente, cumplió:

Vibré en un escalofrío. Temblé. Jadeé en su boca un "Ahh…" desamparado cuando lo sentí: el roce de sus dedos sobre mis labios húmedos. Un espasmo me recorrió de arriba abajo.

Mi boca se separó de la suya con un gemido, un quejido ahogado que fui a esconder contra su cuello. Abrí la boca, mordí su piel, la ensalivé, y dejé que mi aliento caliente se derramara sobre él mientras su mano exploraba.

—Te sale hasta el clítoris para fuera, joder… —musitó con una mezcla de asombro y burla—. Tienes el botoncito totalmente fuera…

Jadeé de manera exagerada. Un suspiro que me abandonaba. Lo odié y lo deseé. Mis piernas temblaron. Mis rodillas parecían ceder. Me aferré a sus hombros, colgándome de él, pegándome más, buscando sostén en su cuerpo mientras sus dedos comenzaban a frotar, hurgando, humillándome con cada roce.

Sus yemas atrapaban la carne hinchada y resbaladiza, alternando presión y caricias suaves, provocando espasmos en mi vientre. Describía círculos sobre mi clítoris expuesto, atrapándolo entre sus

dedos, pellizcándolo con una precisión cruel. Yo esbozaba unos tenues y rendidos: "¡Ahhh…!" "¡Ahhh…!" en aquel cuello tenso que yo babeaba.

Colgada de él, de aquel cuerpo enorme, mi cadera serpenteaba hacia él, impúdica, y mis tacones flojeaban sobre la madera, y más caricias, más pellizcos, más roces en mi clítoris, más toques en mis labios que sentía fuera de mi cuerpo, y un "¡Ahhh…! ¡Dios…!" desvergonzado fue jadeado en su cuello.

Y entonces lo hizo. Lo sentí y gemí un "¡¡Hmmmm!!" largo y entregado. Su dedo se hundió en mí sin piedad, abriéndose paso en mi humedad palpitante. El cabrón enterraba uno de sus dedos. Lo sentía. Me mataba. Me deshacía. Un dedo en mí. Hasta el fondo. Sentí el calor. La invasión. La humillación de dejarme invadir… Y llegué a morder en su cuello… Y entonces, casi al instante, lo sacó. Me dejó huérfana, sin aquel dedo dentro.

—Joder, cómo estás… Cómo tienes el coñito… —murmuró entonces contra mi oído, con su aliento golpeando mi piel—. Te podría meter tres dedos tranquilamente.

Me arqueé contra él, sintiendo su erección presionarme aún más. Mi cuerpo reaccionaba a sus palabras, a su tacto, a la degradación que me susurraba con voz ronca. No era solo la sensación física, era lo que me hacía sentir. La forma en la que me reducía a un cuerpo hambriento, a un ser dominado, a ser una puta más… completamente en sus manos, permitiendo que él decidiera cuándo y cómo me tomaba.

Y entonces su otra mano descendió hasta mi culo, sujetándome con firmeza, afianzando mi cuerpo contra el suyo… Y lo sentí: otro dedo. O quizás dos… penetrándome, abriéndose camino. Lo sentí. Sentía la invasión… Me deshacía… Y un gemido ahogado, entregado, un "¡Hmmmmm!"" jadeado en su cuello. Y entonces un sonido. Un portazo. En la distancia. Alguien entraba en la casa.

Me quedé bloqueada. Quieta. Incapaz de respirar.

Todo cambió en un segundo. Una presión en el pecho. Sentía mi corazón golpeándome. La sangre de mi cuerpo a toda velocidad.

Agudicé el oído. De golpe, la excitación se veía solapada por el instinto de alerta. De golpe escuchaba más sonidos. Pisadas. Tacones. El retumbe. Por el pasillo.

Se acercaba.

No. No era posible. Mi aliento seguía atrapado en su cuello. Sus dedos seguían en mí. Su cuerpo seguía caliente, duro, presente. Y sin embargo… ese sonido. Ese portazo. Aquellos pasos. Todo se teñía de una realidad aún más intensa.

Todo se tensó. Su cuerpo. El mío. Completamente paralizada. Petrificada. Sentí los dedos de aquel hombre abandonarme… y un áspero "Joder…" susurrado por él.

Sus dedos me abandonaban. Mi coño palpitante quedó expuesto al aire. Mi piel, pegajosa, vulnerable. Una asfixiante mezcla de placer, deseo y vergüenza.

Y los pasos… más cerca.

Mis piernas temblando. Mis brazos colgando de él. Mis labios en su cuello. Las pisadas acercándose.

Y otro sonido. Un retumbe intenso. Cercano. Allí. En la puerta. En nuestra puerta. El sonido del atronar de sus pasos se había detenido… al otro lado.

Me quedé sin aire. No respiraba.

Si entraba, nos vería. Me vería. En tacones y camisa, sin bragas… con mi sexo expuesto, húmedo. Aferrada, colgada de aquel hombre completamente desnudo.

El silencio se hizo eterno.

Solo se escuchaba el más puro vacío.

Y entonces, dos toques. Dos golpes secos.

—¡Pum! ¡Pum!

La puerta retumbó.

Me estremecí. Cerré los ojos.

Y entonces… una voz femenina. En tono alto. Al otro lado de la fina madera. De la endeble puerta.

—¡Oye! ¿Seguís ahí?

CAPÍTULO 22

Me mantuve quieta, el corazón latiendo con violencia en mi pecho. Ella tenía que saber que sí estábamos allí, que sí había alguien, pues la luz de la lámpara salía seguro con tenue nitidez por debajo de la puerta, marcando el pasillo oscuro.

Sentí cómo Daniel murmuraba algo entre dientes y luego, con un gesto lento pero firme, tomó mis muñecas y las apartó de su cuerpo. No hubo brusquedad en su movimiento, pero sí determinación. Mis brazos descendieron, y con ellos, la sensación de estar aferrada a algo sólido en medio del caos.

—¿Puedo entrar? —preguntó la voz femenina al otro lado de la puerta.

Sentí la sangre retenida en mi rostro. Cada frase suya era un aviso, una premonición de la mayor vergüenza de mi vida. Me hacía sentir un ardor nervioso insoportable.

Di un paso atrás, alejándome de aquel hombre y dándole la espalda a la puerta. No es que eso me hiciera invisible, pero al menos el bochorno si ella entrase sería ligeramente menor.

—¡No! ¿Qué coño quieres? —respondió Daniel, alzando la voz con impaciencia.

Mi vergüenza era absoluta, como si la luz de un foco me iluminara en plena escena de un crimen. Me mordí el labio, sintiéndome vulnerable, expuesta, la piel pegajosa por el sudor y por todo lo demás.

—¡Gabriela tiene un abrigo en su armario que es mío! ¡Lo necesito! —gritó la chica al otro lado.

Daniel dejó escapar un suspiro pesado, y por un instante creí que iba a decirle alguna barbaridad. Pero en lugar de eso, respondió con contenido fastidio:

—Joder… ¿Y cómo es?

—Ah, ¿me lo coges tú? ¡Vale! —respondió ella.

Mi mirada voló hacia la cama: mi chaqueta, mi falda, mis bragas. Tenía que vestirme. No podía quedarme así. Pero al mismo tiempo, algo en mí me impedía moverme con libertad, como si no quisiera hacer ruido… a pesar de la obviedad de que ella sabía que yo estaba con él. De reojo vi a Daniel acercarse al armario, pero no lo abrió aún. Se quedó quieto, esperando indicaciones concretas de la chica.

—¿Cómo es? —repitió él, ahora con un resoplido de hastío.

—Pues… no sé. Es negro —respondió ella tras dudar un momento.

Él resopló y entonces sí, deslizó la puerta corredera del armario. No hubo golpe seco, solo el sonido sordo de la madera deslizándose sobre los rieles. Yo seguía allí, de pie, con la camisa oliendo a sexo y asfixiándome, pegada a mi piel, apretando mi cuello. Y desnuda de cintura para abajo, sintiendo la humedad pegajosa sobre mis ingles, y mi sexo, abierto… haciéndome sentir una incomodidad humillante con cada movimiento.

Escuché a Daniel mover algunas prendas dentro del armario mientras mi mente seguía atrapada en la voz de la chica. Sabía quién era. Era una de las que había estado antes en el salón, una de las que me habían mirado con aquel gesto curioso y juzgador cuando él había soltado aquella frase… dejándome en evidencia, al respecto de que estaba casada.

—¿Lo encuentras? —preguntó la chica.

—¡No hay ninguno negro! —respondió Daniel, después de descorrer un montón de perchas con un solo movimiento.

—¿No? Qué raro. Espera. Voy a mi armario a ver —dijo ella, y entonces oímos sus pasos alejarse.

Fue un pequeño alivio. Resoplé casi exhausta. Pero yo seguía clavada en el sitio. Me sentía como atrapada en una escena que no me pertenecía, como si de repente me hubieran arrastrado a un escenario equivocado en mitad de una actuación. Miré a Daniel, que cerraba el armario con la misma calma con la que lo había abierto. Estaba irritado por la interrupción, pero no nervioso. Yo, en cambio, sentía que aún tenía el pulso en la garganta.

De pronto, en la habitación contigua, se escuchó ruido. Fragor de objetos moviéndose. Pisadas. Sonidos de puertas de armario.

Daniel se acercó a mí. No se apresuró, ni mostró inquietud alguna. Sus ojos se clavaron en los míos con aquella intensidad conocida. Me sentí pequeña bajo esa mirada, frágil y desprotegida.

—¿No es morboso? —preguntó de pronto, con una media sonrisa.

Parpadeé, confusa.

—¿El qué…? —susurré.

—Que sepa que estamos aquí. Y que nos escuche… —dijo con voz ronca.

Mi piel se erizó. Me quedé en silencio, sin saber qué responder. Para él, todo parecía un juego.

Daniel dibujó una breve sonrisa, ladeó la cabeza, y dijo en tono bajo:

—Esta ha venido a escucharte. No me jodas. Seguro que es lesbiana, o bisexual. Bueno, todas las crías de ahora son medio bisexuales porque les han dicho que es guay, y allá van.

Mi estómago se encogió. Mi cuerpo seguía enviándome señales contradictorias: agotamiento y excitación interrumpida. Sentía aún el calor palpitando en mi pecho, resistiéndose a extinguirse bajo la amenaza de la vergüenza.

—Trae —dijo entonces.

No entendí a qué se refería hasta que vi que había tomado mis bragas de mi mano. Con los nervios, con mi bloqueo, mi cuerpo solo había reaccionado para cogerlas, no había sido capaz de hacer nada más.

Ya las había tenido antes en su poder, cuando incluso las había dejado caer sobre su pecho desnudo. Pero aquello no impidió que un calor incómodo me subiera por la cara. Sabía en qué estado estaban, sabía lo húmedas que estaban. Y él tenía que saberlo también. Tenía que estar notándolo, sintiéndolo: aquella seda frágil, húmeda, marchita… entre su enorme mano. Me avergonzaba que esta vez quizás sí decidiera castigarme, humillarme… con un comentario mordaz al respecto del penoso estado en que se encontraban.

Pero no dijo nada… Lo que hizo fue acercar su rostro al mío.

No fui capaz de rechazarlo. Quizás por falta de fuerzas, quizás porque necesitaba otra vez algo a lo que aferrarme. Y enseguida lo sentí distinto. Un beso distinto. Nada que ver con la voracidad de antes. Fue lento. Profundo. Como si quisiera saborearlo. Como si él quisiera saborearme. Sentí su lengua deslizarse con lentitud, recorriendo mis labios antes de colarse dentro, explorando con una sensualidad estudiada. Su sabor, una mezcla de tabaco y firmeza, se impregnó en mi boca. Sentí su mano libre en mi mejilla, el roce de su pulgar deslizándose por mi pómulo en una caricia pausada.

Yo, en cambio, no me movía. Mis brazos seguían inertes a los lados de mi cuerpo, como si no supiera qué hacer con ellos. Mi corazón retumbaba en mis oídos, mis labios se abrieron por inercia bajo los suyos. La humedad de su boca, la forma en que atrapaba mi labio

inferior con una succión leve antes de profundizar el beso, me desarmó por completo. No era solo la sensación de su lengua entrelazándose con la mía, ni la manera en que el beso parecía no apresurarse en absoluto, sino la calma, la seguridad con la que lo hacía.

Y, mientras todo esto sucedía, los sonidos de la habitación contigua seguían filtrándose a través de la pared, como un recordatorio constante del peligro, de lo frágil que era aquel momento.

Y entonces, cortando el beso con sutileza, susurró en mis labios:

—Mira. Te voy a demostrar que la niñata esta ha venido a escucharte…

CAPÍTULO 23

No lograba descifrar el caos que se desataba en mi interior, y menos aún aquellos absurdos juegos que él proponía. Como si todo lo que ya ocurría entre nosotros no le bastara.

Enseguida lo sentí moverse, apartarse de mí. Su presencia me rodeó; se colocó detrás. Sentí su calor contra mi espalda, su aliento en mi cuello, la sombra de su presencia envolviéndome por completo. Me obligaba, otra vez, a enfrentarme al espejo. Mi reflejo me devolvió la imagen de una mujer con el rostro enrojecido, el pecho agitado, y los labios entreabiertos en un ansia muda.

Allí estaba yo, con él detrás; su cuerpo firme y seguro pegándose a mi espalda. Y frente a mí, frente a nosotros, aquel espejo. Y tras aquel cristal, tras aquella lámina desgastada pero nítida, el tabique tras el cual la chica seguía trasteando, ajena o no tanto a lo que ocurría entre nosotros.

Entonces, una de sus manos, la que no sujetaba mis bragas, descendió. Primero, recorrió mi cintura, trazando el contorno de mi cuerpo con una lentitud casi ceremoniosa. Luego, con un gesto pausado, levantó mi camisa por detrás, exponiendo mis nalgas otra vez. Un escalofrío me recorrió cuando lo escuché susurrar en mi oído:

—Si te quiere escuchar, te va a escuchar…

Fue instintivo. Como si mi cuerpo sí supiera lo que vendría, mis dedos se aferraron al borde de mi camisa, por delante, y la alcé apenas, dejando más piel al descubierto. Mi cuerpo sí parecía saberlo… y por eso actuó, por eso levantó mi camisa por delante… haciendo que mi sexo brotara, frente al espejo, como a él le gustaba

y a mí me avergonzaba: grande, hinchado, colgante, mostrando la imagen cruda y carnal de dos labios cayendo, estirados y apartados, hacia abajo.
Suspiré. Quise llevar mi mirada más arriba. A mi vello púbico que coronaba aquella zona: algo brillante por la humedad, pero más tranquilo, más en su sitio.

Me tensé cuando su mano bajó, deslizándose sin prisa. Primero, su palma firme se posó sobre mis glúteos, amasándolos con una lentitud que me hizo contener el aliento. Después, me atacó por delante: recorrió mis muslos con un roce ligero, como probando la suavidad de mi piel, como si quisiera memorizarla con las yemas de los dedos.

Pegado a mí… lo sentí detrás. Otra vez, su miembro duro presionando contra mis nalgas. Al otro lado de la pared, el sonido de cajones, puertas de armario abriéndose y cerrándose, pasos cruzando el suelo. La chica seguía, supuestamente, buscando su abrigo. Seguía en su habitación, a apenas unos metros de nosotros.

Y Daniel me tocaba.

Observé mi reflejo con un nudo en el estómago. Vi su mano deslizándose entre mis muslos, primero rozándome apenas, como tanteando mi resistencia. Luego, sus dedos trazaron un camino peligroso, aproximándose adonde más ardía. Mi boca se entreabrió, mi expresión se tornó vulnerable. El morbo me golpeó en el pecho con la fuerza de un impacto certero.

—Sepáralas un poco —murmuró Daniel, con la boca pegada a mi oído.

—Qué… —jadeé.

—Las piernas —susurró.

Obedecí.

Mis piernas se separaron con lentitud trémula, estremeciéndose bajo su toque. Los tacones de mis zapatos rechinaron contra la madera. Vi en el espejo la manera en que mi postura cambiaba, la forma en que me ofrecía a él. Mantenía mis manos, delante, levantando la parte baja de mi camisa. Y sabía que realmente no lo hacía para facilitarle el acceso a aquella mano suya, decidida; lo hacía para ver cómo accedía.

El contacto de su miembro, duro, sobre mis nalgas, era constante. Se apoyaba contra mí y yo apreciaba aquella presión. No quería dejar de sentirla.

Entonces, dos de sus dedos me atacaron… atacaron mi sexo sin más dilación… recorrieron la silueta, el contorno, la forma de mis labios salientes… Y yo contuve un jadeo:

—¡Hmmm!

Cerré los ojos. Y él susurró:

—Mira. Te voy a demostrar que la niñata esta ha venido a escucharte…

Y no se demoró más en su siguiente ofensiva. El espasmo recorrió mis muslos cuando su toque se hizo contundente, cuando sus dedos resbalaron entre mi humedad con una facilidad abrumadora. Se pudo escuchar hasta el sonido húmedo de sus dedos deslizarse por mi sexo… Y aquel placer, y aquel bochorno… hizo que un gemido se me escapase… imposible de retener. Un "¡Ahhhh!" largo y tembloroso que se perdió entre mis labios entreabiertos.

Y entonces un silencio.

Otra vez aquel vacío.

Abrí los ojos de golpe. Los sonidos al otro lado de la pared se habían desvanecido.

Ni ruido de objetos. Ni pasos. Ni el crujir de la madera. Nada.

Busqué su mirada a través del espejo, con la respiración entrecortada, los labios húmedos, la piel ardiendo bajo mi camisa. Él sonreía. Una sonrisa victoriosa, que quizás quería ser cómplice, pero que yo no compartía.

Se apartó levemente, como si me dejase respirar, como si me concediera un breve respiro de ese juego que era para mí una tortura.

Pero él siguió jugando. Provocando. Forzando. Jugaba con las dos. Con cada una de una manera.

Mi cuerpo se estremeció. Lo que vi en el espejo me humilló.

Se llevó mis bragas a su rostro.

Las restregaba delicadamente por la cara. Sus manos enormes, mis bragas exiguas. Sus manos ásperas, mis bragas frágiles.

Inhaló.

Exageró.

Yo temblé.

Ira. Incomprensión. Vergüenza. No entendía si me quería humillar, o si quería sentirme… O las dos cosas.

Inhaló otra vez. Vi cómo cerraba los ojos al hacerlo, y cómo su expresión se volvía casi devota, absorbida por el aroma íntimo de mi coño.

Ese gesto me desarmó por completo, enviando un nuevo latigazo de vergüenza a mi vientre.

Nos mirábamos a través del espejo. Y yo entonces lo comprendí, al menos una parte de su treta: él le daba tiempo a aquella cría a impacientarse, a desvivirse por escuchar más, mientras, él usaba ese tiempo para degustar aquel olor a mí.

Y yo, mientras, excitada, sujetando mi camisa, alzándola y mostrando mi sexo.

Y yo, mientras, abandonada, pues su pecho ya no contactaba contra mi espalda, ni su miembro golpeaba mis nalgas.

Y yo… mientras, observaba cómo hundía la seda negra de mis bragas en su nariz… y me miraba fijamente.

Los segundos pasaban. Yo temblaba, con las piernas aún un poco separadas. Él inhalaba y me miraba, pero no decía nada. Ni siquiera una burla, un reproche al respecto de mi olor… al respecto del estropicio húmedo de mi ropa interior. Al otro lado, una chica, de golpe silente… queriendo escucharnos.

Cuatro, cinco, seis segundos más en el más absoluto silencio… Hasta que quién cedió fue ella, y es que un nuevo sonido retumbó desde el otro lado. La chica volvió a moverse. El crujido de otra puerta de armario. Sus pasos, quizás ahora un poco más sutiles, recorriendo el suelo, buscando falsamente algo que quizás ni había venido a buscar.

Sabía que Daniel volvería a por mí. Mi mirada evitaba sus ojos en el espejo, pero no podía dejar de recorrer su cuerpo. Era como si todo lo que había querido rechazar, todo lo que me desbordaba, se volviera más tangible. Su piel, cubierta por una fina capa de sudor, parecía reflejar la luz de una forma que me incomodaba. Y, sin embargo, había algo en su porte, algo en la forma en que sus músculos se tensaban al moverse, que me dejaba sin aliento. Me repugnaba y, al mismo tiempo, me atraía de una manera que no podía controlar.

Efectivamente, Daniel se acercó, esta vez con más descaro. Esta vez, sin darme tregua.

Me arqueé, sintiendo una oleada de inquietud arremolinarse en mi vientre. Vi mi rostro reflejado en el espejo, la boca entreabierta, los ojos entrecerrados en una tensión vergonzosa.

Su miembro detrás, abajo. Su pecho detrás, arriba. Una mano aún con mis bragas, como si no quisiera deshacerse de la sensación de mi humedad allí trasladada. Su otra mano, por delante, hacia mis muslos, hacia mis ingles, hacia mi sexo desorbitado. Sus dedos allí. Dos. Pude contener un resoplido cuando los sentí en mis labios, pero tan pronto sentí las yemas de sus dedos sobre mi clítoris… al segundo o tercer círculo que trazó sobre él… no pude más… me dejé ir… y un "¡Ahhh!" brotó nítido, puro, de mi boca, rompiendo el silencio de nuestro cuarto, y llegando con rapidez al dormitorio contiguo.

Un solo gemido… y, otra vez, los golpes al otro lado se detuvieron.

Daniel retiró aquellos dedos, y se inclinó, con la boca rozando apenas mi oído, con su voz empapada de triunfo.

—Te lo dije… —susurró. Su lengua rozó el lóbulo de mi oreja, con una lentitud provocadora—. Pues la escuchadora va a escuchar, va… —apostilló.

Una leve brisa entró por la ventana, pero el calor permanecía inamovible. Como si el aire caliente fuera más denso y no dejase apenas penetrar un ápice de frescor.

Me miré entonces en el espejo.

La imagen reflejada me provocó un estremecimiento. La camisa abotonada hasta arriba, el cuello cerrado con una rigidez impostada, como si esa delicada tela pudiera sostener mi dignidad. Mi collar de perlas descansaba sobre la tela, tibia y con aquella humedad que no desaparecía; que señalizaba mis senos con dos lamparones olientes, que cubría una piel sudada y ardiente. Mis pechos marcaban la tela con una insistencia desafiante, como si mi propio cuerpo traicionara siempre mi intento de compostura.

Y mis manos… mis manos seguían sujetando la camisa, alzándola de forma ridícula, obediente sin necesidad de orden, exponiendo mi sexo frente al espejo.

La imagen era denigrante, indecente. Allí estaba yo: las piernas separadas, los tacones asentados con firmeza contra el suelo de madera, y el sexo abierto y desnudo, respirando el aire caliente de la habitación. Me sentía excitada. Una excitación que vibraba en mi vientre, que pulsaba en cada pliegue de mi piel. Pero también me sentía absurdamente ridícula.

Me rebelé. Me opuse a mí misma, sintiendo el rubor encendido en mis mejillas. La sublevación, tan intensa y pegajosa como la humillación y la excitación, me recorrió la espina dorsal y me obligó a actuar. Bajé la camisa, dejándola caer, cubriendo mi vientre, mi sexo, mi vergüenza.

Mi corazón martilleó contra mis costillas cuando me giré, encarándolo.

Me enfrenté. Su rostro arriba, más alto. Me encontré con su intento de maniobra: estaba a punto de llevarse mis bragas otra vez al rostro. Sus dedos, largos y seguros, sostenían la tela oscura como en un ritual silencioso, y su expresión mostraba un deleite perverso. Vi cómo sus ojos se entrecerraban levemente, anticipando el gesto, como si quisiera tatuarse el aroma de mi sexo en su mente.

No lo permití. Aparté su mano con un golpe seco, un gesto más instintivo que premeditado. Él se detuvo, parpadeó, sorprendido. No tardó en recuperar la compostura. Una sonrisa se dibujó en sus labios, afilada, peligrosa.

—¿Qué… pasa? —murmuró, con esa voz densa, grave, cargada de malicia.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Di otro paso, acortando la distancia, sin saber exactamente qué pretendía. Detenerlo. Parar el juego. Recuperar el control. Algo en su tono, en su sonrisa, en su actitud, me hacía hervir aún más por dentro.

Y entonces, en ese movimiento impulsivo, en ese choque entre mi rabia y mi deseo, lo sentí.

Su miembro, duro y firme, golpeó mi abdomen.

El contacto fue electrizante. Mi respiración se quebró, y por un segundo todo mi cuerpo se tensó. Su calor, su dureza, la forma en que se apretaba contra mí, me desarmó por completo. Él también lo sintió. Lo vi en sus ojos, en el ligero fruncimiento de sus cejas, en la manera en que su expresión cambió, volviéndose más oscura.

Y aquella oscuridad me envolvió como una manta pesada. Su mano se coló bajo mi cuello. Me atrajo hacia sí. Y yo, traicionándome una vez más, bajé una mano, que fue directa a agarrar aquella enormidad… tiesa, palpitante… e inabarcable.

Sentí aquella grandeza en mi mano y eso me hizo claudicar. No giré el rostro. No aparté mis labios. Se produjo. Fue a por mí y yo no me defendí. Fue un choque de bocas, una colisión de lenguas, un intercambio de alientos y saliva cargado de ansia. Su mano se hundió en mi cabello, tirando de él con una firmeza que me arrancó un jadeo. Mi propio cuerpo se arqueó contra el suyo, buscando más contacto, más calor, más fricción.

Todo se precipitaba de repente. Nos tambaleamos hacia atrás, hasta que la parte trasera de mis rodillas golpeó el borde de la cama. Caímos sobre el colchón, su peso sobre mí, su boca devorándome, sus manos explorando mi piel con una urgencia devastadora.

No me importaba si la chica al otro lado me escuchaba. No me importaba si jadeaba demasiado fuerte, si mis gemidos atravesaban la pared, si los golpes de ella se detenían tras escucharme o si se reiniciaban al no hacerlo. Nada de eso tenía relevancia en aquel momento. Solo existían sus manos, su boca, la forma en que sus labios se deslizaban por mi cuello, dejando un reguero húmedo de besos abrasadores. Sus dedos se cerraban sobre mi cintura, aferrándome, sujetándome con la necesidad de quien no piensa soltar.

Yo también lo tocaba. Mis manos recorrieron la extensión de su espalda, sintiendo la tensión de sus músculos, el calor de su piel. Me

aferré a su cabeza, áspera, rapada, sin importarme si allí había belleza o fealdad, buscando más profundidad en el beso, más entrega, más frenesí. Acariciaba su barba, atrapaba su mandíbula con mis manos… Apretaba una nalga enorme y dura, y al sentir aquel tacto, me daba cuenta de que quizás aquel momento ya lo había imaginado, deseado, mucho antes.

Nuestros cuerpos se movían con una desesperación primitiva, frotándose, encajando, buscando más contacto, más fricción, más de todo.

Él encima de mí. Sus besos me asfixiaban y al mismo tiempo me daban aire. Mi espalda hundida en aquella cama mullida que hacía tiempo que olía a sexo. Mis piernas rodeaban su cuerpo, atrapándolo con fuerza. Lo hacía en pleno éxtasis, pero también con un destello de lucidez: debía sujetarlo así para evitar que aquella monstruosidad, que golpeaba contra mi vientre, bajara más… e intentara penetrarme.

Su boca descendió, recorriendo mi clavícula, bajando por mi pecho. Sus manos y su boca me atacaban sobre la camisa abotonada. Yo, sabiendo que su cuerpo reptaba y no había peligro de que intentara invadirme, lo liberé de mis piernas.

Sentía sus labios sobre mi camisa. Sus manos enormes apretando mis pechos sobre la tela. Me estremecí cuando sus dientes rozaron la seda, cuando su lengua presionó justo encima de mi pezón, endureciéndolo con su calor. Quería que me arrancara la camisa. Lo deseé… Quería que no hubiera barreras, que su piel y la mía se encontraran sin nada en medio. Y entonces sus manos fueron a mis botones, de forma más sutil de lo esperado, deshaciéndolos con torpeza, y con prisa. Uno, dos… Pero abría los botones que estaban a la altura de mi torso, dejando arriba y abajo abotonado. Mantenía mi asfixia, como en un juego macabro; abría lo justo, apenas dos o tres botones, lo imprescindible para que una teta saliera por la abertura.

Sentí una libertad incompleta. Sentí el aire espeso endurecer mi pezón y agitar mi teta. Teta que devoró con un mordisco:

—¡¡¡Hmmmm!!! —me retorcí sobre la cama. Mi espalda se arqueó. Todo mi cuerpo vibró en una mezcla de dolor y placer.

—¡¡¡AAAhhh!!! —casi chillé cuando mordió, todavía con más saña.

Fue entonces a por mi otro pecho, que también salió por la abertura. Yo llevé mis manos a aquella cabeza enorme y rapada. Y miraba al techo de aquella habitación mugrienta, y no me importaba el silencio enfermizo al otro lado de la pared.

Su boca aterrizaba, babeante, sobre mi otra teta. Sus labios envolvieron mi pezón, su lengua lo lamió con una devoción febril, sus dientes lo atraparon con una mordida suave pero demandante.

—¡¡Ahhh…!! —volví a fundirme en un gemido que escapaba de mi boca. Un sonido sin contención, sin vergüenza.

Y entonces volvió a tumbarse sobre mí, volvió a cubrirme. Y yo sentí su miembro, entre mis ingles. Y me retorcí, serpenteé. Nos besábamos por arriba. Arriba nos entendíamos. Su lengua contra la mía. Mis labios contra los suyos. Pero abajo… abajo no había acuerdo. Mi cintura se giraba… Mi cadera lo evitaba. Y entonces un susurro, ridículo, pero desesperado, fue jadeado por mí, en sus labios:

—No…

—No, qué —preguntó, moviendo su cuerpo levemente, en recorridos largos y lentos, arriba y abajo, rozándose contra mi vello púbico… como si de verdad ya estuviera dentro.

—Que no… No quiero que me folles… —jadeé, sabedora de que le confesaba de manera vergonzante y apocada mi lucha interna.

No respondió. Sujetó mi rostro. Su lengua me invadió otra vez.

Me hizo mover. Me hizo girar. Entre beso y beso. Entre jadeo y jadeo. Entre mordisco y mordisco. Notaba mi espalda sobre mi chaqueta. Una pierna sobre mi falda. Una mano se aferraba a la cama. Otra rozaba por azar la seda de mis bragas posadas sobre la colcha. Un codo rozaba la lana rosa del pasamontañas.

Sentía su peso, su amplitud, la forma en que me envolvía con una presencia que me resultaba desconocida. Su espalda, sus brazos, la manera en que su torso cubría el mío sin dejarme espacio. Me sentía pequeña bajo él, atrapada entre su piel abrasadora y la presión firme de su musculatura. Aquella corpulencia, aquel tamaño, aquella sensación de que fuera adonde fuera, tocara donde tocara, era duro, era grande, era masculino… me inquietaba, y me excitaba.

Nos movíamos. Rotábamos. Nos girábamos. Su miembro chocaba contra partes de mi cuerpo. Mis manos a veces cogían su polla y la agitaban un par de veces… Y después la soltaban, y llevaba mis manos a sus nalgas, y me aferraba allí, una mano en cada nalga, y apretaba. Le decía con aquel agarre que me gustaba su culo… que lo valoraba. Y él me comía los pechos, los besaba y los mordía; dejaba allí un reguero de saliva, me volvía a devorar… me los enrojecía… y después me besaba y apretaba con fuerza mi culo.

Y entonces nuestros cuerpos se giraron más, se movieron más. Y mi boca se situó cerca de su miembro… Y la suya cerca de mi sexo.

Me aparté.

Y entonces se movió. Me movió.

Y yo le susurraba, le repetía: "¿qué haces…?", "¿estás loco…?". Hasta que finalmente comprendí cuál era su propósito. Cuando me di cuenta, mis rodillas se hundían en el colchón a ambos lados de su cabeza. Mi cuerpo erguido, mi torso recto frente al espejo. Su aliento cálido se deslizaba contra mi piel, tan cerca… allí abajo.

Él yacía boca arriba, su pecho expuesto, su espalda hundida sobre la cama. Sus ojos me devoraban desde abajo, atrapado entre mis

muslos.

Yo, de rodillas, miré hacia abajo y lo vi. Su rostro entre mis piernas, su boca apenas rozándome. Más allá, su pecho, su abdomen firme, su sexo rígido apuntando al techo. Sus piernas colgaban del borde de la cama, abiertas, entregadas.

Y en el espejo… allí estaba yo. De rodillas. El rubor encendiéndome la piel. Su cabeza prisionera entre mis muslos.

Y lo que hice después me dejó sin aire a mí misma. Mi proactividad. Mi necesidad:

Temblando… bajé la mirada, levanté la tela de mi camisa por delante con una mano, y, con la otra, que pasé por detrás de mi cuerpo, lo guié…

Lo guié… Mi palma recorrió la aspereza de su cabeza rapada mientras lo acercaba a mí… Miraba hacia abajo y mi cuerpo cedía, la tensión en mi espalda flaqueaba. Si me dejaba vencer hacia adelante, mi torso caería sobre el suyo… y mi boca quedaría frente a aquel miembro enorme que palpitaba, ansioso.

Yo, de rodillas, con mi sexo palpitante sobre aquella cabeza que descansaba sobre la cama, debajo de mí… lo guiaba.

Lo guiaba, guiaba aquella cabeza para que se alzase… Para que su boca se abriera… para que su lengua saliera… y me lamiera…

Lo guiaba para que besara mi sexo… Para que me comiera el coño.

CAPÍTULO 24

Sentía la tensión, no solo en mí, sino también en él. Tensión en su cuello, en sus brazos, en la forma en que sus manos se afianzaban sobre mis muslos. Supe que no era necesario sostenerlo ahí. Me di cuenta de que quizás era yo quien se aferraba, como si al sujetarlo creyera tener el control. Y que más que guiarlo, lo estaba pidiendo.

Mi mano abandonó aquella piel áspera, rapada. Solté su cabeza y esta no se inmutó. Alzada hacia mí. Y luego descendí lentamente mi cuerpo, acercándome más a él; mi cuerpo, mi torso, bajaba; casi me sentaba sobre él, sobre su rostro… sobre su boca.

Me miré en el espejo. La imagen me golpeó. Allí estaba yo, arrodillada sobre él, con los muslos a ambos lados de su cabeza, el torso erguido; dos o tres botones de mi camisa estaban abiertos, pero al mantenerse cerrados los superiores e inferiores, apenas se revelaba una línea vertical de piel. Los botones de arriba casi me asfixiaban, pero yo hacía tiempo que disfrutaba de aquella controlada opresión.

Sentía sus manos. Su aliento. Seguía tanteándome.

Miré hacia un lado. Inquieta. El pasamontañas rosa yacía sobre la cama, cerca de mi rodilla. Me fijé más en él y sentí que no lo necesitaba. Quedaban lejos aquellos momentos en los que me aferraba a la falsa existencia de otra mujer. Durante tantos minutos me había ocultado tras aquella tela, pretendiendo ser otra, para no castigarme por entregarme a lo que no debía. Pero ahora no la necesitaba. No había otra mujer allí. Sólo estaba yo.

Me volvió a impactar mi propia imagen en el espejo. Me miré a los ojos y vi exactamente lo que era: una mujer infiel. Un escalofrío me

recorrió al no atisbar culpa. Me impactó no sentirla. Mi vientre se contrajo.

Y entonces sentí su aliento. Más cerca. Debajo de mí. Y sentí sus manos.

No había nada de dulzura en el modo en que me sujetaba. Sus dedos se hundían en mi piel, separaban mis nalgas, separaban los labios de mi sexo, aún más, exponiéndolo con una facilidad humillante.

Noté su aliento caliente, más abajo. Mi piel tembló.

Murmuró entonces algo contra mí. No sabía si lo hacía para provocarme, para humillarme o simplemente porque era así, incapaz de callarse lo que pensaba.

Sentí el calor. Sentí la humedad.

En mi mente se esbozaba un vergonzante y desesperado: "Cómemelo ya…", pero yo no lo pronunciaba.

Y es que solo se escuchaba el silencio. Y por supuesto ya me daba igual si la cría del otro lado de la pared me escuchaba y me juzgaba.

Bajé la vista y vi su cuerpo. Vi a Daniel tendido boca arriba, con el torso fibroso, la piel tirante sobre el abdomen musculado, los pectorales amplios que subían y bajaban acompasadamente. Su miembro, erguido y firme, parecía desafiar el aire denso de la habitación. Y de golpe una imagen irrumpió con un deseo crudo. Su polla rebotaba. Libre. Sola. De manera aleatoria. Alzándose casi hacia el techo y cayendo después, hasta contactar con su vientre. Si alargara mi brazo podría sujetarla con la mano. Si dejara vencer mi torso hacia adelante… mi rostro caería justo sobre aquel miembro enorme que rebotaba con aquellos espasmos tan sexuales.

Su boca se acercaba. Me lo anunciaba: el murmullo humillante, la sonrisa triunfal, el aliento cálido. Me miré en el espejo. Mis mejillas ardían. Me arqueé ligeramente, empujada por una fuerza que ya no

intentaba comprender. Y entonces lo sentí. Sentí su boca. Su soplo espeso. Y de golpe… placer.

—¡Hmmmmm…! —gemí, retorciendo todo mi torso, y conteniendo la boca cerrada.

—¡Ahhh…! —jadeé al sentir su lengua acariciando uno de los labios que colgaba de mi sexo.

—¡¡Ah-Ahhhh!! —gimoteé, rápida y entrecortadamente, alzando el rostro, al sentir la firmeza y la humedad de su lengua… succionando aquellos labios que brotaban de mi coño, abiertos… por su culpa.

Me estremecí con cada caricia de su boca, cada movimiento de su lengua que dibujaba círculos lentos y precisos. Su aliento ardiente contra mi piel me hacía temblar y jadear, y la presión de sus manos, sujetándome con fuerza, me hacía sentir atrapada.

—¡¡Ahhh!! —volví a gemir, esta vez al sentir una succión. Como si toda su boca me absorbiese.

Devoraba mi sexo. Me comía el coño. La habitación se tiñó de gemidos. De lamentos. De "¡Ahhh!" "¡¡Ahhhh!!" "¡¡Mmmh!!" "¡¡Ahhhh!!", voces inconexas, gemidos entregados; un placer puro, un placer físico, y también un placer mental…

…Y es que alzaba la mirada y me observaba en el reflejo; y veía, yo misma, a aquella mujer infiel. Y me excitaba. Y si había culpa solo la utilizaba para excitarme más.

Y temblaba en espasmos. Pero no eran, como antes, temblores limitantes. Porque ya no había vergüenza. Nada solapaba, nada cubría, el neto placer físico y carnal.

—¡¡Ahh…!! ¡¡Dioos…!! ¡¡Síí…!! —gemí al sentir su lengua partiendo en dos mi coño… y mordía mi labio inferior, y entrecerraba los ojos, casi siempre mirando al frente, sin desviar la mirada de mí misma.

Gotas de sudor resbalaban por mi espalda. En mi camisa, dos lamparones ya casi resecos delataban su rastro: semen revenido

sobre la seda azul, justo sobre mis pechos hinchados, que palpitaban debajo.

El cuarto parecía más caluroso, más denso. El aire pesaba sobre mi piel, envolviéndome en una calidez sofocante.

Y entonces… como si tuvieran vida propia, como si un descarnado instinto actuase por mí… mis caderas se movieron de forma inconsciente, buscando más, exigiendo más.

Puse mis brazos en jarra. Mis manos en mi cadera. Mi cintura inició movimientos cortos y rítmicos. La fricción era insoportable y deliciosa a la vez… Lo hacía. Me miraba en el espejo. Me miraba a mí misma. A aquella mujer infiel. Miraba mis pezones marcando mi camisa; mi camisa abotonada hasta arriba, con el collar por encima; y miraba su polla palpitar libre… y, sobre todo, miraba mi movimiento, aquel adelante y atrás, sobre su rostro, sobre su boca… Yo misma deslizaba mi coño por su rostro… yo misma me restregaba, entre jadeos y gemidos, con unos "¡¡Ah!!" "¡¡Ah!!" "¡¡Mmhh!!" "¡¡Ahh!!", me restregaba… con movimientos concisos y acompasados.

Y lo escuchaba murmurar, susurrar frases soeces.

Me degustaba. Me paladeaba. Me saboreaba:

—¡Mmm…! Qué coñito tienes…

—¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Sigue…!! —gemía yo.

—Joder… Está saladito… —pretendía humillarme.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Ahhh…!! ¡¡Síí!! ¡¡Sigue…!! —jadeaba y me miraba en el espejo.

—¡Mmh…! Tienes el coñito que se deshace… Deja de echar… Me vas ahogar… Joder… —me provocaba. Me degradaba.

—¡¡Ahhh!! ¡¡Ahh-ahhhh!! ¡¡Mmmm!! ¡¡Ahhh!! —gemía yo, en tono más alto, casi entre chillidos, cuando sentía su lengua llegar más

adentro, más al fondo, y sentía cómo mi sexo se abría, cómo se resquebrajaba entre lastimosas convulsiones.

Y me miré en el espejo, y me encontré de nuevo con mi reflejo. Mi boca entreabierta, mis ojos encendidos. La vergüenza que alguna vez me había frenado se sentía lejana. Ya no me importaba quién pudiera escucharme, ni qué pensaría de mí.

Me sentía prendada de mí, de mí misma, de aquel vaivén de mi cadera… deslizando mi sexo por los labios de aquel cabrón que disfrutaba de todo lo que yo vertía. Y es que yo podía sentirlo. Podía sentir la humedad que me abandonaba y que fluía hacia abajo. Lo sabía porque lo sentía en mi vello púbico, y en mis ingles… Sabía que mi sexo se fundía sobre su rostro.

Y a pesar de que saber aquello pudiera abochornarme, todo se desvanecía cuando miraba al frente, y es que la visión en el espejo me alzaba, me hacía sentir poderosa, más mujer de lo que me hubiera sentido jamás. Y tuve la necesidad de sentirlo aún más.

El placer me embriagaba. Mis gemidos resonaban. Él me degustaba entonces en silencio. Una tregua en sus provocaciones. Aprovechando aquellos instantes, que parecían regalados para mí, actué:

Mis manos ascendieron hacia la abertura de mi camisa, ese hueco de tres botones ubicado en el centro de mi torso. Lo hice con calma, con esmero, mirándome, sintiéndome, mientras seguía gimiendo, mientras mis "¡¡Ah…!!" "¡¡Ahh…!!", ahora más tenues, flotaban por aquel dormitorio y se fundían con el sonido líquido, acuoso, de la succión, de los labios de Daniel… comiéndome. Lo hice con detenimiento, en un alarde para mí misma: descorrí ligeramente la tela de mi camisa… la aparté apenas… e hice porque uno de mis pechos saliera por el hueco. Mi teta emergió enorme, imponente, hinchada, con una areola rosada extensísima y un pezón afilado que despuntaba con brutalidad.

Un pecho oculto. El otro sacado por aquella abertura. Mi imagen me impactaba a mí misma. Y yo me seguía retorciendo de placer. Seguía con mis gemidos, con unos "¡Ah!" "¡Ah!" "¡Ahhhh!" "¡Mmmm…!", y entonces me agarré aquella teta que había liberado. La sostuve. La contuve. Me sentí. Sentí aquel tacto: tierno y a la vez duro. Voluble y a la vez pesado. Suave y a la vez consistente. Me miraba, con los ojos entrecerrados, en el espejo, con una teta agarrada y la otra cubierta por la seda azul. Y me retorcía, serpenteaba, con mi cadera, restregando mi coño sobre la boca de aquel cabrón.

Daniel murmuró de nuevo algo contra mi piel, contra mi carne. Algo que no entendí. Su voz era un ronroneo grave, burlesco. Yo a veces me preguntaba quién mandaba. Él me comía, pero yo me restregaba. Y sentía su lengua deslizarse, acompañar mi movimiento, y escuchaba aquel sonido, acuoso, sobre todo cuando me succionaba.

Después sí lo escuché con nitidez. Entre dientes, desagradable, dándose cuenta de algo que le parecía divertido, o reprochable, o ambas cosas. Algo en lo que yo ni había reparado:

—Te has dejado los zapatitos de abogada putita puestos… Así te gustas más, ¿eh? —soltó, debajo de mi sexo, hiriente y punzante.

Me impactó escucharlo. Ni me había dado cuenta. Sin soltar mi pecho, bajé la mirada y allí estaban, negros, impecables, con las puntas clavadas en la colcha, con los finos tacones en el aire, esbozando una afilada sombra bajo la luz tenue de la lámpara. Por un segundo, mi cadera se detuvo. No sabía si me encogía o si eso me encendía más. Pero él no me dio opción a pensarlo. Se hundió más en mí. Su lengua volvió a atacarme.

—¡¡Ah…!! ¡¡Mhhh…!! —jadeé, con un nuevo estremecimiento. Mi vientre tembló, mi cuerpo se contrajo sobre su boca.

Y volví a sentir su lengua, grande, sólida y tiesa, como si tuviera vida propia.

—¡¡Mmm…!! ¡¡Dios…!! —suspiré, siempre agarrada a la teta que había liberado, y que salía enorme, inabarcable, por la abertura, y dejé caer mi cabeza atrás, sintiendo la nuca húmeda contra el cuello de mi camisa.

Su burla había quedado flotando en el aire, sin respuesta. O tal vez la respuesta era yo misma, reanudando el vaivén de mis caderas, absorbiéndola, disolviéndola en mi propio placer… y restregándosela por la cara.

También mis manos volvieron a actuar. Desabroché otro botón intermedio y liberé el otro pecho de la misma forma, colándolo por la abertura de la camisa, sintiendo el roce del tejido suave antes de quedar completamente expuesto. Me admiré en el espejo, con ambos pechos desnudos, mis pezones endurecidos y mi cuerpo entregado a su boca. Me acaricié con más descaro, cada mano a una teta; mi cadera otra vez adelante y atrás. Me perdía en aquella imagen de mí misma, y sabía que nunca me había sentido con aquel poder, que nunca había sentido mi cuerpo tan mío, que nunca me había sentido tan mujer.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Mmh!! ¡¡Síí!! ¡¡Dios…!! —gimoteaba, entregada al placer, y agitaba sutilmente mi cuello, aquel cuello ahogado por ese último botón cerrado que me sofocaba, y hacía ondear mi media melena rubia.

Y tras mis gemidos se escuchaban los sonidos líquidos, el sonido húmedo de su boca devorándome. Una succión insistente, deslizante, profunda. Sentía su lengua recorrerme, hundirse, abarcarme con movimientos espesos, desbordados, como si bebiera de mí. Sonidos acuosos, empapados, sexuales… El sonido de su succión en mi coño, el sonido de su lengua lamiendo mi sexo.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Ahhh…!! ¡¡Síí!! ¡¡Sigue…!! —gemía yo, aferrada a mis tetas, sintiéndolas, y a veces dejaba caer mi cabeza hacia atrás, y después volvía la mirada al frente, mirándome en el espejo.

Y sentía el calor de su boca, abriéndose y cerrándose sobre mí, bebiéndome con ansia. Y mi sexo notaba un vaivén resbaladizo, hambriento, que me absorbía.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Ahh!! ¡¡Sigue…!! ¡¡Siguee…!! —me retorcía, y sentía mis pezones clavándose en las palmas de mis manos, y miraba de reojo, hacia abajo, y veía su polla, enorme, dura, rebotando libre.

—Qué coñito tienes… Joder… —le escuchaba a él murmurar, bajo mi sexo, soplando allí, realizando una caricia líquida, húmeda, que se fundía con mi carne, mientras seguía apretando con fuerza mis nalgas y mis caderas.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Mmmm…!! —gemía, temblando del gusto, y entonces su polla dio un respingo, más largo, más prolongado… quedándose unos segundos… tres, cuatro, cinco… totalmente enhiesto… apuntando al techo… Y al verlo… un calor… un sofoco… me asaltó.

Mis pulsaciones se dispararon. Mi pecho ardía. Y él parecía convencerme con su lengua.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Dios…!! —gemí, y quise distraerme, pero su polla, tras descansar un instante, volvió a elevarse, por sí misma, sola, demostrando potencia, reclamándome con su virilidad.

Suspiré. Mi pecho ardía al darme cuenta de que era una posibilidad, una certeza palpable.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Mmh!! ¡¡Síí!! ¡¡Síí!! —seguí gimiendo, y volvía a agitar mi melena, y me descubría a mí misma, en el espejo, agarrada a mis tetas y mirando de soslayo hacia abajo, hacia aquella polla que volvía a descansar un poco y volvía a alzarse.

No pude más. Aquella masculinidad era una incitación demasiado cruel… una tentación casi inhumana.

Solté mis pechos y me incliné ligeramente hacia adelante, mi torso descendía… aterrizaba… hacia él. Mi cadera se elevó apenas,

siguiendo el movimiento natural de mi cuerpo, alejándome de su boca, pero sintiendo aún su aliento caliente persiguiéndome.

Mi respiración se aceleró. Podía sentir su erección, firme y demandante, entre nuestros cuerpos. Mi corazón latía con fuerza, bombeando un deseo imposible de contener.

El vértigo me tomaba por sorpresa, esa sensación de caída libre que solo él, que solo aquel animal musculado, provocaba en mí.

Mi mirada se desvió entonces, atrapada por el reflejo de su cuerpo tendido bajo el mío. Su piel brillante por el calor, sus músculos tensos, su expresión de triunfo que podía adivinar entre mis piernas.

Un escalofrío recorrió mi columna y un suspiro tembloroso escapó de mis labios.

Era demasiado. Y aún así, no podía detenerme.

Y entonces lo escuché. Su voz atronó. Su hostilidad gratuita. Su bravata humillante.

—Eso es, coño… Baja… Cómemela…

Esbocé un lamento… Una mezcla de inquina, vergüenza y placer… Pues él no dejaba de lamerme.

—¡¡Ahh!! ¡¡Mmmm!! —gimoteé, cerrando fugazmente los ojos.

Las palmas de mis manos se apoyaron sobre la cama, a ambos lados de sus caderas.

Ya lo olía. Ya olía su polla que él alzaba y dejaba reposar sin usar las manos.

Ya imaginaba su tacto, ya sentía su olor a sexo. A centímetros de mi rostro.

Ya veía, a escasos centímetros, su glande violáceo, mojado, brillante, y sus venas recorriendo aquel tronco enorme.

—¡¡Ahhhh…!! ¡¡Ahhhh-hhh!! —me descompuse en un chillido largo, tras una succión que él perpetró en mi sexo… Una succión completa.

—¡¡Ohhhhhh!! ¡¡Dioo-oosss…!! —gemí tras sentir que, con su boca, se hacía con uno de los labios de mi coño… haciéndolo estirar.

Y entonces entrecerré los ojos… Y después los alcé, y vi mi reflejo.

Mi rostro allí, a centímetros de la polla enorme de aquel cabrón. Casi rozando mi cara.

Y un bramido cruel resonó. Una voz, grave, desde entre mis piernas. Su demanda descarnada:

—Vamos, Carolina. Chúpamela bien…

CAPÍTULO 25

Otra vez su frase, agresiva y corrosiva. Y, de nuevo, me obligaba a enfrentar una idea que llevaba tiempo gestándose en mi mente: quizá él sentía por mí el mismo desprecio y repulsión que yo sentía por él.

Eso contribuía a que yo volviera a sentir aquello que me excitaba: ser una más. Solo un cuerpo para él. Un cuerpo, sin necesidad del más mínimo apego.

Pero, aunque su animadversión hacia mí me encendía, no podía evitar que el peso crudo de sus palabras hiciera que mi estómago se encogiera, que mi cuerpo se contrajera, y que sintiera rabia. Sentía un escalofrío denso, caliente. Mi piel, ya febril, pareció exudar aún más. Noté mi torso sofocado por el sudor, la seda adherida a mi espalda y aquel botón oprimiéndome el cuello.

"Chúpamela bien".

Sus palabras resonaban en mi mente. Crueles. Imperiosas. También como si me redujeran a ese solo acto. Como si no existiera nada más en el mundo que su deseo y mi boca… abriéndose para acogerlo.

Y entonces volvió a lamerme. Volví a sentirlo. Me fundía con su lengua y un "¡Ahh…!" tenue salió de mis labios. Y miré mi reflejo… Mis ojos vidriosos, mis labios húmedos. Cerca de mi rostro, aquel miembro seguía palpitando libre, en espasmos que yo no sabía si cumplían órdenes o si eran meras vibraciones por instinto.

—¡Ahhh…! —volví a gemir al volver a sentir su lengua.

Lo gemía hacia adelante. Hacía mí misma. Veía en mi reflejo el impacto, mi rostro agitándose, mi boca vibrando por el jadeo. Más abajo, mis pechos caían sobre su abdomen; él tenía que sentir mis pezones rígidos arañando su torso, y también el peso de mis senos allí.

—¡Mmm…! —jadeé… y sentí su mano cerrarse sobre mi nalga con un apretón seco, posesivo, y su miembro palpitó a un escaso suspiro de mi boca.

Mi aliento lo rozó.

Lo sentí.

Él también.

Su torso tembló al sentir mi suspiro allí. Y eso me reconfortó.

Y entonces su miembro volvió a vibrar, libre, en un alzamiento potente… y tocó mi cara.

Sentí el impacto. Mi cuerpo tiritó. Cerré los ojos. Y como por acto reflejo una de mis manos la sujetó.

La sujetó a la vez que él volvió a hundir su lengua en mí, y un "¡Ohhhh…!" largo y áspero fue jadeado por mí, hacia adelante, y observaba mi reflejo: yo, allí, agarrando aquello; aquella brutalidad junto a mi rostro. La sujetaba con mi mano caliente. Mis dedos lo rodearon, reconociendo su grosor, su peso, la piel tensa y cálida bajo mi tacto. Lo sostenía con firmeza, con una leve presión de mi palma, mientras deslizaba lentamente la yema del pulgar a lo largo de su tronco, explorándolo, midiendo su dureza, sintiendo la forma en que palpitaba bajo mi agarre.

La mezcla de sensaciones me embriagaba en un compendio de impactos casi oníricos: el placer en mi sexo, allí, lejos, sobre su boca; el tacto de su polla dura en mi mano; mi imagen en el reflejo… mis ojos brillantes y mi semblante junto a aquello, alargado, casi tanto como todo mi rostro.

Y entonces él decidió por mí. Autoritario. Déspota. Alargaba su brazo. Sentí una mano sobre mi cabeza.

Me llevaba. Me empujaba. Me ordenaba.

Quise evitarlo… exhalé sobre él, dejando que mi aliento lo rozara, pero entonces inspiré aquel olor, a polla, a sexo, a su glande violáceo, hinchado y brillante… Mi pecho palpitó. Dudé otra vez. Quise mandar, explorar aquel tronco…

… pero entonces él gruñó un salvaje y despiadado "¡vamos, coño…!", y su mano empujó sobre mi cabeza… y me vencí, me hundí… abrí la boca… y mis labios toparon con su glande… y enseguida cedieron… a su dureza, a su virilidad, a su olor… y se cerraban alrededor… alrededor de aquel glande enorme, enrojecido, casi morado… Y sentí su calor… su turgencia hinchada contra mi lengua. Lo succioné levemente, como si probara su resistencia, como si midiera cuánto podía tomar. Y entonces… él alzó su cuerpo, su cadera, hacia arriba… lentamente… provocando que mi boca lo envolviera más…

… Y mi boca también bajaba… deslizándose sobre él con una presión húmeda y tibia. Mis labios se estiraban al descender, adaptándose a su tamaño. Abarcando con dificultad aquella anchura colosal… Lo tomé hasta donde pude y luego ascendí, dejando un reguero empapado hasta llegar a la punta… Y allí saboreé… pude sentir una gota brotando de su polla y muriendo en mi boca. El regusto me hizo temblar. Lo sentí en mi sexo… que allí, lejos, palpitó… Y después bajé otra vez, mis labios discurriendo hacia abajo por aquel cilindro de carne, casi inabarcable en lo ancho y absolutamente imposible de abarcar, siquiera la mitad, en lo largo… Y no pude evitar alzar la mirada y verme reflejada… volcada sobre él, con mi camisa aún puesta, con aquel botón arriba abotonado, mi collar de perlas brillando, mis pechos colgando, mis zapatos de tacón clavados en la colcha, con aquel hombre allí atrás, comiéndome el coño, y yo… con su polla dentro de mi boca.

Con la mirada alzada, me quedé quieta, con mi boca ultrajada por aquella polla enorme. La sujetaba por la base y no movía mi boca, ni

arriba ni abajo. Me miraba a mí misma. Mientras él me comía… y él gruñía bajo mi sexo; su boca, incansable, trabajando en mí. Su lengua no se detenía ni un instante, lamiendo con el mismo ansia con el que yo me lo tragaba a él. Sentí sus dedos apretar mi cadera, la otra mano seguía sobre mi cabeza, marcando dominio, exigiéndome más.

Volví a hundirme en su miembro. Esta vez más profundo. Más húmedo. Dejando que el placer se convirtiera en voracidad.

—¡Mmh! —gruñó él bajo mi sexo y yo solapé su quejido con un "¡Mmm!" ahogado en su polla… y después un "¡Mmmm!" excitadísimo y agradecido por la magnitud que él me ofrecía.

Y entonces, me aparté un instante, rompiendo la succión con un leve sonido húmedo. Mi pecho subía y bajaba. Agitado. Palpitante. Necesitaba aire.

Jadeé, separando lentamente mis labios de su punta. Mi boca resollaba. Mi respiración era un soplo entrecortado, caliente, húmedo. Bajé la mirada y vi el rastro que quedaba entre ambos: un hilo espeso de saliva que aún nos unía, temblando entre mi boca entreabierta y su miembro empapado.

Apreté los labios, después intenté romper ese filamento de humedad con la lengua. Pero no lo conseguí. Finalmente me ayudé de un dedo para cortar aquel hilo endeble y transparente que era una mezcla de su preseminal y mi saliva.

Él maldijo entre dientes. Sus dedos se crisparon en mis nalgas, apretándome, exigiendo que continuara. Como si me dijera que mi boca debía estar allí siempre, de manera ininterrumpida.

Me relamí, aún jadeante. Y me aferré a él con ambas manos, sujetándolo con fuerza. Mis dedos rodearon la base, apretando aquella piel tensa y ardiente que latía entre mis palmas… y entonces… volví a descender. Volví a engullirlo, más profunda, más ansiosa, devorando la distancia que nos había separado.

Lo sentía grueso, palpitante, empapado por mi propia saliva, deslizándose con cada embestida de mi boca.

Subí y bajé la cabeza con ansia. Lo devoraba sin pausa, agitada, entregada, dejando que mi lengua lo envolviera en cada movimiento. Mi mandíbula se tensaba, mis labios se estiraban al máximo, tratando de engullirlo hasta donde mi garganta me lo permitiera. El sonido húmedo de la succión, de mi claudicación, llenaba la habitación.

Me miré en el espejo.

La imagen me golpeó con crudeza. Mi rostro hundido en él, mi melena alborotada agitándose, mis mejillas enrojecidas por el esfuerzo. Veía cómo mi boca se abría y se cerraba, deslizándose una y otra vez sobre él, avanzando y retrocediendo, subiendo y bajando, devorando y liberando.

Y allí atrás, su lengua seguía castigándome, succionando mi carne, mi sexo. Mi espalda temblaba. El placer viajaba por todo mi cuerpo hasta arremolinarse allí, donde él me comía, y yo le devolvía su atención succionando su miembro desmedido.

Él me lamía, matándome del gusto. Cuando su lengua rozaba mi clítoris yo me deshacía… La sombra de un orgasmo explotando en su boca se cernía, pero yo no me abandonaba a mi placer, no me detenía.

Seguí tomándolo. Más y más profundo. Mi saliva resbalaba por sus venas marcadas. Los lamentos por lo que me hacía eran gemidos allí, en su polla empapada.

—¡¡Mhhhmmm!!

—¡¡Mmmhhh!!

—¡¡Mhh!! ¡¡Ahh….!! ¡¡¡Aaaahhh!!! —conseguía jadear al aire cuando retiraba mi boca, y aprovechaba aquel instante para inclinar su miembro y lamer toda esa torre, de abajo arriba; aquel tronco

enorme… y me excitaba al lamer en un recorrido tan largo… y miraba cómo sus huevos reposaban, pesados, oscilando levemente sobre la colcha, allí abajo, entre sus piernas separadas. Y otra vez mi boca a capturarlo, a envolverlo, y un placer indescriptible al verme en el espejo así… tan… sucia… engullendo aquella polla enorme, mojándola, chupándola, acariciándola con mi lengua, devorándola…

… Me miraba a los ojos en el reflejo… y jadeaba un "¡¡Ahhh-ahhhh…!!" al sentir su lengua en mi coño… y después volvía a capturarla, a meterla en la boca… a sentirla: caliente, dura, vibrante… Y me miraba así, moviendo únicamente mi cabeza arriba y abajo, en movimientos largos y exagerados, casi teatrales, con los ojos muy abiertos, mirándome a mí misma, a aquella esposa infiel, que le comía la polla a aquel animal que apenas conocía… Y cada vez que sentía un regusto sexual, que partía de su miembro y fluía hasta mi boca, me estremecía en un temblor casi espasmódico, un tembleque que él controlaba, que domaba, apretando una de mis nalgas con fuerza.

Y yo seguía…

Más.

Más profundo.

Más rápido.

Y lo escuché jadear. Un gruñido grave, ronco. Una frase entrecortada. Otra afrenta. Otro intento de humillarme:

—Hija de… puta… Tenías hambre…

Y yo gemí, me retorcí, con su miembro devorado hasta la mitad:

—¡¡Mmmmhhh!!

—Cómo la chupáis… las casadas… Es… acojonante… —susurró, jadeante, con inquina, y volvió a lamerme.

—¡¡¡HMMM!!! —gimoteé, ahogada, con su polla en mi boca.

—El hambre que pasáis… ¿eh?

—¡¡¡¡MMMMHHHHH!!!! —gemí al sentir que destrozaba mi clítoris con otra lamida de su lengua.

Y mi boca no paraba, mis labios resbalaban sobre su piel ardiente, mi lengua recorría cada centímetro con ansia desesperada. Lo succionaba, lo lamía, lo engullía con una entrega que me hacía estremecer. Y entonces mis manos comenzaron a aferrarlo con más fuerza, marcando el ritmo, acompañando cada embestida de mi boca, cada ascenso y descenso sobre su miembro palpitante… Teñía el dormitorio de unos "¡¡Mmmmhhh!!" "¡¡Mmmmhhh!!" "¡¡Mmmmhhh!!" incesantes. Mi collar rebotando. Mis pechos colgantes agitándose. Mis piernas temblando. Sentía su dureza. Sentía su polla a punto de estallar. Y a la vez yo misma sentía que no podía soportar un lamido más, ni una succión más, ni una presión más en mi clítoris saliente.

Y más: "¡¡Mmmmhhh!!" "¡¡Mmmmhhh!!" "¡¡Mmmmhhh!!". Mi boca arriba y abajo. Mis manos arriba y abajo, yendo con ella. Todo mi cuerpo era un escorzo exagerado. Lo exprimía, lo engullía… lo devoraba… Lo quería para mí… explotando… Él temblaba… Gruñía… debajo de mí… Retiraba su mano de mi cabeza… parecía que se abandonaba… Y cuando creí que ya era mío, que ya lo tenía… sentí algo extraño… Algo nuevo. Una sensación diferente. Un nuevo contacto.

Su lengua… caliente… húmeda…

Lamiéndome.

Pero no en mi sexo.

Un jadeo me desgarró la garganta.

Mi cuerpo entero se tensó.

Mi boca quedó suspendida a mitad de su tronco, sin avanzar ni retroceder, los labios aún ceñidos a su piel palpitante; mi aliento,

sofocado, atrapado en su miembro.

No podía ser. Pero sí. Él lo estaba haciendo.

Con sus manos, había separado mis nalgas casi hasta lo máximo que éstas podían dar de sí…

… Y me estaba lamiendo el culo.

CAPÍTULO 26

No me recuperaba del impacto. De su insolente atrevimiento. Pasaron unos segundos eternos en los que no sabía si aquello había sido una exploración casual o la antesala de mucho más.

Yo seguía detenida. Con su miembro en mi boca, sin cortar la succión. Mis labios húmedos, fijos, rodeando aquella anchura carnal y palpitante. Me ahogaba allí, en su polla gruesa, a la vez que un escalofrío feroz atravesaba mi espalda.

Y entonces, lo sentí de nuevo.

Su lengua.

Otra vez.

El roce fue leve, casi como una caricia tímida, una provocación que, lejos de disipar mi desconcierto, lo hizo más profundo. Un estremecimiento me recorrió, una sacudida desde dónde él hurgaba hasta mi cuello, por mi columna vertebral; una corriente subterránea que encontraba el cauce para fluir pero no la desembocadura donde liberarse.

Me retorcí. Temblé. Mi cuerpo zigzagueó, convulso.

No era placer. No del todo. Tampoco rechazo. Era algo más turbio, más primitivo: una mezcla de morbo e incredulidad, de resistencia y entrega en el mismo aliento. No recordaba que nadie me hubiera tocado así… allí. Si acaso, algún recuerdo muy lejano.

Mi cuerpo no sabía cómo reaccionar. Tragué saliva, aun con mi boca ocupada por su miembro, y éste se agitó, entre mis labios, por mi mínimo movimiento.

Y, otra vez, atacó: su boca jadeó allí, entre mis nalgas, y después su lengua delineó un surco, lenta, inexorable, abriendo un camino que yo no pedía, pero que él tomaba como suyo.

Lo sentía diferente. Más íntimo. Más ultrajante. Como si me poseyera de una forma más profunda y aún más prohibida.

Volví a tragar saliva.

Mi aliento se volvió errático, quebrado, incapaz de salir con normalidad. Un jadeo seco escapó de mi garganta cuando su lengua insistió, cálida, húmeda, insolente.

La boca se me aflojó, perdiendo el agarre sobre su dureza. Deslicé los labios por la extensión de su miembro hasta soltarlo por completo. Un hilo de saliva quedó suspendido entre mi boca y su glande empapado.

Jadeé.

Suspiré.

No sabía si detenerlo o rendirme. Si rechazarlo o dejarme llevar.

Y entonces, su voz descendió sobre mí.

Baja. Ronca. Arrastrada.

—El culito en cambio lo tienes cerradito de cojones…

Sus palabras me aturdieron con una mezcla de impacto y perversa fascinación. No era sólo la crudeza de la frase, sino la seguridad con la que la pronunciaba. Como si se sintiera con derecho a descubrir cada rincón de mi cuerpo.

Mi respiración tembló cuando volvió a lamerme.

Y otro lamido, y un "¡Ufff…!" salió por entre mis labios, y de nuevo no sabía si era exactamente placer o qué era.

Su lengua volvió a atacarme. Mis nalgas estaban tan separadas que sentía un ligero dolor, una tensión casi insoportable. Espasmos continuos recorrían mis muslos, estremeciéndome sin control. Busqué apoyo en su pierna, pero mi mano, húmeda y resbaladiza, casi se deslizó sobre su piel; entre mi saliva derramada sobre su miembro y la humedad que él mismo había liberado, mis dedos estaban completamente embadurnados

Mi otra mano seguía rodeando aquella grandeza, sintiendo la dureza ardiente de su polla palpitando en mi palma.

Comencé a masturbarlo, despacio. Lo hacía con un vaivén controlado y medido.

Lo hacía mientras seguía sintiendo la tensión en mis nalgas por su salvaje agarre; mientras seguía sintiendo el goce indescifrable y bizarro al notar las escaramuzas de su lengua en mi ano… Y, mientras sentía todo aquello, con una mezcla de desazón, sofoco e incredulidad, suspiraba unos "¡Uf…!" "¡Mh!" "¡Uf…!" "¡Uf…!" "¡Mmh!", cortos y sentidos.

Y entonces incliné la cabeza para mirarlo. No a él directamente, sino a través del espejo.

Mi reflejo me devolvió una imagen que me resultó tan desconocida como hipnótica.

Mis pechos desnudos caían por entre mi camisa, medio abierta y fijada a mi cuello, y rozaban su torso esculpido. Me quedé un instante prendada de la visión y la sensación de mis pezones, endurecidos y brillantes, casi arañando su abdomen. Mi melena se exhibía desordenada, enmarcando mi rostro encendido. Y allí estaba mi mano, envolviendo su carne, resbalando sobre él con la humedad que yo misma había dejado con mi boca, y con la que no dejaba de emerger de su miembro.

Mi mano subía y bajaba.

Apretando.

Soltando.

Su piel cedía bajo mis dedos, revelando y ocultando la punta en un subir y bajar magnético. A veces, sólo a veces, me inclinaba y la acariciaba con mis labios… Apenas un roce fugaz. Apenas un susurro de labios sobre su dureza. Posaba allí mi boca entreabierta y miraba mi reflejo, con los ojos bien abiertos; ojos que vibraban y se abrían incluso un poco más cuando su lengua hurgaba en mi ano, y sentía que éste se abría un milímetro más.

—Qué cerradito, eh. Qué… locura… —jadeó entonces Daniel, allí atrás, entre mis piernas, bajo mi sexo, suspirando en mi ano.

—¡Uff…! ¡Mmmh! —me retorcía yo… y sentía otra sensación extraña, y es que podía sentir cómo mi sexo se contraía de forma involuntaria… Y me imaginaba aquella oquedad… expuesta sobre él, abandonaba, celosa de la humedad y de la firmeza que atacaba ahora la cavidad contigua.

—¡¡Ahh!! ¡Uuuff! ¡Mmmm! —gimoteaba, al sentir otra vez su lengua en movimientos cortos y firmes, como si la punta de su lengua tuviera vida propia y una capacidad de incidir con más fuerza… e imaginaba mi sexo latente huérfano e ignorado.

Cada roce de su lengua en mi cavidad me arrancaba un espasmo, me obligaba a arquear la espalda. De nuevo sentía que no era exactamente placer, pero algo en ello me mantenía suspendida en una cuerda floja entre el deseo y la turbación.

Mi otra mano se aferró entonces a las sábanas. Mi cuerpo temblaba y yo seguía masturbando su sexo vibrante. Ahora de manera más agitada. Más rápido. Su respiración se volvió más honda, más errática. Yo lo miraba a través del espejo, absorta en el contraste de mi mano menuda deslizándose sobre la ferocidad de su carne.

Y terminé por acudir a una llamada que llevaba tiempo produciéndose. A veces mis ojos se habían ido, en el reflejo, a cómo sus huevos reposaban, enormes, entre sus piernas. Grandes, llenos,

palpitantes… No pude evitar satisfacer mi curiosidad y mi deseo… y deposité allí unas caricias sutiles, apenas con las yemas de los dedos de la mano que no lo masturbaba. Me maravillé con el tacto y el vigor de todo aquello… Me fascinaba mientras mi paja no se detenía, mientras su lengua tampoco lo hacía, y mientras mis "¡¡Ahh!!" "¡¡Uuuff!" "¡¡Mmmm!!" seguían resonando por la habitación.

Y entonces él hizo algo que me hizo estremecer.

Un súbito calor agitó mi cuerpo. Un estremecimiento me recorrió la columna. Su lengua ya no era una caricia: era un asedio. No era solo placer: era dominio. Y yo empezaba a entender que aquel cabrón no lo hacía solo por deseo o curiosidad: abría camino…

La certeza me atravesó como un latigazo y me obligó a reaccionar.

No iba a dejar que lo hiciera. No iba a permitírselo.

Mi corazón latió con una violencia que parecía sacudir todo mi cuerpo. Aquello no era una simple provocación. No era un juego. Daniel tenía una intención clara, un objetivo que se filtraba en cada embestida de su lengua, en cada sorbo de aliento caliente que me quemaba la piel. Y yo no iba a permitir que ganara.

Mi mano, empapada de su excitación, se cerró con más firmeza sobre su polla. Empecé a masturbarlo con más fuerza, con más decisión, mientras con la otra mano volvía a aferrarme a la sábana, tratando de no desmoronarme y de soportar a la vez lo que él me hacía.

Me miré en el espejo: mi reflejo me devolvía la imagen de una mujer con las mejillas encendidas, con los labios entreabiertos en jadeos entrecortados. Una mujer que sacudía una enormidad con agilidad y pericia. El vigor y cadencia con la que mi mano ascendía y descendía sobre su dureza era implacable, y buscaba que una pronta explosión de él le hiciera abandonar su intento de abrirme…

—Ufff… Jo-der… —gimió Daniel entrecortadamante, con la voz densa y gutural, al notar mi cambio de ritmo.

Él se agitaba. Podía sentirlo. Su cuerpo temblaba, sus caderas daban pequeños espasmos involuntarios. Y aunque su lengua no dejaba de abrirse paso en mí, aunque cada nuevo roce me hacía estremecer con vergüenza, yo ya no le daba el control.

Contraje mis muslos y jadeé un "¡Ahhh…!" "¡Hmm…!" ciertamente placentero, y es que él no cesaba en su ataque. Y entonces aceleré aún más: mi mano resbalaba casi con furia, deslizándose por la longitud de su sexo, sintiendo cómo palpitaba, cómo ardía. Mis dedos se cerraban y se aflojaban, jugando con el ritmo, con la intensidad. En el reflejo, veía mi mano a toda velocidad, y escuchaba el sonido líquido de la paja, el "¡clic, clic, clic, clic!" feroz, a centímetros de mi rostro. Veía aquel glande hinchado; lo olía, lo sentía, y me tentaba volver a llevarlo a mi boca… pero me contenía… pues mi propósito era vencerlo… que explotara… dándome igual la forma y el lugar dónde lo hiciera.

Él me asaltaba. Yo replicaba. Mi cuerpo se sacudía con cada incursión de su lengua, con cada presión de sus labios. Pero yo no me quedaba atrás, sacudiendo, implacable, aquella enormidad, y haciéndolo temblar.

Sentí entonces un retorcido orgullo al notar que mi ano se contraía, que se negaba a él, aun con su lengua asediándolo.

Y aceleré más. Mucho más.

El "¡clic, clic, clic, clic!" de su la piel friccionando sobre su glande húmedo se hizo atronador.

En el espejo, mi codo se agitaba, mi mano sacudía.

Mi rostro al lado, a centímetros, de aquella polla que agitaba.

Y más sonido húmedo. Más "¡clic, clic, clic, clic!". Más fricción de su piel, desvelando y ocultando aquella protuberancia violácea.

Y entonces, vibrando en un espasmo, gruñó:

—Jo-der… ¡Ah! Para…

Lo supe. Estaba a punto.

Me aferré a él y en un último embate, con una última caricia cruel y precisa sobre su dureza, sentí cómo él se desmoronaba, cómo su espalda se arqueaba, cómo su polla latía frenética en mi mano antes de soltar su liberación con un espasmo feroz.

El gemido que rugió desde su pecho me arrancó un estremecimiento. Sus caderas vibraron en un último temblor. Su abdomen se alzó, chocando contra mis pechos.

Y entonces mi mano se detuvo. Justo debajo de su glande descabezado.

Miré al espejo. Aquel glande palpitó en una convulsión violenta.

El placer ya comenzaba a nacer en él, pero aún no su detonación física.

Y entonces, lo sentí. Y él lo anunció:

—¡Ohhhhh…! —gimió, abandonándose.

Y yo, en el reflejo, vi mi rostro… y vi, por fin, cómo su glande explotaba:

Vi la primera descarga caliente… blanca, densa, que brotó hacia arriba… Y noté el impacto en mi mejilla, haciéndome parpadear, sorprendida por la violencia del latigazo; y enseguida sentí su líquido ardiente resbalar por mi piel en un surco pegajoso. Aquel impacto me intimidó tanto que me hizo apartar un poco el rostro, y la siguiente descarga salió aún con más furia, y más hacia arriba, sobrevolando por un lado de mi cara, descontrolado e impresionante, hasta caer, pesado y sonoro, sobre uno de mis hombros, sobre la seda de mi camisa. Y esa demostración de potencia me hizo volver a él… volver a acercar mi rostro allí… Me miraba en el espejo con la mejilla empapada y con el hombro mojado, quizás arrepentida por no haber recibido con mi cara el segundo de los impactos…

—¡Ohhh…! —jadeó entonces él, anunciando una tercera descarga que consistió en un trazo larguísimo, que impactó más abajo y en varios lugares: en la piel de mi cuello, haciéndome temblar, en los cuellos de mi camisa, empapando la tela que se pegó a mi piel, y sobre mi collar, impregnándolo las perlas con su espesa calidez.

Yo, impresionada, seguía exprimiendo su dureza con un movimiento mínimo y preciso… y agitaba mi cuerpo, y ronroneaba con él, solapando sus gruñidos. Y el cuarto chorro, más denso, más pesado, salpicó la comisura de mis labios y resbaló hasta mi mentón. Y su sabor salado y pastoso se fundía con mi propia respiración entrecortada, mientras sentía cómo el quinto chorro trazaba otro camino ardiente por mi cuello, salpicando y goteando, penetrando la seda, transparentando mi clavícula. Y el sexto y último brotó casi sin fuerza, resbalando por aquel glande empapado, hacia abajo, calando mi mano.

—Ohh… —gimoteó, vacío, exhausto.

Y yo me quedé inmóvil, jadeante, viendo aquel bombardeo de semen esparcirse sobre mí, sobre mi piel ardiente y mi camisa medio abierta. En el espejo, la imagen me resultaba tan salvaje como atrayente: mi rostro manchado, mi piel brillando con la humedad de su placer derramado, el temblor de mi cuerpo agitado por la tensón de haberlo descargado.

Daniel bufó con un espasmo final, su cuerpo aún sacudido por los vestigios de su orgasmo. Su aliento entrecortado se mezclaba con el mío en la habitación cargada de nuestro ardor.

Me lamí los labios, sintiendo el regusto salado en la punta de mi lengua. Mi pecho subía y bajaba con cada bocanada errática de aire. Y en el reflejo, mis ojos brillaban con un fulgor indescifrable.

Y saqué entonces la lengua. Mirándome. Y bajé. Y lamí allí. Sobre aquel glande brillante…

Y él tembló.

No me pude contener… Bajé mi boca. Mirando al espejo. Bajé mi boca y engullí su miembro, empapándome de todo el semen que había brotado. Abrí mi boca y engullí mientras me miraba, con el pómulo brillante y manchado; mientras aquel surco blancuzco descendía por mi mejilla. Abrí mi boca y saboreé aquel líquido mezclado con la dureza de su polla que se mantenía todavía firme. Devoraba su miembro, degustaba su dureza entre mis labios y me miraba… a mí misma. Y sentí de verdad… viví… lo que era sentirse realmente sucia. Lo que era sentirse, de verdad, una mujer infiel.

Me miraba en el espejo, con su polla en la boca, sobre aquel cuerpo musculado y vencido. Y me sentí como una auténtica puta…

Y bajé una mano… y me acaricié un pecho, y lo sentí… sentí mi teta mientras daba pequeños golpes con mi lengua en su polla que decrecía… que se desanimaba en mi boca. Y me sentía una puta infiel, una esposa que merecía todo el desprecio de su marido. Y llegué a sentir asco de mí misma, pero era una angustia sin culpa.

Y entonces dejé que la polla de aquel hombre se resbalara de entre mis labios y cayera, pesada. Y yo hice lo propio: me aparté de él, exhausta de sentir, bombardeada de tanto placer y de aquella explosión de sensaciones, y me dejé vencer, sobre la cama, boca arriba.

Y miraba al techo de aquella habitación inmunda; de aquel refugio para dos amantes que se detestaban pero que se entendían, mientras sentía el cuerpo de aquel hombre palpitar y resollar a mi lado.

Y miraba al techo mientras sentía mi pecho hinchado respirar profundamente. Mis senos subiendo y bajando, apartando la camisa a los lados; camisa otra vez manchada y siempre fija, con un solo botón, en mi cuello, y con otro también cerrado, abajo.

Y sentí mis nalgas doloridas… y sentí mi ano húmedo, extraño.

Y sobre todo sentí mi coño abierto. Palpitante. Marchito. Siempre huérfano. Siempre chorreante.

Y cerré los ojos mientras sentía el semen de Daniel embalsado en mis clavículas, emponzoñado en el hombro de mi camisa, haciéndome recordar su potencia, su virilidad.

Mantenía los ojos cerrados mientras mi cuerpo temblaba. Sentía mis pechos subir y bajar al compás de mi respiración, mientras el semen de Daniel resbalaba por mi mejilla, descendiendo en un río tibio por mi cuello y mi nuca, hasta apagarse, fundiéndose con mi piel.

También mi mano estaba manchada de su semen. La limpié en las sábanas y me dispuse a abrirme la camisa por completo: desabroché el botón inferior, y, cuando iba a liberar por fin el que oprimía mi cuello… sentí movimiento, a mi lado.

Abrí los ojos.

Él se había incorporado. Lento. Pesado.

Pero incansable.

Se colocaba de rodillas. Frente a mí. Entre mis piernas flexionadas y abiertas.

Su sonrisa ladeada. Su cuerpo imponente.

Su polla apuntaba, recta y en horizontal, hacia mí.

Un denso y oscilante hilo de semen colgaba de la punta.

Y entonces susurró:

—Te la voy a meter… Te voy a follar ahora mismo. Aunque esté un poco blanda.

CAPÍTULO 27

El impacto de sus palabras me calaba y recorría mi piel como si fuera un veneno. Su mirada me hacía estremecer, sus ojos fijos en los míos. No sabía si de verdad lo pretendía hacer. No sabía si ya había tomado la decisión de atacarme o si solo fanfarroneaba para intimidarme.

Yo solo sabía que estaba agotada de tanto luchar. Me ardía el cuerpo, el sudor me pegaba el cabello a la cara, el aire pesaba en mis pulmones. Los restos de su explosión adheridos a mi piel… El olor a sexo de aquel dormitorio tenía su núcleo irradiador en mí misma.

Entonces, un portazo en la distancia. Seco, fuerte. Me agité. Me incorporé sobre mis codos, recostada, hacia atrás. Instintivamente llevé mi mirada hacia la puerta del cuarto. Sabía lo que significaba: la chica de la habitación contigua se había marchado. Durante los últimos minutos su presencia no me había importado en absoluto.

Llevé mis ojos al frente. Daniel seguía allí. De rodillas, entre mis piernas, con su miembro algo alzado, pero no completamente firme; la mitad de su glande estaba ahora cubierto por su propia piel. Aquel hilillo amenazante seguía colgando, pendulante; si oscilase un poco más hacia adelante, quizás podría rozar mi sexo. Lo miré, pero ya no con desafío. Su pecho subía y bajaba agitadamente.

El tiempo se estiró. Mi cuerpo no respondía. Paralizado por sentir de manera constante y agobiante el semen que notaba en mi cuello, sobre mis clavículas… y en mi mejilla.

Mis piernas abiertas y flexionadas, frente a él. Mis tacones clavados en la colcha. Mi sexo abierto y expuesto. La parte baja de mi espalda

sudada, sobre las sábanas. Mi camisa abierta a excepción del botón que oprimía mi cuello. Una teta cubierta y la otra no, por el mero azar de cómo fluía la tela azul según mi postura.

No supe qué sentía. Él seguía sin moverse.

Hasta que, poniendo sus brazos en jarra, frente a mí, dijo:

—Se va en lo mejor…

Tragué saliva. Pero, a pesar de mi vergonzante situación, conseguí hablar.

—¿Ella? Ha hecho bien en irse… —me sorprendí a mí misma, respondiendo con entereza.

—No me digas…

—Sí, no iba a escuchar nada más —dije, agitando un poco el cuello para apartar el flequillo de mi frente.

—Yo creo que sí —susurró él, y en ese preciso instante sentí discurrir una gota blancuzca de mi cuello, hacia abajo, por mi piel sudada, hacia uno de mis pechos.

Creí que me haría daño ahí, pero me sorprendió:

—¿Y tu orgasmo? No te has corrido… Y mira que te lo he comido bien.

—Igual no lo has comido tan bien… —susurré al tiempo que sentí un tremendo bochorno, una vergüenza que me dejó sin aire, y es que una gota de semen había caído de mi mentón a mi escote.

Temblé, pues supe que aquello, a su modo de ver, merecía el máximo escarnio:

—Joder, Carolina. Tendrías que verte… —susurró, ya no pudiendo evitar hacer mención a la imagen que yo ofrecía.

Me mantuve callada. Nos mirábamos. Me sentía arder y a la vez sentía un sudor frío y húmedo por todo mi cuerpo. No me quería imaginar… pero sabía que, sobre todo, la mancha en mi mejilla tenía que ser impactante… denigrante…

—Eres tan puta que ni te limpias… —provocó, y sujetó su miembro con una mano.

Y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Pero no de encogimiento ni de sumisión, sino de rebelión.

—Dímelo otra vez —hablé con firmeza.

—Que eres tan puta… que ni te limpias… —repitió, en idéntico tono, y entonces sí me atacó: lo hizo en un movimiento medido, paso a paso: primero soltó su miembro, y éste vibró, libre y en horizontal; después separó un poco más sus rodillas, y estas se hundieron más sobre la cama, lo que le permitió descender; después llevó sus manos a mis piernas, colocando sus manos en la parte anterior de mis rodillas; y después se echó hacia adelante, muy adelante, más adelante… hasta que su miembro cayó, pesado, hinchado, más abajo de mi vientre, sobre mi vello púbico.

—Para… —jadeé al sentir su polla posarse allí, no del todo firme, pero sólida.

Él, sujetándome, me levantó un poco las piernas. Y las separó ligeramente. Abriéndome… en una postura humillante. Yo, recostada, con mi rostro manchado por él, veía cómo él me movía, y cómo mis piernas flexionadas temblaban un poco.

—Que… pares… —protesté.

Y entonces él, mirando hacia abajo, mirando la nueva imagen de mi sexo que se creaba al haber separado más mis piernas, susurró:

—Joder, Carolina. Tienes el coño que puede entrar ahí un puto autobús.

Y no pude reaccionar a su frase, pues algo físico sucedía abajo. Él se movió. Y sentí un espasmo. Un roce. En mi sexo. Cerré los ojos un instante. Y lo entendí: su miembro rozaba sobre mi vello púbico, pero más abajo… mi coño era acariciado por… sus huevos enormes, colgantes.

Abrí los ojos. Él se movía, mínimamente, adelante y atrás… Lo hacía cómo si me follara… Alzando mis piernas en el aire y restregando su sexo en un movimiento asfixiante: se deslizaba por mi vello púbico hasta mi ombligo, y, en ese recorrido, sus huevos presionaban y doblaban los labios salientes de mi sexo.

Un silencio eterno. Nos mirábamos. Yo, con mis codos clavados atrás, sobre la colcha, recostada, sin saber muy bien por qué, llevaba mis manos a mis pechos; cada mano a una teta, y las contenía entre mis dedos. Y él seguía, adelante y atrás. Si miraba hacia abajo veía su miembro, rozándose… y aquel glande brillante, del que brotaba una gota blanca y densa. Y en mi mente nacía una frase plañidera, sollozante, que no pronunciaba por mera vergüenza: "Cabrón… te has corrido dos veces… déjame ir".

Y entonces sentí un sofoco en mi mejilla: el semen con el que él me había salpicado descendía…

Su sonrisa cínica. Su cuerpo enorme. Sus abdominales brillando por el sudor.

No hizo mención a la vergüenza de arriba. Atacó el bochorno que se producía abajo:

—¿Cabe ahí un autobús sí o no?

—Vete… a la mierda… —respondí, orgullosa de palabra, entregada de cuerpo.

—¿Qué está haciendo tu maridito ahora? ¿Eh? ¿Está dormidito o te espera despierto? —me preguntó entonces… aquel cabrón.

Me mantuve callada. Lo miraba fijamente. Pero mi cuerpo se deshacía. Temblaba al sentir mis piernas alzadas y al sentir aquel miembro adelante y atrás, rozándose sobre mi vello brillante y recortado; aquel sexo arreglado, que no debía ser para él.

Y él seguía, rozándose, adelante y atrás, fuera de mí, siempre fuera.

—Te imaginas que te viera ahora, ¿eh? Que te viera así.

—Así, ¿cómo…? —susurré, sobrepasada, sin saber qué decir, torpe, queriéndome rebelar.

—Así… ¡Así…! —dijo, mirando hacia abajo y retirándose… retirando su miembro para volver a mover su cadera hacia adelante, pero ahora atacando de frente… más abajo… hacia MÍ, hacia mi sexo abierto, hacia mi coño deshecho.

—¡Dios! Para… —jadeé al sentir presión y contacto en los labios de mi sexo.

—Viéndote así… ¡Mira!

Miré hacia abajo. Él miraba allí también. Temblé, jadeé. Entrecerré los ojos. La punta de su polla rozando mi coño abierto… Apreté mis pechos con mis manos.

—¡Para! ¡No!

—¡Viéndote así! —repitió con saña.

Y un calor. Un placer. Un sofoco… Un temblor…

Él dejó escapar entonces un suspiro gutural. Y volvió a frotar su glande contra mí, deslizándolo despacio, muy despacio, entre mis labios húmedos.

—¡Viéndote así…!

—¡Dios! ¡Para! ¡No…! —suspiré, con los ojos llorosos, mirando hacia abajo.

Mi pecho subía y bajaba con fuerza. Él se frotaba contra mí, pero sin entrar, provocándome, obligándome a sentirlo, a humedecerlo más, a dejarme hacer.

Hasta que bufó, de una forma grotesca, animal. Un movimiento corto. Mis pulsaciones se dispararon. Lo sentí… Miré abajo.

—¡Noo…! ¡¡Aaaahh!! —casi chillé… y es que me invadía. Lo sentía. La punta de aquel enorme glande entrando en mi coño…

Y se quedaba allí. No avanzaba más. Me mataba…

—¡Dios! ¡No…! —jadeé desesperada.

—¿Cómo que no…? ¿No te gusta así? —presionó otro poco, solo la punta, haciéndome sentir la dilatación, el ardor placentero, la desesperación. La punta de su sexo rozaba mi entrada, exigiendo. Mi carne cedía, caliente, temblorosa, estirándose para recibirlo. Me ahogaba un sollozo entre el placer y la espera.

—Sí… —susurré, odiándome por decirlo.

Y él aprovechó. Me penetró un poco más, dejándome al borde de la locura, haciéndome sentir cada centímetro, obligándome a recibirlo.

Me la metía. Aquella cabeza violácea entrando en mí. Lo hacía lento, torturador, empujando apenas un poco y saliéndose después, frotando, humedeciéndose más en mí.

—Esto es lo que querías, zorrita casada… con tus putos paseíos… Mírate… —jadeó, humillándome.

Y entonces me rendí. Me entregué al placer más sucio, más vil, más real. Obedecí. Me miré. Allí, ensartada. Con su glande dentro de mí, y todo el resto de aquel enorme miembro aún fuera. Con mis piernas alzadas por él, temblando en el aire… con mis pechos enormes, hinchados por la excitación, agarrados por mis manos, que subían y bajaban en una respiración violenta; con mi camisa de seda, la que había llevado al despacho, que seguía entreabierta, manchada, impregnada de él; con mis bragas empapadas y marchitas en algún

lugar… Con mi collar de perlas, regalo de mi marido, posado sobre mis clavículas manchadas de semen… Con mi sexo ultrajado, deshecho, bañado en humedad… Abierto para él, asediado por aquella enormidad que me invadía.

—¡Aaahhhh…! —me deshacía del gusto, al sentirla más.

—Imagínate que te ve así, eh… —insistía, vejándome.

—¡Noo…! ¡Aaaahh! —casi chillé, y es que se hundía más. Me la metía. No solo aquel glande rosado entraba ya por completo en mí, sino más… más de él… más de aquel miembro enorme. Y mi coño lo acogía. Me traicionaba. Me humillaba.

—¡Ahhh…! ¡¡Amhhh!! —jadeé, y apreté más mis tetas, y dejé caer mi cabeza hacia atrás.

—Imagínate… que te ve así… con mi polla bien dentro, eh.

—¡Ahhhhh! ¡Para…! ¡Ahhhh! —me retorcía y un placer enorme me golpeaba. Un calor asfixiante, mis piernas temblaban en el aire… Mis zapatos casi se caían de mis pies, por los ridículos espasmos.

—Así, con media polla… algo blandita… pero dentro… —susurró, ultrajándome.

—¡MMMmm! ¡Nooo! ¡Ahhh…! —me retorcía y abría los ojos, y lo miraba, incrédula.

—Imagínatelo… Tu maridito aquí… viéndote con esto dentro.

—¡Para…! ¡No…! ¡Mmmm! —jadeé y me mordí el labio con fuerza, e imaginé a mi marido, a Rafa, de pie, a mi lado, viendo cómo aquel cabrón hundía la mitad de su polla en mí, en mi sexo, en el coño de su esposa… Y de nuevo no sentía culpa, no era capaz, solo sentía furia y vergüenza porque aquel cabrón conseguía volver a invadirme… Y a la vez sentía un placer inmenso.

—¡Mmm…! ¡Dios…! ¡Mmm…! No la metas más… por favor… —suspiré, jadeante, superada, humillada.

Pero él no tenía piedad, y se hundía un poco más. Lo sentía. Cada centímetro. Cada milímetro. Se hundía dentro de mí. Mi coño lo acogía. Mis labios se abrían para recibirlo, dejando un reguero húmedo que mojaba todo lo que entraba…

—¡Ahhh…! ¡Mmm! ¡Para…!

—… Rafa se llama, ¿no? Imagínatelo aquí… Mirando cómo te follan...

—¡Ahhh…! ¡Cabrón…! ¡Mmm! —me deshacía del gusto… y mi cadera culebreaba, desobedeciéndome, y lo sentía más, y cumplía: lo imaginaba de pie, a mi marido, junto a la cama, a mi lado…

—Joder… ¡Oh…! Qué bueno… —suspiró él, irritante, repulsivo, mostrando placer por primera vez desde que me había invadido, y entonces se hundió un poco más. Y esbozó un desagradable bufido, un "¡Hum!", corto y degradante.

—Ahhh… Dios… —jadeé, al sentirla más dentro, y mis piernas temblaron aún más.

—Rafita… Mira… Mira a la putita de tu mujer… abierta de piernas, bien agarradita a sus tetones… con su camisita de zorrita abogada… con sus zapatitos de zorrón… "¡Hum!", con mi polla dentro.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Di-os…!! ¡¡¡Para…!!! —me retorcía, y le pedía que tuviera clemencia, que se detuviese en aquella invasión… y no sabía si se lo pedía para que dejara de humillarme o para que dejara de matarme de placer.

—MMMMmm… ¡Qué bueno…! Qué coñito tiene tu mujer, Rafita… —jadeaba él, entre bufidos ásperos, con sadismo.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Ahhh…!! —me entregaba yo, y dejaba caer otra vez mi cabeza hacia atrás.

Y entonces, de golpe, lo sentí. Su embestida. Su ataque. Su polla. Hasta el fondo. Todo mi cuerpo se desplazó. Y yo creí explotar.

Un gemido me rompía, largo, desesperado, al sentir que finalmente me atravesaba por completo. Era demasiado. Era perfecto. Era todo lo que no debía querer y, sin embargo, allí estaba, atrapada en ese instante de éxtasis que no quería que terminase nunca. Apreté mis tetas, casi me las arañé, y chillé:

—¡¡¡¡Ahhhhh-AHHH!!! ¡¡¡¡Di-os!!!!

—¡Oh…! —gruñó él, en un bufido corto.

Y otra vez, implacable, hasta el fondo:

—¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhh-ahhh!! —me hacía chillar, y mi cabeza caía hacia atrás, y yo la volvía a alzar, para volver a recibir.

—¡Hum! —volvía él a gruñir con otra embestida.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Ah-Ahhh!! ¡¡Di-osss!! —volvía a gritar, y mi melena volvía a caer hacia atrás.

Y entonces aceleró. El ritmo se hizo constante. Su polla entraba y salía de mí. Yo me retorcía, gemía y jadeaba. Mis gemidos, mis jadeos, mis "¡Ahhh" y "¡Dios!" llenaban la habitación. Mis piernas temblaban, sujetas por él, mis manos apretaban mis pechos con fuerza, sentía el semen de mi cuello y mi rostro discurrir, moverse, agitarse, descender, manchar mis pechos, manchar mi camisa… Y él me seguía provocando… sus frases me humillaban, pero no podía evitar dejarme llevar por aquel placer inmenso.

Me humillaba mientras me embestía en golpes secos, ásperos.

Y los muelles de la cama rechinaban en un "¡ñí, ñí, ñí, ñí!" cutre y bochornoso.

—Pero tú… ¡Oh…!, ¿no habías venido aquí a hablar, eh?

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Ahh!! ¡¡Ahh!! —gemía yo, retorciéndome, mientras el "¡ñí, ñí, ñí, ñí!" continuaba, burlón, avergonzándome.

—¿Eh? ¿No habías venido a eso? Dímelo. ¡Hum! —me exigía y se hundía en mí, hasta el fondo.

Y mi sexo de nuevo me traicionaba, me encendía. Y el tacto de su calor y su roce en mi interior me deshacía… y no pude más:

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Síííí!! ¡¡Ahhh!!

—¿De qué quieres que hablemos? ¡Eh! ¡Hum!

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Di-osss…!! ¡¡Ah…!! ¡¡Ca-brón…!!

—Qué querías contarme, ¿eh? ¡Hum!

—¡¡¡Ahhh…!!! ¡¡¡Ahhh…!!! ¡¡¡Dio-osssss…!!! ¡¡Calla!! ¡¡Ah-ah-ah-ah!! ¡¡Fóllamee…!! —chillé, entregándome.

—Ya… Ya te follo, joder… ¿Quieres que te folle mejor? Date la vuelta. Vamos, ¡date la vuelta!

Pronunció aquello a toda velocidad, y entonces su miembro me abandonó, sin delicadeza, sin consideración. Como si yo no importara. Como si yo no valiera. Me dejaba allí, tumbada, recostada, boca arriba, con el coño abierto…

Me dejaba allí, con la oquedad de mi sexo palpitante.

Y después me movía. Hacía por moverme. Como si fuera una más. Una puta más de las que se follaba.

Me giraba. Me daba la vuelta.

—Así… Así te voy a dar bien —susurró después, desde atrás…

… Y es que… cuando me pude dar cuenta… yo estaba colocada, a cuatro patas, frente al espejo…

Miraba hacia atrás y lo veía: colosal, pletórico, de rodillas, detrás de mí. Miraba hacia adelante y me veía: a cuatro patas, con mi rostro manchado y alzado hacia el espejo, con mis tetas colgando, enormes… por entre la camisa abierta. Y entonces mis dedos

titubearon sobre aquel último botón. Ese pequeño ancla, esa afrenta ridícula, creada por él, que me había mantenido sujeta, asfixiada, oprimida durante demasiado tiempo. Tragué saliva. Respiré hondo y lo solté. El clic minúsculo resonó. La tela se abrió y yo respiré… justo antes de sentir una de sus manos en mi cadera.

Jadeé. Cogí más aire. Un último suspiro. Mi sentencia. Mi condena.

Me iba a follar… a cuatro patas… en aquel cuarto inmundo… como a la cría que se follaba también allí.

Y él apuntaba. Mi verdugo. Aquel cabrón. Usaba una mano para guiar aquella grandeza; restregaba la punta de su miembro sobre la entrada de mi sexo ya perforado y lastimosamente deshecho.

Intenté agitar mi melena con un fugaz movimiento de mi cuello. Un resorte de resistencia. Un brote de orgullo. Y él respondió a mi gesto con su castigo, con ultraje, con soberbia… con toda su crudeza…

… Me embistió…

—¡¡¡AHHHHH-HH!!! —chillé en un grito eterno, sintiendo cómo me la clavaba, de una sola metida, lentamente… hasta el fondo.

Y él bramó con un bufido displicente:

—Oh…

Sentía la invasión. El placer. Sí. Se lo reconocía… Me daba bien… Me la metía bien…

—¡Hummm! —gruñía él, enterrándose en mí.

—¡¡Ahhh!! ¡Di-ooossss…!

—¡Oh! ¡¡Jo-der!! ¡¡Qué bueno!! ¡¡HUMM!! —me volvía a ensartar.

—¡¡Ahhh!! ¡Diooos…! ¡Sií! ¡Sií!¡Sií! —me entregaba desvergonzada.

—¡Ohhh! —repetía él, gutural, obsceno, cruel…

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Dios…!! ¡Síí! ¡Síí! ¡Síí! —gimoteaba… agradecida… traicionándome, pero no podía evitar pedir más, pedir más placer, pedir que no parara de invadirme.

Y me estuvo follando así durante unos minutos incontables. Implacable. Feroz. Agresivo. Y el "iñí, ñí, ñí, ñí!" cutre y vergonzante volvía con fuerza, creando una sinfonía aguda, rítmica, que traspasaba paredes y suelos, revelando que a alguien se follaban allí, otra vez, y ésta vez con ansia, con codicia, con brutalidad…

Y su polla se recomponía, se endurecía, dentro de mí. Con cada embestida. Cada vez que me invadía hasta el fondo y salía hasta la mitad, parecía volver a entrar con más vigor, con más dureza.

Mi coño lo recibía, lo absorbía, lo humedecía… y el calor, el sofoco y el placer que me hacía sentir cada vez que me llenaba hasta el fondo, me hacía chillar y retorcerme del gusto.

Mis "¡¡Ahhh!!" "¡¡Ahhh!!" "¡¡Ahhh!!" "¡¡Síí!!" "¡¡Síí!!" "¡¡Síí…!!", se solapaban con sus jadeos desagradables y ásperos, y con el aciago "iñí, ñí, ñí, ñí!" de aquella cama de aquella otra chica que también se follaba allí.

—Joder… Cómo entra… ¡Hum…! —gruñía él.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Dios…!!

—Cómo entra… Entera… ¡Eh…! ¡Hm…! —me provocaba, y yo seguía jadeando.

—¡¡Ahh…!! ¡¡Ahh…!! ¡¡¡Sí!!! ¡¡¡Síí!!! ¡¡¡Síí!!! —chillaba yo, hacia adelante, hacia el espejo, hacia mí misma. Y me miraba, y no me reconocía y a la vez me sentía más yo que nunca. Miraba el vaivén, mi cuerpo adelante y atrás, mis tetas adelante y atrás, y rebotando entre ellas. Su cuerpo chocando contra mí. El "¡clap!, ¡clap!, ¡clap!, ¡clap!" atronador y vergonzante de su pelvis chocando contra mis nalgas empapadas en sudor competía con el "iñí, ñí, ñí, ñí!" por ver quién de los dos sonidos me humillaba más. Mis "¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Síí!! ¡¡Síííí!! ¡¡Da-me!! ¡¡¡Dameee!!!" retumbando por el dormitorio.

Mi mirada encendida, mis mejillas manchadas, un hilillo de semen colgando de mi mentón… Me moría del gusto, me devoraba el placer. Sentía su polla destrozándome, matándome… Sentía mi coño arder como no lo había sentido nunca. Y él apretaba mis caderas y a veces tiraba un poco de mi melena, y yo alzaba el rostro: mitad humillada y mitad orgullosa… frente al espejo…

… Y me follaba así, obligándome a alzar el rostro hacia el espejo, y yo respondía a su tirón de pelo con unos: "¡¡Ahh!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Dameee!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Sigueee!! ¡¡Síí!! ¡¡¡Síííí!!! ¡¡¡Cabrón…!!!". Y él me soltaba y bajaba esa mano y apretaba mi nalga… y golpeaba allí, con un "¡plasss!" humillante; algo que antes era inaceptable ahora me encendía… y, desde dentro, yo sentía que se lo demandaba…

… Y yo seguía jadeando, consumiéndome por el placer, chillando unos desvergonzados "¡¡Ahhh!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Síí!! ¡¡Síííí!!", que acompañaba después con unos ridículos y rápidos: "¡¡Ah!! ¡¡Ah!! ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!". Y entonces su mano dejó de azotarme y fue a mis tetas, que seguían balanceándose, rebotando, cayendo enormes, y él las apretaba con fuerza y desprecio, y susurraba: "¡Hummm, qué tetones tienes, eh…!". Y yo gemía, y lo aceptaba, se lo reconocía: "¡¡Ahhh!! ¡¡Sí!! ¡¡Síííí!! ¡¡Diooos!! ¡¡SÍÍÍÍÍÍ!!". Y después él llevaba su mano a mi hombro, para afianzarme más y me embestía con más fuerza, y gruñía, a toda velocidad, en golpes secos: "¡Hm! ¡Hm! ¡HUM! ¡HUM! ¡HUM!", con metidas rápidas y cortas que me mataban del gusto… y tiraba con fuerza de mí… hacia atrás… y mi camisa se vencía, casi me la arrancaba del cuerpo… y uno de mis hombros salía a la luz… y mis pechos se veían con mayor nitidez, con la camisa a medio quitar, a medio arrancar; y yo no podía dejar de gemir, de pedirle más:

—¡¡Ahh!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Dameee!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Sigueee!! ¡¡Síí!! ¡¡Síííí!!

—¡Ñí, ñí, ñí, ñí! —se burlaban de mí aquellos muelles

—¡¡Damee…!! ¡¡Dameee…!! ¡¡Síí…!! ¡¡Más!! ¡¡Más!! —imploraba entregada.

—¡Ñí, ñí, ñí, ñí, ñí! —crujía la cama a toda velocidad.

Y no podía dejar de mirarme en el espejo, de ver mis labios entreabiertos, mi mirada encendida, mis tetas rebotando, y aquel animal detrás, con sus pectorales sudorosos, sus abdominales contrayéndose… Follándome… Y más "¡clap! ¡clap! ¡clap! ¡clap! ¡clap!" atronando por el impacto salvaje de su pelvis chocando contra mis nalgas.

—Joder… Qué putita… Qué putita casada me estoy follando ¡Hhm! —jadeaba él, para sí mismo.

—¡¡¡Ahhh!!! ¡¡Sí!! ¡¡Síí!! ¡¡Síííí!!! —le respondía, mirándolo a través del espejo.

—¡Ñí, ñí, ñí, ñí! —rechinaban los muelles.

—¿Sí? ¿Eres una putita…? ¿Una putita casada?

—¡¡Síííí!! ¡¡Síííí!! ¡¡Dioos!! ¡¡Aahhh!! ¡¡Aahhh!!

—¡Ñí, ñí, ñí, ñí!

—¿Sí…? ¿Te quieres sentir más puta, eh?

—¡¡Ahh!! ¡¡Síííí…!! ¡¡Síííí…!! —me deshacía yo, adelante y atrás, con todo mi cuerpo yendo y viniendo con él… follada a su antojo.

Y entonces lo noté. Una incursión. Un exceso. Algo que hizo que mi cuerpo se tensara. Pero seguí, seguí jadeando.

—¡¡Síííí!! ¡¡Síííí!! ¡¡Síííí!!

—¿¡Sigo!?

—¡¡Síííí!! ¡¡Diooss…!! —me retorcía, me moría de tanto placer… Y me sentía ya… A punto de correrme…

Mientras sentía una nueva invasión…

Me estaba metiendo un dedo en el culo.

—¡¡Sigo!! ¡¡Eh!!

—¡¡Síí!! ¡¡Sigue!! ¡¡Sigue!! ¡¡Síí!!

Y me tuvo así, más tiempo, follándome… con un dedo en mi ano… y yo me retorcía, al borde del orgasmo… Me miraba y apretaba una de mis tetas… Y mi culo se alzaba para él… y no me podía creer lo que quizás estaba a punto de consentir… pero no lo podía controlar, solo era capaz de sentir, de ansiar más… Y más "¡¡Ahh!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Dameee!!", salían de aquella boca, que era mía, y que yo a veces no reconocía y a veces sentía más mía que nunca.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Dioos!! ¡¡Síííí!! ¡¡Síííí!! ¡¡Síííí!! ¡¡Síííí!! —chillaba yo, con aquellos síes ridículos e incesantes, con su dedo en mi ano, anunciando un inminente orgasmo…

…. cuando entonces todo se oscureció, todo se hizo más turbio. Me iba con él a otro nivel, a un sitio en el que nunca había estado.

Todo se precipitaba de repente: él se salió de mí. Mi coño quedó expuesto. Su dedo también fue retirado.

Mi ano palpitó.

Yo me retorcí.

Y entonces algo cayó a mi lado: una máscara, de lana rosa.

Otra vez. Allí.

Me lo pidió o me lo ordenó. Dio igual.

Me anunció lo que iba a pasar y yo accedí. No dudé. Me traicioné. Me humillé. Acepté entre temblores y espasmos.

Lo hice.

Cumplía.

Mis dedos actuaban convulsos y trémulos.

Me costaba ajustarla. Otra vez aquel torrente de calor oprimiendo mi cabeza.

Otra vez mi rostro cubierto. Mis ojos y mi boca buscando una salida.

Pasaron unos segundos hasta que todo quedó a su gusto.

Y entonces, susurró:

—Esta… Esta es la imagen que recordaré de ti…

Y yo alcé la mirada. Con la camisa abierta, el collar de perlas y los zapatos. A cuatro patas. Frente al espejo.

Me miraba en el reflejo y veía mis ojos saliendo por aquellas aberturas… y mis labios entreabiertos saliendo por la ranura que me permitía aquella máscara, aquel pasamontañas, aquella lana rosa.

Y sabía lo que venía. Con aquello puesto. Iba a ser así. Como él quería. Él me lo había anunciado:

—Así… Así te voy a recordar… mientras te la meto…

… por el culito.

CAPÍTULO 28

Mi cuerpo no había dejado de temblar desde que lo había susurrado. Intentaba negar lo evidente, pero ya no tenía fuerzas para seguir fingiendo que no lo deseaba. La batalla había terminado y yo era la vencida. El temblor en mis piernas, la humedad entre mis muslos, el vacío hiriente que se abría en mi interior… Todo me gritaba lo mismo: me había rendido.

Él lo sabía. Podía sentirlo en su mirada, en la forma en que su respiración se volvía más pesada, más hambrienta. Había esperado aquel momento, paciente, seguro de que tarde o temprano cedería.

Lo hice. Me decepcioné… pero se lo facilité. Ese momento. Humillante. Sumiso… Ese momento en el que bajé los codos y alcé el culo…

Pude imaginar su semblante al advertir cómo yo misma elevaba mi culo hacia él. Mis nalgas… mi ano… hacia él…

También alzaba mi rostro, hacia el espejo. Hacia aquella mirada de ojos brillantes y verdes que asomaban bajo el pasamontañas.

La imagen era atroz. Vergonzosa… Pero hipnótica.

Mi coño, huérfano, no entendía aquel abandono, pero yo fui a saciarlo. Y él lo permitió.

Una de mis manos fue allí, y un espasmo me sacudió al sentir mis labios tan abiertos, tan marchitos, tan tiernos… Toqué mi clítoris y sentí una corriente, una convulsión que me hizo jadear.

Y entonces él fue allí. Adónde había anunciado. Fue allí con su miembro enorme. Y yo tiritaba, compungida, oculta bajo la máscara.

Y mordía mis labios como antesala de lo que podría sentir y sufrir.

Su mano en mi cadera, firme, pero no brusca. Me temblaban los labios, mi mandíbula se tensó. Sentí su respiración agitada, entrecortada. Presionó.

Ronroneé un "Mhmm-mm…" asustado, sintiendo una incomodidad indescifrable. Una tensión áspera. Pero yo intentaba calmarme… dándome a la vez placer con mis dedos.

Un codo apoyado. La mano del otro brazo hacia atrás, entre mis piernas, aplacándome y dándome placer. Él, detrás, intentando percutir.

Sentía la punta en mi ano. Empujando. Sentía la humedad de su polla, empapada por mi sexo, intentando ultrajar mi orificio más prohibido.

Pero todo el dolor y el impacto que se producían en una oquedad era solapado por el placer que emanaba de la otra cavidad.

—¡Ahhh…! ¡Ahhh…! —gimoteaba yo. Y me miraba en el reflejo, miraba a aquel cuerpo, a aquella puta con el pasamontañas puesto, a aquella puta que era yo. Detrás, un amante enorme, intentando metérmela por el culo.

—¡Ahhh…! ¡Mmmm…! —cubría con mi placer la incomodidad de sentir mi ano siendo asaltado.

—Ahh… ¡¡Au!! ¡Ahh! —mezclaba gemidos de gusto con quejidos incómodos.

—¡Ahhh…! ¡Dioos…! ¡Ah…! —jadeaba, y dos de mis dedos trazaban círculos rápidos por mi clítoris, que salía de mi cuerpo como una cúspide notoria y tan sensible que me hacía temblar.

—¡Au…! ¡Ah! ¡Cabrón…! —protesté a toda velocidad en un quejido, al sentir la presión ya casi insoportable en mi ano… y bajé la cabeza…

Y entonces lo sentí, algo cambió, un resorte… algo cedió, algo se abrió…

—¡¡AHHH…!! ¡¡Aa-aaHHH!! —grité en un chillido largo y desigual, y noté una sensación de invasión que no había sentido jamás…

—¡¡AHHH…!! ¡¡AHHH…!! AHHHH!! —volví a chillar por partida triple, sintiendo cómo me ensartaba.

—¡Jo-der…! —suspiró él—. ¿No te habían dado por aquí? —provocó.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Dios…!! ¡Quieto, quieto, quieto! —le supliqué rápidamente, y retiré la mano de mi sexo.

—Ya está… ya está… ya está la puntita… —susurró.

—¡Ahh…! Para… Por dios… —gimoteé, en tono más bajo, paralizada, con la cabeza agachada, con los ojos clavados en la sucia colcha que olía tanto a sexo como yo misma.

Y entonces él empujó.

Un movimiento largo, cruel, persistente… constante y prolongado.

—¡¡¡¡AHHH… AHHH-AHHHH!!!! —chillé descompuesta; casi se me saltaban las lágrimas.

Aquel cabrón me metió su polla en el culo. Hasta la mitad.

—Shhh… Tranquila… Muévete tú… Muévete tú… —intentó calmarme.

Yo, ensartada, era incapaz de moverme. Todos mis músculos tensos, paralizados. Su polla palpitaba en mi ano… lo sentía… lo sentía por todo mi cuerpo.

Lo intenté, intenté moverme, pero no pude, ni un milímetro. Y le rogué:

—¡Ahhh…! Dios… Sácala… Dios…

Mi súplica se quedó latente en el dormitorio, así como aquella aspereza imposible en mi culo, una impresión que no me dejaba

respirar.

—Shhh… No. Tú. Muévete tú.

Y entonces volví a intentarlo. Cerré los ojos. Me concentré en el movimiento: adelante y atrás. Y entonces algo se deslizó. Una humedad discurría. Su polla ensartada entre mis nalgas, palpitante, resbalaba mínimamente… adelante y atrás. Y otra vez. Mientras un "¡MMMMmm!" mezcla de dolor, impresión y deshonra era resoplado por mí. Sentía el roce… la aspereza… y otro "¡MMMMmm!", y otro "¡MMMMmmmmm!" más largo, hasta que al cuarto o quinto degradante empalamiento… dejé de sentir ardor…

—Ufff… Uff… Ufff… —comencé a gemir en soplidos cortos.

—Uffffff… Uffffff… —resoplé después, al conseguir deslizamientos más largos; al sentir su enorme polla resbalar con menos dificultad por mi ano.

—¡Mh! ¡Ufffffffffff! —jadeé al sentir otra vez su miembro resbalar allí…

Algo cambiaba… Aquello me calmaba.

—Eso es… Eso es… Sigue tú, Carolina.

Y entonces lo hice. Otro recorrido largo. Otra vez aquella extraña sensación placentera y a la vez incómoda, molesta. Otro "¡Uffffffffffff!" larguísimo, y casi babeante… Y entonces me atreví. Lo hice. Me miré al espejo. Y lo vi:

Aquel gigante, de rodillas detrás de mí, con los brazos en jarra, quieto, disfrutando de su triunfo. Serio, mirando hacia abajo, hacia el punto exacto donde se producía el asalto, con su polla ensartada en mi culo. Mirando cómo yo, la que había ido allí simplemente a hablar… me movía, adelante y atrás, metiéndome su pollón en el culo.

Y yo, con aquel pasamontañas puesto, lo cual me convertía en una más de las que se follaba también allí; con mi camisa abierta y mis

zapatos, que no me había quitado, quizás para que no olvidase que me estaba follando a MÍ… lo miraba a través del reflejo, reconociendo mi derrota.

Y entonces, vencida… También admití la grandeza de lo que me invadía:

—¡¡Ahhh!! ¡¡Ufff!! ¡¡Di-osss…!! Es… enorme… ¡Ah…!

—Venga. Sigue —contestó con solemnidad.

—¡Ahhh…! ¡Mmmm…! ¡Ufff…! —jadeaba yo, y me movía, lentamente, adelante y atrás, y sentía mi ano irse y venir con él… y su polla resbalando dentro, dura, como una barra férrea y ardiente.

—Sigue… Así… Hasta la mitad está bien… No la vayamos a liar —hablaba él, gélido, frio, distante.

—¡Ahhh…! ¡Uf…! ¡Dios…! —me retorcía, comenzando a sentir que el placer vencía y solapaba cada vez más a la aflicción que suponía tener aquello dentro, ensartado en mi ano.

—Venga… —susurraba él, impasible, con sus brazos en jarra. Y me humillaba, pues con aquel tono me domaba, me dirigía, me tranquilizaba.

—¡Ahhh…! ¡Ummm…! ¡Dioos…! ¡Sí…! —gimoteaba y me entregaba al placer.

—Bien, venga. Tócate. ¿Te vas a correr así? —dijo, otra vez, con un poso glacial.

—Ahhh… Ummm… Síí… —jadeé.

Y entonces mi brazo volvió a ir hacia atrás, a colarse entre mis piernas, entre mis muslos que temblaban y ardían, y mi mano fue a buscar mi sexo.

Alcé la mirada. Mis ojos brillando entre los huecos de la máscara. Mi boca abierta tras la otra abertura. Era yo. No necesitaba la

proyección de una mujer ajena a mí; de una más descarada, de una más poderosa. Era yo. Era yo la que estaba allí. Era yo la que había accedido a aquello, era yo la que se había puesto aquel pasamontañas; la que tenía la camisa con la que había ido a trabajar pegada al cuerpo, manchada de sudor y semen; la que no se había quitado los zapatos que clavaba sobre la cama; era yo, una mujer casada, una mujer cuyo marido descansaba en nuestra casa mientras yo tenía la polla de aquel amante metida en el culo… hasta la mitad.

—¡¡Ahhh…!! —jadeé al sentir el roce de las yemas de mis dedos sobre mi clítoris, al tiempo que me hundía un poco más en él. Yo lo hacía. Mi cuerpo hacia atrás. Mi ano absorbiendo la polla de aquel animal.

—¡¡Ahhh!! ¡¡Síí!! ¡¡Síí!! ¡¡Dios…!! —gemía yo, y el "iñí, ñí, ñí, ñí!", de los mugrientos muelles se reiniciaba; volvía a escucharse atravesando tabiques y techos… y me preguntaba si los vecinos podrían imaginar que allí lo que sucedía era que le estaban dando por el culo a una mujer casada… con un pasamontañas puesto. Y miraba al frente, y veía mis tetas colgando por entre la camisa, mis ojos brillantes por entre las aberturas de la máscara, y mi collar de perlas yendo y viniendo, por el vaivén que dictaba mi cuerpo, adelante y atrás.

—¡¡Dioos…!! ¡¡Ahhh!! ¡¡Síí!! ¡¡Síí!! —chillaba, por mis dedos que me mataban de placer, y por la polla de él, en mi culo, que me mataba de morbo, y no podía entender cómo la podía sentir tanto… cómo podía sentir tanto.

Y entonces sucedió algo extraño: sus manos bajaron, lo vi en el espejo, bajaron hacia mis zapatos, y agarraron mis tacones. Cada mano a un tacón, de una forma extraña, como extrañamente fetichista.

La imagen era cruda. Era obscena.

Y yo entonces, retirando la mano que acariciaba mi clítoris y llevándola adelante, sobre la cama, susurré:

—Dame… ¡Dame tú…! Despacio… Pero dame tú…

—¿Sí?

—Sí… ¡Mmm…! Dios…

Y detuve el vaivén… y nuestros cuerpos se quedaron quietos. Un segundo. Dos. Tres. Yo ensartada. Temblando. Un muelle crujió debajo de nosotros. Tragué saliva…

Y entonces él empujó, respetando lo que mi culo le podía ofrecer, aunque sin respetar todo lo demás:

—Joder… Qué ganas te tenía —susurró, percutiendo un poco más, hundiendo su polla en mi culo.

—¡Ahhhhhh! —protesté en un gemido largo y volví a llevar mi mano atrás, para frotar mi sexo con mis dedos.

—Tus putos paseítos… Y mírate ahora —susurraba, autoritario, mientras se hundía en mí.

—¡¡Ahhh…!! ¡¡Ohhh…!! ¡¡Dioos…!! —me retorcía, sintiéndolo como nunca.

—Y mírate ahora, ¿eh? ¿Qué te hago? ¡Dime!

—¡¡Ahh…!! ¡¡Diosss…!! ¡¡Ah…!!

—Dime, Carolina… ¿¡Qué te estoy haciendo!?

—¡¡Ahhhh!! ¡¡Ohhh!! ¡¡Dios…!! ¡¡Me estás…!! ¡¡¡Me estás… follando…!!! ¡¡¡¡¡Aaahhh!!!!!

—¿¿Síí?? ¿¿Por dónde? ¡Eh! ¡Eh! —preguntaba, humillándome, y me la metía un poco más, y mi ano se abría para él.

—¡¡Ahhh!! ¡¡Dios…!! ¡Ah! ¡Ah!

—¿¡POR DÓNDE, EH, CAROLINA!? —bufó, detrás de mí, agarrando con saña mis caderas.

—¡¡Ah…!! ¡¡Ahhh…!! ¡¡Ah!! ¡¡Por…!! ¡¡Ah…!! ¡¡Ah!! ¡¡¡POR EL CULO!!!

—¿Síííí? ¿TE ESTOY DANDO POR EL CULO…?

—¡¡SÍÍÍ!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡DIOS!! ¡¡DIOSS!! ¡¡SÍÍÍ!! —chillé, solapando el "iñí, ñí, ñí, ñí!", de los muelles con mis gritos, y mi mano aceleraba su fricción sobre mi sexo, y me retorcía del gusto… temblaba y mi cuerpo se contraía todo lo que su polla, ensartada en mi ano, me permitía.

—¡¡DÍMELO!!

—¡¡¡AHHH!!! ¡¡ME ESTÁS!! ¡¡AH!! ¡¡AHH!! ¡¡CABRÓN!! DANDO… ¡¡POR EL CULO!! —grité, extasiada, desencajada de tanto placer, chillando por entre la máscara, hacia el espejo, hacia mí, hacia él. Y me miraba, nos miraba allí, en el reflejo… Él me daba por el culo, sí. Una mujer casada, como yo, que había ido a aquella casa simplemente a hablar con él… me estaba dejando follar así… Y el placer que me daba mi sexo me mataba… y el morbo que me daba que aquel animal me la metiera así… por detrás… me fundía… Y más "¡¡AHH!! ¡¡SÍÍ!! ¡¡SÍÍ!! ¡¡SÍÍ!! ¡¡DAME!! ¡¡SÍÍ!!" se mezclaban con el "iñí, ñí, ñí, ñí!", de los muelles. Y yo me deshacía, sentía que me corría… mi coño palpitaba entre mis dedos, mi ano se expandía para él. En el espejo lo veía: sus manos fueron hacia adelante, su embestida me llegó más profundo, me la metía casi entera: "¡¡AHHH!! ¡¡AHHHHH!! ¡¡¡CABRÓÓNN!!!", chillé en un alarido, y todo se hacía crudo, animal, casi me arrancaba otra vez la camisa, tirando del hombro… y mis pechos caían y rebotaban por el vaivén de la follada… y mis dedos frenéticos, sobre mi coño…

Y me avergoncé, me avergoncé porque lo sentí. No podía evitarlo.

Lo sentía… Sentía que ya venía la explosión de mi placer… Y lo grité:

—¡¡¡AHHH!!! ¡¡AHH!! ¡¡SIGUE!! ¡¡SIGUE!! ¡¡AAHH!! ¡¡SIGUE ASÍ Y ME CORRO!! ¡¡DIOS!!

—¡Ohhh! ¡Mmm! —gruñía él con una mano en mi cadera, con la otra bajando a apretarme una teta con insultante rudeza… y clavándomela en el culo.

—¡¡AHHH!! ¡¡¡AAAHHH!!! ¡¡¡SÍÍÍÍ!!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡ME VOY A CORRER!! ¡¡DIOS!! —chillaba, encubriendo los "iñí, ñí, ñí, ñí!", perpetrando un espectáculo bochornoso… y me miraba… enculada… alzando el rostro… bajo aquella humillante máscara.

—¡¡Ohhh!! ¡¡Jo-der…!! ¡¡AL FINAL TE ROMPO EL CULO, EH!! ¡¡QUÉ… … PUTA…!! —bramó, agresivo.

—¡¡SÍÍÍ!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡SÍÍÍ!!

—¡¡DÍMELO!!

—¡¡AAHH!! ¡¡AH!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡¡SOY UNA PUTA!!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡DAME!! ¡¡ASÍÍ!! ¡¡POR EL CULO!!

—¿¿¡¡SÍÍ!!?? ¡¡TE LO ROMPO!! ¡¡EHH!! ¡¡TE CORRES ASÍ!!

—¡¡SÍÍÍ!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡DAME!! ¡¡DAME!! ¡¡ME CORRO ASÍ!! ¡¡SÍÍÍ!!

… …

—¡¡¡RÓMPEMELOOO, CABROOÓN!!!

Y entonces exploté…

Con el rostro alzado, chillando bajo aquella máscara, con su cuerpo volcado sobre mí, con su mano estrujando mi teta… con mis dedos feroces sobre mi sexo… con su polla clavada casi hasta el fondo… en mi culo…

… Mi coño explotó…

—¡¡¡AAAAAAAHHHHHH!!! ¡¡¡AAAAAAHHHHHHH!!!

—MMMM… ESO ES… ¡¡CÓRRETE…!! ¡¡PUTITA!! ¡¡CON TUS PASEÍTOS!!

—¡¡AHH!! ¡¡AAAAAHHH!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡SÍÍÍ! ¡¡¡ME CORROOO!!!

—¡¡¡HUM!!! —me la clavaba en el culo, excitado, pero con un poso de desgana, y azotaba una de mis tetas que colgaban…—. ¡¡HUM!! CÓRRETE… PIJA TETUDA… CÓRRETE… CON TU CULITO ESTRECHO.

—¡¡¡AHHH!!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡SÍÍÍ!! ¡¡¡ME CORROOO!!! —explotaba, me abandonaba en un orgasmo largo, inmenso, ensartada, con su polla clavada en mi ano… sintiendo cómo mi coño chorreaba en mis dedos, empapándolos… y mi mirada en el espejo, una última vez, obscena, viciosa… rabiosa, y mis tetas enormes, rebotando, mis pezones casi arañando las sucias sábanas… mis zapatos clavados en la colcha, mi collar yendo y viniendo, mi camisa pegada a mi piel, empapada en sudor y semen; todo aquello me hacía sentir más yo, y más sucia, y más puta, y más infiel, y mientras me corría me imaginaba a mi marido, mirándome… así…

… viendo a la guarra de su mujer, disfrazada, con aquello rosa cubriendo mi rostro… con el pollón de aquel animal clavado entre mis nalgas… incrédulo por cómo aquella polla podía entrar así… en el culito de su esposa… Y aquello me mataba del morbo… y unos últimos "¡¡AHH!! ¡¡DIOSSS!! ¡¡CABRÓN!! ¡¡ME CORRO…!!", salieron de mi boca, y noté entonces una sensación brutal, indescriptible, una incomodidad terriblemente áspera, y después un vacío enorme: su polla me abandonaba, mi ano se contraía, palpitaba, sin volver a cerrarse… lo sentía aún abierto, frente a su polla que ya estaba fuera… como si aún lo llamase… y entonces sentí un calor, mientras la oquedad de mi ano vibraba y se contraía… sentí una humedad espesa, en mis nalgas, y alcé la mirada hacia el reflejo… y el cabrón se masturbaba y eyaculaba, entre gruñidos guturales: "¡¡OHH!! ¡¡OHH!! ¡¡TOMA…!! ¡¡JO-DER..!!", y sentía el calor sobre mis nalgas, y en la parte baja de mi camisa… calando la seda… se corría, sobre mí… aquel cabrón… Lo hacía por tercera vez… lanzando tres o cuatro chorros denigrantes, sobre mis nalgas, mientras mi ano palpitaba, contrayéndose, afligido por cómo lo acababa de ultrajar.

Se hizo después un silencio. Mi corazón retumbaba. Mi pecho explotaba.

Sentía asfixia. Reminiscencias de placer. Temblores. Espasmos. Me daba igual lo que pensara de mí… mi cuerpo convulsionaba en risibles sacudidas.

Y fue mi cuerpo quién decidió entonces dejarse caer hacia adelante.

Yo, exhausta, sentí mi torso, mis pechos, contactar con la colcha. Sentí mi coño depositarse sobre las sábanas. Y lo sentí palpitar allí… chorrear allí.

Y me imaginé. Allí, tumbada boca abajo, con mi coño abierto y manchando la colcha. Con los zapatos, el collar, la camisa y la máscara…

Allí, tumbada… boca abajo… Con mi ano cerrándose, y abriéndose… casi como si respirara… como si intentara recuperarse de aquella tremenda humillación…

Me imaginé allí… manchada… oliendo a sexo… como una auténtica puta… Una degenerada… Y sentí vergüenza. Una vergüenza lacerante… Pero no sentí culpa. No era capaz.

CAPÍTULO 29

Me quedé allí, inmóvil, sintiendo el latido sordo de mi cuerpo contra aquellas olorosas y revueltas sábanas. Había un zumbido apagado en mi cabeza, un eco hueco de lo que acababa de ocurrir, y a la vez un silencio absoluto. No sentía nada. O quizá lo sentía todo. Tenía el sexo abierto, una sensación tibia y palpitante en el centro de mi cuerpo. Mi camisa pegajosa, empapada en sudor y semen, se adhería a mi espalda, a mi cuello, a mis hombros… como una capa suave, húmeda y pringosa. También sentía los vestigios del último ultraje: una viscosidad caliente y resbaladiza que discurría por mis nalgas.

Apenas conseguí mover mis brazos, mis manos, para sacarme el pasamontañas y dejarlo caer de la cama.

Aquella vejatoria y opresiva lana rosa. Símbolo, primero de cobardía, y después de la lujuria más obscena que hubiera vivido jamás.

Mi cara salió a la luz. Sentí el aire del cuarto refrescando levemente mis mejillas. Respiré. Notaba mi melena adherida a mi cabeza. Dejé posar mi rostro sobre la sábana.

Mi ano ardía, sensible; el mero roce del aire espeso del cuarto amplificaba la quemazón latente que me recordaba lo que había ocurrido. Mi pecho subía y bajaba con respiraciones largas, intentando recuperar el aire que en algún momento había olvidado tomar. Sentía la piel de mis pechos enrojecida, marcada por la presión de sus manos; aquellos apretamientos y golpes bruscos; y mis pezones seguían duros, despistados, entendiendo tan poco como yo. Y quizás lo que más sentía era el sudor enfriarse sobre mi piel, pegajoso y cargado de ese olor espeso a sexo.

Entonces, algo se deslizó sobre mis nalgas. No entendí qué era al principio. Un roce inesperado, suave, cálido. Mi cuerpo se tensó y tardé un par de segundos en comprenderlo: Daniel me estaba limpiando.

—¿Qué…? —pregunté con voz rasposa, como si llevara horas sin hablar—. ¿Qué coño haces?

Giré la cabeza y lo vi inclinado sobre mí, con una prenda de ropa entre las manos. Me pasaba la tela con calma, sin inmutarse, eliminando el semen que resbalaba por mis nalgas y la humedad pegajosa que se había acumulado en la parte baja de mi camisa y espalda. Parpadeé, todavía desconcertada, y enfoqué la vista en lo que usaba: un pijama azul marino, de algodón. Me quedé mirándolo sin procesar hasta que las palabras salieron solas:

—No será el pijama de la cría de esta habitación…

Daniel no se inmutó. Seguía limpiando, en movimientos largos.

Y después dijo:

—Sí, bueno, ¿qué quieres? No hay otra cosa, estaba debajo de la almohada.

Aluciné. Me giré un poco más, mirándolo con incredulidad.

—Pero tú estás mal de la cabeza.

Él ni se molestó en responder. Se limitó a seguir con lo suyo, limpiándome con parsimonia, como si yo no hubiera dicho nada. Me apoyé en los codos, siempre boca abajo, sin apartarme, sin detenerlo. Sentía el roce de la tela en la piel aún sensible de mis nalgas, sentía el contraste entre el algodón seco y la humedad cálida que había vertido sobre mí. No sabía si, de rozar aquella tela con mi ano, aquello me lastimaría. Fue entonces cuando volví la mirada hacia él.

Daniel estaba allí, de rodillas, con su cuerpo aún cubierto por una fina capa de sudor que relucía bajo la luz tenue de la habitación.

Tenía el torso firme, musculado; el abdomen todavía marcado por la tensión del esfuerzo. Bajé la vista, sin quererlo, y vi su polla. Semierecta. Todavía gruesa, todavía palpitante. Mi mente tardó en procesarlo. Lo miré como si no entendiera de dónde demonios había salido aquel hombre que tenía frente a mí. Cómo podía estar su miembro siempre así, sin decaer del todo. No entendía cómo había encontrado aquel cuerpo, que parecía haber sido creado para el sexo, por mera casualidad.

Él me miró y supe que se había dado cuenta. Su boca se curvó apenas en una sonrisa indescifrable. Luego, sin más, dijo:

—Me voy a asear un poquito…

Se bajó de la cama, se puso de pie y se alejó. Mi mirada lo siguió, observando su espalda ancha, sus hombros tensos, el arco de su cintura y la forma en la que su culo, tremendamente grande pero a la vez simétrico y proporcionado, se movía con cada paso. Salió del dormitorio, perdiéndose por el pasillo, y entonces, solo entonces, el peso de la realidad me cayó encima.

El tiempo. La hora.

Mi estómago se encogió.

¿Cómo iba a disimular aquello? ¿Cómo iba a presentarme ante mi marido con el cuerpo impregnado en sudor y semen, con el sexo aún abierto, con la piel todavía vibrando por el recuerdo de lo vivido con aquel… semental?

El peso de la situación me apretaba el pecho. Me incorporé. Sentí aún más humedad. Más olor. Me vi obligada a usar las sábanas para limpiarme un poco el cuello, que seguía húmedo por todo lo que él me había echado.

Me avergoncé cuando me vi obligada a usar las sábanas también para secar entre mis muslos… Y no por lo vertido por él, sino por mí.

Y después pensé en mis bragas. En mi camisa. Quizás podría disimular el estado de esta bajo la chaqueta. Quizás podría echar todo a lavar sin que Rafa se diera cuenta.

Me veía trazando planes para borrar las pruebas. Y me sentía mal. Pero no era exactamente culpa.

Escuché ruido de agua, de grifos, quizá de una ducha, en la distancia. Era un sonido que plasmaba un discurrir de agua por las tuberías, pero no descifraba del todo en qué consistía. Dudé en ducharme. No sabía qué hacer. Rebusqué mi teléfono móvil en el bolso. Rafa no me había respondido. Habían pasado más de dos horas desde que le había escrito. Tragué saliva y de golpe me pareció imposible que mi marido no sospechara.

Recogí mi falda, mi sujetador, mis bragas y mi chaqueta. Dejé todo sobre la cama. Y entonces me giré.

El espejo. El dichoso espejo.

Yo, de pie, frente a ese permanente reflejo. Con la camisa abierta, el collar de perlas y los zapatos de tacón.

Mis pechos lucían enormes y enrojecidos. Las areolas rosadas, extensas, dilatadas… quizás por el calor, quizás por una excitación que no se marchaba. Aquellos lamparones de semen en mi camisa azul parecía que tampoco se irían nunca. Mi coño seguía brotando, saliente, hacia abajo; únicamente se veía un atisbo de cambio en que los labios de mi sexo afloraban ahora casi juntos.

Me miré. A los ojos. Y mis pulsaciones se aceleraron de nuevo. Aquella imagen de mí en cierta forma me impresionaba. Podía de algún modo sentirme desde fuera, casi verme como me veía Daniel. Y pensé entonces en que me había excitado al sentirme como una más, como una más de las que se follaba, pero a la vez siempre había querido ser yo, siempre había habido un poso de ego que me había hecho querer recordarle que a quién se follaba era a mí… A la

de “los paseítos” a la… “tetuda encamisada…” como me había llamado él, pretendiendo humillarme…

Me quité la camisa, no sin dificultad, por lo adherida que estaba a mi piel, y me puse el sujetador, frente al espejo, dilatando los segundos, alargando el acto, los giros, los movimientos, como si no me quisiera despedir de él.

Escuché entonces pasos que se acercaban por el pasillo. Me giré, apartándome de mi reflejo, queriendo ocultar aquella especie de brote de egolatría, y recogí mis bragas. Estaban empapadas… pero era inevitable ponérmelas. Las deslicé por entre mis zapatos, haciéndome recordar que tampoco me los había quitado durante todo aquel tiempo, y no me pregunté por qué… pues ya lo sabía.

—Dúchate si quieres, eh —escuché a Daniel desde la entrada del dormitorio.

Resoplé. Dudé.

—No sé… Mejor me voy ya… Y ya es… tá —susurré, partiendo esa última palabra, pues la pronuncié en el momento en el que mis bragas caladas volvían a cubrir mi sexo. El impacto de suavidad contra suavidad, de humedad contra humedad, de esencia ultrajada contra esencia ultrajada… me hizo resollar y tartamudear.

Tragué saliva. Disimulé. Y después no lo quise mirar. No quise volver a ver aquel cuerpo musculado… aquel miembro que seguro seguía sin estar completamente tranquilo… Sentía que cada mirada mía era un indisimulable halago.

De soslayo vi cómo se tumbaba sobre la cama. Me sentía observada mientras me ponía la falda. Y entonces, no sé por qué, una parte beligerante de mí despertó:

—¿Esto lo cuentas por ahí? —pregunté.

—El qué —escuché su voz detrás de mí.

—Pues… igual que yo sé que… te follas a la de esta casa… y a la… cómo era… ¿coño aburrido…? Y a una señora…

—No es tan señora —me interrumpió—. Bueno, sí… —casi rió.

—Pues eso. Que si yo sé de esas… andanzas…

—Nah, a la de esta casa… le diré que nada, que hicimos de todo… menos lo del culo… ¿qué te parece?

—Claro… Así quedo… de monja ya… —contesté, sin saber muy bien qué decir, mientras me enfrentaba al reto de ponerme la camisa otra vez… y rezaba porque pudiera ocultarse aquel desastre bajo la chaqueta.

—¿Qué más da? No sabe quién eres. Le diré: me follé a una abogadita pija y se dejó hacer de todo menos por detrás. ¿Qué te parece?

—Me parece que eres idiota perdido —contesté, queriendo enfadarme con él, pero había algo en su tono… que me lo impedía.

—¿Cómo vas a tu casa? ¿En coche? ¿Te llevo? —preguntó.

Yo, con la camisa puesta, metiéndola por dentro de la falda, revisándome, mirando hacia abajo, comprobando los daños, susurré:

—¿Llevarme? ¿pero tienes coche aquí?

—No… Es verdad… Llamo a un taxi si quieres.

—Hombre… Tengo coche yo, evidentemente. Lo tengo en un aparcamiento aquí… más o menos cerca.

La conversación era extraña. Casi absurda. Y me sentía de alguna forma como en aquellos momentos en los que habíamos estado fumando junto a la ventana. Daniel era una persona peculiar, con actos y gestos impredecibles, pero en un estado… tranquilo… no excitado… no llegaba a desagradarme.

—Te puedo acompañar al aparcamiento… —dijo mientras yo me ponía la chaqueta.

—No… No hace falta. Gracias —contesté en el preciso instante en el que di medio paso y sentí una humedad tremenda en mis bragas, o en mi sexo, o en ambos lugares a la vez.

—¿Qué tal el culo? ¿Me pasé un poco? —preguntó de repente.

Y entonces yo, completamente vestida, miré hacia un cuerpo, completamente desnudo, que yacía sobre la cama, con una pierna montada sobre la otra, un brazo por encima de la cabeza y el otro extendido sobre la cama. Efectivamente, su miembro no parecía estar nunca en un estado de reposo total, siempre palpitante, siempre medio erecto.

—¿Me lo preguntas en serio?

—Claro.

—Pues bien. Gracias.

—¿Te habían dado antes? —preguntó, como si tal cosa.

—Tú no te escuchas, de verdad… —resoplé.

—¿Por? No le veo nada raro a la pregunta.

—Pues mira, sí. Hace años, pero sí —contesté, y no mentía.

Lo miré. Él me miraba. Sus ojos claros clavados en los míos. La cama hecha un desastre.

—No se nota —dijo entonces.

—¿Qué? ¿El qué?

—Que hayas hecho nada —contestó—. Estás… impecable… —dijo, de forma extrañamente formal.

—Ya… Seguro… En fin… Bueno, me voy —dije y revisé otra vez la hora en el teléfono. Pasaban de las once y media. Quería llegar

antes de medianoche, como si fuera una barrera simbólica, como si llegar antes de las doce fuera menos sospechoso.

Y en aquel momento pensé que él diría algo sobre mi marido. Algo absurdamente protector, algo al respecto de los juegos que tenía con él… o que volvería con aquello de que deberíamos buscar a alguien "serio" para aquella fantasía… pero tuvo la decencia de no decir nada.

Caminé hasta la puerta del dormitorio sin decir nada más. Detrás de mí, lo escuché moverse; murmuró algo que no alcancé a entender.

Me giré. Se ponía los calzoncillos mientras decía que me acompañaría hasta la salida.

El camino inverso a unas horas atrás: yo por el pasillo de aquel apartamento cochambroso y lúgubre. Yo delante, él detrás. Mis zapatos golpeando el suelo. Su presencia imponente en mi nuca. Nos alejábamos de aquel cuarto donde yo había sentido y vivido cosas, placeres… y un éxtasis que seguramente no había vivido jamás… ni siquiera con él la noche anterior… y lo hacíamos iluminados por una tenue lámpara de la cual también nos alejábamos.

Una de las diferencias fundamentales con el camino de ida, era que sentía mi sexo empapado palpitar contra mis bragas caladas, y sentía un ardor incómodo en el ano…

… Yo… que había ido allí simplemente a hablar con él.

Me acercaba a la puerta de entrada de aquella casa y no era capaz de digerir que aquel hombre, en ausencia de mi marido, me había follado las dos últimas noches. Un hombre que yo había pretendido usar para excitar precisamente a mi marido…

Y lo peor, la mayor infidelidad… no había sido esa. La mayor infidelidad fue que, bajo el marco de la puerta de aquel apartamento… en la despedida… él me pidió un beso y yo se lo di.

Se lo di porque llevaba pensando en aquel beso desde que había mirado la hora y había sabido que debía marcharme. Desde que había empezado a vestirme con la certeza de que todo terminaría allí… y, aun así, no quería que terminara.

CAPÍTULO 30

El aire de la noche me recibió con otra bofetada de realidad. El frío era más intenso de lo que esperaba, pero no tanto como para borrar el sudor que aún se pegaba a mi piel. Sentía la humedad entre mis muslos; la suavidad inundada de mi ropa interior contra mi sexo empapado. Sabía que olía también a él: aquel olor masculino y a la vez neutro. A virilidad. A carne. A fibra. A piel.

Caminaba hacia el aparcamiento. Ruidos lejanos. Transeúntes que se cruzaban conmigo haciendo lo de casi siempre: la mirada lejana, el fingimiento de ensimismamiento, y después, justo al cruzarse, el escudriñe cercano. Aquellos ojos clavados en mi cuerpo ya no los sentía como obscena valoración de mi atractivo, sino como si supieran de dónde venía, como si supieran qué había hecho.

Caminaba hacia el aparcamiento y pensaba en mi marido. Si Rafa me viera ahora… Si pudiera oler mi piel, si deslizara su mano entre mis muslos… No, no haría falta tanto. Bastaría con que me mirara. Me preguntaría qué me pasa, qué es ese brillo en mis ojos, por qué mi respiración es distinta. Y yo no sabría qué responderle. Porque el problema no era lo que había hecho, sino lo que aún ardía en mi pecho, lo que seguía humedeciéndome, lo que aún me palpitaba entre las piernas.

El eco de mis pasos en el parking me pareció un ruido obsceno, el sonido de una mujer que huía de algo que no terminaba de rechazar. Abrí la puerta del coche y me quedé un instante allí, de pie, sin hacer nada, con las llaves casi temblando en mis dedos. Sabía que debería sentirme culpable. Que debería sentir algo más que un ardor que se negaba a extinguirse. Pero allí estaba la imagen de él, tumbado en la cama, el cuerpo musculado, aún desafiante, con ese

miembro que parecía negarse a rendirse. Recordé sus tres orgasmos. Me pregunté si de haberme quedado diez o quince minutos más hubiera llegado un cuarto… un cuarto cuya explosión pudiera haber sido tan colosal como las anteriores.

Respiré hondo y me metí en el coche, sintiendo el roce de la ropa contra mi piel ultrajada. Puse las manos en el volante, pero no encendí el motor. Porque había algo más. Algo que no quería pensar pero que estaba allí, flotando entre mis labios. Aquel beso. No su boca en mis pechos, no su lengua devorando mi sexo. No su aliento caliente, vicioso, retador. No. Aquel beso.

Se lo di porque ya era inevitable. Porque no importaba cuántos juegos humillantes plantease… Lo cierto era que, cuando solo existían los besos, había una conexión alarmante.

Me di cuenta entonces de que no había cerrado nada. Que no habíamos llegado a ningún acuerdo. Él seguía allí, en mi cuerpo, en mi recuerdo… Y sabía que sucesivos mensajes llegarían. Que me contactaría. Y no sabía si sería capaz de gestionar aquello.

Encendí el coche y me obligué a arrancar. No podía quedarme allí, sintiendo que todo aún me habitaba. No podía quedarme allí con el recuerdo de todo lo sucedido latiéndome entre las piernas. Quería llegar antes de medianoche, como si fuera una especie de Cenicienta impúdica y lujuriosa.

Conducía y mi cuerpo se recomponía. Mi culo ya no ardía. Me preguntaba si mi cuerpo estaba llamado a mucho más, a vivir mucho más, a sentir mucho más, a ser usado, por mí o por un hombre, hasta límites mucho más lejanos.

Me acercaba a casa y los recuerdos me bombardeaban. Su boca. Su miembro. Su tacto. Sus frases. Recordé entonces que lo había llamado "Rafa" y me extrañó, pues no recordaba haberle dicho su nombre. Quizás la noche anterior lo había visto en mi teléfono mientras me escribía con él. Fuera como fuese, Daniel parecía menos obtuso, más taimado de lo que pudiera parecer.

Ya en mi edificio mi revisión en el espejo del ascensor fue un suplicio. Mi rostro no escondía el pecado. Mi chaqueta abotonada podía ocultar lo grave, pero no lo sutil.

Suspiré porque mi marido no me esperase despierto.

Mis tacones por el rellano. Una inseguridad latente. Mi llave en la cerradura. Entré. Y de golpe: el silencio y la oscuridad.

Respiré.

Me quité los zapatos para no hacer ruido. Y entonces sí asomó la culpa. Algo. Y lo agradecí.

Faltaban dos minutos para la medianoche. Hacía tres horas que debía estar allí.

El cesto con la ropa sucia estaba en el cuarto de baño. Otra vez, la asesina borrando huellas. Haría escala en el vestidor para mezclar la ropa limpia con la que llevaba puesta, la que apestaba a sudor y semen… y todo iría al cesto; mi camisa azul y mis bragas negras entre prendas inocentes. Revuelto. Mezclado. A la mañana siguiente, esa amalgama de lo limpio y lo sucio, lo puro y lo pecador, viajaría a ser lavada sin que Rafa sospechara.

Mi collar de perlas en el joyero pequeño. Los zapatos en su sitio. La falda y la chaqueta habían sido testigos, pero no actores, por lo que lucían correctos.

Y después, las pistas en la piel. Las huellas más fáciles y, a la vez, más difíciles. No fue una ducha reparadora. Fue una ducha infractora. Pasaba mis manos enjabonadas por mi cuerpo y sentía que mi piel no quería olvidar. Sentía mi sexo, que no se retraía; sentía mis pechos, que no se reblandecían; sentía que mis pezones aún querían más.

Y entonces, sí. Culpa. Un poco más. Y culpa no solo por lo hecho. Sino porque no era así con él. No era así con mi marido. Culpa por

no haber sido yo con él, así, en el sexo. Culpa porque él no despertaba en mí lo que otro hombre sí.

Y amor.

Ni una duda. Ni un ápice. Ni la sombra de una sospecha de que no sentía lo mismo por él. ¿Se puede amar y ser infiel? Sí. Rotundamente, sí. Así lo viví yo.

El secador en mi pelo. El camisón sobre mi torso, cayendo hasta tapar mis nalgas recuperadas y mis muslos secos. Bragas pulcras guardando mi sexo. La ropa sucia encubierta, casi al fondo del cesto.

Todo en su sitio. Todo menos las señales que seguía enviándome mi propio cuerpo.

Descalza por el dormitorio. Casi a tientas. Auxiliada por la luz del teléfono.

Posé el móvil sobre la mesilla. Me senté en la cama.

Mi marido, Rafa, tumbado a mi lado.

Y algo no iba bien.

Me tumbé. Me cubrí con las sábanas. A su lado.

Su respiración contenida.

Sentí amor. Inalterable. Fijo. Cierto. Emocionalmente puro. Lo sentí como una bocanada sorpresiva sobre una base consistente.

Y sentí otra vez una culpa… que no era exactamente culpa. Era como una mezcla de muchos tipos de culpa, pero que, a la vez, ninguna era una culpa total.

Y algo no iba bien.

Algo no iba bien porque él estaba despierto, pero fingía dormir.

Lo fingía. ¿Por qué lo fingía?

Solo podía haber un motivo: él sospechaba.

Más que eso: él parecía saberlo.